



Desde adentro: la otra historia

*Voces de estudiantes de la UACM privados
de su libertad*

Norma Garza Saldívar
Coordinadora

Norma Garza Saldívar
2013
UACM

Desde adentro: la otra historia

Voces de estudiantes de la UACM privados
de su libertad

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

M. en C. Juan Carlos Aguilar Franco
Rector

Dra. María Elizabeth Alvarez Sánchez
Coordinadora Académica

Lic. Jorge Luis Rubio Hernández
Coordinador de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Equipo de la Biblioteca del Estudiante

Ángeles Godínez Guevara
Responsable

Ana Beatriz Alonso Osorio
Ana Lina Graciano Franco
Daniel Valentin Cruz
María del Pilar Aparicio Romero
Sergio Javier Cortés Becerril

Desde adentro: la otra historia

Voces de estudiantes de la UACM privados
de su libertad

Norma Garza Saldívar
Coordinadora

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca
BE
del
Estudiante

FICHA CATALOGRÁFICA E-S/N

Desde adentro : la otra historia : Voces de estudiantes de la UACM privados de su libertad / coordinadora Norma Garza Saldívar. -- Primera edición. -- Ciudad de México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2026.

476 páginas ; 21 cm.

Bibliografía : páginas 475-476.

ISBN: 978-968-9759-21-8

1. Universidad Autónoma de la Ciudad de México – Estudiantes – Prisioneros -- Relatos personales. 2. Escritos de presos – Ciudad de México. I. Garza Saldívar, Norma, coordinadora.

LC PQ7273.5.P75

Dewey 868.6080

Desde adentro: la otra historia. Voces de estudiantes de la UACM privados de su libertad

primera edición, 2026

© Norma Garza Saldívar

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dr. García Diego núm. 168. col. Doctores, alc. Cuauhtémoc, 06720, Ciudad de México

ISBN: 978-968-9759-21-8

Imagen de portada: Louis Jules Dumoulin, *Patío de la prisión Grade-Force*

<https://www.uacm.edu.mx/BibliotecadelEstudiante>

Material educativo universitario de distribución gratuita para estudiantes de la UACM. Prohibida su venta

Impreso en México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
PRESENTACIÓN	27
¿QUIÉN SOY?	35
José de Jesús Flores González	37
Jessica Ortega Chila	45
Carlos Gopar	47
Graciela Díaz Amaral	51
José Orlando Hernández Castañeda	55
Lizeth Vázquez Galicia	57
Kevin Gerardo Sandoval Arévalo	59
Catalina García Santiago	61
Antonio Ortiz Vega	63
Yehimi Martínez Ramos	67
José Martín Ramírez Ronquillo	69
Yuridia Gutiérrez Orozco	71
Daniel Orlando Salazar Lozano	73
Jessica Torres Colín	77
Victor Vance Varela Vilchis	79
DESDE LA VENTANA (CONTEXTOS)	83
Antonio Ortiz Vega	85

Monserrat Guadalupe González García	91
Carlos Gopar	93
Daniel O. Salazar Lozano	101
Samuel González León	103
Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza	109
Kevin Gerardo Sandoval Arévalo	111
Samuel Alejandro González Rivera	113
Jessica Torres Colín	117
Víctor Vance Varela Vilchis	119
José De Jesús Flores González	121
APRENDER A LA CÁRCEL	125
Graciela Díaz Amaral	127
Araceli Chávez Márquez	131
José De Jesús Flores González	133
Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza	137
Daniel O. Salazar Lozano	139
Antonio Ortiz Vega	143
Sayuri Clarivel Montero Martínez	147
Victor Vance Varela Vilchis	149
Jessica Torres Colín	151
Kevin Sandoval Arévalo	153
Jessica Ortega Chila	155
Carlos Gopar	159
Yuridia Gutiérrez Orozco	165
Ignacio Juárez Noyola	169
Tiara Daniela Mendoza Pérez	173
David Mizael Mundo Valverde	175
Gabriela Hernández Hernández	179
Catalina García Santiago	183

LA APARICIÓN	187
Berenice Guerrero Hernández	189
José Martín Ramírez Ronquillo	191
Carlos Gopar	195
Zaydaly Membrillo Mendoza	201
Daniel O. Salazar Lozano	203
Juan Manuel Lujano Bernal	207
Karina Vázquez Peralta	213
David Mizael Mundo Valverde	215
Jessica Torres Colín	219
Antonio Ortiz Vega	221
Iván Quirván Tejeda	227
José De Jesús Flores González	231
Sergio Francisco Ávila Matsumoto	235
Tiara Daniela Mendoza Pérez	241
Roberto Carlos Ibarra Lazcano	245
VIAJE IMAGINARIO	247
Catalina García Santiago	249
Juan Manuel Lujano Bernal	253
Graciela Díaz Amaral	257
Jesús Enrique Gutiérrez Robles	261
Yuridia Gutiérrez Orozco	263
Roberto Carlos Ibarra Lazcano	265
José De Jesús Flores González	267
Jessica Torres Colín	273
Gabriela Hernández Hernández	275
Antonio Ortiz Vega	277
Karina Vázquez Peralta	281
Araceli Chávez Márquez	283

Sandra Pilar Villarreal	285
Jessica Ortega Chila	287
Sergio García Rosas	291
Tiara Daniela Mendoza Pérez	293
Daniel O. Salazar Lozano	295
Yehimi Martínez Ramos	299
Lizeth Vázquez Galicia	303
Carlos Gopar	307
PROBLEMATIZAR EL CENTRO DE RECLUSIÓN	313
Antonio Ortiz Vega	315
Daniel O. Salazar Lozano	323
Jessica Torres Colín	333
Carlos Gopar	339
Kevin Gerardo Sandoval Arévalo	349
José de Jesús Flores González	351
Graciela Días Amaral	355
José Orlando Hernández Castañeda	359
CRÓNICAS	363
Carlos Gopar	365
Víctor Vance Varela Vilchis	369
Tiara Daniela Mendoza Pérez	371
Jesús Enrique Gutiérrez Robles	377
José Martín Ramírez Ronquillo	381
Sandra Pilar Villarreal	389
Héctor Mauricio Hernández Guzmán	393
Sayuri Clarivel Montero Martínez	397
José de Jesús Flores González	401
Karina Vázquez Peralta	404

Antonio Ortiz Vega	413
Aldo Giovanni Nieves Guerrero	421
Sergio García Rosas	429
Daniel O. Salazar Lozano	435
Margarita Ortíz Galván	449
Berenice Guerrero Hernández	455
Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza	461
EPÍLOGO	467
AGRADECIMIENTOS	475
REFERENCIAS	477

INTRODUCCIÓN

NORMA GARZA SALDÍVAR

¿Quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo menos, una vuelta a su cárcel?

Marguerite Yourcenar

Si un hombre tiene conciencia, sufrirá por su error. Ese será su castigo, así como su prisión.

Fedor Dostoievski

En la Academia de Lenguaje y pensamiento, especialmente en el primer semestre, la forma discursiva en la que nos centramos, como iniciación a la lectura y a la escritura crítica, es la narración; quizá el modo más cercano a nuestra experiencia vivencial y cognitiva. Se trata de que los estudiantes vayan aprendiendo a ser narradores de sus experiencias, de sus deseos, de su imaginación, de sus miedos, de sus ideas, de sus reflexiones; en suma, de quiénes son y quiénes quieren llegar a ser; lo cual, los hace también partícipes de su acontecer como individuos en una comunidad y en una sociedad.

En efecto, como individuos construimos nuestra vida y la narramos para reconocernos a nosotros mismos y dar a

conocer a los demás nuestras experiencias, estableciendo vínculos con los otros y con la realidad. De ahí que la lectura y la producción de narraciones propician la ubicación del estudiante, tanto en el acontecer histórico como en su espacio y tiempo particulares. Poco a poco se van haciendo partícipes de esa forma tan antigua, oral y escrita, de contar hechos reales, pero también imaginados, de saberse protagonistas de sus propias historias, pero también, de ser observadores de las otras historias.

Narraciones que encarnan una tradición oral colectiva, y que encauzan saberes de las cuestiones más profundas y más graves del ser humano. Relatos como los mitos nos llevan a plantearnos las grandes preguntas de la condición humana, sobre sus orígenes, su destino, el poder, la identidad, la muerte, el amor, la libertad, el sufrimiento, el mal, el bien, etcétera. Del mismo modo, nos invitan a pensar en el cosmos y el orden del mundo, pero también en cómo el ser humano vence sus miedos para adaptarse al mundo y encontrar ahí su justo lugar. Porque al sumergirse en distintas narraciones se puede descubrir que la “vida buena” que todos queremos, la vida reconciliada con lo que se es, con lo que somos, y cada quien tiene que encontrar e irle dando forma a ese lugar. Y una buena manera de buscarlo es elaborando narraciones fecundadas por diversas lecturas a fin de irse encontrando en ellas.

Este curso apunta, entonces, a reconocer y diferenciar distintos tipos de relatos, que los estudiantes van aprendiendo a leer, vinculándolos a su propio entorno o contexto para darles qué pensar sobre lo personal y lo social, lo particular y lo universal de la condición humana. Así, las narraciones sirven, al mismo tiempo, para ir tejiendo las historias propias en un horizonte mayor, pero también para tener una más amplia

comprensión de sí mismos y de la realidad. Para dar sentido a lo que “nos pasa” y al mundo que nos rodea. Pues el “saber” al que apela la narración es al saber vivir la existencia.

Pareciera que esa facultad, la de la narrar —de la que hablaba el crítico literario alemán Walter Benjamin en su ensayo “El narrador”, y como él mismo se percataba en su propio tiempo— se estuviera empobreciendo cada vez más; lo cual era un reflejo del empobrecimiento mismo de la experiencia:

como si nos hubieran arrancado una facultad que nos parecía inalienable, [y es que] el narrador toma lo que narra de la experiencia; la suya propia o la transmitida. Y la torna a su vez, en experiencia de aquellos que escuchan su historia. (Benjamin, 1999, p. 115)

En cambio, reconocía cómo iba imperando la información como forma comunicativa, y se iba inmiscuyendo en todos los ámbitos de la vida. Y es que, en cualquier proceso de aprendizaje, cuando la información va dejando menos espacio a la narración, también corre peligro la “memoria” de nuestro entorno, de los problemas que nos aquejan, de lo que somos, pues:

la información cobra su recompensa exclusivamente en el instante en que es nueva. Sólo vive en ese instante, debe entregarse totalmente a él, y en él manifestarse. No así la narración pues no se agota. Mantiene sus fuerzas acumuladas y es capaz de desplegarse pasado mucho tiempo. (Benjamin, 1999, p. 117)

En efecto, si no contamos ciertas realidades simplemente desaparecerían, se invisibilizarían, se silenciarían, imposible que se sigan desplegando. De ahí la necesidad de contar, de seleccionar lo que merece ser puesto sobre la mesa para hablar de ello, para estudiarlo, para salvar las cosas de la ruina, de la destrucción, del olvido. Como apunta Jerome Bruner “[...] el pensamiento narrativo o la narratividad es una de las más fundamentales capacidades de la inteligencia humana, ya que su clave está en contar el mundo y la existencia y también en provocar o construir la realidad” (Bruner, 1988, p. 22). Construcción que, a partir de los distintos tipos de textos que aquí se presentan, permite explorar también con la lectura: el testimonio, el relato, el cuento, el ensayo, la crónica, para que los estudiantes ejerciten, reflexionen y ensayen su realidad en la escritura. Por ello, se parte de un proceso narrativo para que los estudiantes comprendan la importancia del lenguaje, de su expresión y reflexión a partir de éste, lo cual lleva a usar necesariamente otros modos o secuencias discursivas, pues cualquier texto requiere narrar, describir, exponer, analizar, argumentar; lo que se estudia en las materias Lenguaje y Pensamiento 1, 2 y 3.

Así nacen estos textos, dentro de las rejillas, pero en la libertad que ofrecen las posibilidades de pensar, crear, imaginar, recordar, discutir en el salón de clase sus propios textos, matizando y puliendo su pensamiento crítico hacia sí mismos y hacia el entorno social de cada quien, pero también hacia el contexto inmediato que es el verse privados de su libertad. Son visiones quizá desencantadas, pero también esperanzadoras del mundo que, en su decir nos “muestran”, a la manera de Walter Benjamin, lo que como sociedad hemos desechado, olvidado: “no tengo nada que decir. Sólo que

mostrar. No me apropiaré de ninguna formulación profunda, no hurtaré nada valioso. Pero los harapos, los desechos: éstos no los quiero describir, sino mostrar” (Benjamin, 2007, p. 854). Se trabaja, entonces, con textos para “mostrar” y poner sobre la mesa, y no tanto para juzgar, pues es el lector el que forma su propia idea y perspectiva de un lugar, pero también de sus habitantes; aquellos que toman la palabra no para victimizarse, ni para quedarse sólo en sí mismos, sino en el esfuerzo narrativo de decir cosas memorables, en el sentido no sólo de contar su vida, sino de exponer y vincular situaciones y sucesos que nos pueden interesar a todos, los que están “adentro”, pero también los que estamos “afuera” de esos recintos; pues finalmente muestran una condición humana que es universal.

De ahí que no solamente sean textos para las materias de Lenguaje y Pensamiento, sino para una diversidad de asignaturas de muchas de las carreras que se imparten en la UACM, y que sirvan de estímulo a estudiantes y profesores para volver a pensar esta realidad. Pues muchos de estos escritos —como escribe Daniel Salazar, autor de algunos, y quizá aludiendo al propósito de muchos otros de esta Antología— tratan de “ampliar la mirada, de modo que éstas [instantáneas, las llama él] constituyan ventanas que permitan atisbar al interior de los enormes y gruesos muros de concreto armado y de las rejas de acero; para así poder observar con mayor claridad lo que contienen: seres humanos”.

La narración más personal, más íntima, aquella que ape-la a la primera persona, va aprendiendo a salirse fuera de sí para ver a los otros, para entablar vínculos con lo que está fuera, y poco a poco se va mezclando con la observación y la indagación en una primera persona más abierta, más

plural; o en esa tercera persona que funge como observador y testigo para problematizar, ya no sólo a ellos mismos sino a su entorno más inmediato. Por ello se aprende a ver a la distancia, desde una perspectiva más crítica, el contexto de lo personal, social, familiar, político, jurídico; en suma, hay también en esa toma de distancia una mayor cercanía a las formas de vida.

Si bien es cierto que el uso de la primera persona en textos narrativos es la más cercana, en primera instancia, para dar cuenta de la experiencia, es decir de lo que “le pasa” a quien cuenta, lo que le aconteció, lo que le atravesó y aprendió, lo que le hizo mella y se apropió de ello. También, a lo largo del semestre y de los otros semestres de Lenguaje y Pensamiento 2 y 3, se va trabajando para que esa primera persona no se quede solamente en el ámbito de lo personal, sino ir haciendo más universal eso que “me” pasa y quizá dar un paso a la primera persona del plural para comprender mejor eso que “nos” pasa como seres humanos. De esta forma, la recepción de estos textos no tendría que limitarse a estudiantes de Lenguaje y Pensamiento, sino alcanzar a un público más amplio y de otras áreas: comunicación, sociología, antropología, creación literaria, derecho, ciencias políticas, filosofía, pues son textos que nos ofrecen distintas temáticas, que abren un abanico de posibilidades para estudiar la condición humana, esa que nos interpela a pensar la realidad de manera interdisciplinaria.

Es así como los estudiantes se van abriendo a sí mismos, pero también a la realidad para recoger, de algún modo, las preocupaciones de otros, de ahí que es importante reiterar que para los textos narrativos —muy usados también como textos de investigación en otras áreas de las humanidades y

no sólo en las obras literarias— lo esencial es que la escritura, sea el texto que sea, vincule la subjetividad con los contextos, con los otros y problematizar esa realidad. Como bien lo dice Ryszard Kapuscinski, el gran periodista polaco, sea reportaje, crónica, o mejor lo que él llama un “texto”, un “texto bueno”, “estudia el tema a fondo, lo pule y repule y lo pasa por la criba de su personalidad”, es decir, de su reflexión, de su expresión. No sólo para mostrar realidades distintas, entornos diversos, sino para dar a conocer eso que vivimos día con día, cada quien, pero en donde podemos reconocernos al abordar diversas cuestiones que se desprenden de estos textos, y desde un mayor horizonte de conocimientos.

Hace poco, el premio Nobel 2023, Jon Fosse, reflexionó en su discurso “El arte es paz”: “Hay terrorismo en este mundo. Hay guerra, puesto que la gente tiene un lado animal que la lleva a ver lo extraño como una amenaza a su propia existencia, en lugar de ver el fascinante enigma que eso representa”. Acercarnos a esas extrañezas, reconocer esas diferencias, comprender ese lado “animal” que todo lo humano conlleva es quizá mucho de lo que nos enseña el arte de la narración. Y es que todo buen arte, como reafirma este escritor, “gira en torno a lo mismo: tomar lo singular y específico para hacerlo universal. Articula en su expresión artística aquello único con lo universal: no eliminando lo singular, sino enfatizándolo; dejando que lo extraño y lo desconocido brillen claramente” (Discurso en el día mundial del teatro, 2024).

Lo Otro, que queda en los intersticios, en el extrañamiento de una realidad que se vuelve más ajena y, al mismo tiempo, que apela a un volver a contar, a valorar, a ponderar porque —como escribe Georges Steiner— las palabras han

sido reducidas a una corrupta servidumbre, y quizá por ello, tengamos que volver a hacer de la escritura narrativa una de las formas más rigurosas del pensamiento.

Realidades que, a veces, de tan cercanas se nos alejan, o que parecen lejanas y nos damos cuenta de que tocan fibras muy en el interior de nuestro ser, identificándonos con situaciones radicalmente distintas, que es lo que sucede en muchos casos con la verdadera lectura. ¿Cómo es esto? Justamente es este el poder del texto narrativo que nos lleva más allá de lo autobiográfico o de lo personal para reconocerlo como un elemento importante de conocimiento; de sabiduría para indagar en las experiencias, pero también para investigar en nuestros entornos desde distintas perspectivas disciplinarias, para problematizar nuestra propia humanidad.

En tiempos de rapidez, inmediatez, saturación de información, opiniones desmedidas, juicios de valor sin fundamento, pareciera un desafío encontrar la lentitud y el tiempo para hacer un libro, en el que los participantes, mujeres y hombres privados de su libertad, son protagonistas de estas historias y testigos que dan voz a otros, y esbozan diversas formas de vida, situaciones y problemas en centros de reclusión que, a veces, desde afuera nos parecen cargados de “extrañeza” o de amenaza.

La sociedad en la que vivimos separa a los seres humanos como si fueran útiles o inútiles, los productivos y los no productivos, pero ¿quiénes son unos y quiénes, los otros? A veces la medida de nuestro sentido en el mundo es qué tanto hemos producido, qué tanto hemos sido “útiles”. ¿Quiénes somos para medirnos de esa manera?, ¿qué peligros conlleva? Y en esa lógica ¿quiénes, sino los presos, serían quizá considerados como los más “inútiles”, los más improductivos? Ésa es,

en gran medida, la mirada que desde afuera se tiene de la cárcel, y quizá muchos de ellos, y ellas, se hayan quedado amordazados en ese estereotipo.

Pero, ¿qué se va forjando en esas vidas envilecidas por la sociedad, por los contextos, por las familias, por sí mismas? Y, por otro lado, ¿qué se requiere para soportar esa vida en cautiverio si no es el edificar una vida personal intensa?

Muchas de estas vidas nos ponen la pauta para lo que hemos olvidado: la esencia de la educación, de la formación del ser humano, a costa de sobrellevar y afrontar la soledad, el abandono, la marginación. Sin caer en la victimización de quienes probablemente han cometido un crimen, porque sabemos también que ahí están quienes son inocentes del delito que se les imputa; o quien simplemente no ha tenido los recursos económicos o las posibilidades; o más aún quien invadido por la ignorancia, la pobreza, el maltrato, la violencia como una enfermedad, optó, sin más, como forma de sobrevivencia, por el robo, el asesinato, la corrupción, la violencia nuevamente. Como un círculo del que no hay salida porque de algún modo, muchos, como lo escribe el poeta español Pedro Salinas, son “inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión”, sobre todo cuando alguien “sufre como de una rebaja de su dignidad humana”. Adentro y afuera de la vida en reclusión, por dentro y por fuera de la persona, quizá mucha de la humanidad no sólo está “tullida de la expresión” sino del propio ser, del pensamiento, del sentir, del hablar y el desear. Tullidos en la propia humanidad.

En mi experiencia como profesora, como alguien que cree en la educación no como un trayecto de saturación de información y contenidos, sino como un proceso formativo,

he corroborado que al ir adquiriendo las habilidades, los procesos, los instrumentos, las capacidades de cada quien se van desarrollando para profundizar en sí mismos, para tomar conciencia y decidir mejor sobre la propia vida y la vida en sociedad. Más aun, para lograr expresar y dar voz a lo que no tenía nombre; a lo que era un caos y se logró dar cauce; a lo que había quedado silenciado y se pudo reconocer; a lo que estaba tan lejano y se acercó por el poder de la observación, del sentimiento, de la reflexión.

Ésta es la fecundidad de la escritura de un texto, pues va rodeando, bordeando las cosas para comprenderlas mejor. Comprobamos que, a veces, hablar de las cosas de manera indirecta puede acercarnos de otras formas a los problemas; de ahí que los relatos en primera persona, las crónicas, o los textos en donde se pone a prueba la imaginación, una facultad tan olvidada, ayudan a ver desde otras perspectivas las cosas, y a mirarlas de manera oblicua para aprehenderlas mejor.

Muchos son los trabajos que existen sobre espacios de reclusión, teóricos o testimoniales, de investigación o relatos de experiencias, y aunque fuesen de otros países, sabemos que muchas de las circunstancias que se viven en esos recintos parecen similares. Así como las relaciones entre custodios y las personas privadas de su libertad; o las consecuencias que padecen los familiares de estas personas. Sí, parecería de más proponer estos trabajos cuando al respecto ya se conoce mucho.

Sin embargo, en mi papel de profesora del Programa de Educación Superior para Centros de Reinserción Social de la Ciudad de México (PESCER), al mismo tiempo que en el plantel de San Lorenzo Tezonco de la UACM desde el 2004 que ingresé, me interesó y me congratulé muchísimo de que

nuestra Universidad tuviera un papel esencial en los centros de reclusión. Lástima que este programa sólo se aplica en la Ciudad de México y con una sola carrera, cuando sería muy provechoso, en muchos sentidos, que se aplicara en todas las cárceles del país y con una oferta académica más amplia. Así que espero que este libro no sea un libro más sobre lo mismo, sino que muestre lo mucho que puede germinar en esos lugares tan despreciados y descalificados muchas veces por la ignorancia y el desconocimiento, la cerrazón y los prejuicios. De ahí que la invitación es acercarse a través de estos textos a esos lugares marginados, y volverlos a poner en la mesa de nuestros intereses, para reaprender y repensar esa otra realidad que se ha quedado al margen de nuestra mirada. Pero también estos textos escritos por las propias internas o internos podrían contribuir a desmontar estereotipos, a analizar prejuicios existentes en la sociedad que vive fuera de las rejas, acerca de las personas privadas de su libertad, y de sus múltiples y variados contextos y situaciones.

Siempre he creído que, al marginar y deshumanizar un lugar, la sociedad también se ve reflejada en esa acción. El encierro se da bajo muchas circunstancias, y en muchas de éstas se generaliza a las personas que ahí se encuentran, cuando hay una gran diversidad de ellas: buenas, malas, adictas, enfermas, trabajadoras, flojas, sin recursos la mayoría, y sin haber tenido oportunidades, otra gran mayoría. Pero, al final, no todas esas personas están ahí por haber cometido algún delito, muchas se encuentran todavía sin sentencia, otras sin pruebas, otras más sin poder pagar a abogados, que también en muchos casos suelen abusar de la situación de vulnerabilidad y desesperación de los que

ahí llegaron; y muchas más, envueltas en los círculos de corrupción que propicia en ocasiones, un sistema judicial poco claro y transparente.

Nunca pregunto a los estudiantes qué hicieron o por qué están ahí, los juicios nos alejan de la verdadera actividad que ahí nos corresponde como profesoras, que es dar la oportunidad de que descubran por sí mismos la importancia de la educación en sus vidas. Quizá a lo largo de todos estos años de ir y venir a distintos centros de reclusión, con distintas generaciones de hombres y mujeres, la mayor satisfacción es cómo algunos logran cambiar la forma de mirarse, de establecer vínculos con los otros y consigo mismos, y de reconocer las distintas perspectivas que nos abren los conocimientos y los saberes sobre la realidad; de ampliar sus horizontes, o de que sus vidas adquieran más altura y divisen otras perspectivas.

Los centros de reclusión reflejan una micro imagen de lo que es una sociedad, las condiciones, los tratos, las circunstancias, las oportunidades, las formas de vida que ahí se ponen en práctica; los juegos de poder, la gran diversidad de caracteres, son apenas imagen de lo que somos como sociedades, pero también de aquello a lo que podemos aspirar, o lo que debemos mejorar como individuos en sociedad.

Quizá este pequeño universo, de voces en el encierro, ahonda en todas esas pequeñas cosas que con las prisas y sin tiempo para detenernos, ya no vemos; son esos descubrimientos de la propia interioridad que se hacen posibles, en ocasiones, en una fuerte confrontación con la soledad y el aislamiento. Estos textos revelan ese universo tan complejo de ser humano, de cara al mundo de la desgracia y del sufrimiento; pero también de ir sobreviviendo o revalorando,

desde otro lugar, la posibilidad de encontrar libertad, felicidad, realización.

Vayan estos textos como ejemplos de esas maneras de ir rematando formas que, de un modo u otro, nos remiten a muy diversas estructuras humanas en las cuales cualquiera puede verse, o reconocer al “otro”, o comprender esa otra realidad que está más allá, detrás de las rejas, y ante la que sería preciso abrirse a escuchar sus voces.

Siempre es peligroso, como lo ha enfatizado la escritora nigeriana Chimamanda Adichie en “El peligro de una sola historia”, quedarse sólo con “esa” historia, que a lo largo de los siglos sabemos y repetimos desde afuera de las rejas; sin siquiera asomarnos por las grietas que vislumbran, apenas, la multiplicidad de historias que, a veces, habría que detenernos a escuchar, a mirar, a pensar nuevamente. La idea, entonces, es cuestionar miradas estereotipadas, tumbar prejuicios añejos, y volver a percibir la realidad carcelaria como responsabilidad de la sociedad en general, y de la formación universitaria en particular, desde todo su espectro académico. En suma, hacer valer en la acción de la lectura nuestro lema universitario de que “nada humano me es ajeno”.

PRESENTACIÓN

NORMA GARZA SALDÍVAR

A lo largo de estos 20 años que lleva el PESKER trabajando en centros de reclusión, yo también me interesé en participar, casi desde el principio, dando clases desde la Academia de Lenguaje y Pensamiento. Así, se fue gestando mi interés en que otros conocieran qué hay adentro de esos recintos de reclusión. Hasta que se fue consolidando con discusiones y trabajos de estudiantes, hombres y mujeres que, al pulirse, revisarse, socializarse entre todos una y otra vez, dieron como resultado estos textos. Se trata de dos generaciones tanto en la Penitenciaría como en el Centro Femenil de Reinserción Social Santa Martha Acatitla; quise trabajar esas distintas miradas masculinas y femeninas, si bien no desde una visión de género, sí para ahondar en las distintas experiencias en reclusión, así como en los contextos sociales y familiares entre mujeres y hombres; con una participación de 20 hombres y 17 mujeres, 37 en total.

Este proyecto está conformado por el diálogo continuo entre lectura y escritura, es decir en las clases de Lenguaje y Pensamiento, en los tres semestres, se plantean algunos aspectos teóricos que luego se analizan en ciertas lecturas

que, a su vez, sirven como ejemplos modelo para que los estudiantes escriban sus propios textos, son cursos talleres. Esta Antología va dirigida a todo aquel estudiante o profesor de áreas de humanidades que se interese por las problemáticas del Sistema Penitenciario, no directamente desde una óptica jurisdiccional, sino desde una mirada crítica que profundiza en realidades y formas de vida, para ver de otra manera ese espacio donde también hay estudiantes mujeres y hombres de la carrera de Derecho de la UACM.

Estudiantes que se van apropiando de su propia lengua, de recursos expresivos y reflexivos para atreverse a contar de muy distintas maneras, y a ensayar formas de escritura para tomar la palabra y exponer una gran diversidad de inquietudes, situaciones, problemas que muestran ese otro mundo que es el sistema penitenciario. Pues en muchas ocasiones los que estamos afuera damos por hecho esa realidad, y con esta antología querríamos volver a pensarla. Como escribe Jessica Colín, autora de varios de los textos: “pensamos en la rutina como si fuera algo que nos perteneciera, algo que merecemos, algo que no va a cambiar. Precisamente por esta constatación infundada, deberíamos tomarnos un día, sólo uno, cada que nuestro ego nos haga creer que somos merecedores de cualquier cosa, para ir a aprender a la cárcel...”. Quizá de eso se trata, de que como universitarios vayamos a aprender a la cárcel a través de esta antología.

La pregunta “¿Quién soy?” fue el principio generador del relato; el motor por el que las mujeres y los hombres estudiantes se van acercando a sí mismos para intentar dar forma, o hacer presente eso que quizá ni siquiera se habían detenido a formular, y mucho menos a expresar en un relato. Sirvieron como punto de partida en la lectura, un pequeño

cuento de Anthony de Mello, “¿Quién eres?”, y un ensayo de Oscar de Borbolla, “¿Alguien sabe quién es?” Ambos apelan no a responder con los datos típicamente conocidos (como nombre, profesión, estado civil, descripción física, etc.) sino a ir más allá en la propia singularidad de cada uno, a apropiarse de la pregunta misma que, a veces, ni siquiera se la habían planteado.

De ahí, fueron surgiendo los otros textos para tejerse con temáticas que se iban imponiendo con las lecturas y preguntas que empezaban a generarse. No se trata solamente de testimonios, sino que el desafío y el esfuerzo eran ahondar en la pregunta como una primera indagación, la de sí mismos. Fue muy interesante pues les costó mucho afrontar la pregunta, y tratar de no caer en lugares comunes; y estos textos sirvieron para ahondar en la importancia de las preguntas al comenzar a indagar sobre algún tema. Al final, después de mucho pulir y trabajar sus textos creo que se lograron cosas interesantes que ya les tocará a los lectores evaluar.

El segundo apartado, “Aprender a la cárcel” se genera a partir de un artículo que se llama “Aprender al asilo”, donde el autor español, Luis Landero, nos hace conscientes de que todos somos narradores, dando un panorama general sobre la importancia de la narración, y cómo frente a los debilitados sistemas educativos, a veces valdría la pena enviar a nuestros estudiantes a aprender al asilo. Es decir, aprender a partir de la experiencia directa, y en este contexto quisimos hacer la analogía y la pregunta de si habrá algo que se puede aprender en la cárcel.

“La ventana” un escrito de Olga Tokarczuk, escritora polaca, premio Nobel 2018, texto escrito durante la pandemia, dio pie a ver lo cercano, pero también a imaginar y pensar

lo lejano, a problematizar los contextos y describir detalles que nos permiten recrear una atmósfera, lugares, situaciones, emociones, problemas que nos vinculan con otras personas, ya sea afuera de la cárcel o inspirados desde las ventanas del encierro. Este ejercicio sensibiliza la mirada al entorno, y la importancia de acercar esta mirada a las cosas con la descripción, pero al mismo tiempo de saber distanciarse con una observación más reflexiva sobre los contextos.

“La aparición” de José Saramago, un pequeño texto que forma parte de su libro *El equipaje del viajero*, es una manera de representarnos ese instante inserto en una constelación de cosas y signos cotidianos, pero que se requieren para que, justamente, en un momento determinado “algo” se haga presente y se “descubra” inserto en la rutina de la vida diaria. Saramago nos dice de algún modo que hay que aprender a ver, pues a veces somos “ciegos que viendo no ven”. Aprender, entonces, a observar mejor lo que nos rodea para dar cuenta de nuestros contextos. Por ello, en este apartado los autores se hacen conscientes de esa “aparición”, de aquello que sale a nuestro encuentro, pero que ya de tan conocido, de tan acostumbrados ya no vemos. Así que la magia de Saramago nos hace ver lo que está frente a nosotros, pero se sigue escapando de nuestra atención. En este sentido, los escritos se enfrentan con aquello, Otro, que también sale a su encuentro, que quizá había estado ahí, pero que no habían logrado reconocer o recoger para darle nombre. Estos textos muestran quizá esa forma metacognitiva que surge como un destello, como una “aparición”, para tomar conciencia de algo relevante, de su entorno, de sí mismos, de algo que los supera, pero que, al reconocerlo, al nombrarlo aprenden de ello.

El “Viaje imaginario” surge de ese texto del escritor español Juan José Millás “El viaje inmóvil”, que escribió a propósito de la pandemia, en el que imagina si acaso al terminar esa enfermedad que paralizó al mundo, nos podremos reconocer de la misma manera. Pero, sobre todo plantea una mayor dificultad: la de “regresar al lugar del que jamás nos marchamos. (...) Pienso en la vuelta a mí mismo. (...) ¿Cómo seré cuando regrese a mí? Pero cómo seré también cuando regrese a ti, a él, a ella, a vosotros, de quienes no me he separado.” Y así a lo largo de este pequeño texto, el autor se hace preguntas que plantean ese regreso a nosotras mismas y al reencuentro con los demás, sobre todo después de una crisis. Sirvió de ejemplo para que los estudiantes, hombres y mujeres, narraran ese viaje hipotético que, efectivamente, remueve muchas emociones, pero sirve también de veleta, de dirección para imaginarse más allá, fuera de las rejas y los muros, retomando su vida de afuera. Al mismo tiempo, para plantearse preguntas que problematicen su condición estigmatizada, así como el reconocimiento de los otros: pensar lo familiar como algo extraño o, incluso, ver su propia condición de reclusión de otra manera.

En el apartado “Problematizar el centro de reclusión” se exponen y también se argumentan a manera de ensayo, algunas cuestiones que se desprenden del Sistema Penitenciario como la corrupción; la diferencia entre readaptación y reinserción a la sociedad de las personas privadas de su libertad; la crítica a las formas de corrupción que se “normalizan”, pero que si se miran bien siempre rebajan la dignidad humana; el papel de los medios de comunicación en la estigmatización de los reclusos; el peligro que conlleva el uniformar en una misma categoría a una población tan diversa.

Finalmente, temáticas que nos enfrentan, como lectores a preguntas esenciales: ¿justicia o injusticia, de qué o de quién depende?, ¿sirve de algo socavar, debilitar la dignidad humana de los presos para que se reinseren mejor en la sociedad? Una multiplicidad de temas que nos llevan a plantearnos cómo “humanizar”, si se pudiera decir así, es decir, mejorar la impartición de justicia y el trato justo, en esos espacios de encierro, a la población, pero también a los familiares. Del mismo modo, cuestionamientos de cómo llevar a la práctica tantas teorías y leyes —que, a veces, se quedan sólo en el papel o en la “interpretación” de una sola persona— para una mejor forma de inserción de estas personas en sus contextos familiares, sociales, personales.

Terminamos la propuesta de este libro con la escritura de “Crónicas”, obviamente de sus contextos más cercanos que son los espacios de reclusión. Esta diversidad de miradas a un mismo espacio enriquece y problematiza los temas que de ahí se desprenden: las costumbres, el día a día, la diversidad de la población y la convivencia, los tratos con familiares y custodios, los entretenimientos, los aprendizajes, los abusos de poder, las formas de vida. Nos muestran “lo que sucede por dentro de lo que acontece”, como debiera exponer una buena crónica, recreando diversas atmósferas, retratando a otros, recogiendo el tiempo que “les pasa” en esos espacios que han logrado imprimir en sus crónicas. Es así el regreso a una perspectiva subjetiva, pero que fue aprendiendo a ampliar su visibilidad objetiva a esa realidad que, paradójicamente, muchos medios “informativos” en su afán de decir la “verdad” ocultan la realidad, y, en cambio, el registro narrativo de la crónica, su valor testimonial, permite un acercamiento vívido a los sucesos y su valoración crítica;

enciende con otra luz eso velado, oculto, oscuro para comprender mejor los claroscuros de esa realidad.

No podemos simplemente uniformar y ver a hombres y mujeres que están en los centros de reclusión de la misma manera. Justamente este libro intenta dar otras caras de una misma moneda, otras aristas de un lugar. Pues la realidad no es de buenos y malos, de blancos y negros, sino de claroscuros, con muy diversos matices, sutilezas, diferencias, semejanzas. Este trabajo realizado de manera individual y conjuntamente se dirige, pues, a analizar y acercar otras voces que intentan, apenas, nombrar eso que somos desde “adentro” de nosotros mismos, pero también desde “adentro” de ese recinto, para comprender algo más de la realidad; objetivando situaciones propias para llegar a núcleos de realidades que, como universitarios, apelan a nuestra atención como materia de estudio. Pues como escribe la filósofa Hanna Arendt en “La crisis de la educación”:

Por estar hecho con manos mortales, el mundo se desgasta; y por cambiar continuamente sus habitantes, corre el riesgo de volverse tan mortal como ellos. Para preservar al mundo frente a sus creadores y habitantes tiene que ser *constantemente reajustado*. El problema consiste, simplemente, en educar de tal manera que de hecho siga siendo posible un reajuste, aun cuando, desde luego, ello nunca pueda ser garantizado. (El énfasis es mío)

Vale la pena repensar con estos textos que se imponen desde otro lugar, no para renegar de ese sistema sino para ser críticos, reflexivos y creativos; para que con esos registros se puedan hacer “reajustes” en esa violencia generada, a veces,

en el ámbito de lo personal, de lo familiar y de lo social. Volver la mirada a quien vive el acontecimiento, en este caso a quien padece el castigo, la pena, para desmontar estereotipos y prejuicios existentes como individuos y como sociedad.

Cuando las leyes no bastan, cuando las defensas no son suficientes, cuando la droga apaga toda sensación, cuando el aislamiento conduce al propio infierno... nace, de pronto, la evocación de la plegaria, pero también germina el camino para reescribirse, para repensarse, para recrearse en la escritura, pues es con ésta que se crea un cierto orden, una armonía añorada, una búsqueda de algo más... que está ahí, aquí, allá y allende las rejas, pero siempre dentro de nosotros mismos. Ése es el desafío, ¿cómo decir todo ello?

¿QUIÉN SOY?

El ser humano es este que soy yo.

San Agustín

JOSÉ DE JESÚS FLORES GONZÁLEZ

Esto es lo que soy

Me dicen Pepe, tengo 43 años de edad, y 25 años, meses y días de estar preso, soy otro ser humano, resultado de un pasado lleno de múltiples transformaciones. Como buen ser humano que soy estoy lleno de defectos que han marcado mi vida y me han llevado a ser lo que en realidad soy: un preso. Una persona privada de su libertad que está recluida en la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla pagando un delito que sí cometió.

Antes de llegar aquí era, igualmente, un prisionero que ya no actuaba, ni caminaba, ni interactuaba como las demás personas, ya que sólo los veía con el signo de pesos, viendo qué podía sacar de los demás. Soy un interno dentro de una gran prisión, que lucha y pelea con lo que tiene, para no ser absorbido por el sistema penitenciario, es decir por la vida en este recinto que también, presionado por las circunstancias, lleva a saber más de cerca quién es uno mismo; y a defender a toda costa sus derechos que tan fácilmente se pierden o no se respetan en estos lugares. La importancia de saberse alguien es, en realidad, por los que están más cerca. Sé que también afuera es importante irse descubriendo, pero

la sensación aquí dentro es como si solo dependiéramos de nosotros mismos para sobrevivir, de ahí que hay que estar siempre atentos. Lo malo es que a veces giramos demasiado alrededor de nosotros mismos para estar más a la defensiva, y quizá esa perspectiva de vida nos hace ir perdiendo el interés por los demás.

Soy un recluso que después de ya casi 25 años, tiene miedo, ya que perdió todo y sabe que ya casi llega la hora de salir, pero ya entonces me preocuparé: cuando llegue la hora de enfrentar esa otra realidad a la que, curiosamente, en prisión es donde he aprendido a reconocer. Soy un penado que ya está harto de que lo vean como algo insignificante, como algo que no vale nada, por el solo hecho de ser un penado. Pero aquí también se aprende que lo único que debe importar es lo que yo piense de mí mismo, que yo me acepte, me respete, me exija, me responsabilice; que lo que yo mismo desee y construya para mí adentro, y sea capaz de hacer todo eso por alguien afuera.

Soy un cautivo que ha entrado en depresiones tan grandes que ha intentado quitarse la vida en tres ocasiones. Un condenado a 29 años, 10 meses de prisión por el delito de privación ilegal de libertad y robo de los cuales lleva 25 años, y ya le pesaron. Y por todo esto y más, tuvo que ser separado de una sociedad para que no siguiera haciendo daño, y lo más importante, para que esa sociedad no le siguiera haciendo daño, y le demostrara que puede cambiar; aunque como quiera que sea, la sociedad sí lo considera parte de ella, porque si no, no lo hubiera encerrado y así poder reinsertarlo como el día de hoy lo hace; porque es difícil de entender, pero esto tiene mucho de verdad, ya que gracias al sistema, a la readaptación, a la reinsertación puedo decir que soy otro.

Soy un sentenciado que ya no tiene familia, la mayoría murió y los que viven no quieren saber de él. Se podría decir que fui así porque lo aprendí, pero, aunque podría contar un cuento o una historia que no es la mía, no sería mi verdad. Físicamente claro soy el resultado de mis padres, pero ellos, lo más que hicieron fue darme la vida y lo más básico de ella. Siempre me enseñaron lo bueno, lo correcto, y por eso logré ser oficial del ejército mexicano. Pero lo que hoy soy, es el resultado de mis malos pensamientos, de querer salirme con la mía, de no saber respetar, de crearme superior a todo y a todos, de mi prepotencia. Si algo he aprendido aquí es que puedo cambiar, y si algo sé es que soy una persona que lucha, y mucho, y más cuando cree qué es lo mejor para él. Sé que soy un interno aquí. Pero también estoy seguro de lo que quiero ser y de mis capacidades.

Así que hoy:

Soy un estudiante que quiere ser abogado.
Soy un interno que quiere ser libre.
Soy un boxeador que quiere ser entrenador.
Soy un amigo que quiere ser leal.
Soy un padre que ya es abuelo.
Soy un humano que quiere ser hombre.
Esto es lo que soy yo.

Yo y mi contexto

Tengo un nombre, tengo cierta edad, tengo familia, qué importa, quizá lo que importa es el tiempo que llevo aquí..., y soy de algún lugar como cualquier hombre. Hace tiempo

que estoy en este lugar y para muchos de mi familia soy una vergüenza, pero para otros, unos cuantos, sigo siendo el hermano, el padre, el sobrino. Las etapas difíciles como los temblores o la pandemia del coronavirus debilitaron algunas relaciones, pero otras las fortaleció. Como dicen, es en los tiempos difíciles cuando, al menos aquí en reclusión, se demuestra quién en verdad está con nosotros y quién no.

Desde mis primeros recuerdos cuando era niño se me viene a la memoria el sentirme querido por mis padres, pero también el ambiente hostil y de peleas continuas entre ellos; de amenazas de separaciones; de vicios y necesidades económicas; de miedos y soledades. En ciertos ambientes, o quizá es la suerte de la familia donde te toca crecer, se vive más la inseguridad y la violencia que afuera en las calles, más en casa con familiares que con extraños. Los padres dejan a los hijos al cuidado de familiares y, a veces, ahí comienzan las pesadillas, como en mi caso: el tío que me golpeó, que me violó, que me amenazó, y para colmo tuve que llevar esa carga a costas sin que mis padres me creyeran.

El peligro del ser humano es que peca de ingenuidad, de ceguera y de desconfianza en los hijos. En lugar de ser comprendido, mi padre me reprendió, me castigó y hasta me golpeó. Qué clase de ser humano puede crecer así, rodeado por todos lados, dentro y fuera de casa de violencia, de desconfianza, ¿dónde podría estar el amor familiar?, ¿qué es lo que puede unir a una familia, a un ser humano con otro? Así pasaron los días, el tío siguió siendo una amenaza ya no sólo para mí sino para mi hermana, pero mis padres seguían sin querer ver, sin querer reconocer; yo había crecido, pero el dolor, los golpes también de mi padre, la desconfianza de ambos me fue apartando de la familia, me veían mal, como

si yo fuera el culpable. Dice el dicho que lo que no te mata te fortalece, no sé si sobrevivir a todo ello sea fuerza, no, no lo creo. Crecí con tanto miedo, queriendo escapar de todo, que ahora estando en encierro he logrado por fin construir, sentir cierta paz, y quizá, hacer de todo ese pasado doloroso, violento, amenazante que no me mató, la arcilla para dar forma a lo que ahora soy.

Cualquiera diría que estando en la cárcel, la forma de quienes estamos aquí es monstruosa, deforme; la representación del mal... pero también se olvida que a muchos la vida simplemente nos dejó sin fuerza, con una voluntad debilitada, con un carácter resentido; quizá seamos producto del mal de otros, de las circunstancias para dejarnos tullidos de espíritu, de pensamiento, de sentimiento; aunque al final se tiene que reconocer que siempre está la decisión que uno mismo toma, el camino que uno mismo elige, el ser responsable de la propia vida.

Desde niño huía, escapaba o me drogaba para evadir ese mundo de carencia, de pobreza no tanto de recursos materiales, sino de recursos interiores, de afecto, de cuidados, de preocupaciones entre unos y otros; pareciera una enfermedad que se contagia, peor que la epidemia de un virus que no conoces y que no se puede pelear contra él; porque en la enfermedad de la carencia, de la pobreza se conoce a los que están alrededor, pero quizá la peor lucha no es contra un virus o contra los fenómenos de la naturaleza sino con el ser humano que está al lado de ti.

Cuántas golpizas me llevé, no sólo de mi tío, mi padre, mi abuelo y después las que vendrían en este lugar. Todas quizá engendradas desde la ignorancia, desde el desamor, desde la incapacidad de amar, de amarse a sí mismos. En

lugar de rehacer la familia, mis padres decidieron llevarme dizque a terapias, o internarme; lo que se suele hacer cuando los padres no se dan cuenta de cuál es el problema, o de que el problema es toda la familia y con cada uno de sus miembros, el contexto social, la falta de oportunidades, etcétera. Quizá por todo ello, de nada me sirvieron esas terapias. El alcoholismo de mi padre, la inseguridad y dependencia de mi madre, la violencia entre ambos, el abuso sexual de los familiares, los golpes a los hijos, todo ello crea un ambiente poco propicio para un buen crecimiento, cualquier gente lo sabe. Así, fui creciendo y conmigo la rebeldía, y con ésta los castigos y las palizas, o las expulsiones de la escuela y entonces me obligaban al trabajo de tiempo completo. Hasta que un día, de pronto me tocó ser el hombre de la casa, comer con los grandes, que las mujeres sirvieran a los hombres, yo estaba todavía chamaco y como no tenía esposa, era mi madre quien me atendía. Ay las costumbres, los roles que se van imponiendo y con ellos las actitudes, los valores, ¡cómo no se iban a criar “machitos” si todo parecía hecho para eso! Mi madre terminó separándose de mi padre, construyó un cuarto con sus ahorros, ahí nos fuimos ella, mi hermana y yo; y de ahí para delante yo sería el hombre de la casa. Tendría que terminar la escuela y trabajar en el molino con la tía Chela.

En ese entorno crecí, todavía chamaco me drogué, robé, me aloqué, me enamoré, me peleé muchas veces y, entonces, hice lo único que creía que hacía bien: desquitarme con los otros, con las novias, con la vida. Quizá lo que hice después al ir creciendo, apoyando a mi madre y a mi hermana en lo que podía, era pensar que tenía que seguir desquitándome.

me con alguien. Como si así hubiera podido arreglar algo, como si culpando a alguien hubiera ganado algo, como si gritando cuan injusta me parecía la vida, mi grito se pudiera oír afuera, siempre afuera, quizá desde ahí fui creciendo errado, torcido, al pensar que todo afuera de mí tenía que cambiar, sin saber que el comienzo debía haber sido desde dentro de mí.

Sí, ¡qué equivocado estaba!, la vida no cobra la cuenta al exterior, la vida siempre nos pide cuentas a cada individuo, y tarde o temprano hay que pagar las consecuencias de todo lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. Pero ahora veo a la distancia, con tantos detalles que aparecen en mis recuerdos, tantos rostros y acontecimientos buenos, malos, dolorosos, alegres, que todo ello me trajo hasta aquí, a este lugar en el que nadie quiere estar. No voy a renegar ya de estar aquí, y si veo el otro lado de las cosas, gracias a todo esto, a cada pieza que conforma mi pasado, es lo que hace que ahora yo sea este hombre, que asume lo que es sin juzgarse, sin etiquetarse, sin adornarse, sin victimizarse... Esto soy.

JESSICA ORTEGA CHILA

Soy un ser al que la vida le ha dado forma y que se ha ido desarrollando con todo lo que la ha hecho crecer, tengo la capacidad de pensar y de poner en práctica mis cinco sentidos para ir madurando esto que creo ser, con los dolores que ese crecimiento implica. Fui guiada por mis padres para tener un mejor desarrollo físico y mental, me inculcaron siempre valores, costumbres y buenos hábitos; a veces injustamente los que están fuera de este lugar piensan que, por estar dentro, algo tuvieron de culpa los padres, algo hicieron mal, y no se puede juzgar lo que está detrás de una, ni siquiera a una misma, se juzga en todo caso el acto, el hecho y aun así es difícil.

También he aprendido a través de otras personas. Ahora ya siendo una persona adulta soy quien toma sus propias decisiones, puedo cometer errores, pero también aprendo de ellos; puedo expresar mis sentimientos, llorar, reír, odiar, pero también amar, soy una persona que intenta siempre pensar antes de actuar.

Por nombre mis padres me pusieron Jessica, e imprimieron en mi ser el goce de estar viva; soy una persona sana y que goza de poder caminar, hablar, escuchar, ver; sé que a lo largo de mi vida también se han impreso, como tatuajes

en el cuerpo, conductas aprendidas, ciertamente desde que nacemos. Todo ello es parte del crecimiento, de lo que nos va dando forma para ser quienes somos.

Tengo la capacidad de decidir qué es lo que quiero para mi futuro, tengo la facultad para seguir aprendiendo, es decir aun dentro de este lugar busco libertad. Soy un ser social que puede relacionarse con su entorno y adaptarse, y también sobrevivir a las diferentes pruebas que la vida me ha puesto. He tenido la dicha de ser mamá y con ello ir madurando en otra etapa más de la vida, todo lo que soy, hoy por hoy, es parte de lo que he vivido. Yo pienso que cada día vivo, crezco y maduro, en pensamiento y acciones, tal vez cada día que pasa cambie físicamente, pero en mi espíritu sigo siendo yo, cada vez mejor o peor, pero siempre intentando descubrir qué es eso de ser yo. A eso venimos a este mundo, no solamente a nacer, crecer y morirnos sino a ir construyendo lo que queremos ser con los otros y con nuestras circunstancias. Obviamente primero somos guiados para después tomar y hacernos cargo de nosotras mismas, de nuestra personalidad y de nuestras acciones.

A pesar de todo, de prisiones internas y externas, soy una mujer que quiere seguir creciendo en todos los aspectos y llevar a cabo mis proyectos sin ser tan aprehensiva ante las situaciones que aún no han pasado, que desconozco o que no está en mis manos resolver; pero seguiré trabajando en eso, recogiendo lo que sea esencial para ello, y recorriendo esta senda que es mi vida.

CARLOS GOPAR

*At the other side of fear,
there are all the reasons
that we'll make happy...¹*
Cd'M

Este prolongado encierro y las pérdidas sufridas me han llevado a enfrentar demonios del pasado y del presente; además, me parece una buena oportunidad para sentarme, tomar café y fumar, esperando que la pluma no se detenga mientras hablo y escribo desde mi soledad y obscuridad; tan solo por querer insultar y escupir al rostro de todos mis detractores y verdugos.

Soy... éste cuya vida ha sido una retahíla de equivocadas decisiones y trágicos fracasos; este espejo roto y la incansable lucha por encontrar todos los pedazos, y así recuperar (por lo menos) la noción de mi identidad; abandonando el caos de ser muchas personas y ninguna a la vez; o enfrentar la disyuntiva entre ser auténtico y la seducción de aparentar.

Soy... el que hoy se dio cuenta de que su tragedia ha perdido parte de su grandeza y su ombligo la importancia; que

¹“Al otro lado del miedo, / están todas las razones/ que nos harán felices...”

hace demasiado tiempo murió el niño que fui y lo sé, porque vi una foto de esa época y no pude reconocer el rostro juvenil y fúnebre de alguien que no tenía confianza en sí mismo.

Soy... ese pobre niño al que le da por fastidiar a todo el mundo, arrojando a la vida y al destino, con la desdenosa y firme altivez de un Dios desterrado; pues, cuando lo dejaron de niño lloró hasta enterrar su inocencia y jamás volvió a llorar por ella, aprendió que llorar no era una opción, que existían otras; a pesar de que el último golpe inexpiable lo había dejado sin fondo.

Soy... aquel que durante su niñez y adolescencia pasó muchas noches con los brazos abiertos y los ojos acuosos, implorando a la luna que lo llevara con ella, pero nunca funcionó; porque fue esputado como un deforme átomo en la diáspora cósmica.

Soy... el que se ausentó de los demás, zambulléndose en las sombras, en el goce material, poniendo a la mente sobre el corazón, valorando el placer y el desenfreno por encima de los sentimientos; buscando la falsa dicha para huir del dolor.

Soy... un niño que no tuvo el amor necesario y mucho menos, alguien capaz de protegerlo.

Soy... un hombre zaherido, destrozado, inestable, atormentado, distante, solitario, maniacodepresivo, obsesivo compulsivo, perdido, un viacrucis de esperanzas nulas y sueños rotos, viviendo en esta vida muchas vidas, entregado a la masacre neuronal, al saqueo espiritual y a la destrucción familiar.

Soy... el que, dentro de este aterrador, silencioso y mediocre espacio, donde mueren los amores, la fe y los sueños entre los barrotes, el cemento y el olvido, espera a que llegue

el día en que libere su alma y su ser con el suspiro más largo, profundo y honesto que el universo haya escuchado jamás.

Soy... toda esta carne, huesos, piel y la vida que se tatuó sobre de ellas, que se exhibió sin pudor, perenne testimonio de todos estos años de hastío, depresión, abandono y vacío, de esa enfermiza búsqueda de la muerte.

Soy... este cuerpo que ha sido cómplice del placer vacío, documento y testigo mudo de mis oscuras y malsanas emociones. Aquí, está la memoria corporal, los dolorosos recuerdos y la bitácora de mi absurda historia.

Soy... Al que tal vez el destino, la vida, el universo, el infierno o el cielo decidan sobre él y le den una oportunidad para trocar su camino, para saber lo que es amar, para tener familia y para vivir en realidad, al menos el tiempo que le reste por vivir.

Éste... soy Yo... perdido...

GRACIELA DÍAZ AMARAL

¿Quién soy? Es una de las interrogantes que ha venido a la mente del hombre desde épocas remotas. En la actualidad y tal vez para siempre la pregunta siga metiendo su aguijón en cada una de nosotras, debido a que el ser humano por su sola condición no se ha respondido su origen, así como el devenir histórico que va más allá de teorías, dogmas, paradigmas, utopías o falacias.

Los filósofos han desarrollado el arte de la dialéctica como un medio más o menos entendible para la sociedad común, para lograr que fluya una respuesta nata del ser humano. Han buscado a lo largo de los siglos el razonamiento y motivado la curiosidad mental de la que se han desprendido ideas sobre quiénes somos en realidad. Los científicos han hecho aportaciones “valiosas” o no, revelaciones tan creíbles para algunos y tan increíbles para otros que, igualmente, se han quedado en teorías, tesis, pero sobre todo en preguntas.

Por otro lado, los religiosos, entre algunos, los rabinos, gurús, guías, avatares, sacerdotes, pastores y demás eruditos en la materia, han emitido algunas aportaciones ideológicas en función de esta pregunta, sin que, al momento, logren ponerse de acuerdo entre ellos. A otra gran porción de la sociedad mundial, ni siquiera le importa la interrogante, ni

su “mística” respuesta. Viven para comer, soñar, consumir, casarse y sus días, sus años, sólo pasan... Para mí, la pregunta lleva implícita la respuesta. ¿Quién soy? “el ser”, la esencia, la existencia.

Quizá entonces sólo me pueda acercar a esa pregunta desde un lenguaje que se me vuelve imagen... Soy el mar que se aquieta con la caricia esperada del astro rey que se refleja con toda su magnanimidad; mar que es fuente de vida, pero también hondura que guarda victorias y fracasos; alegrías y tristezas; ganancias y pérdidas.

Soy esa voz que retumba en sí misma con gritos de silencio, y que, como el mar, se abisma en un mundo que nadie entiende, pero que sus aguas y arenas se sienten cuando acarician o golpean con el vaivén de las olas, que conquistan y atemorizan al furtivo visitante que, asombrado, pretende comprender el principio y el fin del horizonte.

Soy ese mar que como pulido espejo refleja un cielo que algunos dicen conocer, pero nadie, en realidad, se ha elevado para descifrar el enigma de esa piedra filosofal que espera ser descubierta. Marinos, pescadores o piratas creyeron encontrar el tesoro escondido; otros, imaginaron robar la hermosura de las mareas y poder de las olas.

Soy ese sinuoso y tormentoso mar, a veces voy, a veces vengo; un día me callo y sólo observo, medito, maquino, y esos pensamientos, como un banco de peces, invaden mi sentir, quebrando mi silencio que desaparece entre olas de fuerza y de miedo. ¿Quién diría que el mar tiene miedo? ¿quién diría que el fuerte mar no es tan inmenso?

Soy esa corriente que repentinamente emerge de la profundidad del océano oscuro y frío, muchos se asombran, otros se asustan, algunos descienden por sus misteriosas

aguas, otros se quedan en la superficie surfeando entre las olas, y otros más le ven desde la distancia... Soy ese mar que a veces quiere ser desierto.

JOSÉ ORLANDO HERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Esta interrogante es interesante, me inquieta, me provoca, e intentaré explicarlo. No empezaré por decir mi nombre, tampoco diciendo cuántos años tengo, ni a lo que me dedico; mejor comenzaré respondiendo por las experiencias que he vivido.

Soy un ser humano único e irrepetible, con debilidades, límites y fortalezas. Por voluntad de Dios, estoy de paso en esta vida terrenal, tratando de entender cómo funciona este mundo material, y lo que mis sentidos pueden detectar con facilidad. Soy dichoso por ser parte de la naturaleza, asombrado me quedo al mirar que la vida es inmensa.

Me gusta vivir en armonía, siempre respetando a mi prójimo cada día. Ahora mi manera de pensar ya no es como antes, me he dado cuenta de que no soy más ni menos que mis semejantes. He aprendido muchas cosas que desconocía, porque cegado estaba por mi rebeldía. El destino y mi mal camino me trajeron a la escuela de la vida, donde ahora estoy buscando mi salida.

Sé que a través de buenas acciones, esfuerzo y comprensión podré superar esta caída. Disfruto mucho los momentos de soledad, a mí en lo personal me sirven para meditar, reflexionar y trabajar en los errores que cometí en algunas

ocasiones de mi vida. Ahora el mal comportamiento ya no tan fácil me domina.

Me he vuelto más consciente, a diario trato de ser más diligente porque sólo quiero que buenos pensamientos pasen por mi mente, de esa manera podré mantener en equilibrio mi ambiente.

Ahora sigo siendo parte de este plano terrenal, he comprendido que en el mismo me vine a preparar porque en algún momento mi vida tiene que acabar, y me gustaría que mis seres queridos, con gusto siempre me puedan recordar. Y servirles yo de ejemplo en quien se puedan reflejar. Pero depende de cada uno de nosotros si queremos ser recordados como buenas personas o ser olvidados y sepultados junto con nuestras malas actitudes.

Yo estoy seguro de que somos creación de Dios, porque solamente un ser muy superior puede entender nuestra naturaleza, y lejos de juzgar y castigar, nos invita a reflexionar para que la naturaleza divina en cada ser humano se pueda manifestar.

LIZETH VÁZQUEZ GALICIA

¿Qué sucedió conmigo? Durante muchos años, todo mi tiempo y atención estuvieron dedicados a otras personas y a mi familia; tenía la idea aprendida de que así debería ser, sólo por seguir un rol de vida de ama de casa. Quería ser la mejor, pero en realidad no me daba cuenta de que solamente lo hacía para quedar bien no conmigo misma sino con la sociedad y con las tradiciones familiares.

El poco tiempo que me sobraba no era suficiente para mí, para saber si era realmente lo que quería; y como alguien me lo dijo alguna vez, antes era pura aventura y ahora se volvió responsabilidad, pero creo que asumí esos roles sin saber del todo la responsabilidad que implicaban. Ahora que me encuentro un poco distante físicamente de mis seres amados, en otro lugar, me percaté de que no importa si estoy o no, pues todo sigue adelante; entonces, es tiempo de que me busque y me encuentre para saber en dónde quedó esa persona que disfrutaba de las cosas, a la que no le importaba el tiempo ni el lugar en el que se encontrara, porque gozaba de ese momento que hacía suyo.

Quizá no soy tan indispensable para los míos, a lo mejor en un momento lo fui como hija, pareja, madre, amiga, pero ahora me doy cuenta de que es en mí misma donde

tengo que buscar la transformación. Aquí desde este sitio de encierro voy a ser feliz, sin tener muchas expectativas de los demás, sino aprendiendo con el día a día a darme forma, sin importar si soy indispensable o no para los otros, sino entregándome a quienes amo, aprendiendo a saber quién soy y qué quiero. Con la seguridad de que al salir de aquí no seguiré un rol más sino lo que yo misma iré eligiendo para continuar construyendo esa felicidad que me acompañará, estoy segura, en otro espacio y otro tiempo; por ello quizá es importante seguir haciendo la pregunta: ¿quién soy?

KEVIN GERARDO SANDOVAL ARÉVALO

Tratando de contestar y después de mucho tiempo de tener esta pregunta rondando por mi cabeza, me doy cuenta de que soy una persona con muchos miedos e inseguridades, pero sobre todo del gran trabajo que representa el autoco-nocimiento. Ahora regreso a esa persona que por mucho tiempo perdió el amor y el respeto por sí mismo, que por un momento dio por hecho que ya había cambiado y que se amaba y tenía una vida “normal”.

Había cambiado muchos malos hábitos que me lastimaban y lastimaban a los demás. Pero por alguna extraña razón entré a este lugar, mi pasado me alcanzó y aunque yo mismo me estaba engañando, pues en estos tres años según yo aprendí a ser feliz conmigo; ser una persona fuerte y con muchas ganas de salir adelante, de superarme, de no seguir siendo la misma persona que entró. Con los cursos de psicología, o de superación como el de ASUME que nos impartían en el otro penal, parecía que ya había vencido muchos fantasmas que no me dejaban crecer. Pensé que ya sabía cómo poder contestar este tipo de preguntas, pues dizque conocía algunos defectos y virtudes o cualidades, pero ahora me doy cuenta de que no fue así, y más bien descubro que esa tarea de conocerme a mí mismo no termina. La pregunta

vuelve a poner sobre la mira el quién soy y el cómo me siento con respecto a éste que soy.

Todos esos miedos regresaron, ya que por más que quería contestar, aplacé la pregunta durante varias semanas, y esa facilidad de abrirme se volvió a quedar atrás desde que llegué a este nuevo penal. Sé y reconozco qué fue lo que me hizo que me volviera a bloquear, y por más que quiero dejar todo eso, el dolor de esas pérdidas de personas que amaba, o más bien que sigo amando, y que quizá no he podido llorar como quisiera o tratar de sanar de una buena manera; ahora sé que el dolor siempre estará, por eso lo mejor es hacerme cargo de él, acercarlo a mí para verlo y reconocerlo como parte mía.

De pronto me volví a encapsular, y aunque yo quiera pensar que todo está bien, sé que tengo que volver a aprender a dejar muchos cambios que se han dado en tan poco tiempo. Así que por el momento soy una persona tímida, insegura, retraída y seria. Pero con esta pequeña escritura, narrándome, tomo conciencia de verme a mí mismo sin tantos juicios, y espero pronto volver a encontrar ese amor hacia mí mismo, ese respeto a mi propia dignidad como ser humano, y con eso regresará todo lo demás.

Mi seguridad, mi alegría y todas esas cualidades que quiero que salgan sin que tenga tantas expectativas, y poderlas expresar; pero no encuentro cómo decir lo que siento, porque sé que tengo muchísimas cosas que quisiera decir, así que por el momento sólo me queda esto que ahora soy: una persona con ganas de superarse.

CATALINA GARCÍA SANTIAGO

Oigo la pregunta ¿quién soy? y está de más decir que es complicado enfrentarse a ella, casi como si fuera otra mujer la que esbozo con las respuestas o más bien con el irle dando vueltas a la pregunta, intentando plasmar con palabras eso que me hace ser, ciertamente no es una tarea fácil. No tener la certeza de algo que considero demasiado profundo me genera incertidumbre, y hasta cierto punto, angustia. Sin embargo, sé que sólo yo puedo ver y tocar a mi ser interno, así que intentaré reconstruir a ése, que siento y pienso cercano a lo más hondo de mí.

Me considero una mujer sensible, que se siente vulnerable al dejar sentir sus emociones, sin importar si éstas son incómodas o agradables, con un temor constante a equivocarse. Me vivo con miedo cuando necesito tomar decisiones importantes; no obstante, al hacerlo adquiero el valor para enfrentarlo e intento tomar el mejor camino para mi propia vida.

Cuando dejo fluir mis emociones me siento libre y me fortalece el no negarlas; disfruto los momentos a solas, porque ahí no puedo evitar escuchar esa “vocecita” interna que me permite tener sensaciones más conscientes en mi cuerpo, que me hacen saber cuándo algo me molesta o, por el contrario, me produce bienestar; el problema surge cuando me salgo

de mí. Admito que estoy más habituada a mirar lo externo y esto hace que me pierda.

Escuchar mis pensamientos negativos provoca que me llene de miedo y desconfianza, así que una vez más todo mi ser se rebela y me hace regresar a mí. Sólo aquí, dentro de mí, adquiero esa seguridad para no dejar pasar mi vida de largo, pues el miedo a quedarme sumergida en el afuera, a sentirme perdida es más grande que lograr hacerme cargo de mi sentir y de mi vivir, por eso es necesario siempre regresar a una misma.

Quizá lo único que puedo decir, es que sigo con esa incertidumbre que me despertó la pregunta desde el inicio de este escrito, cuestiono mis propias respuestas, no han sido suficientes; por ello seguiré indagando en todo mi ser hasta encontrar algo que me permita sentir paz.

ANTONIO ORTIZ VEGA

Soy una parte del todo y el todo de una parte, y en ese pensamiento me siento incierto. Sentir desde el legado de mis antepasados el hilo del tiempo, tratando de hilar y tejer hasta éste, mi momento actual. En el orden de ese tiempo pasado aterrizo en la esquizofrenia del desorden, como cuando un torbellino arrasa con todo, las ideas, los recuerdos, el pasado, el presente, los errores, los aciertos, lo que pude hacer mejor, lo que dejé de hacer; sé que los torbellinos y las tormentas siempre pasan. Entonces volveré a dar orden a tantas ideas, forma a tantas experiencias, nombre a tanto dolor para seguir en la búsqueda de lo que soy o mejor dicho de lo que debo ser.

Una avalancha de información me aleja de mí, se orquesta un complot que amenaza capturar mi atención: las televisoras, la radio, el facebook, el twitter, el tik tok y hasta las mañaneras invaden mi intimidad y me bombardean con datos: la crisis económica del país, el cambio climático, los cárteles de la droga, un muerto aquí, un muerto allá, la inseguridad, chismes y videos absurdos de quien no tiene algo mejor que hacer con su tiempo.

El encierro... necesito el encierro, la soledad para ordenar mis ideas, mis sentimientos, mis metas y reencontrarme.

Ahora más que nunca requiero de la razón y de la percepción de mis sentimientos, como aliados vitales para desenmarañar mi entorno y tomar lo que realmente me sirva, alejarme de tanta banalidad y no caer en la locura o perderme en el Hades, en el inframundo de este espacio, no de dioses sino de humanos que parecen andar guiados por la inercia, por el peso del dolor, por el mismísimo Satanás, como seres que han vivido, desde que nacieron, en la orfandad.

A pesar de todo, mi primer descubrimiento me acerca al optimismo, soy afortunado por el nuevo día, por una nueva oportunidad, por seguir tomando decisiones, por decirle a los míos cuanto les amo; por sentirlos tan cerca de mí a pesar de la distancia y de las paredes que me separan de ellos, creyendo que puedo resarcir los tiempos perdidos que no supe aprovechar.

Sin embargo, aquellos que se confabulan todo el tiempo contra mi ser con tanta información me alcanzan, mi corazón se dobla por aquellos que no tienen las mismas oportunidades, que viven en medio de una guerra cruel por razones que no tienen nada que ver con su decisión, sino con la de unos cuantos que buscan a través de su ambición desmedida el poder y la riqueza; por el pueblo que se deja manipular por lo que oyen en los medios; por las luchas simuladas que no resuelven la inequidad que sufren en su economía; por aquellos que se parten el lomo todos los días por un salario mínimo que no alcanza para vivir con dignidad y que arrastran a su esposa e hijos a ese inframundo.

La lucha eterna de la humanidad, una lucha que no debería verse sólo desde el gobierno, los partidos o los medios de comunicación, sino desde lo que somos cada uno, cada persona para crecer en fuerza, en conciencia y en coraje por

tanta inseguridad e injusticia. Mujeres buscando a sus hijas e hijos perdidos, raptados, reclutados por la delincuencia organizada o asesinados; hombres pagando las culpas, los errores, las faltas, cayendo todos poco a poco al abismo, sí en la impotencia y la desolación. Algo me lleva a soñar con el genio de la lámpara, ¿será en nosotros, en cada ser humano el lugar donde algo se encienda para poner orden a la humanidad?

En este “sube y baja” de ideas y sentimientos, de ánimos y desconsuelos, tanto tiempo metido en el poco espacio de esta hoja para preguntarme ¿quién soy? Detengo el tiempo, pongo en pausa mis sentimientos y la razón me dice que soy necesariamente parte del todo, pero también soy un todo para mí.

YEHIMI MARTÍNEZ RAMOS

Realmente es una pregunta compleja, ya que cada día nos enfrentamos a experiencias nuevas, a acciones diferentes, relaciones diversas; razón que lleva a nuevas formas de pensamiento; emociones, sensaciones e inquietudes, y entonces no se puede contestar de una vez y para siempre esta pregunta.

Hoy puedo decir que soy un ser con mis propias ideas y que cuida de un cuerpo para adquirir conocimientos y expresarlos a partir de mis sentimientos. Hoy trataré de tomar el tiempo para abrazar a mi ser interior y expresarle mi admiración por la fortaleza que presenta, permitiéndome reflexionar sobre mis errores; así mismo, iniciaré el trabajo sobre mis miedos que, del mismo modo, son una cierta prisión que me hacen insegura y me limitan, sí como la prisión física en la que me encuentro. Cuando se está en esta situación me doy cuenta de cuántas prisiones internas vivimos apenas sin percibir las, sin reconocerlas, y quizá en ellas nos quedemos más presos que en esta prisión.

Soy un ser que trata de respetar a cualquier otro ser que tiene un lugar en el universo, ya que pienso que el lugar que ocupa es tan importante como el mío. Me muestro hacia los demás de forma alegre, aunque esté preocupada, triste o insegura, y en la soledad me recojo nuevamente para lidiar

con todo eso. En efecto, soy un ser que está trabajando por encontrarse, evitando ser parte de los estereotipos que la sociedad impone. Ahora que lo pienso, quizá los estereotipos mismos sean otras formas de prisión que nos limitan, pero sobre todo que nos quitan la libertad para comprender a los otros.

JOSÉ MARTÍN RAMÍREZ RONQUILLO

Quizás sea la interrogante que muchos de nosotros nos hemos hecho alguna vez, o la misma pregunta de la que otros tantos ni siquiera nos percatamos. La mayoría, que ha intentado dar una respuesta satisfactoria a tan inmensa duda, al parecer hasta el día de hoy ha fracasado, de una manera u otra, pero no es raro que eso suceda, ya que todos tenemos diferente percepción. Pero quizá yo mismo sea el que ha fracasado en ese intento cuando observo que la percepción que yo tengo de mí no encaja en lo que se considera “ser alguien” en la sociedad.

Una cosa es responder la pregunta para uno mismo y otra muy diferente dar respuesta a personas que tienen expectativas muy elevadas de nosotros mismos. Trataré de responder sin importar que me vuelva presa del fallo, puesto que la vida toma su sentido precisamente de eso que llamamos ensayo y error.

Comenzaré diciendo que soy un ente, soy mente, cuerpo y espíritu, soy alegría felicidad, bondad, misericordia, amor y creación; pero también soy tristeza, amargura, egolatría, altanería, soberbia, odio, muerte y destrucción, soy amigo y enemigo a la vez, soy todo y a la vez nada.

Difícil tarea de encontrar la respuesta adecuada para múltiples factores que intervienen en definirnos a nosotros mismos; además nos dejamos absorber por la sociedad donde vivimos y por sus juicios sobre unos y otros; pero de algo estoy totalmente seguro, y es irrefutable sin importar lo mucho que se esfuercen en contradecirlo, y es que yo al igual que ustedes soy un ser humano.

YURIDIA GUTIÉRREZ OROZCO

*Somos lo que hacemos día a día, de modo que la
excelencia no es un acto sino un hábito.*

Will Durant

Esta pregunta es una cuestión clave en la construcción de mi identidad, imagino que es como plantearme en determinados momentos de mi vida cómo soy yo, y claro que será de gran ayuda conocerme; por ejemplo, cuáles son los componentes psicológicos que forman parte de mi identidad, cómo son mi autoestima, mis emociones, pensamientos, problemas, miedos, fortalezas, lo que hace posible mi conocimiento y mi forma de amar.

Pero quizá no sepa en realidad quién soy, sólo sé que mis padres me dieron la vida y la educación, me enseñaron las raíces de su cultura, pero realmente yo no soy lo que ellos querían para mí, y eso está bien, porque es ahí, en ese distanciamiento de quienes nos dieron la vida, donde una misma se va haciendo quien es. Yo escogí lo que quise, no elegí correctamente lo que yo quería hacer en la vida, mi manera de pensar y la búsqueda del éxito que yo quería

tener, se derrumbaron. Y de nuevo estuvo bien, porque me di cuenta de que había tomado el camino errado.

Soy una persona que vive con miedos, a veces trato de ser fuerte ante toda la gente, para que no me vean débil, pero en realidad por dentro, soy frágil, y sé que también se refleja porque es parte de mí. Sin embargo, me considero una mujer feliz, disfruto de los momentos, vivo día con día, me siento amada, amo la vida, pero el día de mañana me da miedo morir y no sé qué pasará, quizá tenga que aprender a aceptar esa condición del ser humano: la incertidumbre, y empezar a vivir sin miedo.

Me siento libre aun en reclusión, mi autoestima es la fuerza que me permite desarrollarme, seguir creciendo con mis imperfecciones, pero creo que mi felicidad se forja en despertar y trabajar duro para lograr mis sueños.

DANIEL ORLANDO SALAZAR LOZANO

Es difícil pretender saber quiénes somos, sobre todo si no se logra comprender que la concepción acerca de nosotros mismos, en gran parte, se debe a la noción que las demás personas tienen sobre nosotros; lo que sentimos que “somos” es en momentos por ese trocito de identidad que “otros” quieran o puedan darnos. Aquí inicia nuestro problema, pues “nuestra identidad”, ese ser único y excepcional que tanto ponderamos le pertenece al mundo, a esas personas con quienes interactuamos, y aun con las que no. Resulta paradójico, entonces, que vivimos a la sombra de una identidad que no nos pertenece.

Immanuel Kant en su frase inmortal “*Sapere audem*”, “Atrévete a saber”, resume algo que todos los seres humanos deberíamos adoptar como máxima de vida: *el autoconocimiento*, y es que sólo a través de él podemos arrebatarse a los demás el poder para definirnos. Sólo mediante ese atrevimiento de conocernos podemos tomar la responsabilidad de cuestionar, analizar y reflexionar sobre nuestro pensar y nuestro hacer, sobre nuestro sentir; para así, poder explicarnos a partir de nosotros mismos y no de valores o antivalores asignados por alguien más.

Con lo anterior no quiero decir que, en un arrebatado de autosuficiencia, debemos estar en contra de lo que hemos sido, de lo que nos ha formado y de aquello que nos hace identificarnos con los otros, y así renunciar a lo que las demás personas nos aportan; porque también está ese riesgo, en los tiempos en que ser único y auténtico es el modelo publicitario por excelencia. Debemos tomar todo aquello que nos formó y poder discernir entre lo que aporta a nuestra construcción personal y lo que debe ser eliminado.

Para responder a la pregunta sobre quién soy, me gustaría poder decir que he logrado terminar mi proceso de autoconocimiento, sin embargo —y aunque resulte paradójico— mientras más me cuestiono y trato de saber acerca de la naturaleza de mi ser, más dudas resultan, y es que, como en el campo de la ciencia, mientras surgen soluciones o nuevo conocimiento, son estos mismos los que detonan nuevas y más profundas interrogantes o problemas.

Lo único que puedo decir acerca de mí es que soy un ser humano con todo lo que ello implica, que constantemente trata de mejorar en todos los aspectos. Alguien a quien no le define ni las rejas ni una sentencia dictada por un sistema judicial corrupto, prejuicioso e inhumano que, al igual que un molino de carne, procesa personas. Alguien a quien no le interesa ya lo que piense la sociedad de él y que a raíz de este trance ha tenido la oportunidad de replantear su vida y sus metas. Alguien a quien, a pesar de las adversidades, el futuro le sigue sonriendo y, sobre todo, alguien a quien la vida continúa poniendo en el camino a personas maravillosas que le hacen compañía.

Soy alguien que con cada día encerrado, libra una lucha permanente contra sí mismo, en cada momento, en cada ac-

ción, desde que se despierta a un nuevo día, hasta que cierra los ojos para cobijarse con sus propios sueños o pesadillas, todo está envuelto en una batalla constante... ahora ya no sólo contra mí mismo sino con los otros. Y sí, a veces en este encierro me siento con ganas de decir la frase de Sartre “el infierno son los otros”.

Hay días en que pienso —con mucha mayor razón que otros— en que nací en la galaxia equivocada, y si no, por lo menos en el tiempo incorrecto. Y es que al observar a todos aquellos con los que comparto la existencia, no me queda más que sentir extrañeza, y no puedo evitar juzgar que, aunque no todos, la mayoría son mezquinos, aprovechados y egoístas; presos no sólo en estas rejas sino presos de sí mismos, de su ignorancia, y de sus emociones infantiles, incapaces de empatía, del mínimo rasgo de apertura, sensibilidad o civilidad. ¿Y de la ética *apá*? De esa ya ni hablamos. Algunos por ignorantes tienen algún grado, mínimo, de exculpación, pero... ¿y los que no? ¿los que son conscientes de su ser y su proceder? A veces pienso que soy injusto, pues ¿quién soy yo sino otro más?... aun así, existen días en que ¡Dios, no hallo cómo sobrellevar a estos seres!

Hay días en que me siento como un náufrago en medio de la nada, sin nadie con quien compartir, aunque sea un pequeño trozo de humanidad. Sólo espero que el tiempo restante transcurra pronto, y aunque sé que en el mundo real no habrá gran diferencia con respecto a éste, por lo menos tendré más rango de acción y muchas más opciones, una de ellas, la mejor: salir corriendo a un lugar verdaderamente remoto.

JESSICA TORRES COLÍN

La pregunta me lleva a remontarme a mis orígenes, a mi familia, a mi pasado; por lo tanto, a ¿quién fui? Fui una niña llena de amor, de atención, de energía; una niña feliz con una familia promedio de altas y bajas. ¿Será que esto influye en el cómo somos ahora? En mi opinión sí tiene gran influencia la familia, los valores que nos mostraron, el amor y la atención que nos brindaron, las muchas experiencias, fueran aprendidas o no.

Esa identidad que fuimos forjando desde pequeños va creciendo a nuestro paso, mostrando nuestra mejor y peor versión, nos muestra la cultura que llevamos impregnada y las creencias casi impuestas que hoy en día cuestionamos.

De este modo, deseo contestar al cuestionamiento: soy ese puñado de experiencias, de emociones, de sentimientos, de vivencias, de recuerdos afortunados y desafortunados. Soy aquella niña inocente que aún siente el dolor de experiencias vividas, pero también el amor recibido; esta mujer que, agradecida, voltea a ver su pasado y se da cuenta de que no cambiaría nada porque gracias a tantos aprendizajes hoy en día soy ésta.

Finalmente, y dejando la incógnita para responderla cuando necesitemos redirigir el rumbo, quisiera reflexio-

nar sobre quién quiero ser. Quizá sea difícil responder ante tal cuestionamiento. ¿Quién fui?, ¿quién soy?, ¿quién seré? ¿Realmente nos hemos tomado el tiempo para reflexionar estas preguntas? ¿Queremos contestarlas o es el miedo disfrazado de pretextos y banalidades? Ante tal reto debe haber valentía, determinación, sabiduría y responsabilidad para aceptar que soy mi pasado, mi presente y mi futuro.

VÍCTOR VANCE VARELA VILCHIS

Soy el primero de tres hijos, mis primeros recuerdos son de un niño feliz y alegre que juega con sus hermanos. Pero pronto todo cambia. A muy temprana edad descubrí las adicciones de mi padre y el infierno que vivía mi madre —hablo de 5 o 6 años—, empiezo a tener responsabilidades de un adulto. Así pasan 2 años.

Mi madre regresa con mi papá, de nuevo somos una familia; me aprovecho de los años anteriores y ahora yo exijo que nos den todo dentro de sus posibilidades, pero conforme pasa el tiempo se va deteriorando la situación y la familia. 17 años, nuevamente la separación, esta vez, definitiva.

Entro a la universidad siguiendo a la novia de prepa (mi primer amor), me inscribo en una carrera que ni me gusta. Empiezo a beber y tengo mi primera cita con la muerte, me apuntan a la cabeza y reto a que me disparen; veo fijamente a los ojos de mi agresor, él está más espantado que yo.

18-20 años, la bebida aumenta y empiezan las drogas; desaprovecho la primera oportunidad de mi vida, rechazo entrar al difícil y selectivo mundo del fútbol profesional por la bebida y las fiestas. También dejo la escuela y empiezo a delinquir, me agrada ese mundo de poder y excesos.

20 años, conozco a mi segundo gran amor (la madre de mis hijos). Empiezo a trabajar con la familia de mi padre, sigo en la bebida, las drogas, la delincuencia. Me llega la segunda oportunidad; me apoyan para emprender mi propio negocio, y nuevamente la rechazo.

Mi segunda cita con la muerte llega, en un juego tonto me cuelgo. Mi mamá y la mamá de mis hijos intuyen algo y alcanzan a salvarme, ya estaba inconsciente.

22 años, nace mi princesa. El amor que siento por esa pequeña persona es indescriptible; lamentablemente sigo con mis excesos.

23 años, nace mi negrito, mi hijo hermoso. Por mis malas decisiones, a los pocos meses de nacido él, tengo que dejar el país, los abandono. No aguanto la soledad y extraño a mi familia, de igual manera regreso a los pocos meses. La relación con la madre de mis hijos no es la misma; hay peleas y reproches, entrando a mis 24 años me separo definitivamente.

24-26 años, consigo un buen trabajo, pero mis malas decisiones hacen que lo pierda. Me convierto en alcohólico y drogadicto. Mi vida es delinquir 100%, varias veces burlo la muerte; mi vida sexual de desboca hasta que por fin la muerte me alcanza.

22 de septiembre del 2009, despierto esposado en una cama de hospital, pienso que ni la muerte me quiere y lo único que quiero es morir.

26-29 años, llego al reclusorio, sigo tomando y drogándome. Estoy molesto con la vida, odio todo y a todos. Vuelvo a coquetear con la muerte, tengo una sobredosis de varias drogas y alcohol. El amor por mis hijos, siento yo, fue lo que me regresó de ese *pasón*.

21 de abril del 2012, decido dejar las drogas y el alcohol.

29-33 años, llevo una vida carcelaria con muchos resentimientos y odios; una vida promiscua y sin sentido.

34 años, 24 de agosto. Habló por primera vez con el amor de mi vida, mi intención, pedir un favor para seguir con mi rutina de conocer a más mujeres. Hubo algo que me atrapó de ella en su plática, su voz, su autenticidad; me pasaba la madrugada platicando con ella. Llegó el 3 de septiembre y la conocí, me gustó en cuanto la vi. En esas primeras horas que convivimos, me enamoré perdidamente. Creo que ella igual.

33-40 años, los primeros años todo fue lindo, nos veíamos con amor, nos moríamos de ganas por vernos. Yo la veía entrar y su sonrisa iluminaba todo. El último año todo se empezó a desmoronar, yo caí en un estado de confort y ella, creo yo, que de monotonía y fastidio. Decidí alejarme, y a mí el mundo se me vino encima. Gracias a eso, reaccioné y ahora estoy enfocado en salir y tratar de recuperar y construir algo con ella.

¿Quién soy? Aún no lo sé a ciencia cierta, lo que sé es que soy una persona que tiene una nueva oportunidad y que esta vez no la va a desaprovechar. Tengo sentimientos auténticos que me hacen seguir día a día con el poder de transformar y moldear mi vida.

DESDE LA VENTANA (CONTEXTOS)

Mentando los incidentes que ocurrieron a la gente, la historia de su vida como naturalmente se desarrolló, sin indicar de un modo didáctico lo que ocurrió, se logra que las cosas sucedan en la página, y ahí uno puede ver qué clase de gente fue, qué padeció y a qué aspiró

William Carlos Williams

LOS OTROS DESDE LA VENTANA

Antonio Ortiz Vega

La Penitenciaría de la CDMX es como la fiesta taurina, siempre será mejor ver los toros de lejos. ¿Qué puedes ver en ella?, dormitorios, estancias, un centro escolar junto a un centro deportivo cubierto con duela, un campo de futbol con pasto, un centro de salud, una cocina general, algunos talleres, algunos locales de tiendas, de jugos, de alimentos, dos salas para visitas, y muchos pero muchos internos vestidos todos de azul marino (color oficial) con los que se tiene que lidiar todos y cada uno de los días de estancia en este lugar; la mayoría, gente que operaba con la delincuencia organizada o que lo hacía por su cuenta. ¿Qué puede haber de interés en sus vidas? Tal vez conocerlos sirva para cuidarte más estando afuera o para no andar por sus terruños ni siquiera por morbo.

Hay muchos “otros”, muchas y muy diversas historias, de todos hay algo que aprender, el uniforme azul no es igual para todos. Hay personajes que se hacen presentes no por razones positivas precisamente; hay otros, la mayoría, que pasan inadvertidos, pero hay historias que te dejan una gran enseñanza. Ejemplo de estas historias, lo encontramos en el

“Terri”, sentenciado a 48 años de prisión y con 26 en curso, un señor como de 60 años al que es raro ver en su juicio, siempre pidiendo un peso con su dedito índice levantado, su andar es chusco como potrillo recién nacido por esa falta de motricidad que le ha causado la droga, un personaje al que no se le ve por ninguna parte el sentido de la vida. Otro es el “Cuarenta” igual de viejo que el “Terri”, con una cara de amargado que se nota desde el inicio de la carretera a Cuernavaca, con un genio más cabrón que el de Aladino, todos lo provocan y a todos les mienta la madre y les dice de qué color usan la tanga sus hermanas y que, en su defensa, ha hecho suyas a todas, con una estancia de 26 años en prisión, y al que le faltan veinte años más. “Moisés”, un señor también de edad avanzada como de 70 años, al parecer el agua solo la ocupa para beber, sus ropas deben ser de las de más alta calidad porque no se las quita ni para dormir, mugrosas pero sin remiendo alguno, siempre las mismas; su andar es lerdo apoyado de un bordón, de ahí el apodo; se las arregla para caminar unos doscientos metros cerca de otro dormitorio donde hay pasto, se lo fuma, o no se sabe, pero algo se fuma y termina desparramado en el mismo pasto muchas veces con el “pájaro” de fuera, al tomar camino de regreso a su dormitorio olvida o no se percata que el “pájaro” sigue de fuera hasta que un custodio le avisa no sin antes pegarle un surradón. A esa edad y sin visita, ni perro que le ladre, no se ven razones para que “Moisés” cambie de “hogar”.

Al paso del tiempo y de conocer a muchos, quedan testimonios que vale la pena analizar, comprender y compartir. Uno de ellos es el “Brindis”, un tipo amable, atento y considerado con quienes muestran valores y amistad sincera. De los cinco que ocupan su estancia es de los pocos

que comparten algunas de sus vivencias antes y durante su reclusión. Egresado de la escuela nacional preparatoria 5, “José Vasconcelos” de la UNAM, recordaba las famosas viquinas (gorditas de chicharrón, frijol y requesón) en calzada de Tlalpan esquina; dentro de la prepa las Islas (zona de “chorcha”); las tumbas (área de mesas al aire libre); el centro deportivo cubierto y con duela; el campo de fútbol y los centros comerciales cercanos a la Prepa en los que se pasaba un buen rato. Es común preguntarse entre internos, ¿por qué estás aquí?, ¿cuál es tu delito?, y mentir no es del interés de la mayoría pues no se busca estar bien con nadie, al final todos se ven como culpables. El tipo refiere que le achacaron dos muertos y jura no ser culpable, que fue señalado por quienes vieron la oportunidad de perjudicarlo y terminó sentenciado a 28 años de prisión, “¡no maus, Miki!, eso es un mundo de tiempo”. De ser un prominente empleado, que ganaba un sueldo bastante decente y a punto de casarse, la vida dio un giro de 180 grados para él. Comparte que cuando llegó a la Peni, la extorsión y los difuntos eran el pan de cada día; pero él tuvo la suerte de llegar trasladado de un Federal que tenía fama de concentrar a lo peorcito del país, por lo que su persona era causa de respeto para los varios grupos de ladillas que controlaban ciertas áreas del lugar. Hoy está a punto de titularse como licenciado en derecho y es el orgullo de su mamá que le sobrevive junto a sus hermanas y busca, con lo aprendido en la carrera, su libertad para poder darle continuidad a su vida con nuevas metas. Es un ejemplo de constancia y tenacidad, a pesar de su edad (56 años) y sus circunstancias, motiva a no dejar de prepararse y de ver la vida siempre de manera positiva a pesar de los pesares.

Ángel, el “Animal”, supongo que le dicen así por estar alto y mamado, vocalista de un grupo musical de internos que formaron un grupo de rock, con un sonido bastante básico y mal sintonizado y ecualizado, cosa que le hizo saber otro de azul. Recuerdo que preguntó muy amablemente: “¿tú sabes de esto?”, le contestó el otro, “claro”, a partir de ese momento tuvieron por un breve tiempo ingeniero de sonido. En una ocasión, Ángel se sentó a agradecer al otro lo que hacía por el grupo, pues el sonido había mejorado mucho y comenzó a dar su testimonio de cuando llegó a la Penitenciaría, recuerda que tenía reacciones que no podía controlar, lo ingresaron al llamado “módulo”, pues estaba considerado como reo de alta peligrosidad. En un inicio compartió estancia con cuatro internos más, éstos creyeron que entre los cuatro podrían someterlo y manipularlo, error, en la primera de cambios empezaron a volar los chingadazos. “Solo recuerdo que era mucha mi furia”, decía Ángel, tuvieron que llegar tres custodios para quitarles al “Animal” de encima pues los tenía bañados en sangre, incluso los custodios no podían con él, tuvieron que llegar otros dos para someterlo. Terminó solitario encerrado en una celda, lo dejaron una semana sin alimento, era tal su estado de locura que recuerda llegar al grado de comerse su propio excremento. Dicho en otras palabras, se sentía endemoniado. Su celda era la imagen propia de la inmundicia, sucia, mal oliente. Un leproso en los tiempos del Cesar en Roma tendría mejores condiciones de vida. Poco tiempo después, un pastor religioso externo le compartió sobre la palabra de vida encontrada en la Biblia y encontró en ella paz y dirección para su vida, su mundo cambió y el fruto de ello se nota en su manera de ver ahora la vida, de tratar con dignidad a su prójimo y a

sus seres amados. No se sabe de dónde, pero surgió en él un talento para pintar y moldear figuras, extraordinario; de un momento a otro resultó un gran artista de donde obtiene ingresos importantes para poder apoyar a su familia. Hoy el eterno le ha permitido ser papá de un varón y solo espera en la misericordia del salvador para salir de prisión y luchar por ese nuevo ser y su mujer.

No cabe duda que todo deja una enseñanza, puedes por un error, no por ser delincuente, caer en prisión. El solo hecho de saberte encerrado genera depresión, angustia, incertidumbre y muchas veces desesperación. El paso del tiempo en el encierro te adapta a la nueva realidad. Muchos esperan con ansia la libertad para “reponerse”, así lo manifiestan, del tiempo perdido en la cárcel, otros pasan el tiempo sin rumbo, sin esperanza o sin visión, esperando su salida para ver qué es lo que harán de su vida.

Solo pocos aprenden la lección, solo pocos superan la prueba, solo pocos entienden que siempre hay una razón por la que suceden las cosas, y entenderlo implica aprender, y aprenderlo implica ser mejores personas, y ser mejores personas permite corregir el camino equivocado. Esto llena de esperanza al futuro, le da dirección y sentido al mundo que nos rodea. Aprovechar los testimonios de los demás debe ser motivo de superación, discernir lo que se debe o no hacer y, en consecuencia, tomar las mejores decisiones posibles para la persona más importante en tu vida... ¡Uno mismo!

EL DÍA POR LA VENTANA

Montserrat Guadalupe González García

Como todos los días hoy también se oye el sonido de las llaves que chocan unas con otras, son los llaveros de las custodias que sirven como nuestro despertador. Es la hora de abrirnos, ver un nuevo día y aunque sólo me rodean edificios grises con hoyos al exterior, me acompañan las palomas que esperan al menos las migajas del pan.

Mientras, sobre los pasillos, comienza el ruido de pasos y voces de la población, se sienten los cambios de clima, pues las celdas son frías a pesar de que haga calor. El tráfico se hace presente, aunque sea por los sonidos de los carros que pasan por las mañanas sobre la avenida, y pienso: ¿cuándo volverá ese día en que pueda estar libre de estas llaves y candados?, todavía no hay nada perdido.

Vivo en un mundo pequeño con muchas mujeres diferentes, y de otros lugares: unas son colombianas, venezolanas y de otros países o ciudades del interior de la República. Algo que se vive a diario son los gritos y peleas, pero es algo con lo que he aprendido a vivir, ya es normal; así como también los momentos en que se puede lograr una mejor convivencia. No es tanto el lugar sino la gente. Hay mujeres que traen silencios grandes y una de

esas mujeres soy yo, por eso mi lugar favorito son las hortalizas, un pequeño terrenito repleto de flores muy hermosas, donde se puede encontrar cilantro, girasoles y uno que otro animal o fruto; pero sobre todo donde puedo tener una cierta soledad, un encuentro más conmigo misma.

Por las tardes me pongo a observar los pocos cerros que me rodean, qué bellos son, y en lo alto veo una cruz, me encantaría escalarlos y llegar a la cima, y ver desde la distancia este lugar e imaginarlo tan lejos, pero recordar siempre lo que ha sido tan cercano en este sitio.

Al llegar la noche se escucha un poco más el silencio, aunque en algunas estancias las diferentes músicas o el ruido constante de la televisión se van colando por las rendijas. Me pongo a mirar el cielo por los hoyos, sobre él una hermosa luz blanca, es la luna, siempre creciente o menguante como la vida misma. Y su reflejo, sus sombras, su luz me despiertan con más viveza ese extrañar a las personas que me dieron la vida. ¿Cuándo podré volver y convivir con ellos? Sé que todo tiene su fin y algún día volveré.

De nuevo el sonido de las llaves que anuncia el cierre de las estancias, es la hora de ver a mis compañeras. Platicamos y compartimos experiencias, muchas de dolor o de injusticias, y quizá como se viven adentro también las habrá afuera del penal. Así, día tras día, y con ellos mi intento por comprender qué es lo que pasó conmigo para haber llegado a la cárcel, y vivir esta triste y oscura historia que de algún modo llevamos todas las que aquí habitamos.

Pero en la convivencia, los quehaceres de cada una, el estudio, y mis escapadas a las hortalizas, donde me encuentro conmigo misma, todo eso me enseña lo que ya sé, pero que cada día intento tener presente para seguirlo construyendo: mi renacimiento.

EL TIEMPO POR LA VENTANA

Carlos Gopar

*La soledad muerde el alma
y el silencio corta la piel...*

En realidad, no tenía idea alguna de lo que podría pasar con su vida en el futuro; hacía ya tanto tiempo que lo encerraron y todavía su ser guardaba todas las sensaciones y emociones vividas, pero con otro pensar y sentir. Al principio la angustia, el miedo, el dolor y la tristeza eran lo predominante en su ser, quizás porque nunca había estado en la cárcel ni siquiera de visita. Hoy el tiempo ha pasado sobre de él, así como su vida, sus esperanzas, sus sueños, sus anhelos, sus planes. Sí. Lleva casi la mitad de su existencia encerrado entre cuatro muros de hormigón, cemento y varilla; sin tener idea de si algún día podrá salir libre, o si no lo hará por su propio pie.

Todavía recuerda su primer día en prisión como si hubiera sido ayer, esa madrugada, horas antes de que lo trasladaran de la Agencia 50 al Reclusorio, los policías se encargaron de darle su última “calentada”, para que no se le olvidara el motivo por el que lo encerrarían; ésta fue la más salvaje de todas, tanto así que solo dejaron de golpearlo cuando co-

menzó a vomitar sangre y se quedó ahí, tendido con la cara hinchada, el cuerpo amoratado, esposado, sin poder ponerse en pie, batido entre su sangre y vómito, escuchando los reclamos y burlas de sus torturadores por haberlos salpicado.

Lo que nunca imaginó es que eso era solo el principio de lo que estaba por venir, pues su aspecto de gente “panqué” le traería más problemas que beneficios dentro de la prisión. Desde que cruzó el portón, los custodios lo miraron como se mira a un cerdo antes de sacrificarlo, buscando qué podían sacarle al recién llegado; y así pasó, primero le quitaron sus tenis después de darle su “bienvenida” y, como al principio no se dejó, le tundieron más duro.

Comenzaba a amanecer cuando lo dejaron en el patio del área de ingreso, gritándole a los otros como él: “¡Ya parió la leona! ¡Ahí les encargo al nuevo!”. Estos gritos bastaron para que como hienas todos bajaran al patio, rodeándolo, observándolo de arriba abajo, buscando algo que tomar o tal vez, solo oliendo su miedo; en aquel momento, apareció un interno que con un chiflido hizo que todos se hicieran a un lado, supuso que éste era el líder, el más violento, el que llevaba más tiempo ahí y no se equivocó, pues sin mediar palabra comenzó a golpearlo para quitarle su pantalón.

A lo lejos oía la algarabía de los otros presos por el espectáculo que les estaban dando; entonces algo pasó dentro de su cabeza, alguna cosa se apagó o tal vez se encendió, porque reaccionó violentamente para defenderse, olvidándose de los dolores que todavía sentía. Este arranque sirvió de mucho, pues a pesar de no haber ganado, la derrota le dio el respeto necesario para sobrevivir en este lugar, pero aun así no podía

deja de hacerlo día con día; aunque con el paso de los años ha sido cada vez menos.

Mientras respira profundamente, saca un cigarro y al encenderlo, su mente regresa al día en que, ya en la población general, recibió a su familia por primera vez en la visita familiar. Ese día caminaba abrazando a su madre, cuando al bajar por las escaleras pasó corriendo un reo sosteniendo sus intestinos en las manos. Esta imagen ha seguido acompañándolo todo el tiempo que lleva preso, a veces frecuentemente, otras muy esporádicas, supone que es así para que no se le olvide el peligro latente que existe en este sitio.

Como a cualquier persona le costó mucho adaptarse a su nuevo medio; a este grupo de hombres resentidos, frustrados, ambiciosos, traicioneros y vengativos; a este mar de testosterona, donde se impone la ley del más fuerte; a este paraíso de ignorancia, estupidez, corrupción, impunidad y discriminación. A pesar de todo ello, con el paso de los años logró acomodarse en una comisión relajada, tener un poco de estabilidad y tranquilidad, la cual parecía ser duradera, más aún después de toda la sangre y sudor vertidos en esta batalla.

Pero de nueva cuenta el destino le daría otra sorpresa y fue trasladado a la Penitenciaría, llamada “La Casa Azul”, una de las cárceles más peligrosas y mortales del mundo, en donde la vida humana no tiene ningún valor y los seres que ahí viven, no tienen esperanza alguna, mucho menos miedo de morir. Recargado en las rejas del pasillo le da una última fumada a su cigarro, aspirando profundamente el humo para después soltarlo lentamente, observando el brillo de la luna llena a través de las volutas que se forman; luego empieza a caminar disfrutando el aire frío de la madrugada, hacién-

dose cada vez más consciente a cada paso dado, de que no existe plática más real que la sostenida consigo mismo; como lo leyó en alguna ocasión, aunque en realidad no sean las palabras exactas que usó Miguel de Unamuno.¹

Mientras deambula a lo largo del pasillo (a pesar de que las celdas están cerradas hace varias horas), un gusto que se da de vez en cuando sobornando a los custodios, su mente rememora la noche que llegó a la Peni y vuelve la incertidumbre y el temor por estar aquí, uniéndose a la frustración por tener que empezar de nuevo; esa noche volvió a ser vejado y humillado, lo desnudaron, lo golpearon y lo trasquilaron, además de vestirlo con ropa usada y apestosa. En ese instante, un viento gélido recorrió su cuerpo, cimbrándolo de pies a cabeza e inundando sus sinapsis con el mortal, pestilente y metálico olor de la sangre, que en esa época llenaba este lugar, sobre todo el pasillo que conducía al dormitorio donde vivió sus primeros días.

Al amanecer atestiguó la forma en que se manejaban las cosas ahí, pues los presos controlaban desde el reparto de comida hasta las llaves de las celdas. Así que mientras daban el desayuno a los recién llegados, se detenían en cada estancia revisando a los nuevos, intimidándolos y al que trataba de ignorarlos lo golpeaban o lo “picaban”, para después sacarlos al patio y pedirles dinero. Cuando le tocó su turno, tuvo la fortuna de que en la misma celda estuviera un reo que anteriormente se había agraviado con uno de ellos, por lo que no solo lo ignoraron, sino que además no lo extorsionaron.

¹ “No hay diálogo más verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puedes entablarlo estando a solas. En la soledad, y sólo en la soledad, puedes conocerte a tí mismo” (2007, p. 780).

Pasaron los días hasta que desafortunadamente tuvo visita; cuando su familia lo vio llevaba días sin poderse bañar y ya olía mal; luego de que se terminó la visita, el grupo que controlaba el dormitorio se paró enfrente de cada celda para robarle a los que tuvieron visita lo que les había dejado la familia. Por un momento pensó en resistirse, pero cuando vio que estos no se tentaban para golpear y “picar” al que no se dejara, además de que eran muchos con navajas en las manos; en contra de su voluntad, cedió.

Días después, lo clasificaron al dormitorio que le correspondía y llegó a pensar que tal vez podría volver a estar tranquilo, pero no contaba con que lo iban a mandar a un módulo de seguridad, en donde todo estaría peor. Ahí no solo se tuvo que pelear varias veces, sino que al ver que tenía alguna posibilidad de ganar, los demás se le iban encima. En ese lugar no duró mucho, pues pidió su cambio, pero éste le salió mal, ya que lo mandaron a otro módulo mucho peor; no solo apestaba a humedad, mierda y orines, sino que estaba encerrado las 24 horas en una celda de 3 x 1.5 metros.

De nueva cuenta estaba a merced de otros presos y sabía que, para sobrevivir, quizá tendría que recurrir a medidas extremas; más aún después de pelearse con uno de los más viejos del módulo, cuando lo sacaron para hablar por teléfono. Esa noche en especial no pudo dormir (en realidad no lo hacía desde que llegó aquí), porque le habían dicho que en ese módulo acostumbraban quemar a todos los que no se sometían a su voluntad.

En la madrugada la sensación de asfixia aumentaba sintiendo que las paredes de la celda se acercaban más hacia él, se acrecentaban los sentimientos de soledad, pérdida y aislamiento que lo llevaban a oír el crujir de su alma con cada

llaga provocada a cada segundo transcurrido, dejándolo al borde de la locura. Cuando prácticamente estaba resignado a su destino, éste dio un vuelco inesperado y al grito de: “¡¡Órale cabrón, agarra tus chingaderas vas reubicado!!”, con la incertidumbre de no saber qué le harían o a dónde lo llevaban, comenzó a caminar bajo la llovizna; observando, sintiendo, respirando el ambiente que lo rodeaba pero, sobre todo, ocultando sus lágrimas al darse cuenta de que él y otros tantos, “estaban sin duda en el fondo del fondo más sombrío, más amargo de la derrota.[. . .], y aquel que toma conciencia solo de semejante verdad toma conciencia por los otros también” (Unamuno, 2007, p. 778).

Se podría decir que a partir de esa noche todo cambió, pues no solo lo reclasificaron a la población general, sino que además se reencontró con internos conocidos, los cuales le mostraron como debería de caminar en este lugar, regresó a practicar su deporte favorito y a la escuela.

Si bien es cierto, que en estas dos décadas en la Peni no todo ha sido miel sobre hojuelas porque su familia primaria lo abandonó y se olvidó de él; porque murieron su mamá y la madre de sus hijos; porque sus escasos “amigos” lo desconocieron; porque sus compañeros de cárcel lo traicionaron; porque su cuerpo ha sido marcado en repetidas veces, aunque ninguna más allá de lo “normal”.

También lo es que además de retomar cosas olvidadas, ha tenido la fortuna de encontrar o ser encontrado por la persona que cambiaría su vida, al darle y hacerlo parte de una familia y reencontrarlo con sus hijos; pero por encima de cualquier cosa la esperanza y el deseo de algún día cuando el tiempo sea el correcto, alcance su libertad.

En el momento que se disponía entrar a su celda y dormir, alguien lo tomó del hombro, sorprendido giró para defenderse, pero en ese segundo otra vez le hablaron con fuerza, pero al mismo tiempo más cordial: “¡Tranquilo güey!, agarra lo que necesites por fin te vas libre”. Ahora, puedo verlo caminar a paso lento y tembloroso rumbo a la avenida, a su lado va su mujer abrazándolo y llorando, sus cuatro hijos lo esperan en el coche porque está lloviendo y porque todos ya aprendieron que:

En sí misma, la cárcel [...], no es más que una absurda máquina de triturar a los hombres que le arrojan. Se vive en ella en una especie de locura mecanizada; todo parece allí concebido por un espíritu sórdidamente calculador para debilitar, embrutecer, envilecer, envenenar con un rencor sin nombre al condenado; se trata visiblemente de hacerle por completo imposible el regreso a una vida normal. (Serge, 2019, p. 82)

Pero en este caso él tiene una ventaja, ya no está solo y eso lo va a ayudar de aquí en adelante. Entonces, antes de meterse en el auto se detiene, voltea y me ve con sus ojos llenos de lágrimas, sonrío y se despide; algo me dice que nunca lo veré de nuevo...

RICARDO

Daniel O. Salazar Lozano

Ricardo era su nombre. Solía sentarse por horas en el patio, desde la mañana hasta entrada la tarde, muchas veces sin comer siquiera. Cuando se acercaba algún compañero, ya fuese para hacerle plática o para molestarle, permanecía inmóvil y con la mirada fija en algún lugar vedado a nuestros ojos; ubicado más allá del suelo, la pared o el mismo cielo.

Con los brazos rígidos, siempre fijos a sus costados, y unas manos con dedos largos y finos colocados invariablemente sobre su regazo; daba la impresión de ser una pequeña estatua o un tótem de adobe, al cual el calor abrasador del sol endurecía cada vez más. Su baja estatura y la delgadez progresiva y alarmante le imponían algo de insignificancia; de cabello corto y ralo de un color gris parduzco, sumado a un par de orejas pequeñas y retraídas que agrandaban artificialmente su rostro, en donde una nariz aguileña y afilada, sobresalía por encima de un par de finos y casi inexistentes labios.

Aquella boca apenas dibujada, escurría hacia abajo de manera que formaba una suerte de sonrisa invertida, bajo sus ojos cafés sin brillo, habitaban un par de manchas oscuras y

espesas, crueles sanguijuelas, que con su gordura ostentaban orgullosamente todas aquellas noches de sueño succionado.

Sobre aquellos hombros lánguidos caía un peso inexplicable e invisible. Toda esperanza o anhelo parecían haberse deslizado hasta el suelo, sobre los pronunciados pendientes que conformaban. Cuando caminaba, lo hacía lento y de manera errática, con los ojos fijos en el suelo, rehuyendo al contacto con cualquier otra mirada.

Algunas ocasiones platicué con él, y aunque su ánimo era escaso, cortésmente nunca me despreció. Algunas veces su conversación fluía suave y continua, como aquel riachuelo que corre a intervalos hasta llegar a refrescar el alma sedienta. Había sido maestro de matemáticas y ciencias, toda su vida. Y, contrario a lo que sus canas y todas aquellas arrugas tostadas por el sol hacían parecer, no era viejo, la vejez se precipitó sobre él al cerrarse las rejas.

No había en aquel hombrecito nada extraordinario, nada que lo distinguiera del resto de nosotros; sombras doloridas y enojadas, acaso su excesivo retraimiento constituía una suerte de singularidad; sin embargo, había algo más en él, algo intangible que atraía la mirada, invocando sin saberlo a la compasión ajena. Una suerte de tristezas y remordimientos acumulados, y que capa tras capa iban desdibujando aquello que alguna vez fue un hombre.

Reduciéndole cada vez más a ser solo una mancha beige, posada sobre aquella banca del patio, secándose al sol. Después de todo, no puede ser un arrebató de inconciencia, asesinar a aquello que amas y después volver a la realidad sin recibir el veredicto del juez más implacable, aquel que habita en tu propia conciencia.

SUEÑO DE LIBERTAD

Samuel González León

Corrían los años setenta, principios de los ochenta, cuando el actor del momento, entre otros, Valentín Trujillo hacía referencia a una plática con cierta peculiaridad en donde mostraba una sociedad como la de ahorita, con sus injusticias, desigualdades y bondades. En ella mostraba la vida de un joven que desde niño tras la pérdida de sus padres tiene una vida trágica, pues sin la orientación y cuidados, recorre un camino muy doloroso, entre la rebeldía y la mejor manera de sobrevivir lo lleva a delinquir, así conoce el tutelar para menores, hasta llegar al palacio negro.

Historias se han contado muchas, verdades son las que los mismos sentenciados viven dentro de ese mundo paralelo a la vida en la calle. Basta saber esto por el modo diario que se vive ahí, donde todas las mañanas al hacer un pase de lista para saber si estás vivo o no, un custodio llama por nombre y apellido a cada individuo que habita a veces con 4, 6 o hasta más individuos, mezclándose emociones, miedos y sueños.

Comúnmente el día empieza para algunos con un “buenos días” y para otros con una mentada, con un café y un pan para aquellos que guardaron unos pesos y se previnie-

ron. Otros salen a sus comisiones como si fueran a trabajar, en algunos sí hay una remuneración; otros, son necesarios para el momento en que se obtenga un beneficio, y se les tome en cuenta para poder salir.

Son tabúes no descifrados, hasta que cada uno, en sus historias, describe su llegada a este lugar, al sucesor del gran “palacio negro”. Muchos hablan de su llegada aquí, y cómo fueron trasladados a la nueva Penitenciaría del Distrito Federal, que algún tiempo se nombró así, ahora es la Penitenciaría de la Ciudad de México.

Han sufrido cambios desde esos tiempos difíciles, en los que, contados por los más seniles, acusan por qué no fue así al momento de su llegada. Se saben responsables de ciertos actos, dicen, y quizá muy merecidas esas sentencias, pero acaso no eran humanos también en esos momentos. Pues a su llegada y al saber el delito por el que venían dependía el trato, corriendo con suerte de sobrevivir. Al pasar de los años estos hombres se moldean y forman un carácter fuerte en el que un zumbido de mosca podía ser el inicio de desaprobación y conflicto, llegando a culminar en los golpes. Era común la extorsión tanto al castigado como para su familia, en general se realizaba el pago para salvaguardar al familiar del recluso. Narra Félix un interno como todos:

llegué en 1980 cuando todo se arreglaba a fierrazos, venía de Lecumberri, el “Palacio negro”. Estaba chavo, apenas iba a cumplir 18 años, del tutelar me mandaron para allá, conocí al ‘Bollo Cárdenas’, después aquí en la Peni al ‘Arizmendi’, ‘la Quina’, entre otros. Era feo, después trabajé con los jefes en las oficinas un buen rato, ahora ya me falta poco para salir, me echaron 50 años...

Ahora hay más posibilidades de obtener la libertad, las sentencias cambiaron un poco, el ambiente por igual, donde se sabía que las personas más antañas se sobrepasaban con los nuevos. Eran candidatos para ser trasladados a otros lugares, es decir a otros estados. Con la entrada de los Derechos Humanos, en el ámbito de la vida en prisión, se ha velado porque cada individuo esté por lo menos lo mejor posible cumpliendo una pena con servicios de salud, deportes, actividades culturales, psicología, visita, educación, una manera de ser libre dentro de prisión.

Cada interno en la medida de su necesidad para salir libre, vive y vive para vivir, irónicamente, pues es cuestión de que cada quien busque lo que anhela. A diario corre gente y hace ejercicio, caminan, van y vienen por todo un corredor llamado el kilómetro; llevando y trayendo para no desacostumbrar el “toquecito” de la mañana para despertarse y dar gracias a Dios de que amanecieron. Después a apresurarse para trabajar, ir al centro escolar a tomar un curso o asistir para terminar algún grado académico, para en su momento tramitar el beneficio; otros, también en ese sentido, van a la duela a practicar voleibol, futbol, box, levantar pesas, jugar pin-pon o algún juego de mesa, todo esto en beneficio de algo.

Ah, pero antes de esto, los que son erizos (sin dinero) se forman para tomar su “rancho” con botes de crema Alpura, jarras o cualquier cacharro que tenga la función de contenedor de alimentos, pues si no cómo se resistirá otro día que se le está pagando al juez. Mientras tanto otros que sí trabajan o tienen visita se apresuran por un café o van a sacar de un refrigerador que alguien renta, el alimento que el familiar

trajo durante la visita un día antes, mientras que los menos importantes verán si encuentran quien les regale algo.

Los más allegados a su “jefe”, y que se han arrepentido, comienzan con sus congregaciones como a las 9 o 10 de la mañana, otros van a la iglesia a santiguarse, para dar gracias por otro día; unos más se tiran al suelo para descansar de una noche difícil. Allí junto al patio de la iglesia para que en lo que sale bien el sol, se echen un sueño en la sombra.

Para entrar al servicio médico no se diferencia de la forma en que se hace en la calle: hay filas desde muy temprano para una atención médica, para que, al final, el solicitante termine vendiendo el medicamento en algún dormitorio.

De cierto modo se podría decir que lo cotidiano es esto, pero falta ver desde el fondo un hecho importante para cada interno: la visita. La visita es la llegada del familiar, la amiga, la pareja, la amante y uno que otro colado. Es un día especial, hay que arreglarse, prepararse, entre los más vanidosos es común, y se sabe quiénes son, con el rastro aromático que dejan al deambular por el pasillo de ese dormitorio, y culmina su olor hasta la sala donde muy impacientes esperan la llegada de quien los visitará. Todo es muy normal ese día, el que no tiene visita no está de más, pues asiste a echarse un taquito de ojo, muy disimuladamente, si no las consecuencias pueden ser catastróficas. Todos conviven con sus familias, con sus hijos, otros se van a disfrutar de los placeres de la carne que tan solo después de un rato se nota la gran felicidad en sus rostros.

Es un día de visita donde algunos recibirán los pocos centavos que le hacen falta a su familia, para terminar, a veces, en un vicio llamado “éxtasis”. Pero es el día de visita, debe disfrutarse porque el hecho de no venir puede significar mucho.

Ésta es tan sólo parte de la historia de este lugar, existen las otras historias que cada individuo tiene guardadas, como ese gran tabú de la cárcel que queda después de cruzar un inmenso zaguán color gris con un gran letrero que dice “Aduana”, en donde al ingresar, el mundo paralelo comienza y te enseñará a descubrir lo que verdaderamente es añorar la libertad.

LA VENTANA DEL 6

Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza

Parada frente a un gran agujero de concreto que es lo más parecido a una ventana en el lugar donde me encuentro, “la cárcel”, puedo observar la oscuridad de la noche; mirando hacia arriba encuentro un cielo con dos estrellas extremadamente brillantes que me hacen reflexionar sobre la existencia del universo, sobre la vida, y frente a ella me doy cuenta de lo insignificantes que somos.

Si miro al frente puedo ver otro dormitorio, el uno, mejor conocido como “el módulo”, la celda de castigo. Me hace recordar esas temporadas cuando estuve en ese lugar, un lugar frío, solitario, lleno de energías negativas y peleas con otras reclusas. Hace ya un largo tiempo que no subo y no recibo ninguna sanción.

Sin embargo, viendo por la ventana es inevitable recordar mi pasado, recordar mis errores y una vida llena de excesos. Me viene a la mente una situación muy particular cuando estuve castigada por 15 días en ese lugar. El motivo “riña” (pelea con una compañera), ha sido la sanción más dura y por la cual no me arrepiento, y lo volvería a hacer. Defendí mi persona, el valiente vive hasta que el cobarde quiere.

Dejas el miedo a un lado o te traga la cárcel, ¿la violencia es la mejor opción cuando una persona se aprovecha de la vulnerabilidad de otra? ¿Acudes a las autoridades o te haces justicia por ti misma? Son preguntas que inevitablemente, estando en este lugar, surgen como una manera de estar siempre atentas a las relaciones con las demás.

Llegan a mi cabeza imágenes sobre mi infancia, esa niña con un carácter débil, con la nobleza que la distinguía, pero con un profundo miedo en su mirada. Sonreía todo el tiempo al sentir cerca a su familia, se sentía protegida simplemente por estar cerca de su hermano. Mirando por la ventana segundo a segundo, observando paredes y más paredes, imagino qué sería de ella si no hubiera llegado a este lugar. Me hizo darme cuenta del carácter que hoy he forjado gracias a experiencias desagradables que han dolido; pero por ello he madurado y encontrado en mí esa valentía para defenderme y que no siguieran abusando físicamente de mi vulnerabilidad.

Cosecho seguridad que jamás pensé pudiera tener, sé que la violencia es la última instancia que debo tocar, pero en algún momento de mi vida fue necesaria para no ahogarme en este lugar. El temor inunda mis pensamientos cada vez que me pongo a recordar las consecuencias al haber tomado esa mala decisión. Hoy vivo una nueva realidad llena de obstáculos, pero también puedo ver con más claridad, gracias a la luz que logra colarse por esas pequeñas “ventanas” para iluminar mi oscuridad.

Hoy elijo el rumbo de mi vida y tengo fe de que se acercan tiempos donde debo buscar día con día, y no bajar la guardia para encontrar una libertad espiritual, sostenerla y fortalecerla, y después, un día que sé que llegará, encontrar la libertad física.

DESDE LA REJA

Kevin Gerardo Sandoval Arévalo

Desde mi estancia sólo alcanzo a ver el pasillo, es estrecho y está cubierto por más rejas; en medio hay un asoleadero, y del otro lado está otro pasillo y otras estancias. Por lo regular, o más bien durante todo el día no estoy ahí, ya que me salgo a trabajar, a estudiar, a hacer ejercicio y mantenerme ocupado.

Estar ahí sólo provoca que me ponga a pensar en todo lo que he perdido y lo que me sigo perdiendo por las malas decisiones que he tomado y por no hacerle caso a mi familia a buen tiempo. Cuando estoy afuera, ya saliendo de mi estancia, rumbo al pabellón y ya afuera del dormitorio, se alcanza a ver una pequeña parte de la ciudad, los cerros, los camiones pasando por los puentes y hasta casas nuevas, calles con muchas más iluminaciones y los teleféricos que no estaban cuando yo estaba en la calle.

Ya en estos momentos no me da tanta nostalgia o frustración por no estar ahí, porque creo que ya me he ido acostumbrando a este encierro; aunque sé que también en un tiempo no muy lejano podré estar del otro lado, ya que le sigo echando ganas a mi reinscripción. Pero más que a eso, le sigo echando ganas para poder estar con toda esa gente

que me ama, que me sigue apoyando y sigue creyendo en mí; y aunque he perdido a muchos, también sé que los que realmente me quieren siguen de pie conmigo alentándome.

Estando en este lugar, con esta sociedad, me he dado cuenta de que nadie está exento de caer o llegar a este sitio. Aunque la gente de afuera considera que aquí está la escoria de la sociedad o lo peor del mundo, porque es lo que todos llegamos a pensar estando del otro lado de los muros. Aquí nos llegamos a encontrar con gente inocente, con gente que, por un error automovilístico, un mal pago, un mal momento o simplemente por venganza de otras personas, están en este lugar tratando también de sobrellevar su estadía aquí o adaptarse a su nuevo mundo.

Porque, así como hay gente inocente, gente que no está tan maleada; también hay gente mala y oportunista. Esos que sólo están buscando chingar a los otros, pero eso también se ve del otro lado del muro. Sé que esta estadía en este lugar, para cada quien es diferente, cada uno tiene una forma de estar, de actuar y de pensar. Cada quien está luchando con su realidad, yo no dejo de luchar para poder salir y disfrutar de esas personas que están a mi lado y que he lastimado; porque no solo yo estoy pasando por un mal momento, sino también estas malas decisiones arrastraron a mi familia que, de algún modo, está sufriendo por todo esto, pero sé que voy a tener una muy buena enseñanza de esta realidad que se vislumbra desde las rejías.

SOLEDAD EN PRISIÓN

Samuel Alejandro González Rivera

Cuando te encuentras privado de la libertad se extrañan las risas de los sobrinos, las locuras de las hermanas y hasta los regaños de los padres. Se duerme todo el sueño atrasado y se le encuentra sentido y belleza a cosas simples como la lluvia que, tiempo atrás, llegamos a considerar un inconveniente cuando se está en el pesado tráfico citadino. Se retoma la lectura que la ajetreada ciudad a veces arrebató, y, como en mi caso, comienzas a disfrutar la soledad, hasta que algunas pláticas o gritos la interrumpen.

Estando en la Penitenciaría de la Ciudad de México, se añoran los momentos de soledad, ya que llegan a vivir hasta 25 personas en un espacio de 5 x 3 metros. Una vez cambiados a la zona de procesales se viven cosas nuevas, hay que acoplarse a los nuevos compañeros que escuchan música hasta tarde; se levantan temprano a “jalar” para ponerse cada vez más “enteros” mientras se la pasaron toda la noche fumando una “chiquis de 15”, un “pasón” o un “toquecito” dependiendo de los gustos; o los nuevos vecinos que se “agravian” por todo o por nada, tienen la televisión o la música a todo volumen, azotan las rejas o simplemente

avientan “mole” a diestra y siniestra; se escucha a las “borregas”, compañeros del mismo dormitorio que trabajan como llaveros abriendo y cerrando los “cantones”, con el mayor ruido que sea posible y gritando a todo pulmón a los custodios pasando lista a las 6:30 hrs., todos los días.

Hasta que por fin encuentras tu lugar, uno donde estás solo con tu soledad, pero no faltan las preguntas: “¿estás deprimido?” “¿Por qué no sales?” “¿No te aburres sin televisión, o simplemente eres demasiado creído para hablar con los demás?” “Aunque sea te presto mi radio para que tengas ruido”. Sin saber que justo en esos momentos es cuando puedes escuchar tus pensamientos y, a veces, hasta puedes aventurarte a plasmarlos en el papel.

Hasta los novios se empeñan en recorrer juntos el “kilómetro”, salir por el “rancho”, sentarse en el “comal” o ir a “lúdico” a jugar “poleana” con tal de sacarte de tu soledad, porque piensan que estarás mejor; sin saber que la disfrutas más que al “fumado” que se acerca diciendo “hazme valer” con un “pechereque” para un “bajón”, y prefieres “convivir” a ser “prendido” por uno de ellos.

Cuando los “chirimiquis”, la “visita” y los “padrinos”, que son personas que “traen una moneda”, entran en tu santuario de escritura, y sienten la paz que se puede respirar en el aire hasta se quedan dormidos de la tranquilidad que les invade, nuevamente es gracias a la soledad que inunda la estancia.

No te importa escuchar a los “dieciocho” dar los buenos días con una mentada de madre al llegar a tu “camarote”, lo mejor es tirarse de panza y buscar las mejores palabras que puedan describir todo lo que quieras expresar, hablar de tu “cana”, de tu “caminar”; ni tampoco importa ser devorado

por los “laicos” con tal de disfrutar de esos momentos de soledad que sin duda se acabarán.

Es cuando tomas la decisión de elegir entre relacionarte con los “ganchudos” o regresar a tu soledad con tus libros, tu imaginación y tu mundo fuera de la cárcel. En esa soledad, cuando empiezas a explotar tus talentos, cantas sin miedo, bailas sin prisa y actúas solo para ti, es cuando descubres tus aptitudes y tus virtudes sin miedo a ser criticado, señalado o burlado por el simple hecho de ser “podrido”.

Dieciséis años de escuelas públicas no ayudaron a encontrar el gusto por la escritura. Ahora una sonrisa se escapa de placer al hacerlo y creemos que fue resultado de la misma soledad. De dejar atrás tantos distractores y regresar en el tiempo hasta el punto en que tinta y papel son suficientes para liberar endorfinas.

Al encontrarnos solos, estando rodeados de personas, nos sentimos tristes, pero no sabemos la fortuna que poseemos con la verdadera soledad, porque algo descubrimos dentro de nosotros mismos, una palabra que nombre lo que requiero, pero también se descubre una mirada nueva sobre todo lo que nos rodea. La soledad es así una manera de encontrar liberación.

¿CÓMO NOS VEN?

Jessica Torres Colín

Dan las 5 de la tarde, tomo mi bolsa, mi agua y no olvido ponerme mi gafete, bajo los escalones corriendo para no variar; ansío llagar a contarles la buena nueva. Un grito me saca de mi trance: “¿A dónde va señora?”. Volteo y veo con desgano a la mujer que tenía a mi espalda, por un momento mi alegría había hecho que olvidara donde me encontraba y que tenía que avisar sobre todo lo que pretendía hacer, que alguien siempre estaba vigilando y monitoreando mis pasos. Con prisa respondo: “a mi clase, jefa, como todos los lunes”, la custodia sin siquiera mirarme dice: “regístrate y si llegas tarde, te atienes a las consecuencias”.

Apenada pretendo registrarme en una libreta y me doy cuenta de que tengo que hacer una fila incluso para eso. En mi espera observo a las mujeres que están delante, algunas ansiosas por distraerse, aunque sea una hora, otras con cara de aburrimiento por tener que cumplir con alguna actividad. Al ver esta escena viene a mi mente una pregunta, ¿será que afuera pasa lo mismo? ¿Habrá personas que sientan emoción o alegría por ir a trabajar o irán con la misma cara de hastío que mis compañeras? ¿Se darán cuenta de lo afortunados que son?

Dejando mis cuestionamientos para más tarde, me registro y corro hacia la cancha, en cuanto llego siento como mi cuerpo se relaja, siento que estoy segura e irónicamente libre. Comienzan a llegar las chicas, algunas puntuales y muchas otras, tarde, aunque no puedo ser muy permisiva, las entiendo; algunas trabajan, estudian, tuvieron audiencia, tienen hijos, están enfermas o simplemente se les pasó el tiempo.

Literalmente somos mujeres que aun estando en prisión tenemos una vida, y vuelve a surgir otra pregunta: ¿será que nos ven como simples reclusas que cumplen una condena o podrán vernos como mujeres que tenemos sueños e ilusiones y que trabajamos en ello para hacerlos realidad?

Una vez que están todas les doy la gran noticia: tendremos un partido de basquetbol en una duela; algunas se emocionan y la mayoría con cara de sorpresa me dicen que nunca han pisado una. Eso me motiva aún más, miro nuestra cancha de cemento y me enorgullezco al ver cuánto han crecido y lo mucho que se merecen este juego.

Por risible que parezca, se reconoce nuestro esfuerzo, por lo menos dentro del penal. ¿Podrán estos pequeños logros ayudar a cambiar la percepción que se tiene de las personas privadas de su libertad? ¿Podrán mirarnos no como delincuentes sino como personas, como estudiantes, como madres trabajadoras, como deportistas? Porque realmente no somos diferentes biológica y anatómicamente somos iguales, tenemos la misma cultura, creencias; también sentimos y añoramos. No tenemos libertad física, pero somos libres de elegir nuestro mundo, somos libres de elegir ser felices.

DESDE MI VENTANA

Víctor Vance Varela Vilchis

Desde la ventana lo más lejano que veo es una montaña grande y blanca con picos afilados que espero, un día, poder cruzar. Cada mañana al despertar la vida inicia, mis vecinos que son siete empiezan sus actividades; los primeros que veo son a los de la planta baja: son cuatro, están bien organizados, en lo que unos lavan el pequeño patio, otros, riegan las plantas y empiezan a alistarse para sus actividades. Los que empiezan a dar muestra de vida son los de la primera planta, éstos son más flojos, ya que no ayudan en los quehaceres del pequeño patio.

Mis vecinos son: un vagabundo, un farmacéutico, un deportista, una dama que anda en todos lados, un telefonista, un restaurantero y un cuidador de mascotas; y por último y no menos importante, tenemos una gatita.

El primero en irse es el vagabundo, ahí durante el día va y viene, pero casi siempre está en la plazuela hablando y fantaseando, por lo general se encuentra con el farmacéutico que da sus remedios en la misma plazuela. La plazuela es donde casi todos los habitantes de nuestro pequeño poblado se reúnen, es donde fluye el comercio y la vida social.

Los siguientes en salir son la dama y el deportista. La dama a su trabajo que es una pequeña fonda; siempre anda sonriendo y coqueteando con todo el que se encuentra, se dice en el pueblo que tiene unos enamorados, pero ninguno lo acepta abiertamente. El deportista anda casi todo el día en la plazuela, ahí también se reúnen para practicar todo tipo de deportes.

Ya que se han ido, los únicos que quedan son el telefonista y el cuidador de mascotas. Aquí llegan a nuestro pequeño patio otros telefonistas y empiezan sus labores con ellos. Llegan otros cuidadores de mascotas y ya entre ellos se turnan el cuidado de nuestra gatita.

Mientras la vida sigue, todos aquí en el pueblo esperamos a que nos llegue algún día nuestra visa para poder salir del mismo; ya que estamos aislados de la civilización. Esas montañas que se ven desde mi ventana rodean todo nuestro pueblo. Una vez que el sol se pone, mis vecinos regresan y en nuestro pequeño patio y desde mi ventana, platicamos de nuestro día y, algunas veces, fantaseamos de qué haremos tras cruzar esas grandes montañas.

MI CASA HOY ESTÁ MEJOR

José de Jesús Flores González

Recuerdo un cuartito de no más de dos metros cuadrados, levantado con tabique y pegado con lodo, con una ventana hecha con palos y un plástico, y de puerta una lámina verde que, eso sí, tenía un buen pasador con un candado. Ésa fue nuestra primera casa, donde habité con mis padres y mi hermana, estaba todo amontonado, no teníamos baño, pasábamos frío, sí, pero era nuestra casa.

Ahí donde nunca nadie nos volvería a correr, ni hacer caras porque llegaba la hora de dormir y molestabas, ya que te estaban dando posada en su casa y es cierto lo que dicen “que el muerto y el arrimado a los tres días apestan”. De verdad una cosa es que se tenga familia y que vayan a visitarnos de vez en cuando, pero de ahí a que vivan con nosotros, eso es otra cosa; pues en ese preciso momento se acaba la amistad o de plano se fortalece, pero seamos honestos en la mayoría de las ocasiones pasa lo primero.

Por fin teníamos una casa, un hogar, un cuarto, pero era nuestro y así, poco a poco, se fue construyendo hasta que de ser un cuartito se volvió una gran casa o así lo apreciábamos nosotros. Hoy de esa casa no sé nada, sé que mis padres la

vendieron por necesidad, mi hermana vive con su familia en Oaxaca y mis padres ya murieron.

Hoy mi casa se ha vuelto la Penitenciaria, sí, claro, llevo más de 80 cambios de estancia, pero a final de cuentas son cambios de departamento o de interiores, pero la verdad es que, aunque suene de locos, le llegas a tomar aprecio, cariño, al lugar donde se descansa, donde se pasa la noche; claro “apandado”, forzosamente, pero la cuestión es que le das un valor, es, como decimos, “nuestra casa”, porque es donde vivimos y convivimos.

Y afuera parecerá raro que yo pueda llamar “nuestra casa” a un cuarto tan pequeño donde vivimos seis personas, donde no nos alcanza el espacio ni el agua. Conviviendo con el de debajo de la litera, al que le huelen los pies o con el de al lado que ronca, o con el otro que se echa gases, en fin, puede parecer sorprendente llamar a esto mi casa.

Aun así, la verdad es que hoy todo es mejor que hace diez años; que estamos hacinados, sí; que pelamos, sí; que no nos soportamos, también, pero y qué, hoy somos muchos, pero nos respetamos, peleamos, pero, en ocasiones, todo se queda en discusiones. En el fondo nos estimamos, nos cuidamos, hoy como familia, si le hace falta algo a alguien y si puedo aportar lo hago y si no, no estorbo.

Hoy la pena es otra, ya no dan miedo ni sus instalaciones, ni su custodia, ni su población, que ha tenido muchos cambios y ya no es la misma. Algo cambió, se hicieron arreglos a los dormitorios, y el castillo de los monstruos desapareció, ahora sí es un “palacio” y de aquel mugrero solo quedó una zona.

Ya no existe el “castillo monstruo”, ya no existe el 7, ahora todo está nuevo. Todo está mejor, hasta el campo está

bonito; ahora da gusto jugar fútbol americano, ahora ya da gusto llegar a tu casa y descansar. Siguen los mismos problemas, pero qué se esperaba, somos puros rebeldes y por eso estamos aquí. Pero lo que sí me da gusto es que hoy mi casa está mejor.

VOLVER A EMPEZAR

Quién no conoce el placer del comienzo, el misterio que conlleva la aventura que nos depara, pero sobre todo para mí la posibilidad de verme libre, y en esa libertad ver también la posibilidad de un acto de transformación. Vuelvo a empezar, ésa es mi reconstrucción constante.

Hoy después de tanto tiempo, empiezo a entender, aunque puede sonar a locura, que gracias a estar en la cárcel y haber perdido todo, a ese sentimiento de volver a empezar, puedo conciliar las lecciones de este lugar con el conocimiento de mí mismo y, aunque no me gusta la persona que fui, hoy tengo la responsabilidad de no volver a cometer los mismos errores, para al menos sentirme hoy mejor conmigo mismo. Logré después de mucho sufrimiento saber qué quería, hacia dónde quería ir. Es difícil saberlo cuando parece que no se tienen convicciones o creencias en algo.

Sin embargo, es justo esa sensación de vacío, de caer en el abismo de la nada, de la insignificancia que somos, esa revelación que aparece cuando se pierde todo, cuando nos sentimos hundidos, lo que nos motiva para querer salir del hoyo. Frente a esa realidad no importa lo que digan los otros, los consejos o demás, si uno solo no se levanta y hace lo que crea mejor para sí mismo, creo que no hay salvación. Y no se trata de borrar, de olvidar lo que hay en ese pozo

profundo, sino de reconstruirme con todo eso que ahora es parte de mí, de mi saber.

Ése fue mi resultado. ¡Un preso que sobrevive solo en esta Penitenciaría, pero un poco más consciente y seguro de lo que hoy quiere! Porque estoy solo, sí, pero no manco; estoy preso, sí, pero no soy estúpido. Así que hoy depende de mí, me siento viejo, pero también con vida por delante, después de tantos años aquí ahora estoy a cinco años de alcanzar mi libertad, eso es ahora lo que me motiva. Perdí todo, pero puedo ganar mucho.

Desde lo que imagino como ventana de ésta que es hoy mi casa, he entendido que tengo y debo seguir siendo responsable de mis actos y por eso tengo una vida por delante. Porque tuve un comienzo y quiero tener otro: el comienzo de verme libre, y en esa libertad ver también la posibilidad de un acto de transformación, de volver a empezar, ésa es mi revolución personal.

APRENDER A LA CÁRCEL

*¿A dónde ir para aprender a pensar? A todos los
lugares donde impera la represión*

Bertolt Brecht

APRENDER A PENSAR

Graciela Díaz Amaral

Si bien las cárceles como política pública son una línea de acción para la contención de las conductas delictivas de la sociedad, también han “servido” como medio de persuasión, esto es, para convencer a las personas de no actuar fuera de la ley o caso contrario, el resultado será el castigo de cárcel (la pena privativa de la libertad).

Pero al menos en nuestro amado México lindo y querido, las cárceles sólo cumplen una función simbólica, dicen muchos “expertos” en política criminal; como criminólogos que han estudiado el pensar del hombre criminal sólo en libros que han elaborado, pero que quizá nunca han tenido contacto real y directo con los presos. Algunos aventurados psicólogos dicen “conocer” y “comprender” las mentes criminales, aunque igualmente hablan desde las butacas de las universidades, incluso, para el sistema penitenciario, promueven programas de lo que se llamó en un principio “regeneración social”, pero recibieron críticas por lo de la “regeneración”. Pues se estima que ésta le correspondería no al Estado sino a la Iglesia, ya que esta acción se atribuye al ámbito espiritual

y moral. Por lo que se le cambió el nombre a “readaptación” y más tarde, a “reinserción social”.

En fin, que todos estos términos se utilizaron en su tiempo para decir que aquí en la cárcel se les enseña una nueva forma de pensar a los presos, para que no incidan en la comisión de delitos en la sociedad. Pero, ¿será verdad que la cárcel sea una nueva forma de pensar a los presos, o más aún que en las cárceles se enseñe a pensar?

La realidad es que la cárcel enseña —y bastante— sólo hace falta la voluntad de las personas que estamos internas en ella. Lo que no hubiéramos imaginado que se lograría en una cárcel, pasa aquí: se detiene una a pensar, y con esto, como dice Jaime Nubiola, profesor de filosofía de la Universidad de Navarra, España: “la vida que antes era plana gana altura, adquiere perspectiva”, “pararse a pensar un poco todos los días, cambia la manera de estar en el mundo”. Y es que, al estar interno en una prisión se tiene mucho tiempo para recapacitar y concluir que la vida fuera de este lugar (al menos la mía) era superflua, superficial, llena de “ruidos” que no decían nada, inserta en el torbellino de la rapidez de un mundo irreflexivo; un mundo acaparado por el “progreso tecnológico”, que no deja oportunidad de meditar, de pensar, de crear, de ser humano.

Aquí, sin embargo, pensar reflexivamente es posible gracias al silencio personal y al tiempo dedicado a examinar con temple y cuidado lo que hemos creído, imaginado o ideado, y que nos ha resultado en una conclusión igualmente reflexiva. Quién iba a imaginar que en la cárcel alguien piensa, es más, no sólo se piensa, sino que se sabe pensar. Pues sí, aquí en la cárcel se aprende a pensar, a conocerse a una misma, una aprende a poseerse a sí misma.

Por ejemplo, consideremos lo que propuso Sócrates: “una vida que no se examina no vale la pena vivirla”. Es decir, que el tiempo que se está en la cárcel, permite enfrentarse a sí misma honestamente, examinarse o, en otras palabras, para ser más clara en esto, una aprende a darse tiempo no sólo para ver su vida sino para hacer algo con ella. Y siguiendo con la idea de Sócrates se examina, justamente, para aprender a vivir.

Pues bien, quizá las cárceles, en general, no sólo cumplen una función “simbólica” sino que verdaderamente coadyuvan a enseñar a los internos a pensar y repensar, a crear y recrear su existencia. Esto, cabe aclarar, desafortunadamente no es efectivo en toda la población interna, sino solo en aquellos que se esfuerzan, como lo dijo Oscar de la Borbolla, en su *Rebeldía de pensar*: “pensar, saber pensar, no es algo que se pueda dar por descontado”, y agrega, “pensar es una capacidad que se conquista, que exige de nosotros empeño para desarrollarse y, sobre todo, requiere de práctica; pues no todos piensan”.

En efecto, es difícil pensar y más en un lugar inhóspito, lúgubre, desierto e infértil, como representa para muchos una prisión; ahí en ese entretejido de vivencias, de experiencias, de saberes y creencias, de formas de vida tan distintas, es, sin duda, para algunos, un terreno de oportunidad para detenerse y ponerse a pensar y ver la vida más claramente.

Tal vez no quepa decirle a la gente de allá afuera: “huyan de sus cárceles sin barrotes y vayan directamente a aprender a pensar a la cárcel”, pero sí invitar a la sociedad a escuchar las voces de los que para muchos no tienen voz; las voces que muchas veces son silenciadas o repudiadas por algunos que las consideran indignas, sin derecho a ser ni existir.

Escuchar las voces presas que quieren ser libres, porque el pensamiento de un preso no puede tener sentencia ni condena alguna sino estigmatización y odio. Voces para conocer y entender el contexto de la paradójica “libertad” de pensar en prisión, de saber pensar. De los que se han atrevido aquí adentro a hacerlo, de aquellos que se han rebelado y no se han conformado con “estar” sino que han decidido “ser” alguien en el centro del laberinto carcelario.

APRENDER DEL ENCIERRO

Araceli Chávez Márquez

La idea o imagen de la cárcel se vive demasiado estigmatizada por la sociedad, aparentemente los malos, los descañados, los delincuentes, se encuentran encerrados y aislados para que ya no puedan hacer más daño. Entre más años de reclusión, entre más largas las sentencias, se piensa que es menor el peligro para la sociedad.

Sin embargo, no se puede generalizar y decir que en la cárcel todas las personas son malas, o que todas las circunstancias son negativas. En un lugar considerado oscuro existe sabiduría, hambre por el conocimiento y deseo de compartirlo con los demás. Se descubren artes, habilidades ocultas; el hombre por naturaleza abre nuevos horizontes y va transitando con cautela hacia lo desconocido, se vuelve estrategia para obtener su alimento y estabilidad. Vive y se adapta a las condiciones.

El encierro lejos de ser un castigo es, para algunos, una oportunidad de introspección, la posibilidad de recobrar conciencia; es la ocasión de preguntarse ¿quién soy?, ¿quién quiero ser? Es descubrir lo más sublime del ser, la apertura para reconocer los errores con la finalidad de renovarse,

que esa crisis se convierta en posibilidad, es descubrirse y atreverse al cambio. ¡Es rescatarse a una misma!

Como lo refiere Fernando Savater: “El remordimiento no es más que el descontento que sentimos con nosotros mismos cuando hemos empleado mal la libertad”. La cárcel da la opción al ser humano de observarse, pero no necesariamente implica hundirse en la culpa o el remordimiento, sino en ir eliminando de su vida la “imbecilidad” con la que se ha actuado, como lo expresa el mismo Savater cuando habla de los tipos de imbéciles, quizá el que mejor queda a muchos de los que estamos aquí es: “El que quiere con fuerza y ferocidad, en plan bárbaro pero se ha engañado a sí mismo sobre lo que es realidad, se despista enormemente y termina confundiendo la buena vida con aquello que va a hacerle polvo”. Ciertamente muchas de nosotras puede que hayamos entrado aquí por eso, o puede terminar así el encierro; pero siempre nos queda la posibilidad de volver a construirnos y a no seguir más por esa línea. De esta manera se puede decir que la cárcel es una oportunidad más para aprender, un lugar recóndito donde el ser humano tiene la oportunidad de reconsiderarse y rescatarse, si así lo desea.

ALGO QUE APRENDER

José de Jesús Flores González

Desde que llegué a un reclusorio, porque había cometido un delito, me explicaron qué era lo que tenía que hacer, aunque fue muy somera la explicación, supe que tenía que realizar un trabajo, acudir a terapias y estudiar. Llegué a preguntarme ¿para qué diablos me va a servir volver a estudiar? Así, pasó el tiempo, estudié algunos cursos, ya que mi difunta madre me lo pedía, me exigía que lo hiciera y yo para que estuviera calmada, lo hice; además de que si no lo hacía no me dejaba dinero. En realidad, por eso asistía, pero no pude estudiar más, porque según no hacían válidos los documentos que traía; eso sólo fue al inicio, pues aprendí que aquí en la cárcel todo se puede.

Era el año 2000 y la corrupción, en esos momentos, estaba a todo lo que daba; entonces fue cuando ya no asistí a clases, mejor las pagaba y así me dedicaba a hacer, según yo, no sé qué cosas, pues la verdad nunca hice nada. En esa etapa de mi vida, más que aprender a vivir la cárcel me acomodé a tener la vida más fácil: a no hacer nada y tener todo. No iba a la escuela y, sin embargo, tenía muchos cursos; nunca fui a terapias, y aun así las tengo; el colmo es que

nunca fui comisionado y tengo memorándum de que tuve el trabajo de auxiliar de limpieza. Todo lo pagaba y claro me lo daban. Eso es lo que aprendí, parece broma, pero la familia al igual que nosotros está presa, solo que ellos de otra manera: apoyando a su interno, para que según, “viva bien” y no le falte nada.

Pasó el tiempo y, desgraciadamente, la cárcel me siguió enseñando lo cruel e ingrata que puede ser; ya que después de apoyar a la gente con la que viví, uno de ellos, al poco tiempo de pelearme con él me picó por la espalda y por este hecho terminé de gravedad en Tepepan, no sin antes ser operado en Xoco. Ahí la cárcel me ensañó dos cosas, la primera, que no había enemigo pequeño y la segunda que a una madre no le importa lo que hayas hecho, si su hijo se ve en riesgo o en peligro. Así, tuve que aprender en la cárcel no sólo cuánto me amaba mi madre, sino como afectaba en otros lo que había hecho.

En el año 2007 fui trasladado a la Penitenciaría de la Ciudad de México y ahí me enseñó la cárcel, una vez más, cuan despiadado puede ser el encierro. No recuerdo el mes ni el día, es algo que no me gusta recordar, pero ese año mi madre se suicidó, se ahorcó. No quiso saber ya nada, ni de nadie, simplemente lo hizo. Me di cuenta de lo injusta que puede ser la vida. Caí en una depresión tan grande que en varias ocasiones intenté suicidarme también, pero aprendí que, como dicen, “Dios no complace a los idiotas”, y también que no importa quién seas siempre habrá alguien que te ayude.

Sin embargo, me di cuenta de cómo “ayuda” la droga, aunque sea pasajero, y todo sea engañoso, ciertamente evade, calma, quizá para de pronto darse cuenta de que la fuerza

siempre dependerá de cuánta voluntad se tenga. La realidad de las cosas es que nunca dejas de aprender y esto, en un mundo tan chiquito como es la reclusión, se puede ver a la perfección sólo por la experiencia. Y es por eso que parece broma, pero aquí en la cárcel es donde más he aprendido a ser honesto, responsable, duro, amigable, sentimental, preocupado; ser amigo, hermano, leal, hipócrita, estudioso, comprometido... En fin, he aprendido a reconocer como soy en realidad: no cómo quiero ser, no qué quiero ser, sino lo que soy.

ENCONTRAR EN EL ENCIERRO

Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza

Hasta hace no mucho se tenía muy estigmatizada a la persona que se encontraba privada de su libertad, o quizá siga siendo así. Hablar sobre esos temas implicaría entrar en un debate social en el cual también nosotras tendríamos que participar. Una ciudad dentro de cuatro paredes parece inimaginable, pero es posible. Aquí existe una estructura social donde la comunidad va creando e inventando herramientas para la supervivencia y un lenguaje amplio para la interacción y convivencia.

Se puede aceptar el lugar donde una misma se encuentra, debido a una adaptación de varios años; sin embargo, para otras personas no es fácil adaptarse al medio; sí se puede estar, pero a veces hundida en una vacuidad existencial, aunque esto también se puede experimentar allá afuera, en libertad física.

Una mujer busca regresar a casa con su familia, pero relata cómo el haber llegado a prisión le salvó la vida, su vida fue salvada, pues mucho tiempo atrás no tenía una razón por la cual vivir, se encontraba a diario con un vacío existencial que le hacía morir lentamente. Su límite, quizá, fue tocar el

fondo de su propio sufrimiento. Al haber llegado a la cárcel encontró un lugar donde era escuchada y no juzgada. Un lugar dentro del penal donde podía expresar y por primera vez compartir su sentir; encontró una forma digna de vivir honradamente gracias a su esfuerzo, trabajando como artesana. Encontró que no importaba la edad que tuviese, no era demasiado tarde para seguir estudiando y llenarse de conocimientos nuevos. Entró en una carrera universitaria, donde desarrolló habilidades que ella desconocía, así fue descubriendo y explotando sus potencialidades.

Frida Kahlo refería “pies para qué los quiero si tengo alas para volar”, sus sueños y sus esfuerzos fueron más grandes que las condiciones en las que se encontraba, su límite era ella misma. La vida no es un sueño, pero si dejamos de soñar se cierra automáticamente la posibilidad de aprender de nuestras experiencias, de lo que imaginamos y proyectamos.

No importa el lugar donde nos encontremos, mientras vivamos no podemos dejar de adquirir nuevos conocimientos. Madurar y crecer duele, pero con base en esas experiencias se puede tomar conciencia de lo que nos ha sucedido, darle forma para expresarlo y comprender lo que sucede en cada una de nosotras; eso que, probablemente, es lo que intento hacer en esta narración.

Todo ello, poco a poco nos va dando paz interna, serenidad, aceptación, finalmente nos ayuda a ser mejores personas, más llenas de sabiduría, de ese “saber” que nos hace enfrentar mejor la vida misma. No es fácil, pero aprender en la cárcel no nos hace más o menos que otros, simplemente nos hace llevar más experiencias fuertes y dolorosas en nuestro corazón, y quizá por ello, valorar lo que significa ser una buena persona.

DIPLOMADO INTENSIVO... EN LA CÁRCEL

Daniel O. Salazar Lozano

En los tiempos que corren, en nuestras ciudades llenas de concreto y asfalto, donde el estilo de vida es impersonal, aprensivo y sobre todo inmediatesta: comida rápida, caja rápida, fila premier, servicio *drive thru*, entrega inmediata, compras en línea, taxi a la puerta de la casa; ¡cielos!, la lista es tan larga que casi no me aguanto las ganas de reducirla, pero volvamos al punto. La sociedad moderna (por lo menos la citadina) desdeña cada vez más el tomarse el tiempo para hacer las cosas, y mucho más para disfrutarlas (aun cuando vivimos en una cultura hedonista).

Es muy cierto que este aceleramiento en el estilo de vida muchas veces es involuntario y obedece a las exigencias de “la vida moderna”, y también lo es, que esta aceleración una vez que entra en la vida de una persona, se vuelve un hábito difícil de eliminar. Ahora, si combinamos esta obsesión por la inmediatez con cualquier otro defecto de carácter, o peor aún, con algún padecimiento psicológico; tenemos un caldo de cultivo perfecto para la llegada de la frustración, la ansiedad, la ira, la agresividad, la desesperanza, etcétera.

Tenemos entonces a millones de personas que no saben vivir su vida. Sometidos a las presiones de la inmediatez; podemos ver a gente ansiosa por ganarle a la luz verde del semáforo, al conductor de al lado, únicamente para llegar 2 o 3 segundos antes al siguiente semáforo. Sumados a la inmediatez, tenemos también la falta de atención, la baja o nula tolerancia a la frustración y el egoísmo exacerbado: voy rápido, no me detengo, necesito lo que quiero, lo quiero ahora, y si no lo tengo ahora, me frustró y me enojó; y si la situación es intolerable, huyo y no lo enfrento, y si no tengo más remedio que enfrentarlo, no tengo las herramientas emocionales para ello.

En la actualidad —y con esto no quiero decir que anteriormente sí— las personas en su mayoría no saben cómo darse forma con la realidad o, mejor dicho, no saben lidiar con lo lento, con lo que no satisface, lo que no gusta o desagrada; el hedonismo y la cultura de lo inmediato, no hacen buena combinación.

Pero, ¿qué sucede con aquellas personas que no pueden elegir sus circunstancias? o, en otras palabras, a los que de pronto se les coarta la libertad de elegir y que se ven confrontados con todo aquello que desagrada sin la posibilidad de huir o por lo menos de cambiar las circunstancias. Si acaso de pronto, querido lector, ¿un suceso repentino y traumático detuviera su vida? Y ya detenida ésta, fuese colocada en una suerte de limbo en el cual lo que sucederá con su persona, estuviera sujeto al arbitrio de personas que no lo conocen y que, sin embargo, tienen la potestad de juzgarlo; si de pronto, la libertad para despertar a la hora que se quiere, para desayunar lo que le apetezca, para vestir lo que desee, para portar aquella alhaja que tanto le gusta, si se le privara del placer de

estar con quienes ama y de poder desplazarse o no a donde quiera; si de pronto todo su mundo se viera reducido a la estridencia, suciedad, hacinamiento, malos tratos, horarios fijos y comida horrible, a mantener una pseudo disciplina arbitraria y dispuesta a ceder sus favores al mejor postor, ¿usted se deprimiría? ¿La vida perdería todo sentido para usted?

Para las personas que han tenido la desgracia de ser apresadas —sea cual sea la circunstancia— existen dos posibilidades: la primera, que el sujeto en cuestión se adentre en esa subcultura de los antivalores para poco a poco ir haciéndola suya; la segunda, que el individuo en esa subcultura, la tolere, la mantenga a raya y que sobreviva adaptándose sólo lo necesario.

Para el segundo caso, las herramientas para lidiar con el encierro son tanto la paciencia como la tolerancia, principalmente; valores imprescindibles para sobrellevar la existencia en condiciones no deseadas. Y es en la cárcel donde muchas o la mayoría de las personas que se encuentran presas, afirman que este par de herramientas en la vida cotidiana en libertad, son poco apreciadas.

En la cárcel se perfecciona la habilidad de lidiar, olvidar, de dejar pasar o de confrontar con las mejores herramientas del intelecto, todas aquellas situaciones indeseables o peor aún, amenazantes. Se aprende a hacer de la frustración, una oportunidad para replantear lo que se desea con respecto a lo que se tiene o a las posibilidades que existen de satisfacer ese deseo o esa necesidad; se pasa de la rapidez o inmediatez a la paciencia.

Por ello, cuando escucho o leo que durante el confinamiento la humanidad hizo “esfuerzos extraordinarios” para lidiar con el encierro no puedo más que tomarlo con cierta

ironía, pues considero que si alguien quisiera aprender a vivir con lo que se tiene y se necesita, para aprender a llevar una vida sin las presiones de lo inmediato, debería venir a tomar un diplomado intensivo sobre la materia, debería venir “a aprender a la cárcel”.

LA EXPERIENCIA AJENA

Antonio Ortiz Vega

El “Fierro” se quejaba amargamente: “ya llevo seis años en prisión y nunca me ha venido a visitar ni familia ni amigos”, cualquiera se preguntaría, pues ¿qué clase de persona es este tipo que nadie se ha acomedido para hacerle una visita?

De un recipiente con agua no puede salir vino a menos que la mano del Salvador haga un milagro. Y las palabras del “Fierro” denotan soledad, no la soledad que permite encontrarnos como personas; no la soledad de la que se aprende y motiva a recomponer el camino; no la soledad tan necesaria para disfrutar de nosotros mismos, sino la soledad de estar rodeado de tantos prisioneros que no significan nada para la persona; la soledad de ver todos los días las mismas caras, las mismas cosas, las mismas paredes, el mismo sol y la misma luna. La soledad de llevarte el alimento a la boca y saber que no hay quien aporte con su compañía la sustancia de los alimentos, pues dejan de ser parte de la degustación del paladar para pasar a ser solo un trámite de conservación de la vida. Las conversaciones de los que sienten haber alcanzado un estatus delincuencial no logran distraer esa soledad y terminan siendo vanas, sosas y hasta aburridas.

Los mismos colores siempre, parecen cada vez más deteriorados, se tornan cada vez más grises y opacos. El recuerdo de la primera cita con el amor cuando al abrir los ojos la luz del sol avivaba los colores de todo cuanto tocaba; el pasto verde y hermoso, el cielo azul pastel, las vestimentas bien combinadas de las personas en las calles; los hermosos colores de las flores que adornan las áreas verdes públicas; los cabellos perfectamente teñidos y con variedad de colores de la mayoría de las mujeres por todos lados, es solo un leve intento por levantar el ánimo que como cuando un auto no quiere arrancar y la marcha solo deja la esperanza de que en algún momento encienda. La cruda realidad regresa y el sol pálido hace un lamentable intento por animar los colores de lo que toca, el pasto marchito deprime, el azul solo se hace presente en el uniforme de los internos y no tiene el más mínimo tono apastelado, sino que es ropa vieja, decolorada, rota y desajustada en la mayoría de los casos; y los cortes de casi todos son del típico maleante, pelón, casi pelón y algunos que se dejan una mata ridícula que les hace ver más feos de lo que son. Definitivamente este auto, ¡no arranca!

Los mismos olores, se solicita la mayor atención a la imaginación; las estancias miden 3 por 4 metros para 6 internos, dos hileras con tres camarotes cada una, pegados a la pared de un lado, en el lado opuesto el baño y una repisa amplia; a las 19:00 horas se cierran las estancias y no hay manera de salir de ellas. Cuando a la hora de dormir se le ocurre a alguien tirarse un pedo, puff, es como un arma biológica de destrucción masiva y no hay para donde correr. Si los inquilinos son limpios no hay tanto problema, pero cuando son desaseados se está condenado a acostumbrarse a los malos olores. El olor a abandono es el predominante, le acompaña

el olor a fracaso, el olor a frustración, a venganza, a desesperación, a muerte. ¡El agua que sale de este recipiente ciertamente es agua, pero al parecer está podrida!

“Estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí” (Mateo 25:36). Cuánta verdad y sabiduría hay en esas palabras. Esa visita tiene el poder de cambiar la cosmogonía de una persona, la del interno y ella implica que hay alguien que ama, entendiendo el verdadero significado de amor como menciona la primera carta de Pablo a los Corintios 3:16 “el amor es sufrido, todo lo soporta, no busca lo suyo...”.

En la calle interactuamos con mucha gente, permitimos que la relación con nuestros seres amados caiga en la cotidianidad y no valoramos lo que en ellos tenemos hasta que vivimos tiempos de prisión. Una visita para un interno es verdadera bendición, es la razón por la que nos alejamos de una soledad maligna y tortuosa, podemos ver un día hermoso con sol o sin él, observamos lo mejor de las personas y buscamos los olores que despierten el gusto por la vida. Ese día de la semana que se convive con la visita es el combustible que permite arrancar el motor de la vida y avanzar hasta el siguiente día de visita, que renueva el combustible para seguir avanzando.

No es necesario caer en prisión para valorar lo que se tiene en libertad, soy de los que están convencidos de que aprender de la experiencia ajena es posible; así que si es necesaria una prueba de amor con los nuestros hay que recibirla con gusto porque nunca se sabe cuándo se tenga que soportar el apestoso “pedo” de alguien ajeno a nosotros y muchas cosas más ajenas a lo nuestro; es quizá cuando desearemos estar con nuestros amores. Pero también, curiosamente, es

lo ajeno, lo que no es mío, los otros, lo que ahora en este recinto me confronta con mi propia humanidad, y de eso hay mucho que aprender.

APRENDER ENTRE OTROS SERES HUMANOS

Sayuri Clarivel Montero Martínez

Todos se imaginan que la cárcel es un lugar horrendo donde las personas viven en condiciones deplorables, que uno no puede tener vida en este lugar, pero la realidad es distinta. A este lugar que es la cárcel se viene a aprender sobre la humildad, a pedir las cosas a las que normalmente no estamos acostumbrados, también a bailar, convivir, leer en algunos casos, mas todo lo que se puede aprender entre seres humanos.

Las personas del exterior vienen a aprender cómo se relacionan los humanos en reclusión para ayudarlos a una mejor reinserción a una sociedad que no sabe tratar a los reclusos; como tampoco los reclusos a esa sociedad de donde se les arrancó, en algunos casos y en otros, donde no se quiere estar.

Aprender en un contexto diferente a lo cotidiano, es decir con personas reclusas que obviamente se comportan de distintas maneras, ahí donde existen personas que buscan su libertad y otras tantas, buscan más que un peso para su vicio, de todos ellos se aprende, buenos y malos hábitos.

Sin embargo, también hay que empezar a soltar esa mala imagen que existe en general sobre este lugar. Aquí, muchas buscamos conocimiento y tener conciencia de nuestros actos;

otras, estudian desde una primaria hasta una carrera universitaria; obteniendo conocimiento que antes no les interesaba o no sabían que existía.

Se aprende a lidiar con personas muy complicadas, otras no tanto; pero también a ayudar sin recibir, a veces más que problemas a cambio. La cárcel enseña que aquí también se pueden aprender muchas cosas, pero sobre todo y lo más valioso es que se viene a conocerse a una misma, a saber, quiénes somos, cómo pensamos, a descubrir nuevas capacidades físicas, mentales, espirituales y emocionales que afuera, en ocasiones, no se tuvo la capacidad de mirar o las oportunidades para conocer las propias potencialidades.

Todos tienen algo que aprender de la cárcel, es una sociedad carcelaria en constante movimiento, bueno y malo, hay que tener la disposición para, no sólo sobrevivir en este lugar, sino para sacar lo mejor de nosotras mismas.

APRENDER DEL FRACASO

Víctor Vance Varela Vilchis

Astronauta, piloto aviador y maestro eran los sueños de la infancia, lo que muchos niños queríamos ser. Nuestros padres nos impulsaban a querer ser personas que se veían como grandes entre los grandes.

Hay que esforzarse mucho y cada vez nos cuesta más trabajo hacerlo, queremos que todo llegue fácil. Crecemos viendo a esas grandes figuras del deporte como Zidane, Figo, Ronaldo, y pensamos, ingenuamente, que tienen vidas perfectas y aspiramos a ese triunfo; oh sorpresa, es aún más difícil. Y así continuamos algunos, muy pocos logran triunfar o seguimos en la lucha.

Ahora los ídolos: Messi, Checo Pérez, Mahoms, Canelo; pero también los narcos juniors que presumen sus lujos por TikTok, Instagram y Facebook. Y no olvidemos a los malos del barrio, aquellos que traen la camioneta del año, los tenis y ropa de marca, y que son el principio del camino para llegar a ser como esos grandes narcos a los que ahora ponen como grandes héroes en las series de televisión. Pero nadie les advierte que si fracasan (como el 99% que lo intenta) el precio es alto, si son afortunados, pagan con su vida, pero si

no, pagan con cárcel y no pagan solos; casi siempre también la familia.

Así como hay en las escuelas, excursiones a museos, parques de diversión, teatro, etc., debería haberlas para ir a aprender a la cárcel.

DESPERTAR INESPERADO

Jessica Torres Colín

Cuántos años atrás realicé una rutina sin sorpresas, casi inconsciente, casi como respirar. Me levantaba, me bañaba, iba a la escuela, comía, regresaba a casa y dormía. Era una rutina funcional, funciona para la mayoría, ¿cierto? La gran mayoría la realiza en el mismo orden, las mismas actividades con pequeñas variaciones, es casi inherente a nosotros. Así pasan los años, así pasa la vida misma, hasta que, de pronto, las circunstancias cambian; puede ser una enfermedad, una pérdida, algún despertar inesperado.

En mi caso mi despertar inesperado fue la cárcel, lleno de aprendizajes y sorpresas. Mis actividades son prácticamente las mismas; me levanto, pero no de mi cómoda cama sino de una plancha de metal; me baño, pero no con una regadera sino con un bote y una jícara en mano; también voy a la escuela, pero no en el metro o en el microbús viendo la ciudad con mis vestidos coloridos que tanto me gustaban sino caminando sobre pasillos pálidos y vestida del brillante color beige; como, pero no la deliciosa sopa recién hecha por mi madre sino un guisado insípido que la institución nos proporciona; regreso, pero no a mi casa con mis papás,

mi hermana y mi perro esperándome con ansias sino a una estancia llena de incertidumbre y peor aún, donde me espera la apatía de mis compañeras; duermo, pero no con un “buenas noches” de mi madre sino con un pase de lista que no me deja olvidar donde estoy.

Pensamos en la rutina como si fuera algo que nos perteneciera, algo que merecemos, algo que no va a cambiar. Precisamente por esta constatación mal infundada, deberíamos tomarnos un día, sólo uno, cada que nuestro ego nos haga creer que somos merecedores de cualquier cosa, para ir a aprender a la cárcel, para ir a valorar todo lo que creemos seguro. Les puedo asegurar que, en un instituto como éste, se aprende y se valora más que en ningún otro lugar.

LO QUE VALE LA PENA

Kevin Sandoval Arévalo

Durante mi estadía en este lugar he podido aprender y darme cuenta de las cosas que en realidad valen la pena y que, muchas veces por la vida que se lleva afuera, no nos tomamos el tiempo para verlas, o simplemente porque no queremos llegar a ser alguien, y sólo buscamos quedar bien con los demás y alimentar el ego, con el que nunca vamos a estar conformes.

Una de las cosas que tiene este lugar, son los dichos “la visita es sagrada” “la familia se respeta”, y es algo que estando en la calle no vemos. Ya que con nuestras acciones no nos damos cuenta del daño que le hacemos a nuestros seres queridos. Esos que estando aquí, son los únicos que no te dejan, no te sueltan; y toda esa gente con la que uno quería aparentar ser importante son los primeros que te abandonan.

Otra de las cosas que se aprenden y que ahora está tan presente en cualquier sociedad, es aprender a vivir sin tecnología, aprender a no estar pegados a los aparatos electrónicos, y ese pequeño detalle hace que aprendamos a ver y tomarnos el tiempo para apreciar cosas importantes que pasan a nuestro alrededor, algo tan simple como ver caer la lluvia en una tarde nublada; el cantar y volar de las aves y el

poder alimentar a las palomas. Son cosas tan placenteras en el encierro que por la vida que se lleva afuera ya no vemos por estar tan pegados a los teléfonos.

Aprendemos a escuchar y a tener una plática con los demás, cosas tan simples que ya se van perdiendo. Durante mi estadía aquí, en mis visitas con mis padres, hermanos y demás familia que no me dejan, las pláticas se vuelven tan interesantes, ya que los teléfonos se quedan afuera y no tienen o tenemos distracciones, aprendemos a escucharnos y a disfrutarlos de otra manera que en la calle no teníamos. Afuera si estábamos juntos cualquiera iba el teléfono infinidad de veces, prisioneros de cada sonido que llega del celular, como estímulos de los cuales dependemos sin darnos cuenta, y eso hace que se pierda la emoción y la magia de la conversación. Pero sobre todo el saber esperar en contra de toda inmediatez.

Estar en la cárcel es algo que pesa mucho porque tu vida parece que se detiene, te pierdes de muchas cosas y pierdes a muchas personas. Pero si aprendemos a sacar lo bueno, también es un lugar de mucho aprendizaje. Aprendes a conocerte, a escuchar, a amar y a apreciar todos los detalles que en la calle no podemos; aprendes a tolerar y a convivir con más gente, ya que en algunas estancias llegamos a ser hasta 17 personas en lugares que son hechos para seis, y cada uno tiene una forma distinta de ser, de pensar y de actuar. Quizá ése es el verdadero infierno del que se tiene que aprender.

Está en uno mismo el poner en acción nuestra voluntad, porque el que no quiere cambiar, con todo y con todos anda peleando. En la cárcel se puede aprender mucho si queremos, aunque también se pierde mucho en todo este camino, como en cualquier vida, como en cualquier lugar.

¿ALGO QUÉ APRENDER?

Jessica Ortega Chila

Cuando leímos el texto “A aprender al asilo”, pensé que, así como el asilo es un sitio marginado en las sociedades, también lo son las cárceles. Ahora llamados centros de readaptación social. Cuando quizá esos espacios marginados debieran ser la imagen ejemplar de cómo es una sociedad; es decir que esos espacios fueran el reflejo de cómo es tratada, de cómo se organiza, de cómo funciona y cómo se gobierna una sociedad entera.

Ciertamente, no podemos olvidar que uno de los motivos del nacimiento de las prisiones como instituciones fundamentales de una sociedad, era mostrar o ejemplificar la eficacia para castigar los delitos que ahí se producen. Sin embargo, en la actualidad se puede creer que la cárcel no es un castigo para el individuo, sino que el objetivo del tratamiento penitenciario es preparar al condenado, sean hombres o mujeres, mediante la reinserción social para la vida en libertad.

Pero, entonces, ¿por qué en algunos casos sigue habiendo tanta diferencia en la aplicación de las sentencias entre las mujeres privadas de su libertad y los hombres? ¿Cómo se puede reinsertar socialmente a alguien cuando, en muchos

casos, la familia abandona a sus familiares presos o cuando se juzga y se condena sin tener argumentos reales? ¿Cómo pensar en ello, cuando se niega el beneficio de la libertad anticipada, o cuando se recalca que la cárcel no es un medio para castigar a nadie, sino una institución para tratar de “curarnos” como si fuéramos gente enferma, y, a veces, tratada por gente poco profesional?

Por qué no aprendemos a profesionalizarnos todos, nosotras con el estudio y el trabajo; los custodios, los empleados de la salud, los administrativos y sobre todo los abogados que, a veces, se convierten en el peor enemigo. Aquí todos son “licenciados”, se tenga o no se tenga el título, y no es que eso diga mucho, pero con eso se ostenta un cierto poder. ¿Por qué no aprendemos a respetarnos los de abajo para arriba, pero también los de arriba para abajo? ¿Por qué no dejamos de ser apariencia y convertir estas instituciones “necesarias” como verdaderos y reales centros de reinserción personal y social, aprender eso en nuestra comunidad penitenciaria, para luego salir a la sociedad?

Aquí se aprende a callar cuando habría que tomar la voz, la palabra, la acción, la educación que nos brindan, sí, pero sobre todo para trabajar en modificar estas instituciones, para pensarlas nuevamente y crear desde ahí una mejor sociedad. Por algo subsiste el dicho popular de que las cárceles son las “universidades del crimen”. Por qué no hacernos más visibles, e intensificar, no los comportamientos delictivos sino lo humano; es decir tratarnos como personas maduras y no como enfermos o como niños, aunque algunos, como afuera, requieran de tratamientos.

Aquí aprendemos a sobrevivir con la esperanza de encontrar un buen abogado que no robe; a saber que las cuestiones

jurídicas sólo son aplicables para quien tiene solvencia económica para comprar a algunos jueces; aprendemos a esperar a que por fin se fijen en nosotras que luchamos día a día por ser mejores, demostrándoselos con acciones que, a veces, pareciera que nadie ve. Aprendemos a sobrellevar, entonces, la frustración, la ilusión de ver nuestra esperanza tan sólo como un sueño, porque pasan y pasan los años y lo único que cambia es nuestra apariencia.

Sí, se dice, la reinserción ayudará cuando estemos en libertad; pero ¿será esto cierto?, cuando algunas de las internas reinciden en algún delito, y otras, después de años presas, a veces inocentes, o que nunca tuvieron una buena defensa, al transcurrir de los años fueron abandonadas por sus seres queridos, y al final ya no tienen nada. ¿Cómo se vuelve a reinsertar a un individuo con todos estos problemas?

Aquí aprendemos a hacernos cargo de nosotras mismas, pero también a trabajar organizadas como una “sociedad”, donde la mayor parte de las internas somos las que hacemos que el reclusorio funcione sin que haya tantos empleados externos. Así, parte del personal del centro escolar, del área de eventos culturales, capacitación, talleres, como de la cocina, tiendas, recaudería y áreas de gobierno; funcionan en gran medida por las mismas internas. Ellas dan clases en las diferentes áreas, son maestras, empleadas en las tiendas o talleres y estafetas de las áreas de gobierno.

Aquí, como afuera, una manera de ser violentadas es que no se nos escuche, que no se nos vea, que no se nos respete con un trato digno. O que desde afuera se nos siga viendo con la imposición de tantos prejuicios que, al final, se deja de ver lo que en realidad somos: personas que valoran las pequeñas cosas de la vida, un abrazo, un beso, una palabra de aliento,

la convivencia familiar, amar, disfrutar, reír, llorar, nutrirse día a día de conocimientos, y que aprendemos a mirar la libertad con madurez.

Hemos aprendido a llorar por dentro para que la familia nos vea fuertes y no sufran más al vernos aquí. Porque al igual que nosotras, ellos también están presos, tienen que soportar malos tratos, irregularidades, desprecio, y pagar junto con nosotras el castigo de la marginación y el prejuicio.

Por ello, entonces, la cárcel no es el mejor lugar para venir a aprender; aquí aprende el que quiere. Se pueden aprender cosas buenas y malas, pero todo tiene una consecuencia; lo mejor es valorar lo que se tiene, y ser conscientes de que nadie está exento de llegar aquí, y que pueda cambiar su vida de un momento a otro.

ALEGRÍA EN LA CÁRCEL

Carlos Gopar

*Anima est omnia quae cognoscit*¹
Aristóteles

Antes de llegar a este lugar, jamás pasó por mi mente que se podría aprender algo más allá de los estereotipos que se tienen sobre la cárcel. Pues en mi opinión a pesar de solo conocer el interior de este lugar, pude llegar a pensar que aquí es muy difícil ver sonrisas o diversión pura, real e inocente.

Se preguntarán ¿quién podría reír o divertirse en este sitio?, cuando en realidad todo el mundo tiene plasmado en su mente que este lugar es donde los delincuentes, deben de estar pagando todo el daño que hicieron a la sociedad y sin derecho a nada; pero, contrariamente a este pensamiento tan cerrado, aquí se aprende a valorar y disfrutar de las risas y de lo divertido que puede ser la vida aun en reclusión.

Ejemplo de esto son los días en que hay visita, en esos momentos tan fugaces como eternos, se puede ver correr por toda la Penitenciaría a gran cantidad de niños. Hoy, ya es

¹ “El alma es todo lo que sabe”.

Domingo por la mañana y el sol comienza a brillar cada vez con más fuerza, anunciando que hará más calor que en días anteriores. En la Peni no es un día normal, porque apenas ayer —después de una larga pandemia, para nosotros de doble encierro ya que se limitaron en mucho las visitas— ahora de nueva cuenta regresaron las risas infantiles a este sitio y hoy se va a repetir; además el equipo de fútbol americano regresa a la actividad.

Por eso los internos van de aquí para allá preparándose para recibir a la visita; unos barren la entrada, otros acomodan, limpian y ponen manteles en las salas; algunos se cortan el cabello mientras platican con el peluquero a gritos, entre muchos radios que inundan el ambiente con rock, cumbias, corridos y reggaetón.

Solo unos cuantos están atentos a lo que sucede en el campo de fútbol, ahí tres de ellos pintan, con esmero y detalle, las líneas necesarias para que se lleve a cabo el juego de americano con el que dará inicio la temporada para el equipo de casa. Los recién llegados miran la labor de los tres, sin atreverse a preguntar nada, mientras a su alrededor los más viejos critican y picudean a los pintores. “¡Para qué pintan, si siempre pierden!”, es el más repetido de los gritos.

Casi al mediodía llegan los jugadores con sus *chavos* cargando su equipo, el campo está adornado con globos; a los costados, hay colocadas unas lonas y sillas para el equipo rival y las autoridades del Centro; también ya entraron algunas familias de los jugadores locales.

Dentro del gimnasio, entregan los nuevos uniformes (la ocasión amerita que los estrenen); en esos momentos, llegan los contrarios que son recibidos con chillidos y mentadas por parte de la banda que está pegada a la reja que resguarda el

campo y también por todos aquellos que desde el dormitorio se preparan para ver el juego. Cuando el equipo local se prepara para salir, se enciende una bocina y se escucha al *Cartel de Santa* cantando a todo volumen: “¿Dónde están perros?, quiero verlos saltando; ¿Dónde están perros?, quiero verlos gritando...”; y así entre gritos, chiflidos y ladridos, entran al terreno de juego los “Perros”.

Mientras ambos equipos calientan, los entrenadores hablan entre ellos; algo sucede, los custodios hablan por radio y con gesto de molestia menean la cabeza de lado a lado. Para cuando ambos equipos están listos los árbitros aún no llegan, la porra comienza a chiflar impaciente para que dé inicio el partido; el sol está cada vez más rabioso, los jugadores aprovechan el retraso y van a saludar y abrazar a sus niños que hoy vinieron a acompañarlos. Entonces, se toma una decisión y algunos miembros de cada equipo fungirán como árbitros.

Por fin da inicio el juego, los “Perros” tienen la ofensiva; en su primera oportunidad son detenidos en la línea de golpeo, al parecer los “Rams” no son tan fáciles como se llegó a pensar. Segunda y diez por avanzar, el *quarterback* saca la jugada dándole el balón a su corredor, éste va hacia su derecha y se lo entrega al receptor quien corre al lado contrario, avanzando y eludiendo rivales, arengado por la gritería de todos los ahí presentes hasta llegar a la zona de anotación. Se desata la euforia, el equipo local comienza ganando.

En ese momento entran los árbitros y se crea un silencio inusitado, todos están a la expectativa de qué va a pasar; luego de hablar con los *coaches* y capitanes de ambos lados, deciden empezar de nuevo el partido. La porra mienta madres,

la anotación no valió y su alegría desaparece junto con el toque de mota, cuando el comandante se dirige a su asiento.

Al reiniciar el encuentro (ahora oficialmente), los “Perros” son detenidos en sus intentos para anotar, los “Rams” hicieron los ajustes correctos; la defensiva local hace lo propio deteniendo al visitante, durante casi toda la primera mitad; hasta que son sorprendidos con un pase largo que le da seis puntos al visitante.

Mientras se culpan unos a otros por el error, la ofensiva no logra hacer nada y peor aún, sueltan el balón para perderlo. Con el coraje por la anotación y la falla de sus compañeros, reingresa la defensiva solo para ser doblada de nueva cuenta por el equipo contrario que incrementa su venta a catorce contra cero; así termina la primera mitad.

En el medio tiempo mientras ambos equipos se hidrataban, el público se desapareció y el pasillo quedó vacío; ya eran más de la una de la tarde, la hora del “rancho”, ése era el motivo por el cual los reclusos dejaron de apoyar a su equipo.

Cada dormitorio cuenta con su comedor para que ahí se reparta el alimento y coman los presos, algo que no todos hacen porque prefieren ir a sus celdas y sazonar su comida para cambiarle el sabor. Con gritos, mentadas y cucharonazos, se intentan imponer los “rancheros”: “¡Cámara ojete, fórmense!” “¡Ora güey no te metas!” “¿Sólo una pieza? ¡Chale!” “¡Es lo que te toca! ¡Muévete!”

Y así entre el típico ambiente de la hora de la comida, reinicia el partido; ahora los “Perros” defienden primero buscando acercarse en el marcador, ya sea recuperando el balón o anotando ellos, cosa que no ha logrado la ofensiva. El tercer cuarto transcurre entre golpes, gritos y frustración, pues

los locales no hallan el modo de doblar, al contrario; entonces sucede, la defensa perruna intercepta un pase, dejando a su equipo a veinte yardas para anotar; la banda se desgaña sacando toda su frustración y estrés del tiempo encerrado.

“¡A huevo cabrones!” se oye el estruendo y el ánimo aumenta: “¡Perros, Perros!” “¡Vamos a anotar!”; lo que se logra después de un acarreo de balón y un pase del *quarterback* lanzado hacia la banda, mientras el balón atraviesa el aire solo se escucha un grito de los “estafetas” y las expresiones del público al ver quién es el receptor elegido en esa zona: el “novato”, ese que no agarra nada, ni a su novia; pero hoy no falló, atrapó el pase y quizás también a la novia, provocando una avalancha de júbilo en la Peni.

Por fin los “Perros” se acercan en el marcador, ya en el último cuarto, los locales están rabiosos y recuperan dos balones más, dándole la oportunidad a su ofensiva para anotar; consiguiéndolo en ambas ocasiones: una a través de una carrera con el “Negro”, que se quita varias tacleadas con agilidad hasta llegar a la anotación y la otra, en los segundos finales del partido para darle la voltereta dramáticamente al marcador y ganar el juego veinte a catorce.

Entre porras, risas y chiflidos se va quedando solo el campo. Son más de las dos de la tarde; la victoria de los “Perros”, no sólo es alegría para los jugadores que, cansados, asoleados y golpeados, toman rumbo a sus dormitorios o a su visita (ahí estarán sus hijos esperándolos), sino también para la banda que está presa aquí; porque así con gritos sacan su estrés; porque terminó la pandemia; porque vuelven los niños y los “Perros” a la Penitenciaría.

Así, de esta forma, se puede ver que en este Penal no solo se valora y añora la libertad, sino también se aprende a

disfrutar de las risas y la diversión que los niños y la familia pueden regalar; además, parecería mentira que eventos tan comunes para la gente, como un juego de soccer o americano, aquí sean motivo de alegría para la población. Por ello, no digo que todo el mundo debería de estar en la cárcel al menos por un tiempo, para aprender a valorar y disfrutar de todos estos momentos; pero sí, el atreverse a escuchar las experiencias y quizá, compartir un día de visita para creer...

APRENDER A CONVIVIR

Yuridia Gutiérrez Orozco

El 29 de marzo del 2004, se abrió el Centro de Readaptación Social Santa Martha Acatitla. El centro cuenta con un auditorio al aire libre, lugar en donde se realizan eventos culturales y creativos, y también donde se lleva a cabo la visita familiar. Dispone de capillas donde las mujeres ejercen su derecho de profesar, cuenta con espacios deportivos como canchas de básquetbol, voleibol y fútbol rápido.

También cuenta con el centro escolar y una biblioteca, así como el servicio médico, al que se puede recurrir en caso de que alguien se sienta mal. En ese entonces, contaba con 1800 internas cuando abrió el centro. Este lugar tiene 8 dormitorios asignados a mujeres procesadas, dormitorios de ingreso “A”, dormitorios asignados “B” y “C”, mujeres sentenciadas y ejecutoriadas D, E, F, G y H, y el dormitorio I que es de castigo. Actualmente, su población cuenta con 1303 internas.

¿La vida en la cárcel?

Tal vez no es tan mala, son pruebas que nos pone Dios. “Por algo pasan las cosas”, dicen por ahí, así que tenemos que

aprender a sobrevivir día con día. Lo que puedo decir a las personas del exterior es que no se dejen llevar por la imagen del lugar, hay personas que no cuentan con visita familiar, están abandonadas. Todas estas internas trabajan para poder sacar sus gastos y tener sus cosas personales.

Es también difícil convivir con las personas con las que se vive en una estancia, porque tienen diferentes ideas y costumbres, hay que adaptarnos entre todas para tener una mejor convivencia; como en cualquier grupo de personas existe siempre la que se quiere imponer, la que se deja, la que es muy organizada, la que es muy limpia, muy sucia... así como afuera, juegos de pequeños poderes con los que tenemos que ir lidiando para tolerarnos.

Además, todo está debidamente regulado en la legislación penitenciaria, como lo es la hora de apagar las luces, el tiempo de ocio, el descanso, las visitas, las actividades, la hora de pase de lista y la información que se recibe por parte de los defensores.

Muchas de las mujeres presas están aquí por haber estado en el lugar equivocado o no tener una buena defensa, o por delitos que cometieron sus parejas sentimentales. No somos delincuentes ni malas personas, ya que también sufrimos por no estar con nuestras familias e hijos, no estar en fechas importantes con los nuestros. Desgraciadamente aquí te das cuenta de quién está contigo en las buenas y en las malas.

Dentro del centro de reclusión hay actividades diferentes a las que podemos adaptarnos, como cursos de capacitación para el trabajo, que nos ayudan a hacer manualidades como tejer, rafear, hacer pasta francesa, cerámica, poner uñas de acrílico, repujado, popotillo y fondant. Para poder ocupar nuestro tiempo también se encuentran los cursos deportivos

y culturales como el fútbol, voleibol, básquetbol, acondicionamiento físico, zumba, danza aérea, danza prehispánica y el tocho.

Esto de aprender a la cárcel, es aprender a sobrevivir, a resistir, a luchar con esas dificultades para ser mejores personas. Vivimos con miedos, con temores; existen personas privadas de la libertad con sentencias muy altas de 30, 40, 50, 60, 70, 80 y hasta 100 años. También estamos las que somos del interior del país, muchas no cuentan con visitas; pero aun así hemos podido salir adelante y que algún día podamos reinsertarnos en la sociedad. Para ello, tenemos que tener una buena disciplina, sin reportes, sin problemas; cumplir con todos los cursos que pide la institución, para obtener, quizá, un beneficio de preliberación anticipada.

Sin embargo, la mayoría de las internas temen a la exclusión, a enfrentar responsabilidades, a la inseguridad, al no ser aceptadas por la familia, a comenzar una vida mejor y llevar a cabo todo lo aprendido. Algunas internas se centran en la construcción de su identidad de género, a veces desde el trabajo social. Una perspectiva de género nos abre un panorama amplio para poder observar cómo esta institución genera en las internas modificaciones biopsicosociales que, a corto plazo, generan problemáticas complejas en su reinserción a la vida, a la sociedad y para la recuperación de su autoestima, y tomar nuevos enfoques de su propia vida; es decir para la reinserción a la sociedad sin discriminación, sobre todo para no ser estigmatizadas y obtener un trabajo digno.

APRENDER A QUERERME

Ignacio Juárez Noyola

Recuerdo perfectamente el día en que probé esa sustancia, iba subiendo de la visita familiar. Yo me encontraba en un estado de ánimo muy bajo, mi cuerpo físico estaba por un lado como dormido y por el otro agudizado; mi mente no comprendía lo que pasaba, pero estaba sucediendo, no podía mostrar flaqueza, porque en el lugar que estaba, si muestras un poquito de alguna debilidad, ellos de inmediato se darían cuenta y podrían pasar por encima de mí; aplastante sería poco y esto es por instinto natural carcelario: la ley del más fuerte.

En eso oigo una voz que me dice, “¡no tan clavado!”, rápidamente regreso a mí y pongo los pies sobre la tierra; me detengo un momento y veo muy lejos la caseta de mi dormitorio; era una de las últimas. Al llegar a la caseta 3 del dormitorio 3, ya había perdido la conciencia, no había otro razonamiento que el de quererme fugar de la manera más fácil.

Pero el “Coli” estaba a mi lado y era difícil que él pudiera separarse de mí. Porque, en primer lugar, tenía que darle su estafeteada; en segundo lugar, invitarle un taco y después de

comer darnos un toque y pasarla bien un momento. Porque en estos lugares es muy difícil estar en algún lugar en paz, pero con otro a tu lado, ya la piensan más para molestar o encajar el colmillo.

Continuamos caminando hasta entrar al dormitorio y parándome en un lugar estratégico en el cual se observaban las cuatro zonas de la planta baja del dormitorio. En ese momento continuó mi mente trabajando negativamente diciendo, “cómo me lo quito de encima”. Pero esta conducta que yo le mostraba, él empieza a detectarla y yo me doy cuenta de que él se da cuenta.

Algo dentro de mí me decía: “este obstáculo lo tienes que cruzar”. Es donde doy un paso hacia la izquierda, yendo hacia mi zona. Me detengo en la entrada de mi zona y miro hacia la derecha. Sabía bien lo que había del otro lado del muro, pero algo me decía, “entra, ve”. Y no lo pensé más, le Dije al “Coli”, voy al baño aquí espérame; él me dijo, ve aquí te espero.

Cuando entro al baño me dirijo directamente a orinar y veo a los que ahí esperaban. Volvió mi mente a pensar, “¿estos estarán verdaderamente despreocupados? se ven mal, pero tranquilos”. Nunca me imaginé que lo que estaba viendo lo iba a vivir en carne propia y saborear al máximo la idea que tenía de eso. Antes de salir del baño entra “El Puchis”, el que suministraba de sustancia a estos que estaban en el baño. Me mira y me dice “¿cuántas mi Nacho?” No hice caso al mensaje y me salgo del baño. “El Coli” me dice ¿por qué tardaste?, y de nuevo mi mente empieza a trabajar. “¡Deshazte de él!”

Faltaba poco para llegar a mi celda y no había cumplido mi meta. Me empecé a preocupar, pero aceleré mi paso y

llego un poco antes que él y me meto a la celda y salgo rápidamente con el pretexto de que están durmiendo, y que dejaré las cosas afuera, que se sirva un taco y lo demás me lo pase. Ya meto las cosas, le doy su estafeteada, y le hice saber que lo alcanzaba más tarde en nuestro lugar para fumar mota, porque me andaba del baño y me sentía un poco mal.

Cuando mi compañero se fue, se me hizo un vacío en mi estómago, como un hueco en el espacio, pero no desistí; ese algo que estaba en mí y me pesaba, me empujaba hacia “el Puchis”. Me asomo por la zona y miro hacia la entrada esperándolo ver. Y hasta parece que lo invoqué, allí estaba, el mismo chaparrito, moreno, de buen vestir, buen calzado y siempre trayendo algo que comer en sus manos.

En su abdomen (vientre bajo), una cangurera que en su interior traía varias bolsas con “piedra”. Le grito “¡Puchis, ven!”; me escucha y viene hasta mí. Le compro 20 piedras y cuando me da el cambio, le digo que si tiene con qué quemarlas y me dice, “espérame”. Se va y regresa en un abrir y cerrar de ojos y me da una antena de 10 cm de largo y en su interior un filtro de cobre (muchos hilos unidos), un encendedor nuevo *Tokai* y me dice, “estoy afuera de la zona para cuando me hables, yo vengo rapidísimo”.

Estar recordando esto y plasmarlo de nuevo, esta vivencia en esta narración me pone un poco mal y las emociones, sentimientos y pensamientos, empiezan a dañar mi cuerpo físico y se manifiesta muy rápido en mi estómago y en mi cuerpo a través del deseo de comer o de ir al baño. A veces esta mente necia se resiste a sacar este pasado doloroso porque no lo olvida, pero sí lo tiene guardado en un lugar donde se encuentra con llave; y esa llave, la tiene el cuidador. Un ser muy celoso de su trabajo. Porque hasta el dueño de eso,

el cuidador no se lo permite ni siquiera acercarse, y, sin embargo, mientras escribo algo se va abriendo. Quizá por eso al narrar este acontecimiento tan impactante para mí, me cueste trabajo recordar o coordinar la mente, la boca y la escritura al mismo tiempo. Pero si al dueño de la llave se la pides con toda la humildad y lo usas para algo bueno, él te la da.

Ahora con esto continuemos, empiezo fumándome todo el dinero que traía en ese momento, que fue casi toda la noche, excepto una hora, como de 5:00 a 6:00 a. m., y eso porque me cansé de hacerlo toda la noche. Pero cuando se abre la celda, Nacho sale rápido a conseguir más de eso que a su cuerpo siempre le ha gustado. Y así pasaron 10 años de ardua actividad con la sustancia, pasando con ella muchos problemas que de ella emanan. Sólo puedo decir que esto es algo sistemático, que un problema va acompañado de otro y te vas hundiendo cada vez más sin darte cuenta hasta que ya te comió no sólo la droga sino la cárcel. Es una enfermedad mortal que nunca se quita, pero se puede controlar con la abstinencia y el buen juicio.

Pero como la mente a veces es débil y tonta, y no sabe manejarse a sí misma, se apoya y se refuerza de algo superior a ella. Por eso cuando la dejé, no lo creía, nunca me imaginé dejarla. Estaba muy enamorado de ella; pero mis oraciones fueron escuchadas, y un día al abrir los ojos ya no tenía ese deseo obsesivo compulsivo por consumir esa sustancia. Fue el día más hermoso de mi vida. Empecé a quererme, a gustarme, a amarme y a saber que puedo dar más a los demás.

VIVIR Y CONVIVIR EN LA CÁRCEL

Tiara Daniela Mendoza Pérez

Las relaciones humanas se han estudiado desde diversas perspectivas; se abordan a partir de condiciones “normales”, atendiendo a los estudios y teorías psicológicas o sociológicas desde el deber ser o en comparación con otras especies. Pero también se pueden comprender a partir de circunstancias límite.

A lo largo de la historia han existido múltiples experiencias que contrastan con cualquier idea homogénea de humanidad. Es en los lugares más inusitados del mundo, más recónditos o en la sordidez alejada de la pantalla televisiva que se muestran los lazos, vínculos y conexiones entre humanos o en su defecto, los conflictos, separaciones y distancias que nos separan.

En efecto, los lugares, espacios o zonas grises nos muestran las contradicciones humanas, las similitudes, y donde se puede dimensionar el despliegue de la pluralidad humana, más allá de la moralidad y avidez de peces o chivos expiatorios. Un ejemplo de esta zona gris, a manera de José Revueltas y los muros del agua, son las cárceles o, mejor dicho, los centros de reinserción social. En estos centros la pluralidad y desigualdad se manifiestan en su máxima expresión.

En Santa Martha hay de todo: pagaderas, prostitutas, amas de casa, hijas, madres, solteras, licenciadas, pobres, ricas, criminales, católicas, ateas; todas viviendo y conviviendo en un lugar reducido. No es cuestión de espacio sino de modos bajo un régimen disciplinario. En estas condiciones las relaciones humanas florecen o se marchitan, casi siempre obligadas en un primer momento, pero siempre con un margen de libertad reducido. Desde ahí ocurren todo tipo de acuerdos y arbitrariedades. El mandato de quienes llevan más tiempo, de quien gobierna la droga, de quien tiene más dinero o contactos, las disputas constantes por un cachito de poder, micro soberanías de la cárcel. La máxima de la sobrevivencia es “ver, oír, callar o caminar sola”, o de quienes, sin querer imponer, predicán con el ejemplo un tipo de convivencia a veces individualista, pero al margen de las dinámicas de sometimiento.

Ya Hannah Arendt nos advertía que la “pluralidad” era la condición *per quam*, es decir, indispensable de toda vida política. La vida misma implica “estar entre seres humanos”, nunca iguales como repeticiones, independientemente de un delito o conducta. Las relaciones, el encuentro de cuerpos, el desencuentro, el conflicto y la solidaridad que acaecen en este lugar son muestra de la vida activa, de su curso en resistencia a la inercia del control.

Quizá aquí se puede comprender la otra cara de la condición humana —sin relegarla al lado oscuro sino como muestra de sus múltiples manifestaciones— con los sentimientos siempre a flor de piel, la tolerancia al límite y la posibilidad latente de actuar; pero también es el sitio para poner en práctica esa cualidad tan humana del estar conviviendo entre otros seres humanos.

APRENDER EN REALIDAD

David Mizaél Mundo Valverde

¿Podemos afirmar que se puede aprender algo de aquí?, por supuesto, aunque desde el punto de vista de los que están afuera se podría decir que eso es plenamente un disparate, debido al prejuicio y estigmatización de la gente. Cualquiera diría que no hay oportunidad de nada aquí, mucho menos de que merezcamos una oportunidad de cambiar o de vivir. Claramente entiendo todo este odio y rencor que nos tienen debido a nuestros delitos.

Pero la realidad de aquí es que hay cosas tanto buenas como malas, donde cada quien decide qué camino tomar. Así en el camino malo donde muchos de nosotros hemos pasado, se puede aprender o mejor dicho, afinar esas malas costumbres o violaciones de reglas, como vender lo ilegal para la institución y la sociedad; hacer los mejores escondites que ni el mejor oficial, ni el más entrenado podría localizar; hacer alcohol y pulque mediante la fermentación de comida; operar desde un teléfono y con naturalidad realizar llamadas de fraude para ganar dinero fácilmente; y podría hacer una lista inmensa de la maldad que se vive aquí, pero en realidad, nada de eso me interesa ya de este “bendito” lugar.

Quizá se preguntarán el por qué le doy tanta importancia y respeto a este lugar, clasificándolo de una manera muy propia. Este lugar es donde he aprendido de manera individual los valores de la vida, que en libertad no llevaba a cabo y mucho menos conocía; encuentro la paz interior que ya no tenía debido a mis costumbres de vida. Hoy en día no me encuentro presionado de salvar mi vida de la muerte, no vivo aceleradamente, ya que no consumo drogas como antes; eso me hacía vivir de impulsos, adrenalina y demás. Esto lo obtuve del conocimiento de un programa de vida, el conocer el control de mis emociones, aprender a confrontar un duelo de vida adquiriendo fuerza mental, respetar a mis compañeros de cárcel, pero, sobre todo, fortalecer la tolerancia que se utiliza mucho en estos lugares donde no existe el respeto. Es por eso que hoy empleo la inteligencia al máximo para superar al enemigo que aún no quiere cambiar.

Pero la mayor satisfacción personal que nunca me imaginé lograr en la vida, mucho menos en la institución donde me encuentro, es pertenecer a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Asistir a cátedras de nivel superior, donde se amplía mi criterio personal, se borra poco a poco mi ignorancia de la vida y así alimento mi ética y moral gracias a la dedicación de mis profesores que de manera responsable enseñan su gran conocimiento educativo debido a la experimentación que tienen, son un gran ejemplo para seguir.

Y ahora me pregunto si tuve que estar aquí para poder aprender lo que pude aprender en libertad; el desaprender, el reeducarme, me sirven en mi vida diaria a pesar de una larga condena; pero mi aceptación es mi arma letal ante cualquier adversidad, me da fe y esperanza.

Hoy en día me encuentro fuerte física, mental y espiritualmente a pesar del campo de batalla donde me encuentro. En este imperio de conocimiento y no como antes imperio de gladiadores, donde moría el conocimiento y nacía la ignorancia. Es por eso que cada uno de nosotros forma su destino debido a nuestras acciones y cada quien se la lleva como quiere y vive como quiere.

Aquí está lo peor de lo mejor, pero decido aprender lo mejor de lo peor. Sé que hoy en día no soy el mismo mediocre de antes, mucho menos conformista del conocimiento de la vida. Quizá antes consideraba mejor no ver, no oír y callar. Pero hoy veo, escucho y aprendo. Y aunque me encuentre en una crisis económica, sé que tengo que disfrutar de ese conocimiento para aprender esa humildad que había perdido en el camino de mi vida mundana, materialista y falsa, llena de excesos y de falsas ideas de la vida.

Aprovecho esta gran oportunidad que me da la vida y sobre todo la institución. Hoy no dejo pasar oportunidades que sólo se dan una vez, sólo sé que no seré el mismo porque me preparo para el bien no para hacer más el mal a nadie y a nada a mi alrededor.

La manera de vivir que estoy pasando es buena, porque al fortalecerme yo se fortalece mi familia, y de igual manera se alejan las personas que no son leales a mí. Aquí se encuentra el verdadero amor y encuentras con quien contar en las malas y buenas vivencias.

Donde antes tenía una visión nublada de la vida, hoy en día sólo anhelo y espero con ansiedad mi libertad para aplicar lo que voy logrando de mis cambios personales y llevarlos a la práctica en la vida cotidiana. Sé que algún día

me reiré de esta pesadilla, de la que muchos no creerían que se pudiera aprender a cambiar la vida, mi vida.

APRENDER A RECONOCER AL OTRO

Gabriela Hernández Hernández

Sabemos que la sociedad en general tiene un concepto erróneo de lo que realmente es estar en la cárcel, pues lamentablemente la sociedad que nos rodea está llena de prejuicios y etiquetas, y esto hace que juzguen sin saber. Por ello, antes de juzgarnos es necesario escuchar, conocer nuestras versiones, pues no todas las que estamos aquí somos malas personas. ¿Cómo poder quitar esos estigmas y etiquetas que la gente tiene de nosotras? Es difícil que lo entiendan ya que la única manera de saber la realidad que vivimos aquí es en gran parte por lo que nosotras podemos decir, es estando aquí o viniendo a visitar a alguien, es así como se conoce la historia que hay detrás.

Las personas que estamos aquí tenemos, al igual que cualquier ser humano, sentimientos, emociones, metas, familia, etcétera; pero sobre todo la plena convicción de salir adelante ante cualquier adversidad. Lo único que nos diferencia de la gente de afuera, es que nosotras estamos privadas de nuestra libertad; esto quiere decir que solo nuestro cuerpo está privado, físicamente más no mentalmente.

Existen días muy complicados y difíciles, a veces todo nos puede, es difícil estar cuestionándonos constantemente y poder entender por qué estamos aquí, qué tenemos que aprender, qué debemos valorar, qué tenemos que modificar o cambiar; sin embargo, no existe una respuesta concreta ante tantas preguntas, sino todo lo contrario, más bien debemos preguntarnos, ¿para qué estamos aquí?

Durante los meses o los años que llevamos aquí hemos tenido diferentes tipos de pérdidas que a la fecha nos siguen doliendo y afectando. La más dolorosa y principal es la de la familia, ya que este lugar nos alejó de ella. Hay veces en que nos preguntamos dónde están, y es difícil darse cuenta de que la familia que decíamos tener en muchos casos no existe, ya que muchas somos olvidadas y abandonadas por las personas que creíamos que iban a estar con nosotras en todo momento.

Hemos llegado al grado de preguntarnos y cuestionarnos qué de malo hizo esa hija, esposa, madre, nieta, tía, sobrina y prima, para que su familia no esté cuando más la necesita. A veces no se entienden ciertas situaciones, decisiones y acciones que algunas personas tienen y que no ven el daño que pueden causar. ¿A caso no es suficiente con lo que estamos viviendo, qué más tiene que pasar, qué pruebas más se nos vendrán?

El vivir esta situación es complicada y más cuando tenemos hijos, cómo poder explicarles lo que estamos viviendo, por qué no podemos estar con ellos, cuándo llegaremos a casa, son muchas preguntas sin respuestas. Tema doloroso para todas nosotras, ya que en ocasiones tenemos que mentirles diciéndoles a nuestros hijos que si no estamos con ellos es porque estamos en la escuela o el trabajo, para así no hacerles saber realmente en el lugar en el que nos encontramos.

Aunque es cierto que esta mentira no durará mucho tiempo, ya que ellos van creciendo y madurando, por lo cual van realizando muchísimas más preguntas hasta que tenemos que confesarles la verdad. Una verdad que con el paso del tiempo nos da miedo enfrentar por el reproche que nos hagan.

Muchos piensan que aquí no pasa nada, que no hacemos nada, que no necesitamos nada, que nos da lo mismo ver o no ver a nuestra familia, pero acaso se han tomado el tiempo para preguntarnos ¿cómo estamos?, ¿qué nos pasa?, ¿qué sentimos?, ¿qué necesitamos? Muchas de las respuestas, seguramente, serán sobre la base de suposiciones más no de realidades.

Estando aquí debemos cumplir con ciertas actividades y cursos para que en un futuro nos ayuden a adquirir algún beneficio. Mientras que afuera se cree que no tenemos nada que hacer; al contrario, nos sentimos muy presionadas por querer cumplir con todo, nos tenemos que partir en varias partes para llevar a cabo todas las actividades, pues si no se cumple con ellas, en un futuro se tendrán consecuencias, como la de seguir aquí.

Hay días en los que no quisiéramos levantarnos, nuestro cuerpo y mente están cansados, agotados, fatigados o deprimidos de la misma rutina todos los días, no hay nada diferente por hacer. Quizá lo más difícil de controlar y trabajar sean las emociones que se tienen; ya que en ocasiones cualquier cosa, por muy insignificante que sea nos llega a tambalear, seguramente es una señal de que no estamos bien en ningún aspecto.

El tiempo transcurre, las horas, minutos y segundos pasan como si fuera eterno e incierto, quizá de una manera completamente diferente al tiempo de afuera. Todo está lleno de dudas, emociones, sentimientos encontrados; pero lo más

fuerte es la incertidumbre de no saber cuándo volveremos a reencontrarnos con nuestra familia, cuándo alcanzaremos esa anhelada libertad.

Es importante saber que la mayoría de las personas que nos encontramos aquí, estamos por una injusticia, somos inocentes, pero lamentablemente las leyes en nuestro país no son bien aplicadas, y en muchas ocasiones por tantos errores, es que hoy en día vivimos esta gran experiencia de vida, que aunque no la aceptemos, es lo que tenemos que enfrentar. Y con ello, también nuestras familias se privan de muchas cosas; viven una segunda cárcel, ya que su vida no es la misma desde que nosotras llegamos a este lugar. No es nada grato saber por todo lo que tienen que pasar para venir a vernos.

El estar aquí nos enseña cosas buenas, por más insignificantes que sean. Lo más importante es que aprendemos a valorarnos a nosotras mismas, a nuestra familia, la comida, las cosas materiales, y mucho más. Esto no quiere decir que para aprender de ello debemos de pasar por esta fuerte experiencia de vida, simplemente a veces las circunstancias nos obligan a ver las cosas de diferente manera.

Por más fuertes que nos sintamos, las circunstancias doblegan y es, entonces, cuando se valora tanto a ese alguien que anima, que con un abrazo reconforta; estando aquí realmente conoces quiénes son tus amigos. Por ello, no queda más que agradecer a todas las personas que han estado con nosotras luchando esta batalla porque no es fácil enfrentarla solas.

APRENDER A CONOCERNOS

Catalina García Santiago

Gran parte de la sociedad tiene una idea de lo que es la cárcel, una celda con barrotes donde habita gente muy mala, que no tiene valores, mal encarada, con tatuajes y cicatrices en cara y cuerpo; gente que no sabe comunicarse, que no piensa, salvaje, agresiva, sin educación, insensible a su entorno; alguien totalmente fuera de sí, por lo que su nombre no importa, pues termina perdiéndose al convertirse en un número más, volviéndose así parte de una estadística delictiva. Por tal motivo surge una pregunta, ¿qué es lo que se puede aprender en la cárcel si se juzga como la “universidad del crimen”?

Cuando alguien ingresa a la cárcel no piensa que pueda encontrar algo constructivo dentro de ella, por el contrario, cree que su vida ha sido destruida a causa de este encierro. Tiene miedo a no salir, a que su familia le olvide; la cárcel le genera incertidumbre por no saber qué es lo que sucederá, siente que su vida terminó y que quizá no encuentre la salida.

Irónicamente estar privado de la libertad le obliga a esperar, así que aprende a ser paciente porque le conviene. La cárcel no le va a dar lo que quiere y espera, pero la vida tam-

poco se lo da; no es el encierro lo que ahoga sino los propios pensamientos catastróficos. Lo más doloroso no es que sus seres queridos le olviden, por el contrario, es que la persona en encierro se anule al dejar de escucharse e ignorarse. Se podría decir que ella misma decide si vivir o vegetar, ver pasar el tiempo con o sin ella; nadie puede robarle sus sueños y nadie puede controlar su imaginación; así que tarde o temprano necesitará despertar a su nueva realidad; aprender que una condición de la vida humana es el sufrimiento, y hay que hacerse cargo de él.

Aquí, lo más factible es hacerse amiga del tiempo para no causarnos daño a nosotras mismas. Entonces surge la creatividad, ésa que desconocía. Un día tomo unas tijeras y empiezo a recortar imágenes que plasmo en una tabla dándole vida a un collage que no es más que una catarsis de mis propios sentimientos y todo va configurando un cuadro. Quizá la vida como una obra de arte, como estas narraciones con las que puedo no sólo contar mi historia sino conocerme a través de ellas y compartirlas. Eso me alienta a seguir construyéndome a mí misma y a mi alrededor con el cuidado y la dedicación a la manera de una artista, para seguir descubriendo más, para encontrar algo más elevado que estas paredes, que por momentos se siente como si me asfixiaran, pero no, no me lo puedo permitir.

Así que me adentro en los caminos de este laberinto y me encuentro con algunas mujeres jugando ajedrez, me atrae y me siento a ser espectadora, a aprender observando los movimientos de cada jugada; pasan los días y voy aprendiendo ese juego tan antiguo, tan cautivador de nuestra atención y, a veces, eso hace bien. Decido ponerme a prueba y en cuanto se ofrece un torneo me inscribo, aunque

con cierto temor. Pero poco a poco se va desvaneciendo ese miedo, esa inseguridad al darme cuenta de que no se trata de vencer al otro, sino a mí misma, a mis propios demonios, ésos que me dicen muchas veces “no puedes”, “ni siquiera lo intentes”. Así que decido callar esas voces y continúo en mi decisión. Una vez más logro ver lo que esta cárcel me ha enseñado; me convierto en la ganadora de ese torneo, y en agradecimiento por lo que la vida me ha dado decido tomar esta oportunidad para transmitir ese aprendizaje que esta experiencia me ha dejado.

Aprender de la cárcel no ha sido fácil, sin embargo, en este pequeño mundo tan hostil, me reencuentro con aquello que quedó pendiente, no sólo a nivel emocional sino profesional, como el regresar a estudiar. Darme la libertad de expresarme, de adquirir conocimiento, de no conformarme tan fácilmente con lo que parece evidente, de estudiar para ver diferentes posturas de percibir la vida y de vivirla, y con todo ello ir creando mi propio criterio y defenderlo a pesar de las limitantes que puedan ir surgiendo, para no terminar siendo parte de un informe cuantitativo.

Quizá aprender a la cárcel como quien aprende en la vida lo más decisivo: no permitir que nadie nos defina, ir trabajando en nuestro ser para darle forma a nuestra interioridad, que termina reflejándose en nuestras acciones a lo largo del camino que llamamos vida.

Estar en prisión nos da una oportunidad de aprender a reeducar nuestra manera de pensarnos, de reconstruirnos de una forma diferente; la oportunidad de conocernos, de cuestionarnos; alejarse de ese mundo ruidoso que distrae, aunque esto genere más incertidumbre. Como un viaje, en el que se tiene que hacer una depuración de aquello y aquellos

que no nos aporta nada, para recomenzar siempre un nuevo proceso de vida.

Finalmente, en la cárcel sí se puede aprender más de lo que se considera, pero esto depende de cada individuo, como sucede afuera, y de qué tanto se esté dispuesto a atreverse a dejarse sentir y escuchar sus propias necesidades. Qué tanto reflexiona acerca de lo que no le ha funcionado, de no vivirse como un número que forma parte de una estadística, ni de quedarse con lo que alguien más juzgue de ella misma.

Humanizarse, porque sólo la persona en sí misma, tanto la que está en encierro como la que está afuera, tiene el poder de decidir por la responsabilidad de su propia vida, tomando la palabra y haciéndose escuchar, porque como escribe el poeta Pedro Salinas, el lenguaje “es comprender y comprenderse, es construirse a sí mismo y construir el mundo”.

LA APARICIÓN

No es una historia de fantasmas, aunque sea una historia del otro mundo. Y tanto la podré contar en media docena de renglones apresurados como llenar y llenar hojas y más hojas de papel, esa crónica y otra, y las siguientes, hasta el infinito, hasta la rendición y la renuncia. Porque de antemano sé que todo cuanto diga o llegue a decir no va a bastar para aflorar siquiera la franja luminosa de la aparición nocturna. Es éste el defecto de las palabras.

José Saramago

MI APARICIÓN

Berenice Guerrero Hernández

No es un cuento más, ni una historia que se lee para poder dormir, no son meras palabras para convencer a alguien ni siquiera una mentira que se inventa; y, sin embargo, hay que tomar en cuenta que no hay otro medio de entendernos y explicarnos, para acabar descubriendo que nos quedamos en medio de la explicación y tan lejos de entender, que mejor sería estar en completo silencio para intuir qué es lo que está sucediendo.

A lo largo de la vida del ser humano ocurren hechos que van marcando su historia y el entendimiento de su situación. La vida es una escuela, los grados que se van cursando son las vivencias que sellan los resultados de las acciones, pero dentro del cúmulo de situaciones hay una que pasa desapercibida.

Es de noche, se escuchan ruidos, de repente una mujer se asoma por la ventana y ve esas luces tan intensas que alumbran a cada hora. En el cielo aparecen las estrellas y la luna deforme. El viento es una caricia suave, hasta que ella lo siente como un frío gélido. En eso, se escucha su voz interior, se sienta en el piso, ella sabe que es el momento, si lo reprime se va a morir. De sus ojos brotan cascadas que

inundan su ser, no hay respuestas, sólo llanto; todos los caminos se han cerrado.

Se pregunta, ¿dónde he quedado?, ¿se puede seguir así?, ¿qué más esperar? Los ruidos en su interior son tan intensos, como un grito silencioso, ella continua en su trance; no puede hablar ni escribir, ni siquiera deglutir todo eso que siente, mucho menos ponerle palabras, todo a su alrededor está nublado, el frío viento casi la ha desmayado.

De repente sus ojos logran ver un fulgor, esa incandescencia que poco a poco va creciendo, que inunda todo su cuerpo. Las aguas cesan lentamente, el ruido se va transformando en un armonioso silencio, respira hondo, algo toca, se va acercando y al fin lo puede ver, su corazón revive: es ella que ha aparecido, ahí está su amiga, y ella es la afortunada de tenerla, de tenerse, de sentirse.

APARICIÓN NOCTURNA

José Martín Ramírez Ronquillo

Deben ser entre las 3:30 y las 4:00 a.m., al igual que en otras ocasiones sin poder precisarlo y temiendo que sean exactamente 3:33 a.m., la supuesta hora siniestra, macabra, oscura, negativa; donde se rompen leyes y principios, y esa energía destructiva reina en todo el mundo por algunos minutos. Se cree que es un desafío a la Trinidad, pero, sobre todo, al Nazareno, son momentos donde los portales se abren y la metafísica se instala en la realidad o al menos eso dicen.

Se sabe que cuando hace acto de presencia esa energía, se acompaña de olor fétido, putrefacto, podrido; baja la temperatura y da frío. La atmósfera se vuelve espesa, puede sentir una especie como de calambres según se van enfriando todos y cada una de las falanges de las manos y pies; se siente como si estuvieras siendo observado, como si hubiera una presencia, pero no sabes dónde se encuentra ni mucho menos se puede ver; aunque lo comprueben los poros y vellos del cuerpo, eso que le dicen piel chinita o carne de gallina. Por si fuera poco, el corazón no pierde oportunidad, da aviso acelerándose al punto de una taquicardia, avisando que sucede algo extraño.

Ya le había ocurrido anteriormente, pero de diferente manera, ya que en esta ocasión sucedió de una forma muy particular, aunque no le había dado mayor importancia a todas las ocasiones anteriores. Se rehusaba a aceptar las extrañas situaciones recientemente experimentadas, culpaba la mayoría de las veces a los alimentos, sueños o pesadillas, quizás al libro que leyó por la tarde o incluso a la programación que estuvo viendo antes de dormir.

Llegando al extremo, pasó por su cabeza que la locura se filtró en su mente, siendo el motivo mayor por el cual no lo contaba y se lo guardaba para sus adentros. El lugar donde ocurrían esos acontecimientos es común a todos, nadie se salva de caer en sus brazos, es donde los sueños son aterrizados como en la tercera dimensión. El lugar, donde profetas y visionarios, obtienen los mensajes; el sitio donde te conectas con el creador a través de lo que se conoce como el “hilo de plata”, hasta podríamos pensar que es un lugar mágico; en donde nos recargamos de energía.

Debajo de él, al momento de estar en forma horizontal, hay cinco cobijas, tres pequeñas de color gris y dos grandes, color rojo con blanco, una cabecera un poco desgastada del color que alguna vez fue un azul rey al parecer. Usa para taparse una cobija grande de color verde mate, al momento de dormir no hace ningún tipo de ritual ni nada en especial, al menos ese tiempo fue despertando de una forma poco usual.

Antes de abrir los ojos, estando aún en los mundos superiores, creyó escuchar un golpeteo a lo lejos, apenas perceptible, pero que iba en aumento; pensó que podría provenir de la celda de al lado o también de alguna de arriba, o que era parte del sueño que se estaba apoderando de él. Así ha-

bría deseado que fuera, pero aquel sonido era tan agudo y repetitivo que logró despertarlo; daba la impresión de algún posible mensaje en código morse que le retumbaba en el tímpano, sonaba como TAC, TAC, TAC, TAC.

Al momento de levantar los párpados ahí estaba de nuevo esa sensación de asfixia, de frío, de entumecimiento, de una presencia que no es visible ni tangible pero sí perceptible. La noche era oscura, más donde él se encontraba, por una cortina que cubría cualquier intento de pasar luz y claridad, daba como resultado, una oscuridad espesa donde no se pueden ver ni las uñas. Por más intentos que hizo por ignorar esa situación, no pudo; sin embargo, antes de decidirse a levantarse le prendieron la luz de un foco pequeño, una luz incandescente que lo deslumbró. Una vez despierto, alerta y con la luz prendida, se quedó por un momento quieto, tranquilo, como ido, absorto en sus pensamientos; tal vez hasta meditativo, mientras se encontraba sentado, el ruido de un objeto que fue lanzado o azotado contra el piso, lo pudo sacar de ese trance traumático. Se quedó sentado un minuto en la orilla de su cama, con todos sus sentidos óptimos, esperando la más ínfima manifestación, pero el resultado fue nulo, otra vez su mente le había jugado una mala pasada o todo realmente ocurrió.

Lo único que escuchaba con claridad, como testigo fiel, eran los ronquidos de sus compañeros de la celda, que aprovechaban mejor el tiempo, descansando. Le dieron ganas de ir al baño y entró en él, mientras se encontraba sentado desalojando el cuerpo, apareció nuevamente ese sonido que ahora tocaba la puerta, TOC, TOC, TOC, TOC, TOC.

En frente, aquel visitante, se suponía que se encontraba al otro lado, a dos pasos de distancia para descubrir al invasor.

Aquel que lo había estado cazando constantemente, tenía una sola oportunidad de ver, y quizás atrapar al culpable de su mal dormir; emocionado y temeroso, abrió la puerta de un solo movimiento; su sorpresa fue aún mayor al mirar y escuchar ese silencio sepulcral, simplemente nada.

Alcanzó a percatarse, o al menos sus ojos se llenaron de una silueta negra que abandonaba la celda, atravesando la puerta; logró mirarla unos segundos quedando inmóvil y frío, perdiendo el sentido y conteo del tiempo. Cuando se recuperó de aquel acontecimiento, y poco a poco fue volviendo en sí mismo, reaccionó acercándose a los barrotes de la puerta, recargando la cara, parte de la nariz, quijada y frente; tocando el helado metal qué hace de puente.

Lo hizo con fuerza, como si quisiera que su cabeza completa saliera por esos reducidos espacios, deseaba verlo por última vez, un segundo siquiera; pero lo que era ya no estaba, se había marchado. Contempló por unos instantes a la noche, se quedó esperando para ver si por casualidad volvía, pero nada, absoluta tranquilidad y silencio; respiraba decidido a recuperar la paz y el sueño que aquel visitante le había robado. Se entregó nuevamente al que los griegos tienen como un Dios.

SIEMPRE ES HOY Y HOY QUIERO HACER COSAS IMPOSIBLES

Carlos Gopar

*...Not every soul can
be saved. Not mine...¹*

Cd'M

¿Por qué será que esta noche en especial, es más profunda y larga que otras noches? No logro entenderlo, apenas anoche caminaba con la luz de la luna llena bañando mi cuerpo, mientras volvía de comprar la cena. ¿Será acaso que todavía existen karmas, maldiciones atávicas o legendarios pecados que tengo que pagar?... ¿Por qué en esta fecha?... ¿Por qué yo?

Aún no lo sé y en realidad nunca he sido bueno con las adivinanzas o los enigmas; pero el caso es que desde que salí, cada año en este mes y número la noche es tan negra, apagada y lúgubre que no hay cielo ni tierra, sólo oscuridad total. Tanto así, que, dentro de las espesas sombras, las calles no existen se olvidaron de ir a ninguna parte y los negros

¹"No todas las almas pueden salvarse. No la mía...".

edificios en el fondo son los mismos de siempre y las cosas son todas las mismas y aunque todo cambia, nada cambia.

Y a pesar de que trato de no pensar en esta noche durante el resto del año, conforme se acerca paso el tiempo recordando con miedo, esperando el hoy con pavor; tratando de hallar espacio y aire dentro del pequeño espacio en el que vivo, enfermándome del síndrome de abstinencia, con la boca reseca, migraña, náuseas, sudor frío y temblores; sintiendo el vértigo de la existencia, con el mundo dando incontables, impredecibles, e incontrolables vueltas; arrastrado por los contrastes entre el presente y el pasado.

En esta mezcla de encanto, flexibilidad e ironía, intento reconocer las huellas de lo que pasó y lo que podría pasar en el ser y el parecer dentro de la irrefrenable vibración de mi vida, en los violentos claroscuros de mi historia personal, los interminables secretos de familia y la paradójica determinación de alejarme de todo y de todos. Y en tal estado... ¿¡No puedo estar encabronado!?

Nunca, desde que recuerdo, he confiado en la vida, el destino o Dios y, aun así, he logrado caminar por senderos de excusas y laberintos de intemperancias; estando a merced de la duda, el rencor, la melancolía, los nervios, el desamor, el abandono y este puto dolor de cabeza; aparentando ser un rostro o tan solo una máscara, sin una palabra, un beso o un abrazo que sirva de cauterio para el alma. Por eso, al final... Al final, sólo me queda el olvido.

Ahora estoy pendejeándome por aceptar y cambiar mi horario el día de hoy; me encuentro en el vestíbulo del edificio, de pie frente a la puerta (este misterioso umbral), iluminado por una titilante lámpara (debo recordarle al encargado que la cambie); inmerso en el estático silencio, titubeando

si abrir o no la puerta, cansado, derrotado, viejo, perdido, alimentando putrefactos deseos y rencores, envidiando a Prometeo (creo que su condena no fue tan dolorosa).

A ciegas, buscando dentro de mi mochila la botella de ajeno y mandrágora (una copa no serviría de nada); dejando pasar el tiempo bajo la turbia mirada del pasado; deseando mancharme las manos de sangre una vez más; fabricando un Dios que logre reconstruirme; queriendo hacer cosas imposibles; paralizado; observando la densa obscuridad que hay afuera; entonces, escucho una voz conocida: “Volviste... Siempre vuelves... ¿Cuándo entenderás?”

Abro los ojos (no recuerdo haberlos cerrado) y me veo reflejado en el cristal de la puerta, nervioso, insomne, emocionado; dándome cuenta de que he visto pasar los mejores días de mi pasado y a pesar de que por instantes (lejanos entre sí), pareciera querer retornar el juvenil vigor que hacía brillar mis ojos, por momentos tan negros como gotas de obsidiana sobre la nieve; hoy, tengo que regresar a enfrentar mi vida de todos los días, mis días de todas las horas desde que volví a ser “libre”. ¿Qué voy a encontrar al cruzar el umbral? No lo sé, solamente una cosa es cierta y palpable: “Hoy, nada de lo que era mío lo es; hoy, ya es de alguien más”, ¿de qué sirvió esperar tanto tiempo?

Hoy, reconozco que estoy deseoso de esto con absurda emoción (pienso mientras me acerco a la salida), tendré que volver a ponerme mi máscara de guerra y probar la vida “normal”, dejando atrás lo vivido; respiro profundo y porque no, con algo de temor, despacio levanto la mirada (han pasado muchas lunas sin ver esa cara). Me acerco al cristal para verme a detalle, entonces de éste sale un rostro (se me hace familiar) y sin mover un músculo o abrir sus ojos, me susu-

rra: “Bienvenido... Nunca, digas nunca...”, para después esfumarse ante mí, dejándome sus carcajadas resonando en lo profundo de mis oídos, mientras camino por la banqueta solitaria. Esto es muy extraño, a cada paso que doy se siente una energía oprimiendo mi cuerpo al igual que a una naranja; tampoco circula ningún auto por la calle y el alumbrado público no funciona.

Mientras sigo andando me cuestiono si vivo y escribo en el caos, o el caos escribe y vive en mí. ¿Seguiré creyendo que “prefiero la angustia a una vida de paz que me pudra”, como dice Antonio Tabbuchi, o ¿creyendo en el amor? La gente no quiere amor, lo que quiere es triunfar y una de las cosas en que puede hacerlo, es el amor, como aseveró Bukowski. ¿Terminó el encierro? ¿Apenas empieza? ¿Por qué no hay luna? ¿Y si levanto la cabeza? ¿Me volví soso y aburrido? ¿Una roca que no puede brillar? ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Hice algo bien? ¿Soy un idiota? ¿Seré un cobarde? ¿Alguien me recordará? ¿Querrán hablarme? ¿Cómo empezar de nuevo? ¿Dónde perdí mis alas? ¿Y si las tuviera, podría volar? ¿Y mi sonrisa y mis lágrimas?

Cuando llego al estacionamiento en donde guardo mi moto, respiro profundo y me reprendo, por lo que decido dejar mi pesimismo; ya que tengo que aceptar que mi estancia en este planeta ha sido “buena” pero, sobre todo hay 216 lunas excelentes por las que valió la pena seguir adelante; así, que si no lo intento siempre tendré culpa y miedo, entonces enciendo el motor y salgo de ahí.

Al tomar la avenida todo es normal, en el cielo brilla la luna, los coches circulan en ambas direcciones, el alumbrado está encendido y por el retrovisor constato que la calle está de lo más normal ¿acaso solo fue mi imaginación? En realidad,

hoy todo es más claro, pues ya tengo identificado a mi peor enemigo: yo mismo. Mientras el viento golpea mi cuerpo, acepto que sí soy un necio, un egoísta, un pendejo, un rencoroso y un cobarde y no dejo de repetírmelo a cada instante; pero hoy di el primer paso para hacer cosas imposibles y, a partir de esta noche, no dejaré de hacerlo porque “siempre es hoy y hoy, quiero hacer cosas imposibles”; aunque siendo sinceros solo tengo la cara de cínico y de poca madre, pues en realidad... soy una buena persona... ¿o no?...

ESTAR ATENTA

Zaydaly Membrillo Mendoza

El cielo sigue oscuro, parece ser de noche y el tiempo transcurre lentamente. Cómo explicar algo tan inefable. La vista contempla, pero no el significado correcto. No encuentro una explicación para entender el porqué del momento, el porqué del tiempo; por qué parece todo tan lejos de la realidad.

Esto no se ve todos los días, la galaxia pone en órbita a todos los planetas para encontrar la luz perfecta. La luna y el sol brillan del lado contrario para no entorpecer el momento. Se escuchan a lo lejos los murmullos de personas platicando; de repente se va encontrando más claro el cielo y poco a poco entra una luz muy tenue junto con el sonido de las aves de no muy lejos.

La neblina que existía, poco a poco se va desvaneciendo, mostrando la altura de aquella montaña que no se veía desde hace ya un largo tiempo; detrás de ella salen destellos de luces de colores, algo que no se observa todos los días. Hacen un pequeño arco que termina detrás de una montaña amiga. Se percibe una melancolía en el aire, al observar esa gran cúpula encima de todos nosotros se asoma la máxima perfección de color azul, las estrellas titilan, las nubes estili-

zadas parecen tomar tantas formas, y en medio de todo eso, una se siente tan insignificante.

Es un momento perfecto que muestra una aparición maravillosa llena de alegría; para captarla y aprehenderla es necesario tener cada uno de los sentidos muy despiertos, y estar atenta a sus revelaciones.

¡UN GIGANTE!

Daniel O. Salazar Lozano

Desperté dentro de una cabaña sin la mínima idea de cómo había llegado ahí. Todo el cuerpo me dolía y cuando traté de incorporarme de aquella enorme piel color marrón, sentí que la cabeza se me desprendía del dolor; al llevar la mano al origen, descubrí una plasta de lodo a medio secar y debajo de ella, más dolor; el olor de aquella sustancia era como el de esos quesos añejos que tanto gustaban a mis abuelos.

Lo último que recordaba, era haber rodado por aquella pendiente en el bosque, e imaginé que tanto los moretones en mis brazos como la herida en mi cabeza, habían sido el resultado de mi caída y la causa de haber quedado inconsciente quién sabe cuánto tiempo. Sin levantarme, pues me sentía algo aturdido y mareado, comencé a inspeccionar con la mirada aquel sitio. Lo curioso, además de lo rústico, eran las dimensiones, que a primera vista parecían mucho más grandes de lo normal. De pronto, un ruido seco me sobresaltó; venía del exterior y tras unos segundos, se escuchó otro idéntico. No sin vacilar un poco, decidí averiguar cuál era la fuente de aquello que más tarde se volvió a escuchar a intervalos regulares.

Con cautela me acerqué a la puerta y la entreabrí, aunque no lo suficiente pues no alcancé a ver nada, la empujé un poco más hasta poder sacar sólo la cabeza, y lo que vi, me hizo lanzar una exclamación. Me llevé una mano a la boca y con la otra, cerré la puerta bruscamente, presa de un pánico feroz y repentino.

Afuera, un hombre gigantesco y harapiento partía con gran destreza un tronco en pedazos, usando para ello, una enorme hacha. Aún tras la puerta, dejé pasar unos segundos y abrí de nuevo para comprobar si era mi aturdido cerebro el que me estaba gastando una extraña broma. Con gran terror comprobé que no, es más, aquella mole se dirigía en dirección mía, dando grandes zancadas y sin soltar de su mano su terrible herramienta.

En medio del paroxismo, me arrojé al fondo de la bañera mientras buscaba con urgencia dentro de mis bolsillos mi pequeña navaja suiza. Para cuando la enorme puerta se abrió y aquel coloso entró, yo me encontraba arrinconado y blandiendo con desesperación mi insignificante navaja. Al verme aterrado y estúpidamente desafiante, el “gigante” pareció comprender la inesperada escena; arrojó el hacha al piso y se acercó lentamente hasta quedar a un par de metros de mí, se acuclilló y levantando sus enormes manos de oso frente a su pecho, dijo con voz grave y algo torpe, “soy amigo, soy amigo, fuego, lumbre”, mientras señalaba el hacha en el piso.

Su rostro, aunque enorme y tosco parecía esforzarse en mostrar amabilidad. Bajé mi navaja y la cerré, pero sin guardarla. El gigante tomó de nuevo su hacha, se puso de pie y justo antes de salir, como buscando las palabras adecuadas, me hizo señas para que esperara ahí. Me intrigó que habla-

ba tan limitadamente; los hachazos afuera se reanudaron después de unos segundos.

Durante algunos minutos me quedé sentado preguntándome quién demonios era ese tipo, pero, sobre todo; ¿por qué estaba yo en su casa o lo que fuera aquel lugar? Y decidí averiguarlo. El miedo no me había abandonado del todo, pero mi necesidad de respuestas me llevó de nuevo a la puerta. Mi anfitrión al verme afuera, sólo se detuvo unos segundos, me dirigió una enigmática mirada y luego retomó su labor.

Permanecí largo rato observándolo con atención, tratando de entender mi estúpido miedo; creo que fue su desmesurado tamaño y descuidado aspecto, lo que a primera vista me atemorizó. No era un gigante como los de los cuentos, pero sí un hombre enorme, quizá el más grande que aún hasta hoy, haya visto jamás. Estimo que superaba con facilidad los dos metros y medio de altura. De espaldas como estaba, parecía un toro de lidia que aprendió a andar erguido.

Tomando alternadamente a una mano su hacha, era para mí un espectáculo el verle reducir los troncos de un solo golpe a pequeñas astillas. Su piel del color del chocolate sumado a la mugre que amenazaba con envolverle por completo le daba un aire de primitiva fiereza, y aunque la cabeza y rostro regordetes iban en proporción con el enorme cuerpo, sus orejas parecían apenas un par de botones pegados burlonamente a cada lado del cráneo. La nariz chata y ancha, así como los labios gruesos y prominentes, inundaban toscamente la mitad de su cara.

Algo fuera de lugar, eran sus enormes ojos de un azul grisáceo, que al mirar parecían decir, ¡no temas! Sólo soy estúpidamente enorme. La ropa que llevaba puesta se veía vieja, desgastada y sucia; los pantalones le llegaban a penas

a media pantorrilla, haciendo resaltar sus enormes pies sin zapatos, y a los que las costras de barro y de quién sabe qué otras inmundicias hacían parecer las gruesas raíces de un árbol. Sobre la cabeza, ocultando una pequeña mata de cabello enmarañado y aparentemente tieso; llevaba un gorro hecho con la piel de algún animal, negra como el petróleo y muy lustrosa. Todo él, representaba un extraño espectáculo que más allá del miedo inicial, alimentaba mi curiosidad nueva acerca de su origen y sobre todo acerca del sitio en que me encontraba.

LO ESPERADO... INESPERADO

Juan Manuel Lujano Bernal

Un lunes por la mañana me levanté como cada día, 9:00 a. m., recuerdo bien que mi estado de ánimo era alegre y esperanzado de que llegarían buenas noticias. Desayuné con mi mamá como de costumbre, una de mis mejores compañías y amigas.

Aún puedo recordar el suave aroma a mantequilla de los hot cakes en mi plato con mucha cajeta, también adornados por algunas frutas y nueces. Mamá me conocía bastante bien y sabía cómo consentirme, tomábamos café muy caliente, recuerdo bien que mientras compartíamos ese momento se creaba una ventanita a la comunicación de nuestras vidas y el emisor en ese momento era yo.

El tema era mi novia y un negocio que había en curso, mamá tenía siempre de esos abrazos cálidos que reconfortan y sanan cualquier herida. Puedo asegurar que su mirada era la más noble y tierna, aun así, transmitía siempre dicha y seguridad, paz y amor inigualable, por eso es que me sentía el más millonario del mundo por sólo estar con ella y sentirle cerca.

Después de terminar el desayuno y recibir sus bendiciones, emprendí mi camino motivado y confiado en que

todo iba a salirme bien. Sonreía por mi andar con los que coincidía, me encontré con Ramiro, viejo y querido amigo, de quien tenía los mejores consejos basados en vivencias. Nos abrazamos y carcajamos un par de minutos, más tarde decidimos tomar un par de cervezas, brindamos por la vida y por nuestra amistad y en un segundo más, me despedí de él.

Agradeciendo y argumentando que había propósitos para mi día y que la refaccionaria a la que me dirigía no tardaba mucho tiempo en cerrar, así que continué con el camino y en tránsito de avanzar sonó mi teléfono; orillé la motocicleta en la que viajaba con la intención de atender el llamado y como pensé, era Ramiro pidiendo que por favor llevara un six de cervezas, así que después de salir de la refaccionaria llegué a un Oxxo a cumplir con el favor.

Posteriormente decidí ir al mecánico que arreglaba mi auto, mismo que vendería al día siguiente y por esa razón habría que dejarlo con el mejor funcionamiento posible. Así, una vez que compré las cervezas me puse el casco, encendí la motocicleta y ya con sensación de mareo por las cervecitas, me propuse ir con mi amigo a tomarme otra lata de cerveza; así que aceleré y en el camino a casa un vehículo gris de aspecto viejo y golpeado, un tanto sucio y también rayado, me aventó el carro con la intención de golpearme, no lo hizo por fortuna mía.

En automático pude volantear esquivando su intención, pensé que eran amigos míos que habían tratado de sorprenderme con una “broma” de esta especie, pues se veían varios en el interior y el piloto se veía joven con una apariencia de barrio. Se oían risas dentro del vehículo, me detuve y él me veía fijamente, estaba muy sorprendido pues nunca me esperé esta escena por lo que al mismo tiempo que incertidumbre

sentí algo de enojo, pero también curiosidad de descifrar lo que sucedía.

Llegó el momento de tomar una decisión, acepto que tardé unos instantes pues no estaba seguro de cómo resolver dicha circunstancia. Así que opté por irme y ni siquiera intenté reclamar verbalmente, pues claramente no tenía descifrada la escena. Al llegar a mi destino entregué el encargo de Ramiro, también las piezas que el mecánico me solicitó. Gustoso porque todo iba marchando bien procedí a destapar otra cerveza mientras digería mi molestia por lo sucedido.

Saqué mi teléfono celular, vi un par de fotos con mi novia, pensé en llamarle, pero no lo hice. Llamé a mi madre para preguntar qué llevaría para comer y mientras platicábamos una rara sensación y escalofríos se apoderó de mí, acompañado de un silencio entristecedor que no era común y no tenía idea del porqué. Supongo que es el alcohol, me dije a mí mismo, un olor a coladera y un frío inexplicable llegaban a mí, por lo que me propuse ir por algo que me abrigara y amortiguar un tanto el frío.

En el camino a mi casa, un carro blanco cruzó con mi caminar, me dio el paso amablemente por lo que agradecí de manera gentil. Me di cuenta de que venían a bordo señores de la tercera edad, al parecer en busca de una vecina que organizaba eventos de danzón; amablemente me regresé a orientarlos e indicarles donde vivía. Por lo que el chofer me agradeció diciendo, “muchas gracias, hijo”, y a continuación preguntó, ¿cómo te llamas? Sentí bonito pues pensé que el señor estaba queriendo reconocer el acto de gentileza y también socializar, aunque por su insistencia supe que no era tan buena intención, pues sentí en su pregunta una especie de

acoso y en ese momento la buena impresión de estos señores se había esfumado.

Honestamente pensé en la posibilidad de estar frente a un grupo de degenerados en busca de las más sucias experiencias, así que mejor intenté caminar y desaparecer del lugar que me causaba repudio. Entre ellos se dijeron cosas que no entendí, quise caminar, aunque un tanto desconfiado y precavido. De reojo pude ver como uno de estos señores sacaba algo de su cintura, un arma de fuego al parecer, sin darme cuenta el miedo se apoderó de mí.

Remarqué a mamá y no pude decir mucho pues me encontraba pasmado, pero mi intención era enterarle de la situación que atravesaba para que me buscara teniendo en cuenta que estas personas enfermas iban a secuestrarme. Sentí un aroma insistente que venía de muy cerca, al voltear pude ver a más personas frente a una cuadra que estaba frente a nosotros. Sentí un alivio, pues según yo eran vecinos que se aproximaban a mi rescate.

En realidad, nada de eso, pues ellos estaban del lado de los del carro blanco y así sin más me subieron a la parte trasera del carro. En la parte del piso sentí como unas 8 o 12 piernas que pisaban mi espalda y todo el cuerpo, incluso mi cabeza; por lo que no tuve esperanza de salir librado de la situación, pensé en mi fin.

Pero bueno, la llamada seguía en curso y uno de ellos decía con tono de voz fuerte: “¡los aretes, revísalo, los aretes!” Mientras pasábamos a gran velocidad por todos los topes y baches del camino. Radios de frecuencia aparecieron, por medio de ellos se escuchaban voces alteradas. Durante el cateo a mi persona se dieron cuenta que tenía conmigo un teléfono, me lo quitaron y tomaron una foto con una de sus

cámaras. En seguida llegamos a un parque que yo conocía bien, era el punto de encuentro, pues ahí aparecieron los del carro gris viejo con los chicos de apariencia de barrio que vi al salir del Oxxo.

Se saludaron con los de la tercera edad, mientras platicaban de lo sucedido, uno de ellos tuvo la molestia y educación de preguntarme cómo estaba. Recuerdo que mi visión de túnel no me permitió ver lo que sucedía alrededor, por lo que contesté: “¡estoy bien!” Viviendo y omitiendo el mar de emociones que atravesaba, tuve el atrevimiento de pedir agua, pues mi boca y garganta estaban muy secas y amargas.

Me sentía incómodo conmigo y apenado por mi familia, preocupado. Una persona más se acercó a mí diciendo: “todo está bien, hijo, tranquilo”, dándome un poco de su empatía. Unos minutos después nos dirigíamos a la fiscalía pues me explicaron que habían ido por mí porque un juez giró una orden de aprehensión. Encendieron las sirenas de aquellos dos carros y en seguida se sumaron otros autos de la policía de investigación que prendían sus sirenas y luces y con un agresivo altavoz decían: “¡abran paso, abran paso!”

Después de leer mis derechos y permitirme una llamada, llegamos al R.P.V.O (Reclusorio Oriente), y desde que vi las torres de vigilancia sentí un resguardo y una paz inexplicable, misma que busqué por mucho tiempo y no por el día agitado y abstracto que había tenido. Realmente esa cobertura que me brindó llegar al Reclusorio fue muy grata, por lo que fui más duro que esos hombres conmigo y pedí al universo, a mi ser supremo: no me permitas salir hasta que pueda mostrar un yo renovado, consciente y maduro con un crecimiento personal para poder enfrentarme a la vida.

MI SOMBRA

Karina Vázquez Peralta

Se acerca el atardecer, el cielo cambia de color, toma un matiz rojo y anaranjado, el viento se alborota, toma más fuerza y las nubes se alejan con velocidad. Todo se va transformando al pasar las horas, llega la noche, la temperatura se vuelve más fría; comienza el canto de los grillos, pero a lo lejos se alcanza a escuchar un aullido. Mientras todo se encuentra en calma comienzo a caminar, pero sólo me acompaña el sonido que emana de las piedras y la tierra. Es un camino angosto que cruza por el campo, el cual parece no tener fin.

Al cabo de varias horas, continúo bajo la luz de la luna; hay sombras por doquier, sobre todo la mía que andaba delante de mí, el miedo comienza a apoderarse de mi cuerpo, pero nada me detiene para seguir mi destino. El camino se vuelve más estrecho, por fin he llegado a la cima de la montaña, ahí donde se encuentra una paz absoluta, donde el alma se fortalece con una inmensa alegría; ahí donde solamente se puede sentir el cobijo de un alma parecida a la mía.

Esa alma que puede darle respuesta a cualquier pregunta, donde finalmente se libera una parte de mí. Pueden pasar un sinfín de horas, al final se vuelven cortas, pero solamente

la noche puede otorgar esa dicha de disfrutar al máximo ese bello momento. Son momentos inolvidables que sólo quedan grabados en el corazón. Al retirarme lentamente, esa sombra se va desvaneciendo entre la luz de la noche y con un fino murmullo alcanzo a escuchar que dice: “aquí estaré hasta que tú me lo permitas”.

DE REPENTE, LA VIDA

David Mizaél Mundo Valverde

A muy temprana edad se empieza a conocer la verdad de las cosas, de la vida, de lo que no se puede ocultar ni con una mentira porque tarde o temprano sale a relucir la verdad.

Esa linda tarde me dirigía con mi señor padre a realizar una compra doméstica a la tienda de víveres, cuando de repente se le vino la fabulosa idea de realizar un viaje a un balneario; así que entramos a la tienda para comprar sandalias, toallas, crema y todo lo típico para poder ir a nadar, sin la autorización de mi señora madre; pues el matrimonio de mis padres ya estaba roto. Vivíamos juntos pero los señores en diferentes habitaciones, yo no sabía ni me cuestionaba el porqué de los hechos.

Fue avanzando el día y no terminaban las sorpresas, el teléfono de mi padre sonaba y sonaba, era mi madre muy preocupada porque no llegábamos al hogar. Mi padre contestó y se alejó para que yo no escuchara la discusión de adultos. Era tan sólo un niño ingenuo de diez años, y por el momento me importaba solo la diversión.

Después, abordamos el metro para así llegar a la estación “Salto del agua”, nos bajamos sin saber a dónde nos

dirigíamos. Entramos en una zona de edificios, caminaba y observaba el sitio, la gente trabajaba, los clásicos borrachos en la esquina, la gente muy alterada, pero para mí la vida pasaba muy lenta sin saber qué me deparaba el destino.

Mi padre tocó en un departamento del segundo piso de donde salió una niña de aproximadamente 12 o 13 años de edad gritándole a mi señor padre “papá”. Me quedé impresionado de la palabra que salía de la boca de esa niña desconocida. Entramos, me presentó como su hijo ante las personas que se encontraban ahí. Esther, Laura y otra señora de la que no recuerdo el nombre. Me preguntaba quiénes eran estas mujeres, posteriormente mi padre le dijo a la mujer de la que no recuerdo sus facciones, que alistara las cosas de Laura, la niña, porque se la llevaría a Acapulco.

Otra sorpresa más: ya no sería a un parque acuático sino al mar. Por el momento me olvidé de esas mujeres por la emoción de a dónde iríamos. Nos dirigimos a la Central camionera, ya todo listo para dicho viaje, donde en lapsos pequeños que se daban de convivencia nos presentó como hermanos a Laura y a mí. Descubrí muy pronto la separación de mis padres y asimismo, que esas mujeres eran la otra familia de mi padre.

Llegamos de noche a Acapulco y después al hotel, donde quedamos rendidos por el momento. Al amanecer visitamos distintas playas, ahí nos divertimos en esos grandes cruceros como una familia feliz. Después de ir a Caleta, Caletilla, La Quebrada y muchos lugares más, llegamos a una playa muy popular llamada “El Revolcadero”, donde quedé más impresionado por esas grandes olas que creaba el señor mar. Sin dudar de la magnitud de lo que podía suceder y con la

experiencia de saber nadar, me enfrenté a un duelo a muerte con el mar abierto.

De primera instancia, sólo nadaba en la orilla, fue pasando el tiempo y pensando que ya había dominado la corriente me fui profundizando mar adentro sin darme cuenta de que me alejaba de la orilla. Al momento de observar hacia la costa, noté que estaba demasiado lejos, me dejé llevar por el mar pensando que llegaría a las boyas de costumbre que en otras playas delimitan el mar de la profundidad o mar abierto.

Fue ahí donde empezó la lucha de titanes, al querer salir del mar abierto donde me encontraba sin miedo de esas inmensas olas que me subían y bajaban, y que ocultaban la orilla de mi vida. Nadaba y nadaba, pero parecía que más me alejaba de la meta. Ahí fue por primera vez donde desafié a la muerte, donde comprobé que la tierra es redonda. A lo lejos se veía esa inmensa curvatura de la tierra; me empezaba a cansar de tantas brazadas hacia la orilla, pero todo era un esfuerzo sin resultado.

Cuando de repente se iluminó mi camino al observar que se acercaba una pequeña balsa con un solo hombre, que me dijo “niño qué haces hasta acá”, rápidamente le conté que nadaba a la orilla, pero él sabía que más bien me estaba tragando el mar. Con dificultad me subió a la balsa y a rápidas remadas me alejaba de la boca del mar. Ya en la orilla, mi padre, preocupado al no encontrarme, dialogó con el héroe del día de lo sucedido, me regañó y agradeció al señor con dinero. ¿Será que la vida se podrá salvar de esta manera tan fácil, remediar con regaño y dinero? Sólo sé que me quedó una gran experiencia de vida que no cambiaría por nada.

Regresamos a casa y sin más ni menos, como si no hubiera pasado nada, continuó mi vida de apariciones.

LO QUE PERDURA

Jessica Torres Colín

Tal vez ésta no sea una historia increíble, una historia digna de aplausos y reverencias, pero sí, quizá, es una historia que puede hacer levantar del sillón a cualquiera y correr a querer descubrir la propia estupidez. Honestamente y sin ánimo de ofender, todo el mundo tiene uno o cientos de episodios de estupidez, de ignorancia o de egolatría que conllevan a esa ceguera ante la maldad misma. Cuando por el destino, el universo, Dios o por una misma nos damos la oportunidad de mirar de frente esa gran estupidez, podemos dejarla pasar o hacer de ella un momento memorable al reconocerla.

Eran las 10:00 a.m. aproximadamente, el clima, caluroso como era de esperarse en el mes de abril. Los pájaros se escuchaban como todas las mañanas, y el canto de unos parecía armoniosos quejidos, sollozos, y de otros el chacotear y parlotear sin pausa, pero todos parecían felices de andar revoloteando libremente. Resultaba interesante observarlos y escucharlos con atención, dos cualidades que sólo en este lugar aprendí a desarrollar.

En el ambiente se palpaba una mezcla de alegría y angustia, de esperanza y desesperación, la energía de un martes

se hacía presente. Existen dos días especiales aquí, pero los martes son como un 6 de enero, como un 25 de diciembre, como un cumpleaños en donde no importan los regalos, pero sí las presencias de las personas amadas.

Preparé la mesa, coloqué los platos, los cubiertos (todos de plástico como dice el bendito reglamento); el mantel azul con girasoles no podía faltar, así como el café y el pan. La emoción me invadía mientras pasaban los minutos, sabía que en cualquier momento gritarían ¡Torres Colín!

Veía como la mayoría, apresurados, acomodaban sus mesas, se maquillaban y esperaban con amor al igual que yo. Hasta que por fin lo vi a lo lejos, lo observé como nunca lo había observado en 39 años. Era un hombre de estatura baja, tez morena, de unos 54 años, sus canas más visibles que nunca, le daban un aire de sabiduría y cansancio; dos gotas de sudor que caían por su frente y su ceño fruncido reflejaban su impotencia y valentía.

Su vestimenta roja como la de muchos otros le hacía juego con su ruborizado rostro que reflejaba el peso excesivo que llevaba en sus hombros. Sin embargo, sus ojos reflejaban un amor inconmensurable que, al cruzarse con los míos, me mostraron que todo valía la pena con tal de ver esos ojos cada martes, y de percibir ese instante, esa mirada, esa aparición como algo que perdurará no sólo mientras esté aquí sino también cuando logre saldar las cuentas con mi estupidez.

RECUERDOS QUE APARECEN

Antonio Ortiz Vega

Una pausa en la vida, eso parece ser el tiempo en prisión, y no es que no pase nada durante ese lapso ya que hay lección y enseñanza en todo, pero esa lección es a nivel personal. No es lo mismo socializar en prisión con una bola de ojetes, maleantes en su mayoría, que socializar en libertad comenzando con los seres amados; y es ahí precisamente donde aplica la pausa y aparecen los recuerdos para no perdernos en el limbo de la soledad y el desconsuelo.

“Recordar es vivir”, en realidad y siendo sincero, siempre consideré que la frasecita era absurda, hoy veo como nunca cuánta verdad hay en ella, y hoy entiendo que las circunstancias nos muestran que no somos “productos terminados”, no siempre atinamos en nuestras apreciaciones y menos aun somos poseedores de la verdad.

La posibilidad de recordar nos permite vivir en ese momento lo que queremos, según nuestro estado de ánimo y nos burlamos de todos aquellos que contribuyeron a nuestro encierro, desde la parte acusadora y el juez que dictó sentencia hasta las autoridades penitenciarias; pues los inútiles no tienen parte ni suerte en esa decisión de instalarme en el

tiempo y forma a placer con los recuerdos. Así que abandono en el momento que quiero la prisión y me reúno con aquellos seres amados que ya partieron al padre celestial y que dejaron una profunda huella en mi vida, comenzando por mi madre, seguido de mis abuelos, tíos y amigos.

En ese momento solo mío, llego de visita a casa de mi madrecita y como quienes viven con ella, mi media hermana y el tío tienen actividad fuera por su trabajo, tengo la seguridad de que es ella quien me abrirá. Sus ojos resplandecen y su rostro deja escapar una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mijo, pásale!

—¡Hola madrecita!, ¿cómo has estado?

—Bien mijo, ya sabes, el quehacer nunca se acaba. ¿Ya comiste? Para servirte.

Si alguien es limpia en extremo es mi madre, desde que entras al garaje, todo limpio y en orden, perfectamente barrido, la jardinera a lo largo de la pared, rosas, nubes, alcatraces, verbabuena, epazote y menta; un árbol grande de limón jugoso que da fruto todo el año y que regala todos los días su fragancia sutil y distinguida al entorno, y un altar en la esquina para la Guadalupana y la foto de “Palmitas” (el abuelo) y de Calíno (papá de mi media hermana). Nuestro lugar favorito: el antecomedor en la cocina, una mesita de 1.5 X 1.00 metros, la cocina integral, el refri, la alacena para la cristalería y encima una pequeña televisión del año del caldo, ¡ah! Y el olor común en toda la casa aparte del guiso del día en la cocina, ¡el cloro!, esa adicción a la limpieza, ¡todo huele a cloro! ¡Y a darle duro al chisme!

—¿Qué sabes de tu hermano?

—Nada Ma, ¿tú?

—Pues vino el domingo, ¡ya sabes!, andaba urgido de dinero como siempre y como siempre le presté, ya sé, ya sé, no me va a pagar, pero siento feo verlo todo jodido. Ay, ¿cuándo va a cambiar ese chamaco? Por más que le digo: ya mijo, sienta cabeza, ya estás viejo y no has hecho nada de tu vida, no duras en un trabajo, cambias a cada rato de mujer y luego pura ¡gorda y vieja!, vives con una, luego con otra, luego en un cuartucho, pues ¿qué, no piensas? Tus hijos ya están grandes y no ves por ellos. ¡Qué voy a hacer contigo!

—Ay Ma, ya ni pierdas el tiempo con él, ni le des dinero, por eso no te lo quitas de encima, ya te tomó la medida y sabe que poniendo la cara de perro regañado te convence.

—¿Ya supiste que me encontré a doña lucha? Pues resulta que...

Siempre que me despedía, ponía unos billetes en su mano y con su cara de agradecimiento decía: —ay, no te molestes, al momento en que toma el dinero lo guarda en su delantal, ¡gracias mijo, que Dios te dé más! Mmmm, ¡qué momentos! ¡Cuánto los extraño! ¡Cuánto te extraño mi chaparrita hermosa!

Ahora vuelo con “Palmitas” Demetrio Vega, el último de los cristeros, hombre de tiempos del viejo México, alto, cuerpo fornido y bien formado a pesar de la edad, 70 años, el bigote de Zapata, sombrero norteño, pantalón entubado de los que se usaban en la revolución, camisa a cuadros de algodón y su cadena a la cintura con el manojito de llaves y una navaja retráctil con mango de cuarzo. Trabajador y responsable como él solo, jardinero de dos familias adine-

radas y apellido de abolengo. Quien lo conocía le apreciaba y no había manera de recordarlo sin el “chaparro” junto a él, su perro tan leal que lo llevaba todos los días a su trabajo y regresaba con él, respetado y temido por todos los perros callejeros a su paso.

A “Palmitas” le encantaba el trago, pero solo los sábados después del trabajo; pasaba a ver a su hija amada a la vecindad que quedaba a medio camino y que compartía con dos hijastras, terminaba jugando baraja y chupando con el marido de una de ellas. Ya en la tarde se oía a la hija: — Toño, lleva a tu abuelo en el coche a su casa, ¡ya está bien persa! En el camino iba cantando: “tú me dijiteeeees, que yo era pobreeeee; que no podía yo alcanzar tu corazón...”, y con el alcohol le salía el valor con las mujeres, sus piropos, pero siempre con respeto: “¡chulaaaaa, linda de Dios nuestro señooooor, yijajaiiii!”

Su recuerdo también me instala con la abuela en el patio de su casa, una hectárea de superficie aproximada de terreno, por cierto, todo de tierra, solo la escuadra del exterior de la construcción con una banqueta de cemento. Sentados ambos, él desgranando las mazorcas para sembrar los granos en la siguiente siembra, ella, “Goyita” dando de comer a las gallinas, gallos y guajolotes.

Y el cuadro te lleva a los olores, el olor de la tierra como del campo, el olor a granja, el olor a libertad, el olor que te hace parte de ese espacio, el olor a la naturaleza, a gratitud con el todopoderoso por haberme permitido compartir mi vida con esos personajes tan singulares y amados.

“Goyita” era una máquina de hacer dinero, vendía del huerto nopales, calabaza, flor de calabaza, yerbabuena, epazote, chayote, caña, elote, gallinas, gallos y guajolotes;

echaba cartas, sobaba y corregía huesos y hasta acomodaba chamacos a mujeres embarazadas. ¡Chingona la abuela!

Son imágenes que se lleva uno a la tumba, imágenes que forman parte del ser y que están presentes siempre de “Go-yita” y “Palmitas”, el último de los cristeros. De mi madre y la abuela, de aquellos que ya se han ido y que en su recuerdo aparecen para volver a vivir en mí, y me dan la libertad de haber tenido una vida.

De regreso a prisión, solo queda pedir al todopoderoso la oportunidad de salir de esa privación de libertad para seguir escribiendo la historia propia, construir los cuadros e imágenes, instalar los propios olores y dejar huella en los seres amados. Por lo pronto, mi vida seguirá en pausa... lleno de recuerdos que aparecen de vez en vez.

LA REVELACIÓN

Iván Quirván Tejeda

Eran como las cinco de la tarde cuando aún me encontraba en el trabajo un viernes, lo recuerdo bien. Todos mis compañeros de la oficina corrían de un lado a otro, tratando de terminar lo más pronto posible para poderse ir. Algunos querían llegar a casa y otros, incluido yo, por ser viernes, queríamos noche de copas en el ya acostumbrado bar de la colonia Condesa.

Recuerdo bien que salimos de la oficina, y Pedro, mi mejor amigo, me comentó, “oye güey no seas mala onda, cuando te vayas a tu casa después de la peda ¿me das un aventón a mi casa?”, con tremenda risa le contesté “y quién te dijo que voy para mi casa, ¡ja, ja, ja, ja!, ya sabes que ando sobre Laura”.

Laura era la recién llegada a la oficina, una jovencita de 25 años nomás, muy guapa y seriecita; así como me gustan, obvio ni me pelaba. Pues bien, Pedro y yo nos dirigimos al bar en mi auto, y los demás compañeros en Uber; no todos llegamos a la misma hora, nosotros puntuales, a las siete ya estábamos pidiendo la primera ronda de caguamas.

Al poco tiempo llegaron los demás y yo volteaba sin parar a la puerta esperando que pasara mi compañera Laura, pero para mi desgracia y fortuna de mi amigo Pedro, ella jamás llegó. Pedro me comentó: “oye güey dicen que Laura no llegó porque pasaron por ella, un güey en una moto y no creo que sea su hermano porque dicen que le dio un beso de aquellos que no respiras en un buen rato. Pues ni modo ya tiene dueño”.

Pasaron unas horas y la verdad ya andábamos medio alegres, llegó un momento que le dije a Pedro, “ya vámonos güey, ya me siento cansado”, él me respondió “va, pide la cuenta y nos vamos a michas, y sí, ya vámonos. Estos güeyes no tienen para cuando”; así que nos despedimos de los compañeros y nos salimos. Esperamos unos minutos a que nos trajeran el auto.

Pedro comentó “oye ¿cómo te sientes? Andas muy tomado, mejor dejamos la nave y nos vamos en Uber”, “¡nel güey, así manejo mejor!” Por azares del destino llegamos bien a casa de Pedro, él vive por Tacuba en un departamento que le había dejado su papá.

Cuando llegamos todavía nos aventamos por la última. Fuimos a un Oxxo cercano porque Pedro no tenía nada de tomar en casa. Así que dejamos el auto y caminamos unas tres cuadras; íbamos caminando tranquilamente cuando de pronto, me dice Pedro, “oye güey ¿ya viste lo que está pasando en la esquina?” “No”, le contesté. “Fíjate, están asaltando a una pareja de chavitos”; “es verdad, mejor le llegamos al Oxxo por la otra cuadra, ¿cómo ves?”, le dije. Y él presintiendo que algo podía pasarnos, afirmó, “Mejor vamos a regresarnos”. Así que dimos media vuelta y tomamos camino a su casa, cuando por fin llegamos pensé que ya era tarde

y era mejor irme a casa; Pedro sabía de nuestro estado, por eso me dijo “ok, mi Luis, nada más póngase chingón al manejar y vete directo a tu casa, porque ya ves que eres medio alocado”. “Sí güey, directo a mi casa”.

Le estreché la mano y me fui a donde el auto. Abrí la puerta, me subí y encendí el motor; puse un poco de música y avancé. A un metro de haber avanzado, percibí un suave aroma a jazmín, después de unos segundos el aroma se incrementó. Fue entonces que sentí un fuerte escalofrío recorrer mi cuerpo, volteé por el espejo retrovisor y vi, de pronto, aquella silueta de mujer en la parte trasera del auto.

De momento no supe qué hacer, si parar el auto y bajarme o hacer como que no había nadie; en pocas palabras hacerme güey, igual y sólo era mi imaginación. Cuando por fin me decidí a parar el auto, sentí la mano de la mujer que tomó mi hombro y me dijo con una voz muy baja, pero lúgubre: “Luis, la vida es un regalo de Dios y tú la has desperdiciado en fiestas y mujeres; trabajas solo para eso, no le has dado a la vida la importancia que merece, te olvidaste de tus padres, también olvidaste a tu pequeña hija. ¿Crees que siempre serás joven?, recuerda que el tiempo pasa, y no pasa en vano. ¡Recapacita! No hay mucho tiempo para que puedas hacerlo”.

Después de haber escuchado aquella voz, la vista se me nubló, cuando por fin pude ver de nuevo, resultó que yo aún estaba afuera de la casa de Pedro, con mi cara en el volante. Creo que fue un sueño o realmente no sé lo que pasó. Sólo sé que ese mensaje cambió mi forma de pensar. ¡Ahora las cosas son diferentes!

LO QUE PERDIMOS

José de Jesús Flores González

Cuando pensamos en las pérdidas que cada individuo puede tener, pensamos ciertamente en la muerte de seres cercanos: familiares, amigos, incluso aquellos que parece que no significan tanto en nuestras vidas, pero que, por alguna razón, han dejado huella. Cuando se está en encierro se aprende que esas pérdidas totales, esas muertes, ese adiós definitivo, conlleva muchas otras pérdidas o maneras en las que dejamos morir a otros, pero también matamos mucho de nosotros mismos. Quizá eso signifique que hemos perdido la libertad.

El dolor de muchos de los que estamos aquí es el dolor de la soledad, del abandono, de la impotencia. En muchos casos como consecuencia de nuestros propios actos se pierde a la gente cercana, y uno mismo se va perdiendo en las drogas, los olvidos, la indiferencia y, a veces, el propio abandono en intentos de suicidio.

No se trata de culpar o victimizar, sino de reconocer que después de tantos años, confinado en este lugar con el peso del tiempo encima, de modo que los días parecen años, y los años toda una vida, uno mira para atrás y ve a ese niño

también perdido y abandonado con miedos y carencias, aprendiendo a sobrevivir con odios y el yugo paternal. Decidí, entonces, con la fuerza del deseo, huir de esa realidad, y como un náufrago pude sostenerme de la tabla del ejército. Para bien o para mal ésa fue mi formación.

Pero en algunas vidas que se van llenando desde la infancia de odio, de resentimiento, de humillación, de privaciones, no puede dejar de haber ciertos toques monstruosos en esa formación, o más bien en esa deformación en la que se va convirtiendo una vida a la que ya no le duelen las pérdidas, porque se da cuenta de que él mismo fue construyendo ese muro de aislamiento, de frialdad, de vacío. Una vida que se ufana de no necesitar de nadie más, mucho menos de sentir que algo le podía deber a alguien, que algo le podían requerir los otros.

Aquí en prisión, en algún momento de reflexión, me di cuenta de que había perdido todo, hijos, mujeres que pensé que amaba, a quienes terminaba tratando mal, sostenido tan sólo por el deseo de drogarme, hundirme, perderme, pero ¿cómo no me abandonaron antes? Mis padres no tuvieron mejor suerte. A veces uno quisiera echar culpas, ¿a quién? A la realidad, a los contextos, a los otros, a la familia, a la mala suerte, pero es inútil, ahí en lo más hondo de uno mismo, en nuestro propio centro, nos damos cuenta de que ni siquiera nosotros mismos somos culpables, porque simplemente me había negado, me había obnubilado, me había cegado, me había enloquecido, me había perdido.

Hundido en el cansancio de no saberme, de no sentirme, de no tener ya valores ni familia, vacío completamente, toqué fondo. Quizá necesité perderme a mí mismo en la droga y la desesperanza, en la soledad y el abandono, sentir

la insignificancia de mi persona... para resurgir de pronto de la nada. Y ahora pasado el tiempo, mirando en retrospectiva, me veo... veo a la distancia a un individuo luchando por superar la adversidad, tomando conciencia poco a poco de sus errores, reconociendo sus necesidades, pero también buscando ayuda.

Pareciera que la experiencia humana frente a la pérdida nos lleva a construir un camino para la renovación personal, para el propio renacimiento, para aparecer ante nosotros mismos y recuperarnos.

DESPERTAR

Sergio Francisco Ávila Matsumoto

En el campo te despierta el canto de los gallos; en las ciudades, el bullicio de la gente, las notas estresantes de las bocinas de los automovilistas que con aparente prisa quieren llegar a un lugar, pero al acariciar el destino deseado no viene a la memoria el motivo de tanta prisa por la puntualidad. En el mar, la apaciguante espuma de las olas que llegan a la playa son tranquilidad pura, sonido de arpas angelicales, y así, los despertadores matutinos son variados.

Pero a él un golpe en la espalda lo despertó, abrió los ojos, pero las lagañas como pegamento se los cerró de nuevo. De reojo y como pudo se vio tirado en las escaleras de entrada y salida del metro de alguna parte de la Ciudad de México. Se dio cuenta de que lo que sintió en la espalda fue la reja de la estación que abrió un señor canoso de unos sesenta y tantos años, vistiendo una casaca de trabajador de limpieza; se dio cuenta de que ya era la mañana de madrugada, con el cuerpo entumido logró ponerse en pie.

Se percibió mugroso, 30 días sin darse un regaderazo confirmaban su percepción de sí mismo. Empezó a subir las escaleras, a cada paso le temblaban las piernas, sintió la

escarcha de la mañana, recordó que el calor de lo profundo de las escaleras en la reja del metro lo cobijaban en la fría noche. Cuando por fin llegó hasta arriba, observó una avenida ancha todavía sin coche alguno. Ya se observaba el caminar de personas tempraneras que iban rumbo a sus trabajos, dispuestos a saber qué les deparaba el nuevo día.

Se recostó en una jardinera, se vio rodeado de otros en su situación de alcoholismo y adicción que los llevó a ser unos simples vagabundos; seres despreciados por la sociedad. A menudo se preguntaba si alguna vez alguno de ellos, así como él, habían tenido alguna familia grande y amorosa, y que sólo hoy eran un recuerdo en su inconsciente o creados en su imaginación.

Puso sus manos frente a su rostro, observó con detalle las quemaduras en sus dedos, marcas producidas por una compulsión por agarrar el gotero caliente para fumar esa diminuta piedrita conocida en el mundo como “crack”. Se preguntaba cómo esa cosita sin tener manos ni pies le estaba propinando una tremenda golpiza que como boxeador arriesga su vida, round tras round estaba a nada del nocaut; o como cuando agarras la pistola con una sola bala y juegas a la ruleta rusa, esperaba que con cada nueva dosis un día sí saliera el balazo y ahora sí, no abriría los ojos de nuevo. Sabía muy dentro de su ser que se estaba matando lentamente.

Vaga neblina en su memoria, imaginaba que seguramente en algún momento alguien de esa calurosa familia algún día se preguntaría ¿qué sería de él? De pronto su estómago le pedía comida, sentía el crujir de sus tripas, recordó vagamente que había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin ingerir alimento alguno. Sumido en sus pensamientos escuchó ruido de movimiento y su olfato detectó un olor

curioso que inmediatamente reconoció: trompo de pastor. Se incorporó y observó que, en la banquetta, el taquero ya había armado su puesto de tacos y el movimiento que escuchaba era el giro del trompo en cocción, más hambre le dio.

Se acercó al negocio, sabía por experiencias pasadas que el taquero, al verlo en su condición de calle, sentiría compasión por él y a cambio de ayudarlo a lavar algunos trastes le regalaría un taco. Largo tiempo sin probar bocado, al ponerlo en su boca sintió náuseas, lo masticó lentamente tratando en vano de tragarlo, lo escudriñó la mirada penetrante del señor de los tacos, le ofreció un vaso con agua para poder pasarse su comida, el cual negó al instante con una seña de dedos. Por su mente pasó la idea de ingerir un trago de Tonayan, le vino la imagen de que los otros del *escuadrón de la muerte* tenían bastante de esa pobre, pero rica bebida alcohólica que de igual manera te mataba lentamente.

Alcoholizado y drogado de nuevo, con un taco de pastor en la panza, decidió darse una vuelta en el cuarto que le rentaba una señora de la tercera edad; porque en su nublada cabeza recordaba que dejó su viejo vocho modelo 83 estacionado afuera de la casa de la anciana señora. Al encontrarse sentado en la banquetta, a un costado de su aventurero coche, le llegó un grito fuerte que mencionaba su nombre. Volteó en esa dirección, notó que era la señora Lucy desde la ventana del primer piso, que al verlo ahí sentado no dudó ni un segundo en gritarle.

Pensó para sus adentros que iba a cobrarle sus rentas atrasadas, que por causa de su adicción dejó de saldarlas. Al tenerla de frente, su sorpresa fue impactante, no le hizo mención alguna de su adeudo, sino para su sorprendido ser, le dijo que su madre llevaba meses buscándolo preocupada

por no tener noticias de él. Sintió sudor frío en la frente, la señora le ofreció dejarle llamarla de su teléfono fijo, preguntó la hora, al darse cuenta de que era medio día de un jueves 20 de mayo, supuso que su madre estaría en el trabajo.

Al marcarle a su madre, le contestó la directora de la escuela donde daba clases, pidió por ella; al escuchar su voz se estremeció, sintió vidriosos los ojos y un nudo en la garganta. Como pudo la saludó, escuchó a su mamá al otro lado de la bocina pronunciar su apodo de la infancia: “Petty”. “Sí ma, soy yo”, le contestó. Su madre inmediatamente supo que estaba consumiendo, le propuso que fuera a verla al trabajo, él accedió, colgó el teléfono, cruzó algunas promesas de pago con la señora, sacó las llaves de su vochito, se subió, lo arrancó y se dirigió camino a la escuela donde estaba su madre.

Cada tramo que recorría su mente se viajaba, recordaba momentos felices con su familia, sus fallecidos abuelos maternos que lo habían criado con tanto amor. Su padre se fue a vivir a Estados Unidos, su madre siempre tan trabajadora, él un rebelde sin causa, ignorante de tener una enfermedad incurable como la Organización Mundial de Salud avala al alcoholismo. Al llegar al kínder donde pasó su infancia, observó la puerta de colores, igual que cuando él iba hace casi 20 años, tocó el timbre y salió Clarita, la señora de la limpieza que llevaba toda su vida trabajando en ese lugar; al verlo se emocionó y le gritó a Miss Mariana, o sea a su madre.

Se asomó por el marco de la puerta, traía puesto su delantal de muñequitos de maestra de preescolar, al verlo extendió sus brazos y con lágrimas en los ojos abrazó a su hijo fuertemente, con ese amor puro y enorme tan característico de una madre. Él sintió una presión fuerte en el pecho, lo

carcomía la culpa, vergüenza por mostrarse de esa manera con su tan amada madre.

Su madre lo jaló y lo llevó de la mano caminando calle abajo, sintió la seguridad que imaginó debía ser el estar en su vientre, hace apenas 22 años; era triste darse cuenta de que seguía inmaduro después de tantos años. Como un niño indefenso tras la falda de su mamá, casi al final de la calle observó la iglesia donde sabía estaban depositadas las cenizas de sus abuelos. Llegaron a la gran puerta de la iglesia y cruzaron el umbral.

Bajaron a los nichos, llegaron a la cripta de la familia, volteó y leyó una placa que decía “Familia Matsumoto”, su madre se hincó frente a ella, se sentó junto a él y le pidió que frente a sus abuelos le prometiera que ya no se iba a volver a drogar. La vio fijamente, cerró los ojos y recordó la última Navidad que pasó junto a ellos, en 2003. Apareció en su mente la imagen de él entre sus abuelos pegando sus cachetes y su madre atrás, los cuatro tan felices. Sintió salir el llanto a mares y a partir de ese despertar espiritual, no volvió a consumir alcohol ni droga nunca más.

RECONSTRUYENDO EL TIEMPO

Tiara Daniela Mendoza Pérez

Principios de marzo. Al horizonte dos montañas apretujadas bruscamente entre el cielo y la tierra. A la redonda se extienden más de esas cordilleras, estamos en un pequeño claro en medio de la selva Lacandona. Ya hemos visto tres amaneceres, el frío nos dejó los cachetes enrojecidos. Somos mil ochocientas, tal vez más, tal vez menos. Veo tantos rostros, tantos ojos, pieles, acentos, alturas, anchuras y modos.

Un gran cartel se extiende en lo que parece la entrada: “Bienvenidos”. Luego un camino pedregoso, a los costados varios campos reverdecidos, buen lugar para acampar. Al fondo un gran patio, a la izquierda un templete, enfrente hay lonas y carpas ya armadas, a la derecha una construcción alta llena de murales. Adelante están los baños secos y los fregaderos recién construidos para la ocasión y más adelante, el enigma.

Cada una lleva algo para mostrar a los demás, algo que contar o escuchar; traen historias, cuentos y anécdotas. ¿Qué nos movió para estar aquí en este instante infinito? El mundo, o lo que sentía mi cuerpo que era el mundo, se comienza a achicar y, a la vez, a expandirse en millones de posibilida-

des y profundidades que desconocía. Ante las pocas personas conocidas se reveló también una multiplicidad de mundos, diversos, profundos, desconocidos.

Por las mañanas, el humo nos envuelve en un manto de casi cuatro kilómetros a la redonda cuando prenden la leña, y con ellas como un acto de magia se despiertan las lumbres. Comienza el griterío de niños y niñas, el sube y baja de ánimos. Tiene cierta belleza lo que no tiene forma, esa caótica manera del encuentro.

Se hacen las filas tras los comales de quesadillas, frijoles, café y tostadas. Dan las doce y algunas se ponen de acuerdo para jugar fútbol, cada quien elige su actividad, Cuando elegimos, ¿elegimos sobre lo que necesitamos o sobre lo que ya existe? ¿Habrá una postura para decidir? Si tan solo para bailar cada uno tiene sus movimientos, un ritmo corporal y emocional irrepetible; todos lo hacemos con los pies descalzos sobre la tierra y bajo el mismo cielo rasgado por las montañas, parecemos uno.

En mi “campamento” se organizó la comida: queso, totopos, frijoles, camaroncitos frescos traídos de la misma costa del Pacífico, un mar muerto del Istmo. Comimos bien, dos se recostaron en el pasto, otras fueron a conseguir agua, yo decidí adentrarme en una carpa donde se presentaba una obra con títeres.

A las nueve de la noche teníamos una cita en el patio principal, la mayoría asistió apenas se ponía el ocaso. De pronto unas siluetas encapuchadas emergieron de las entrañas de la selva. Un centenar quizá, más de los que habíamos visto antes. Esas siluetas nos miraban fijamente a través de la oscuridad. Antes de emitir palabra alguna, en sus manos un leve movimiento permitió la aparición de un fugitivo, una

llama de apenas unos centímetros. Una escena planeada, pero en lo absoluto encuadrada.

Aparecieron fuegos uno a uno expandiéndose por un viento silencioso. Las siluetas comenzaron a tomar color a través de las antorchas que se abrían paso como semillas del campo, como arena esparciéndose sobre la mar. Con la luz vino la palabra; con la otra mano tomaban cada palabra también del viento, la arrancaban del vacío claroscuro para decirnos algo. Con ese mutismo característico de mujer de montaña, encausaron el fuego de la palabra a nuestro oído. Nos regalaron esa llamita, cada una tomó la suya con gusto. La única invitación era mantenerla viva en cualquier parte del globo que nos encontráramos.

Han pasado casi seis años de aquel momento. Observo el escenario. Las montañas quedaron atrás y, en cambio, los muros de Santa Martha se alzan a la vista de todos: para los de afuera y para las de adentro. Otra vez la flor de la palabra y el compartir aparecieron.

Ahora estoy frente a quince mujeres en la misma celda. La nostalgia nos ha invadido, nos desgarró la paciencia y sofocó el ánimo. Casi somos siluetas trasparentes a punto de perder la forma, a punto de mimetizarnos con la materia gris. Apenas las conozco, pero ¿acaso es necesario conocernos totalmente si compartimos un mismo instante? Hemos fumado toda la tarde para arrancarle horas a este día. De pronto, el fuego incipiente del cigarro se desprende partícula por partícula para deshacerse sobre nuestras manos. El calor hace que bajemos la guardia, las palabras comienzan a brotar de todas partes, burbujan en el ambiente y las llamitas comienzan a alumbrar esta noche eterna.

LA BALA

Roberto Carlos Ibarra Lazcano

Una idea es algo tan real como una bala de cañón.

Joseph Joubert (1801)

Única e irreplicable, de una forma indescriptible llegó, una vez aquí no hay forma de hacerla desaparecer. Es como abrir los ojos, se puede comparar a un despertar de un sueño profundo, donde en el sueño y mientras sueño creo que es mi realidad, y la realidad se transforma en ese sueño. Entonces abrir los ojos y poder observar, mirar y no sólo ver; poder escuchar y no sólo oír, es decir reparar en lo que “aparece”, en lo que está enfrente de mí.

Sucede un fenómeno social interesante al diferenciar el buscar con el encontrar. Mientras buscamos, eliminamos opciones que ni siquiera advertimos, que no hemos detectado siquiera. Pero eso sucede por estar enfocado en un objetivo, en un proyecto, porque nuestras expectativas pueden ser rígidas y nos perdemos de las grandes posibilidades de la vida; mientras que, al encontrar, estamos abiertos a opciones y oportunidades, nos permitimos abrirnos a la vida y a fluir en ella, nos sorprende y nos enamora.

Abro los ojos y me doy cuenta de que hasta ahora existo, y que hasta hoy habita en mí otro yo que actúa como un narrador omnisciente, que da cuenta de todo cuanto hago con mis sentidos; los agudiza y potencializa.

La conciencia es como una bala, única e irrepetible, que me ha perforado la mente y en ese hueco entra luz penetrante y deslumbrante que me alumbra de ahora en adelante, y ya no hay forma de apagarla una vez activada.

VIAJE IMAGINARIO

*¿Qué es viajar, y para qué sirve viajar? Cualquier
ocaso es el ocaso; no es necesario ir a verlo a Cons-
tantinopla. ¿La sensación de liberación que provocan
los viajes? Puedo tenerla al salir de Lisboa hacia
Benfica, y tenerla con más intensidad que quien va
de Lisboa a China, porque si la liberación no está en
mí, no está, para mí, en ninguna parte.*

Fernando Pessoa

REGRESANDO A CASA

Catalina García Santiago

Está oscuro, son las cinco de la mañana, tengo frío; siento que no puedo respirar, mi cuerpo tiembla y mi corazón late con tanta fuerza que parece que va a estallar. Imposible olvidar ese momento donde vi cerrarse esa enorme puerta color gris, que me hizo saber que había perdido mi libertad. En ese instante vi mis sueños derrumbarse, sentí que mi vida terminaba y ahora, cómo regresar a casa cuando he estado ausente toda mi vida.

Tenía 19 años de edad al ingresar a este lugar, desde entonces han trascurrido más de 22, increíble cómo puede una pasar tanto tiempo en un mismo lugar, a veces ni siquiera yo puedo creerlo; cómo volver con una familia que la mayor parte del tiempo siento como si no los conociera. Es extraño, porque, aunque uno de mis mayores anhelos es salir de aquí, no me imagino viviendo con las personas que amo en un lugar totalmente desconocido para mí, como es allá afuera.

Aprendí a vivir sola cuando era algo a lo que le temía, pero tenía miedo de que me olvidaran; hoy sé que lo más importante es que yo no me olvide de mí misma; no obstante, aprendí a vivir sin ellos. Durante todo este tiempo, he vivido

infinidad de cosas y podría decir que hubo momentos en los que creí que no lo soportaría; sentía que este lugar me ahogaba, que nada tenía sentido.

Finalmente, después de un largo proceso de tristeza, enojo y dolor, y de hacerme cargo de todo ello, llegó el momento de aceptación. No ha sido fácil, sin embargo, mi condición de estar privada de mi libertad no me ha impedido tener sueños, fijarme metas, descubrir fortalezas que no sabía que existían en mi ser. Irónicamente aprendí a llorar, a liberarme de cargas que ya no necesito llevar a cuestas y comencé a disfrutar de las cosas más sencillas, como tomar una taza de café, sentir el sol, observar la luna, ver caer la lluvia; inclusive disfrutar de un delicioso baño de agua caliente, aun cuando sea a jicarazos.

Disfrutar de mi visita sin estar pensando en el momento en que se tengan que ir, y así podría seguir haciendo una lista muy grande de todo aquello que hoy disfruto como resultado de todo lo que he perdido en este trayecto que se llama vida. Contra lo que pueda parecer, lo más doloroso no ha sido haber llegado a la cárcel, ni que me dictaran una sentencia enorme o que una pareja se fuera sin decir adiós, no, lo más doloroso ha sido perder a mi madre, pues el sólo hecho de pensarla, dolía; despertar y saber que no iba a poder verla o abrazarla, era como una agonía.

No obstante, vivir este duelo fue necesario, pues una vez más la vida me reafirmó que el tiempo no se detiene, que habrá que continuar a pesar de todo con ese amor que me dejó la mujer que más he amado y que hoy por hoy sigue viviendo en mi corazón. Si mi madre viviera, sé que ella compartiría esta felicidad conmigo, mi libertad.

Cómo será ese momento en donde me digan “te vas libre”, la primera sensación la percibo en mi estómago, siento

como si estuviera en una montaña rusa, tal vez grite de la emoción. Lloraré, me reiré, a lo mejor me desmayo; espero que no, quizá corra, ¿pero a dónde?, claro, al teléfono. Qué dilema, a quién le daré primero la noticia. Le llamaré a Joela, mi hermana, y le pediré que enlace la llamada con toda la familia, así se lo hago saber a todos al mismo tiempo.

Por fin me despediré de este lugar que fue testigo de cada uno de los desaciertos que tuve, de los tropiezos que me han hecho crecer, de mis tristezas, de mis alegrías, de cada uno de los logros que he tenido, de las amistades que construí, de cada una de esas personas que me han acompañado, que me ayudaron a levantarme cuando todo parecía gris; y por supuesto, también de aquellos que confiaron en mí, que me permitieron acompañarlos, que me pidieron un consejo.

A mi equipo de voleibol, cómo olvidarlo si ha sido una de las cosas que más he disfrutado: reír con mis compañeras. El personal de este Centro, claro no todo, pero no podría olvidar a quien hizo por mí más de lo que su función correspondía. Espero que sea en el segundo turno para poder despedirme de la jefa Mary, cómo olvidar que ella ha sido una de las personas más importantes en mi vida, en este trayecto. Dios, espero no olvidar a nadie; regresaré a casa, una casa desconocida para mí, pero con la certeza de que podré enfrentar y recibir lo que sea que me esté esperando.

Me siento lista para ese momento, y agradecida porque jamás pensé que dentro de este lugar encontraría lo más valioso que poseo: a mí misma. Aprendí a ser feliz porque se puede, hoy mi felicidad no depende de un lugar, mucho menos de otra persona. La felicidad no es sonreír todo el tiempo, mi felicidad hoy está basada en la aceptación de mi vida, con todo lo que ello implica, y por esta razón, hoy soy libre.

VIAJE A LA LIBERTAD

Juan Manuel Lujano Bernal

Ya que concluya este episodio de mi vida tendré que volver a un hogar, el mío, del que no he salido, porque de algún modo sigo ahí, pues lo recuerdo y revivo a cada instante. Tendré que regresar a una familia que no me ha soltado pues han estado pendientes de mí permanentemente desde el primer día aquí, y de la manera más empática y solidaria, me han dejado claro lo mucho que me aman y cuánto me extrañan.

Tendré que reincorporarme conmigo mismo y sin duda alguna, el solo pensarlo me genera mucha emoción, pues no soy el mismo que fui hace cuatro años cuando llegué a este sitio.

Viajo en mi mente y aún puedo ver mi habitación, testigo fiel de todas y cada una de mis incontables aventuras. Una extraña sensación recorre mi ser, pues no soy ya la persona vacía y solitaria que era antes. Camino por mi recámara y llego hasta mi clóset, está lleno de ropa, zapatos y mucho polvo; he decidido que jamás nunca la volveré a utilizar, y no es por cuestiones de tendencia, tampoco por el estado de los artículos, más bien no quiero tener conmigo ni la más mínima cantidad energética de mi yo del pasado, y por eso

me he prometido a mí mismo desechar todo; pintar el espacio dentro y fuera, hacer una limpieza profunda, darme un baño mágico y así tener conmigo una renovación, una vez que logre poner un pie ahí.

Me inquieta saber cómo serán mis nuevas amistades, mis relaciones con la familia, con la realidad; así que surgen tantas preguntas en ese panorama hacia el futuro. ¿Cuál será la manera de relacionarse en el grupo? ¿A dónde podré ir para disfrutar de un buen libro y café? ¿Cómo será mi siguiente licencia para conducir? ¿Cómo me sentiré cuando nuevamente tenga la oportunidad de poder nadar, cual si fuera pececillo? ¿Cómo será mi expresión y mi sonrisa cuando al fin al despertar pueda ver más que sólo barrotos a mi alrededor? ¿Cómo se pondrá mi perro cuando me vea y se siente cerca de mí? ¿Cómo será la experiencia de poder acelerar nuevamente una motocicleta? ¿Me creeré que pueda haber salido de tan complicada situación? ¿Podré al fin visitar un espacio lleno de naturaleza y libre de tabaco? ¿Cómo me verán mis vecinos cuando al fin podamos una vez más saludarnos cordialmente? ¿Podré en verdad salir a perderme de nuevo entre la incomodidad y presión de un tráfico en plena hora pico? ¿Creerán mis amigos la historia de vivencias que tendré para contar? ¿Cuál será la expresión de mi exnovia cuando al fin vea que pude salir de prisión? ¿Cómo serán ahora mis familiares, habrán crecido personalmente también?

¿Cómo serán mis tardes en compañía de mi señora madre? ¿En verdad se podrá experimentar tanta dicha después de tantos y tantos momentos de tristeza? ¿Cómo será vivir sin la necesidad de beber alcohol o de estar bajo los efectos de alguna sustancia psicoactiva? Y mi abuela, ¿seguiré siendo su

consentido como fui muchos años al estar con ella? ¿Cómo será mi convivencia con mi hermano ahora que es papá y me encuentre con mi pequeña sobrina? ¿Y la casa de mi tía seguirá siendo el lugar más cálido y acogedor que fue por muchos años? ¿Cómo seré yo para el exterior? ¿Será ésta la aventura más excitante jamás imaginada?

ES TIEMPO DE VOLAR

Graciela Díaz Amaral

Prisma proyección

Después del tiempo, ¿qué? la ausencia, el abandono, ¿cobrarán sus daños? ¿Indultará el amor? Si la lógica no fuera lógica, pensaría que el tiempo se estancó y que al volver a esa prisión que algunos llaman libertad, todo y todos estarían como los dejé. Pero algo grita mudamente que eso es imposible, nada es igual. Nadie es el mismo y no sé si me conocerán, si yo los reconoceré. Muchos de mis amores no lo fueron, muchos extraños son mis amores, y ahora me pregunto si cuando me vaya... ¿podré ahora sí llevarme en una bolsa esos cariños, esos amores?

No extraño la casa, los muebles, la comida, ni al perro; los extraño a ellos, los míos. Aunque he ido a visitarlos como ellos lo han hecho para mí. He ido y he venido, pero ninguno, ni mi amado ni los niños, ni mi madre me han oído reír; yo los he visto dormir, a cada uno en su aposento un beso les di.

Me fui, pero me quedé, ¿quién notará eso? Fuera del retrato, las ropas y las cosas, ¿quién sentirá latente mi ausente

presencia? Nada es igual, y qué bien que así sea, porque yo quiero otra casa que también sea blanca. Donde ahora sí pueda yo vivir, no sólo llegar a medio dormir; que huela a familia, a guayaba y a jazmín.

A lo mejor no me reconocerán, ojalá que no para que ahora sí me conozcan, para que sepan que soy, y no sólo estoy. Para que yo los viva como sueño hoy, para que los sienta al acariciar su ser, sin desperdiciar ni un momento como en el pasado experimenté. Tan lejana y tan cercana la libertad.

¿Después del tiempo, qué? ¿Seré de ellos y ellos de mí? ¿Será posible que una semilla de amor que planté en el corazón de ellos, después de quince años pueda florecer? Iré, volaré, como cada que los extraño. ¡Volaré en la penumbra de la noche! El viento acariciando mi cara y mi cabello flotando como cintas color azabache, y en mis manos llevo luz de luna que ahuyenta la oscuridad.

Cómo ha cambiado todo aquí y afuera, y al mismo tiempo como permanece igual. Seres “búhos”, taciturnos, dando tumbos de aquí para allá, como mareados de su realidad, como queriendo olvidar lo que a su pesar no logran olvidar porque saben... Seres “hienas”, que en risotadas huecas fingen la felicidad y danzan en manadas acechando la debilidad.

Todo cambia, pero todo es igual. Volando en el tiempo que es y no es, en una realidad ficticia que mis ojos recorren como si quisieran grabarla para mostrarla en mi otra realidad: ahí donde está prohibido volar, donde no se tiene derecho a soñar. Repentinamente, un ave vuela frente a mí, me mira con sus ojos como pequeñas almendras de las que una lágrima se desliza, irrumpe el viento, abre su pico dorado como de oro y canta sin dejarme de mirar: ¡Amo a los hombres cuando sueñan, los amo cuando vuelan, porque cuando

son capaces de estas cosas nada ni nadie los puede aprisionar, es entonces cuando mis hijos conocen la libertad! ¡Amo a los seres humanos, los amo cuando vuelan!... el pájaro tomó el vuelo y se adentró en mí, difuminándose en el aire; no lo sé, pero algo cambió dentro de mí. Voy volando como mujer que tiene alas... ¡de pronto, un bosque!, cuánto añoré abrazar el tronco de un árbol que con su frescura calmara el calor de mis desiertos y con su aroma curara las heridas de este corazón pequeño. El frío se hace presente y me recuerda el calor del hogar, ¡mi hogar! Extiendo los brazos tan amplios como alas de águila que planea llegar al cielo.

Ahora sí aroma de guayaba y jazmín; ahí están los míos, con la esperanza y la serenidad que requieren, con la belleza de quienes saben esperar; mi madre como la flor que aguarda el amanecer para mostrarse en plenitud. Todo cambia, pero todo sigue igual. Hay en el corazón de la familia un lazo invisible, imposible de quebrantar, ni la lejanía, ni la prisión, ni la muerte han sabido desintegrar el lazo que nos une y que es invisible a todos los demás; sólo nosotros como familia podemos desmadejar. El lazo invisible del amor, por él resisto, por él respiro, por él existo.

Casi amanece, el alba apenas se asoma. ¡Tengo que volar!

EL REGRESO. SER OTRO

Jesús Enrique Gutiérrez Robles

Cuando salga de la cárcel, la visión que tengo sobre la vida habrá cambiado; vivo en un submundo que no es para cualquiera, hay mucha gente que se abandona, pero hay otros que buscan salir adelante. No permito que este lugar me devore el cerebro, porque el día que lo permita, yo estaré perdido. Por eso mismo no sólo estudio, también me ejercito, trabajo y hago otras actividades que la prisión me brinda. Es por eso que me molesta que la gente externa piensa que nosotros no hacemos nada; hasta los que chambean “la línea” se las han visto negras.

Los cambios físicos que he tenido han sido notorios, mi baja de peso es la más remarcada, puesto que mi hermana cuando me vio por primera vez aquí, no me reconoció, desde ese día no me quito de la mente esa expresión; y al verme al espejo, siento una notoria sonrisa que refleja mi felicidad. Esa sensación de encontrarme con mi reflejo y sentirme bien conmigo mismo, de ver todo lo que he logrado con mi esfuerzo y disciplina. Me cansé de pesar 95 kg y logré llegar a los 70, pero esta sed de superación aún no está satisfecha, ya que al verme me dan ansias de salir a la calle y demostrar mi gallardía.

Salí de mi barrio en una ola de misterio; unos piensan que ando de mojado, otros que estoy en algún estado de la República, mucho se dijo de mí. ¿Qué pasará a mi regreso? ¿Recibiré acoso por parte de aquellos que quieran saber más de lo debido? ¿Tendré la cortesía de evitarlos? Y es que todo se desencadena en una lluvia de ideas, algunas conscientes y otras llenas de decepción, porque de varias personas recibí la espalda.

Le doy importancia al qué dirán, quizá por ello valoro lo que debo hacer; para el día de mañana poderles decir que se necesita más que un puñado de rejas y candados para poder destruirme. Que mi espíritu es más grande que su odio; que mi fuerza de voluntad es más fuerte que todos sus prejuicios y que sepan que si me perdieron como amigo, que tengan la certeza de saber que no me ganaron como enemigo, sólo no quiero que coman en mi mesa.

Demostrarles con una plática el desarrollo mental, físico y espiritual que he obtenido a lo largo de mi “cana”. No porque haya estado en la Penitenciaría de la Ciudad de México me habré vuelto un desgraciado, todo lo contrario, puse los pies en el piso y eso me hizo regresar a mi esencia. He ganado más de lo que he perdido; la cárcel marca un antes y un después en la vida de cualquiera, y a mí me dejó una enorme enseñanza.

Espero que mi ropa vieja me quede, aunque lo más seguro es que no sea así. Tengo la firme convicción de que mi vida cambió, creo que me sentiré ajeno a todo mi entorno, pero a la vez una lluvia de emociones pasa por mi mente al haberme convertido en ese “bicho raro”; sólo espero que la gente que me conoce me vea como ese “morro” tranquilo que salió de Santa Martha y se pregunten “¿cómo sobrevivió?”

¿CÓMO SERÁ EL DÍA DE REGRESO A CASA?

Yuridia Gutiérrez Orozco

Yo me imagino que seré muy libre porque ya no me preocuparé por una lista o por ir a los cursos, sólo me preocuparé por mí, por mi familia y pareja que estuvieron conmigo en los momentos difíciles. Seguiré ahora con otra rutina, seré una mujer renovada para no volver a caer en los mismos errores o confiarme de la gente, no me preocuparé por qué ropa o zapatos ponerme, podré escoger cualquier color que a mí me guste.

Podré hacer lo que yo quiera, comer todo lo que me gusta sin que me digan, “esto no puedes comer”, o que le digan a tu familia, “esto no pasa”. Trabajaré muy duro para poder comprarme una casa para que mi mamá me vea bien, para no darle más disgustos y ser alguien en la vida y que se sienta orgullosa de mí, para poder recuperar el tiempo perdido con mis hermanos y sobrinos. Lo único que me importa es lo que diga mi mamá, la gente no me importa porque sólo juzgan o hablan sin saber cuál es la realidad.

Perdí a mis abuelos cuando estuve encerrada, ellos eran muy importantes para mí, y ya no será lo mismo ir al pueblo porque ya no están. Llegaré con la frente en alto y, de algún

modo, demostrarles a mis tíos que me juzgaron sin saber la verdad, que fui una víctima y no la culpable.

Le doy gracias a Dios por la vida y por abrir las puertas de este lugar en donde estuve, que también me dio la oportunidad de aprender a construir mi libertad desde adentro, y que me permitió estar en contacto con mis seres amados.

LA VIDA DESPUÉS DE ESTO

Roberto Carlos Ibarra Lazcano

¿Qué dirá la mirada ajena cuando las puertas de acero se abran para mí?, ¿reconocerán los cambios inevitables y también los cambios intencionales que habitan en mí?

Me confieso una persona no renovada, sino completamente nueva, aunque desde la mirada extraña podrá ser imperceptible porque los cambios positivos, casi siempre son dubitativos y sospechosos. Cuando consiga una entrevista de trabajo, ¿será prudente añadir a mi historial de aptitudes, este curso forzado en la escuela de la vida?

Mis amigos, familiares, conocidos y personas por conocer ¿estarán influenciadas en su percepción de mí, al conocer mi estadía en una Penitenciaría?, o ¿puede ser que ellos sean más prisioneros que yo cuando estoy preso?

En este momento de mi vida, la vida es un viaje inmóvil, no siempre la vida se anda con los pies.

PREPARAR EL VIAJE

José de Jesús Flores González

“¿De verdad soy yo?” Son las 11:00 de la noche y vivo en el Dormitorio 1. Zona 1. Estancia 1. Y el custodio ha despertado a toda la estancia con sus gritos y el radio.

-¡Cámara Flores, que te vas libre!

-¿No se están equivocando señor custodio?”

-¡Cómo me voy a equivocar, están pidiendo a un Flores del Dormitorio 1, así que órale!

-¿No existirá otro Flores?

-¡Qué pinche necio, que eres tú, órale, que van a volver a radiar!

-De verdad que me ha sucedido. En el año 2010 me llevaron a Jurídico y ahí se dieron cuenta, que no era yo y me confirmaron que yo me iba hasta el 2029, en el mes de octubre y por eso creí que yo me iba hasta esa fecha, pero si tú dices que es una orden, vamos.

El trayecto del dormitorio al área de gobierno me pareció eterno y en lo que me llevaban, varias cosas cruzaron por mi mente. Sabía cómo había sido mi detención, sabía cómo se

había llevado mi proceso y más que nada sabía todas y cada una de las pérdidas que había tenido. Y eso me enfureció, recordé el nombre de quien, para mí era el responsable de todo lo que me sucedía y dije “lo voy a matar, a torturar, es más voy a estar con su esposa y lo voy a amarrar para que vea cómo...”, pero unas palabras me regresaron a la realidad.

- Sí, sí es él, dijo el licenciado de jurídico, así que hoy sales libre.

No dije nada, ya que en mi mente estaban tantas preguntas.

De repente, llegaron muchos recuerdos, cómo y de qué manera fue el suicidio de mi madre, la despedida o la pérdida de cada una de las madres de mis hijos, y no porque hayan muerto, sino porque se habían ido para nunca regresar a la cárcel. Pero recordé las promesas de las personas que más me visitaron en la cárcel. Sabía por experiencia que, como dice el dicho “al calor de las copas se dice cada cosa”, y es que todos y cada uno de los familiares de parte de mi madre que me visitaron, me habían prometido muchísimo... y que el día que saliera tendría a dónde llegar y con quién apoyarme.

Y me dije: “los milagros existen”, lo bueno es que, de todos ellos, habrá alguien que me apoye, y más mi tío. Él trabaja, así que me pague lo que según perdió, pero ahí fue mi duda. También tenía la idea de salir a ver a mi abuela que, desgraciadamente, ya era la única figura de autoridad en mi familia; sabía que él vivía con ella y cerca de donde se encontraba la tumba de mi madre, sabía que, así corría el riesgo de verla, pero eso no me impediría ver a mi madre o al menos su tumba y entonces recordé. Era el año 2007 aproximadamente, fue cuando mi madre se había suicidado, y después de toda una película de terror, la pude ver por

última vez, ya que llevaron su cuerpo para despedirme. Fue algo muy doloroso, algo que juro a nadie le gustaría vivirlo, pero la voz de mi primo me regresó a la realidad: “Pepe”, me abrazó, era David, uno de mis primos, el más grande después de mí.

Habían sido 24 años y al menos en ese lugar, el tiempo no se había detenido. De repente mi mundo se iluminó y vi a Ángel, mi hijo que había tenido con Margarita, pero que había abandonado a su suerte, antes de llegar a reclusión. Él iba con un pequeño de brazos y una mujer a su lado, aunque a su madre no la pude ver. Quise alcanzarlo, abrazarlo, decirle todo lo que me había hecho falta, que lo amaba, que lo extrañaba, que me perdonara, que era mi hijo, pero solo me quedé pensando.

Sé que tengo más de doce hijos y sin dejar de tenerlos en mente, recordé a mi padre; visitaría a mi madre, mi padre no me importó. Busqué un teléfono y le marqué a mi hermana, le dije lo que había sucedido, saltó de gusto, o al menos eso me dijo Karla, mi hermanita. Sin embargo, en el trayecto, me subí a un taxi, pedí que me llevara a un panteón del Ajusco, ya que ahí estaba enterrado mi padre; y en el camino, pensé en la plática que acababa de tener por teléfono con mis hermanas. Sabía que todos estos años me habían apoyado de la mejor forma que estuvo a su alcance. Pero algo me pesaba, el haber sido convicto. Alguien se encargaba de recordármelo cada vez que pudo hacerlo, fue Magos, la madre de Ángel, el ser convicto nunca me lo quitaré.

Siempre me he preguntado tantas cosas al respecto de las madres de mis hijos, pero eso, de verdad, ya no me interesa del todo, yo también sufrí, lloré, y me interesan mis hijos, mi familia, pero creo que lo más importante, es que debo estar

bien yo. Que no puedo ver a nadie, ni puedo preocuparme por alguien si no lo hago primero por mí, porque sé que, si lo hago, todo se dará por añadidura. Y no dejo de preguntarme, tantas cosas... pero como se ha dicho, ya no pienses, es mejor ponerle acción a la vida.

De algo estoy seguro y es de que soy un exconvicto, ¿y qué? también soy un ser humano que siente, que piensa, que actúa y que sabe lo que quiere. Hoy tengo muchos remordimientos, muchos recuerdos malos que todavía después de estar libre no me dejarán estar en paz; pero sé que si no los hago a un lado o los supero me van a comer y, entonces, voy a seguir preso, y lo más canijo será estar preso estando libre.

Así que hoy no estoy manco, no me falta una pata, ni quedé tonto después de tantos años de reclusión, como me lo dijeron una vez en el programa de *Oceánica* “¿no estás cansado de estarte arrastrando y de estar causando lástima?”. Yo sí estoy cansado de todo esto, podría causar lástima, y ponerme afuera de una iglesia a pedir limosna comunicando a todos mi estado para que me ayudaran con una limosna ¡No!; o podría subirme a los colectivos de transporte, diciéndoles el choro de que acabo de salir de prisión y que no quiero volver a delinquir que mejor me ayuden, ¡tampoco!

Sí estuve preso, pero ya pasó, ahora gracias a que estuve preso, tengo dos profesiones y eso sí que me da argumentos, me da cartas de buena presentación; ya que el día de hoy trabajo como entrenador de box, y esto lo realizo en mis tiempos libres y es algo que aprendí ahí en reclusión; el día de hoy no tengo un despacho de abogados, pero tengo casos de algunas personas, que no ayudo, sino que me emplearon y así nos ayudamos mutuamente.

Siento que el día de hoy, empiezo a ser feliz, no me resigno y lucho para que lo poco o mucho de vida que me falta pueda vivir lo mejor posible y dar lo que pueda a los seres que aún me acompañan en este viaje. He aprendido a vivir, ya no quiero más de lo que tengo, y si lo quiero mejor trabajo lo doble y si no me aguanto.

Esta libertad que ahora imagino me hace regresar a este encierro, valorando todo esto para cuando sea el tiempo de emprender el viaje, y poner en práctica todo lo vivido aquí dentro, pues si no, cuál sería el caso de haber estado tanto tiempo encerrado.

NUNCA ME FUI

Jessica Torres Colín

Cuando termine mi condena, regresaré a mi hogar, ese hogar del que nunca me fui. Volveré a ver a mis padres todos los días y noches, no sólo los días de visita; abrazaré a mi hermoso perro después de 4 años de no sentirlo, no olerlo, aunque en realidad siempre ha estado conmigo en mis sueños y desvelos. Tendré una pijamada con mi hermana, reiremos y lloraremos viendo películas sin parar.

Jugaré durante horas en el camellón con mi casaca guinda favorita, me pregunto si aún será de mi talla o si mis tenis no se han roto. ¿Estarán disponibles mis amigos? ¿Les alegrará verme de nuevo? ¿Reiremos con las mismas tonterías de antes?

Pero cuando me encuentre sola, ¿podré mantenerme tranquila y sin recuerdos? ¿Sentiré la necesidad de sentirme acompañada todo el tiempo? Más aún cuando pise la calle ¿podré contener la emoción? ¿Podré correr como lo he soñado durante años o me quedaré en shock sin poder moverme?

Es incierto cómo reaccionará mi cuerpo cuando se encuentre fuera de este recinto, ¿mi espíritu y mi alma sabrán que hice lo correcto?, ¿que aprendí lo suficiente?, ¿que entendí el por qué y para qué estuve en la cárcel?

EL VIAJE SOLITARIO

Gabriela Hernández Hernández

El viaje que emprendemos en la vida tiene diferentes paradas, a veces no podemos llegar inmediatamente al destino que se planeaba o soñaba desde un principio, ya que la vida no es nada fácil porque constantemente nos enfrentamos a situaciones, acciones, tiempos, decisiones y experiencias que hacen que el rumbo del trayecto cambie.

En muchas ocasiones nos da miedo viajar solos, pues la mayoría de las veces queremos que nos acompañen para disfrutar de esa aventura; pero debemos entender que nuestro viaje en esta vida es duro y largo y en muchas ocasiones hay que aprender a hacerlo en soledad. Es muy probable que las personas que queremos subir en esa experiencia, no aguanten el tiempo del trayecto. Ya que ellos también tienen derecho a decidir si quieren hacerlo, en qué parada bajarse o si quieren cambiar el destino del viaje. Por ello debemos enfrentar el viaje solos, y entender que en alguna parada nuestros seres queridos decidirán abandonar el asiento por cualquier circunstancia que sea. Es importante llevar un buen equipaje para que nada nos haga falta y poder resistir

las decisiones que se tomen en el trascurso de esa odisea, que durará toda la vida.

Las personas que realmente estarán, que apoyarán y que ya no nos abandonarán, serán aquellas que enfrenten con nosotros las adversidades que se presenten a lo largo del viaje, y quizá siempre sean muy pocas. Por ello, intento no aferrarme a que todos lleguen al mismo destino conmigo, porque cada una de las personas que nos quieren y aprecian tienen decisiones, metas y prioridades diferentes a las nuestras.

A lo largo de los días en este lugar, quizá el mayor aprendizaje ha sido aprender a estar sola, y eso es una ganancia enorme en la vida, pues sé que cuando logre estar allá afuera sabré respetar el viaje de las personas cercanas a mí, pero también sabré no aferrarme a mis afectos, sino emprender el trayecto en libertad.

EL REGRESO

Antonio Ortiz Vega

Dos años, cinco meses, doce días, ocho horas... Parece una eternidad, tal vez no para el lector, sí para quien por primera vez pisa la cárcel y aún peor si se sabe inocente, con seres amados dependientes de él y un trabajo honesto por obvia-
dad abandonado. A sólo meses para la salida, la ansiedad se hace presente y me pregunto: ¿Cómo medir la fuerza del primer abrazo a mi esposa, hijos, padre, hermanos? ¿Cómo evitar el paso de una lágrima al llegar a mi hogar?; decirles a mis hijos que en sus postreros días ya no estarán solos, ver por ese viejito que entregó su vida trabajando por mí; Voikao y la Cuqui seguro me harán fiesta y malabares (una perrita pastor alemán y una maltés); ¿Cómo decirles a los conocidos?, ¡ya regresé! sin que pregunten, ¿pues dónde andabas?, ¿Cómo recuperar el tiempo perdido? Y ¿cómo evitar llevar la cárcel a casa?

Solemos decir: “lo que no mata, fortalece”; sí, pero nos deja un trauma encabronado; el efecto de la condena en prisión alcanza a la familia desde el mismo día en que la pisamos; a los que realmente le importamos y los que se comprometen con el viacrucis del encierro: el tiempo, el gasto del

transporte y el dinero que dejan los familiares para gastos del interno cada visita (dos veces por semana).

Siempre he dicho, si después de tomar un curso terminamos como iniciamos, ¡estamos jodidos! Este curso obligatorio debe dejar algo bueno y eso debe ser evidente cuando estemos “afuera”. El aprendizaje debe hacer conciencia y la conciencia debe llevarnos a dejar de lado el egoísmo en el que vivíamos antes de llegar a la cárcel; ver el tiempo como el gran tesoro que es, darlo en mayor cantidad y calidad a los seres amados, dejar el afán de atesorar en lo material e invertir en lo que realmente vale la pena: en el espíritu y en lo que no se ve; percibir y sentir cada mañana a mi amada, abrazar y besar a mis hijos, visitar lo más posible al viejo y hacerles saber cuánto les amo y les aprecio, disfrutar del olor y el sabor de la cocina típica, una buena michelada, viajar... ¡sí, eso haré!

Por lo menos en el imaginario ya sé qué haré a mi salida y suena bien; sin embargo, hay algo que no me tiene cómodo, como cuando un grano en el trasero no te permite ni sentarte, hay mucha injusticia en los centros de reclusión y, de manera general, en el sistema de justicia de este país. Habrá que preguntarse si la justicia puede aplicarse en el derecho de las personas, pues, paradójicamente, la mayoría que ejerce el derecho poco sabe de la justicia. En el mundo real, afuera: policías corruptos, jueces incapaces, delincuentes libres; adentro: inocentes encerrados, normas que no se cumplen y otras inequitativas, internos abandonados a su miseria, adultos mayores olvidados, trabajos mal pagados, enfermos sin atender, actividades ilícitas permitidas, corrupción, etcétera.

Éste es un buen tema en el que se necesita trabajar, hacer algo al respecto, abonar a la causa con mi granito de arena,

dicho de otra manera, quitarme el grano del trasero y hacer algo al respecto, recordando a Albert Einstein: “el mundo es peligroso, no por aquellos que hacen el mal, sino por aquellos que se sientan a verlo”. Lo cierto es que después de la experiencia vivida y el tiempo de encierro, sé que ha cambiado todo, la urbanidad, la sociedad, la tecnología, la moda, la música, la dueña de mis ex quincenas y hasta mis perritas, ya nada es igual ni lo será, pero no es queja, pues, en concordancia a todos estos cambios, yo tampoco soy el mismo.

RETOMANDO MI FELICIDAD

Karina Vázquez Peralta

Al cabo de unos días que se convirtieron en meses y finalmente en años, he regresado a donde surgieron los mejores años de mi vida, a ese lugar donde existe un baúl de recuerdos. Volví a estar frente a frente, tomé las llaves, abrí la puerta e inmediatamente lloré de alegría; pero también llegaron a la mente recuerdos llenos de dolor, fueron segundos que no sabía dónde estaba y por qué había regresado.

Acomodé las maletas, miré a mi alrededor y todo estaba como aquel día que partí. Recorro cada rincón de un cuarto a otro y al acostarme en la cama me pregunto si desperdiicé esos años de mi vida. No, me respondo, al contrario, me enseñaron a valorar desde mi soledad hasta una hermosa amistad. Pero es muy difícil la supervivencia en ese lugar y todo el mundo sabe que el apoyo familiar es fundamental, sólo así lo pude lograr.

Siempre recordaré la vida que se desprendió detrás de esas inmensas paredes de concreto. ¿Cómo estará mi familia afrontando esta situación? ¿Daré todo por perdido? ¿Recuperaré mi trabajo al cual amo como a mi vida? ¿Ya estaré lista para partir y empezar de nuevo? Y así infinidad de preguntas de las cuales no tengo respuesta.

Ahora tengo una nueva oportunidad, cambiaré por completo mi armario, ya nada me queda, buscaré trabajo, aprendí a nunca rendirme y por el momento, mientras haya vida todo tiene solución. Finalmente regresaré con tanta experiencia adquirida, y con la frente en alto ¿Podré dormir nuevamente sin la ayuda de un ansiolítico? ¿Viajaré por todo el mundo sin tener que regresar a tomar lista? ¿Habré perdido mi esencia? ¿Tomaré el celular sin alguna preocupación?

Ahora me levantaré, comenzaré a cambiar las sábanas con olor de ausencia de varios años, sacaré algunos muebles viejos, pintaré de un color con más vida, limpiaré minuciosamente todo este espacio para poder respirar el aroma de un nuevo comienzo.

Por fin me siento en casa, puedo percibir que nunca partí, repentinamente regresé para nunca más irme, de ahora en adelante disfrutaré con pasión cada segundo de mi vida.

¿CÓMO SERÁ EL DÍA DE REGRESO A CASA?

Araceli Chávez Márquez

No es tan difícil de imaginarlo, muchas veces ha llegado a mi mente y a mi pensamiento esta escena, pero también las lágrimas la han nublado, despertándome de ese sueño que parece inalcanzable; a la vez eliminando las voces que por ahí dicen, “es complicado, falta mucho”. Pero ¿qué hay en realidad detrás de estas paredes?

Me parece que cuando pise de nuevo la calle, me sentiré extraña, seré parte de una realidad a la que alguna vez pertenecí, o tal vez me daré cuenta de que la vida y el tiempo no se detuvieron como creí algún día. Sin duda alguna, lloraré al ver la cara de alegría de mis padres y hermanos, me sumergiré en abrazos y besos que sin palabras demostrarán el agradecimiento y cariño que siento por ellos.

En el trayecto a casa disfrutaré de ver a la gente que camina tranquilamente, los autos que transitan; me permitirá observar todos los detalles, lo que antes no hacía. Creo que, al entrar a casa, mi perro va a ladrar, seguramente ya no me reconocerá; entonces vendrá a mi mente esta realidad: ¿seré realmente una extraña en esa escena al volver a casa, la que alguna vez fue el lugar donde sentía la familiaridad y tranquilidad?

Me parece que todas estas ideas contradictorias son parte del proceso de readaptación, probablemente me sienta ajena al exterior. Qué ironía sentirme tan extraña con la situación que tanto anhelé. Tengo que volver a reconocermé, a reintegrarme; tal vez encuentre en algún closet alguna prenda de vestir que me traiga algún recuerdo, algún libro o fotos que no recordaba que existían. Quizá tendré que empezar de cero a reconstruir mi vida.

¿Cómo será mi reacción ante la sociedad, o con mis familiares, o cuando me encuentre con los vecinos y conocidos?; tengo la certeza de que no será de manera cabizbaja. Deseo romper con el paradigma de sentirme avergonzada o señalada. Lo que sucederá es tan impredecible; pero de lo que sí estoy segura es de que la nueva etapa que inicie, estará llena de buena actitud, de alegría, con el deseo de disfrutar de esos detalles que muchas veces pasaron desapercibidos. Disfrutaré de las pequeñas cosas, por ejemplo, compartir los alimentos en familia o ver una película y reír por cualquier tontería, incluso poder caminar libremente en el parque viendo a los niños correr.

EL ENCUENTRO CON LOS QUE YA NO ESTÁN

Sandra Pilar Villarreal

He pensado que ahora que termine mi proceso penal, este encierro físico que me tiene privada de la libertad, tendré que volver a casa; sí, a esa casa que dejé llena de calor humano, de la que ya no sé si sigue igual, con los mismos detalles de mi madre, con ese olorcito de comida que daba la bienvenida a casa, sintiéndote desde la entrada como si te abrazara y te llevara de la mano al comedor para ser alimentada por ella.

Me da miedo sólo de pensar que ella ya no está, que no me recibirá, ya no me esperará con una comida olorosa y calientita. Me duele pensar y aceptar que murió, que ya no la veré jamás; que tampoco mi hermano me dirá: “Negra, ¿qué me trajiste?” Es triste y doloroso imaginar la casa sola, sin ellos dos; pero sé que están en un mejor lugar y ahora están con mi padre y mi hermano mayor haciéndose compañía unos a otros, aunque eso signifique que ya nunca los volveré a ver.

Por eso intentaré no llorar y no sentirme triste por quienes me han dejado sola en este mundo; seré fuerte y trataré de no añorarlos tanto, procuraré sobrellevar ese dolor y poder vivir con ello. Pero cómo evitar eso que quema el alma y

estruja el corazón, que, aunque llores todos los días pidiendo por su descanso eterno, el dolor no cesa.

También sé que cuando llegue el día esperado ya no usaré esta ropa de color beige, me podré ir de vacaciones a la playa, disfrutaré mucho un baño de regadera, creo que no ahorraré agua. No sé si dormiré sola o acompañada, solo sé que dormiré en casa sin estar en constante vigilia de si entrará la policía a catear para encontrar droga o un celular. ¿Disfrutaré de la comida de mi casa, aunque ya no cocine mi madre? ¿Tendré la misma emoción de ver a mis hermanas como lo hago cada visita? ¿Le llamaré a mi hermano, diario y a la misma hora? ¿Dejaré de hacerme el mismo peinado de cada día todos los días?

Lo que sí es y será es que soy la misma persona, pero con vivencias que ni yo misma imaginé, mucho menos la gente cercana a mí. Seré ese “bicho raro” de la sociedad que con todo y una profesión y manejarme por la vida como dicen aquí: “por la derecha”, haya estado en reclusión por cuatro años.

Pero más allá de la no aceptación con la que salga de este encierro, sé que levantaré la cabeza y me sentiré orgullosa de mí, caminaré con dignidad y comenzaré una vida nueva con mucho miedo, pero sabré que estoy viva, que puedo estar sin un esposo, sin una madre, sin un hermano; que puedo amar y convivir con los gatitos sin sufrir una alergia. Que puedo comer, aunque mi madre no guise, que podré vestirme de otro color sin que me acusen de intento de fuga y que seguiré siendo yo: Sandra Pilar Villarreal, con mi propia esencia que me caracteriza.

CONSTRUIR EL VIAJE

Jessica Ortega Chila

Últimamente me he estado cuestionando cómo será mi vida cuando salga de aquí, sobre todo cuando leo un texto con el título “Viaje inmóvil”, me incita a construir desde la imaginación ese tan deseado viaje. Antes no pensaba en eso porque veía muy lejos mi libertad, pero ahora que ya ha pasado el tiempo parece ser que tengo una esperanza, y ahora sí puedo imaginar mi vida fuera de aquí.

El día que llegue mi libertad será un día de sentimientos encontrados, en primer lugar, seré muy feliz porque voy a estar con mi hija y mi familia, pero también me sentiré triste por las compañeras que se quedan y que fueron parte de mí en este trayecto; sí es un recinto tan indeseado, pero sé que siempre lo recordaré por la vida que tuve aquí, por ser parte de las personas que lo habitan, de sus formas y sus costumbres.

Por otra parte, sé que me voy a enfrentar a nuevos cambios, en primer lugar, viene la adaptación, poder adaptarme a mi familia, y así también mi familia se tendría que adaptar a mí. Tendría que modificar mis horarios sin estar preocupada por pasar la lista tres veces al día; por la hora

de levantarme y de acostarme, mis horarios de comida; en pocas palabras, rehacer mi vida independiente.

Me imagino que después de tantos años de estar presa, me costará trabajo volver a empezar. Yo me he dado cuenta de que cada día que he pasado en reclusión, he modificado mi forma de pensar y de vivir; he aprendido cosas buenas, es decir las que me ayudarán a enfrentar la vida fuera de la cárcel, y también a mirar las cosas “malas” sin llevarlas a cabo. Porque cuando una está aquí también se pregunta qué es eso de bueno y malo, de víctimas y victimarios; más bien, somos todo eso dentro y fuera. Quizá ahora sepa discernir y distinguir que ello depende de cómo esas cosas que parecen buenas o malas destruyen algo en nuestro interior, o van construyendo sin apenas percibirlo, sino poco a poco, este ser humano que somos.

Comprendí que sólo yo decidiría mi futuro, es lo mismo que vivir en libertad, adaptándome a una nueva sociedad, sí invadida por la violencia y la inseguridad, pero también de todo aquello que nos da inspiración para elevarnos, para crecer como seres humanos, para decidir por nuestros actos.

En ese escenario me veo al lado de mi hija, cuidando de ella, llevándola a la escuela y divirtiéndome con ella; después vendría el buscar un empleo donde no me etiqueten por mis antecedentes. Acomodaría mis tiempos para seguir estudiando, sé que todo esto no será fácil, será un proceso de adaptación tanto para mí como para mi familia, pero lo voy a lograr porque me he dado cuenta de que no importa el lugar donde me encuentre, siempre y cuando me mantenga firme en mis decisiones.

Me voy a disfrutar al máximo a mí misma y, por tanto, a mi familia, y como desde aquí he aprendido a valorar cada

instante y a compartir las cosas buenas que he aprendido, todo eso se irá conmigo para comenzar y, de la misma manera, para aceptar y abrirme a lo que también me tenga preparado la vida.

NUEVAS LUCHAS

Sergio García Rosas

En una lucha diaria, con un sentimiento de indescriptible frustración, sin entender los porqués y aun entendiéndolos, no los pretendo aceptar. Así paso mis días en prisión. Para no afectarme más emocionalmente, trato de mantenerme ocupado en actividades escolares, culturales, recreativas y económicas.

Por lo menos la prisión de la Ciudad de México hoy te lo permite, antes eso era impensable, se vivía con la ley del más fuerte, la extorsión para los recién llegados era implacable, no importaba el estatus social del cual venías, aquí la inmensa mayoría de las personas quedaba reducida a la nada. El terror era la constante y los crímenes en el interior eran frecuentes.

Es por este motivo que ahora podemos decidir mantenernos ocupados, aunque se puede hacer cualquier otra cosa: si queremos estar tirados en los changueros cual iguana chiapaneca, se puede hacer, cada quien decide. Si bien es cierto que trato de mantenerme ocupado todo el tiempo, esto no evita que me hunda con frecuencia en mis pensamientos. Y es que cuando llegan las preguntas de cómo estará mi casa,

mis espacios privados, donde en mi soledad disfrutaba el devenir de la vida.

Me imagino mi casa sucia y abandonada. ¿Tendré el valor de no llorar al volver a ver esa casa, que con tanto esfuerzo y alegría diseñé, construí, pinté y decoré? Ahí recibía a mi familia, amigos y compañeros universitarios; algunos decían “qué coqueta está tu casa”.

¿Será que ahora que vuelva sólo llegue para tomar algunas cosas y cambiar de aires? ¿Me iré a otra ciudad que no conozca mi pasado? ¿Por fin compraré la mascota que tenía planeado tener cuando me sintiera lo suficientemente dispuesto para afrontar la responsabilidad? ¿Será que me compraré un piano donde practicaré mis recientes clases aquí aprendidas? ¿Olvidaré, como así lo he deseado, mi paso por aquí?

Muchas interrogantes, quién lo diría, ahora tendré nuevas luchas.

LA EXTRAÑEZA DE LO FAMILIAR

Tiara Daniela Mendoza Pérez

Imagina que un día sales de casa para volver la misma noche, algo ocurre en el camino y no regresas. No te vas a otra dirección, a otro país, tu hogar sigue siendo tu hogar. Aún puedes ver el mismo cielo y sintonizar las mismas estaciones de radio. Puedes marcarle a tu familia, reír con sus chistes y compartir sus silencios, pero no puedes habitar su mundo. Un gran muro los divide, no es El Paso, no es Berlín, pero algo hay de eso. Estás, pero no estás.

Será cuando estemos más próximas al regreso que la espiral de confusiones se golpee en nuestros sueños y nos preguntemos ¿por qué? O mejor dicho, ¿para qué? Seguro habremos guardado un recuerdo en forma de amuleto para sacarlo en días inciertos. Habremos anhelado volver a sentir el choque del aire libertino y sucio de la ciudad.

Con el tiempo no sabremos si ese último abrazo ocurrió, quizá porque no nos era posible imaginar que esto se prolongaría durante años y ya con los recuerdos desgastados y deformes de tanto agarrarlos, habremos decidido esperar, esperar para asegurarnos que valió la pena.

Lo más seguro es que en algún punto del camino, olvidemos cuál fue el inicio, porque hubo tantos inicios como finales. ¿Es posible que la vida gire en sentido contrario a como la dejamos? ¿Será que la distancia del mundo nos haya permitido esta visión o volveremos a guardar los mismos problemas debajo del mantel? ¿A quiénes veremos en el espejo o en quiénes nos reconoceremos si lo familiar nos es tan extraño? ¿Qué gestos habremos desarrollado? ¿Será que nos habremos acostumbrado a la seguridad esquizofrénica, que ahora la necesitamos para vivir? ¿Tendremos que olvidar a esas compañeras del viaje? ¿Haremos como si nada de esto hubiera pasado o como si el muro hubiera dejado de existir?

Lo cierto es que no estuvimos, pero estamos y habremos de dejar de ignorar este hecho, porque ello nos acerca a reencontrarnos con lo familiar también como algo extraño, y recordar, entonces, aquellos momentos oscuros, extraños como parte de lo que soy, como parte de todo aquello que me es familiar.

LO QUE SERÉ

Daniel O. Salazar Lozano

Cuando pienso en que me restan un par de años para estar en posibilidades de salir de este sitio y retomar mi vida, claro está, si alguno de aquellos próceres de la verdad y la justicia denominados jueces de ejecución, tiene a bien el beneficiarme con mi libertad anticipada. Pienso también en que finalmente podré volver a casa, aquella de la que hace 13 años me fui para formar una familia propia, y a la que oficialmente sólo han vuelto un montón de cajas, repletas de los vestigios de mi vida que se quedó en pausa.

Volveré con mi familia de origen, aquella que nunca me abandonó durante este trance, y en la que sé que podré confiar. A mi regreso, saldré también para casarme con la mujer que amo, quien no se ha separado de mí durante estos largos casi cinco años, y que durante los que faltan, espero no se harte de aguardar mi salida.

Retomaré mi trabajo, aunque para ser sinceros, es en este punto donde terminan las certezas y comienzan las dudas, las especulaciones, y por supuesto, los proyectos alocados. Hay incertidumbre, no lo niego, pero también es

cierto que a lo largo de mi vida siempre he sabido improvisar en el momento adecuado si el plan principal falla.

Dentro de dos años por lo menos, no podré volver a mi vida normal, o por lo menos a lo más normal posible. ¡Un segundo! ¿Y qué chingados será normal en aquel momento? Porque tengo las evidencias empíricas de lo que fue normal en el pasado, hasta ahí bien, pero... ¿En el futuro? Sin duda seré poco menos que un apestado. ¿Esto tendrá que normalizarse? Y, es que ni siquiera yo estoy seguro de ser el mismo de hace cinco años, después de vivir a la sombra del mundo real, atrapado en esta realidad alterna, —el mundo del revés—, como yo le llamo, que es la cárcel.

Y aún a pesar de que me he esforzado día con día, en que este sitio impacte lo menos posible en mi persona, para mal, es posible que no haya tenido tanto éxito como esperaba; y no es que vaya a salir resentido, frustrado, ¡fúrico! Vuelto un criminal consumado o un psicópata en potencia, ¡por supuesto que no! A lo único que le temo, es a volverme más gruñón —misántropo para ser exactos— intolerante y sobre todo paranoico, pues ahora conozco —gracias a la experimentación *in situ*— cómo funciona la mente de quienes no se caracterizan por ceñirse a las normas, ya sean de tipo moral o jurídico.

Afortunadamente, en la “universidad del crimen”, sólo los cursos y la teoría son a fuerza, y la práctica es opcional. Cuando sea libre nuevamente, me pregunto si mi vida tendrá el mismo sentido que antes, si el conjunto de cosas que amo o detesto, se ampliará o se reducirá.

Considerando las escasas certezas que tengo acerca del futuro, me pregunto si podré ser mejor de lo que he

sido hasta ahora, como me propongo y, en ese caso, ¿qué tantas trabas encontraré para ello? ¿Cuántas caras de desconfianza aparecerán al salir?, y, sobre todo, ¿con cuál les responderé yo?

UN SUEÑO ANHELADO

Yehimi Martínez Ramos

Cuando me encuentro a solas, me gusta imaginar cómo será el día en que pueda reunirme con mi hija, mi tía y mi madre. Visualizarme de esta manera, me provoca una emoción que me ayuda a seguir adelante en este lugar, y estoy segura de que un día se hará realidad.

Me imagino el momento esperado escuchando gritar a una compañera mi nombre un par de veces, salgo de la estancia para contestar y ella me entrega mi pase, me dice que tengo que ir a jurídico. En ese momento me invade un sentimiento de incertidumbre, las piernas se me debilitan; en seguida me dirijo al lugar.

En el camino pienso mil cosas, una de ellas: ¿será mi libertad?, suspiro; espero que así sea. Trato de apresurarme, pero el camino es más largo que antes; por fin llego, me espera un notificador quien me pregunta mi nombre y en seguida me informa que quedo en libertad. En ese momento me paralizó, tengo náuseas y, al mismo tiempo, quiero llorar; no lo puedo creer, hoy es el último día que paso en este lugar. Me dirijo nuevamente a la estancia para ordenar mis pertenencias. Me siento perdida, no sé a quién llamar

primero, ¿qué hago? ¿Me voy sola a la casa de mi tía? ¿Le hablo a mi esposo y le digo lo que sucede? ¿A quién le hablo para que venga por mí?

Me río, tanto tiempo planeando este momento y ahora no sé qué hacer. Miro a mi alrededor; ese pasillo... cuando llegué a este lugar lo miré tan grande, frío, con colores deprimentes, grises, sin brillo, quizá reflejo de cómo nos sentimos; y ahora lo miro pequeño. Lo he recorrido tantas veces, que puedo decir que me sentía tranquila al recorrerlo y que, por fin, éste será el último día que camino sobre él.

Llego al comedor del dormitorio, tomo el teléfono y decido llamarle a mi hija para que sea ella la primera en saber la noticia, y venga a esperarme. Al colgar el teléfono, miro a mis compañeras, ellas siguen en sus actividades; quisiera agradecer a cada una de ellas por compartir su tiempo, sus alegrías, sus tristezas, sus enojos, sus experiencias de vida, el estar presentes cuando las necesité, por haberme regalado un abrazo que me fortaleció; y por qué no, a la que se tomó su tiempo para decirme una frase negativa o un insulto. Gracias a cada una de ellas por aportar una enseñanza a mi vida.

En ese momento recuerdo que antes de llegar a este lugar, me imaginaba una población de personas malas. ¿Malas?, ni yo misma puedo explicar a qué me refería con esa palabra, una etiqueta utilizada por mi ignorancia y por mi falta de respeto. Ahora que soy parte de esta población, sé que son personas únicas como todo ser humano. Es hora de partir de este lugar:

Son tantas las veces que he visto en las noticias a compañeras salir de este centro, que se me hace fácil imaginarme saliendo por esas puertas de cristal, y que al final de las escaleras se encuentren mi hija y mi tía esperándome, para

mi sorpresa no son las únicas, también está mi madre, mis hermanas y mi hermano.

Antes de terminar de bajar las escaleras, mi hija corre para recibirme con un abrazo; quisiera gritar de alegría, en seguida siento a toda mi familia abrazándome. Mirar nuevamente esos rostros cambiados por el tiempo, pero con la misma mirada.

Debo mencionar que después de un tiempo de que llegué a este lugar, disfruté de un abrazo de la persona que llegó a visitarme, cosa que nunca experimenté cuando me encontraba con ellos en libertad. Ahora quiero seguir disfrutando de su cariño y del tiempo que quieran compartir.

Miro a mi hija y no lo puedo creer, que sea esa niña de seis años de la cual me separé y ahora es una jovencita de 16 años, Aquí la he visto crecer por trozos de tiempo, aunque me comunicaba diariamente con ella, siempre se ha esforzado en compartir sus emociones y experiencias de una manera resumida. Nuevamente la miro, aún puedo recordar cuando esperaba con ansias mis llamadas, y ahora es una joven independiente, fuerte, que no trata de mostrar sus sentimientos. Pero algo que la caracteriza es su forma de disfrutar la vida, de saber decir 'no', sin importarle la opinión de los demás.

Miro el camino, es desconocido para mí, ¿habrá cambiado la casa de mi tía? Reconoceré a mis primos, vecinos, sobrinos y amigos después de 10 años. ¿Mi madre y mi tía notarán que he cambiado? Que ahora estoy aprendiendo a quererme, a reconocer mis cualidades y a no mirar solo mis defectos.

Aprendí a no culparme si me equivoco, más bien a retomar esa experiencia y asumir las consecuencias de mis decisiones. A enfrentarme a retos, y si no obtengo los logros esperados sé que puedo intentarlo otra vez; sé que

me costará trabajo, pero no es imposible. Quiero que mi hija me conozca de esta forma, quiero contagiarme de su alegría, sé que aprenderé mucho de ella. Miro a mi familia y ahora sé que quiero disfrutar y ser feliz con ella y no por ella.

EL TIEMPO NUNCA SE DETUVO

Lizeth Vázquez Galicia

Hoy como todos los días durante seis años, me desperté, hice lo mismo de siempre, me preguntaba: ¿para qué?, ¿para qué llegaste a este lugar? Quizá para valorar a alguien o algo, a lo mejor el tiempo que dejé pasar y dediqué a otra persona. ¿Será que ahora este tiempo es para mí?

Es tarde en Santa Martha, hora de apurarme a terminar de hacer mis cosas, ir a la tienda a comprar un pan para cenar; pero, ¡oh sorpresa! Oigo que una estafeta grita mi nombre, acudo a ella y dice que voy a jurídico a una notificación, la cual es para informarme sobre mi tan deseada y esperada hoja de libertad.

Comienzan a surgir un sinnúmero de sentimientos encontrados en mi interior, salgo de la oficina; voy caminando sin poder creerlo, no sé qué hacer. ¿Hablaré por teléfono? ¿A quién le marco primero, a mis padres, hijos o esposo? Quizás a mi vecina de hace muchos años, quien siempre estaba ahí dispuesta a escucharme cuando sentía deseos de desahogarme. Llego a la estancia, tomo mis cosas personales, documentos, y lo demás no importa, lo regalo.

¿Me dará tiempo de bañarme y arreglarme un poco? Quiero que quien venga a esperarme en ese momento, no me importa quién, me vea bien por lo menos físicamente. ¿A qué hora me van a sacar de este lugar? La hora en la que voy a llegar a mi hogar con mis hijos, que ahora ya son unos jóvenes, y no sé si los reconoceré o ellos a mí, lo que sentirán al verme; ya que solamente y por medio de una llamada telefónica escuchaba sus ideas, su cambio de voz, aunque para mí siempre serán mis bebés.

No me imagino sus caras al verme llegar a la puerta de la casa, esa casa que dejó de ser mía y ahora es de ellos. No recuerdo el aroma de ese hogar, mucho menos el olor del pasto recién cortado por mí, y que ahora lo hace otra persona y no sé si queda igual que cuando yo lo hacía. Los cambios que le han hecho, el color de la pintura de las paredes y la cocina, el cambio del refrigerador, ya que se descompuso y tuvieron que ir a la tienda a comprar otro, del cual yo no pude escoger el tono, la marca, ni el tamaño.

Sin contar todos los elementos y decisiones que tomaron sin mí, inclusive con las cosas que se encontraban en ese lado del closet que era mío. ¿Dónde habrán quedado mis bolsos, mi maquillaje, zapatos y la toalla con la que me secaba cuando terminaba de bañarme? El gran espejo que tenía y en el cual me veía todos los días después de terminar de arreglarme, ahora me voy a volver a ver, pero con un color de ropa diferente, aunque un poco cambiada en lo interior y exterior.

No sé qué palabra o palabras les voy a decir o qué me dirán ellos cuando termine de abrazarlos, besarlos y decirles lo mucho que los amo y extrañé; volveré la cara y veré un rostro conocido que nunca me dejó caer. Mi esposo, ¿cómo se siente?, ¿qué siente?, ¿qué piensa?, ¿realmente sentirá deseos

de abrazarme? No lo sé, pero yo lo abrazaré también. Casada con él por más de quince años, tres hijos. ¿Será igual? Sentirá deseos de dormir conmigo en la misma cama, esa cama que ya no tenía mi olor a perfume, ya que después de tantas veces que se lavó se fue perdiendo.

Recorreré toda mi casa, recordando cuando me levantaba e iba a la cocina, preparaba café para mí y para mi esposo; se lo llevaba a la cama mientras veía la tele. Ahora no sé si el café y la taza seguirán en el mismo lugar, el azúcar en el recipiente de siempre; pero antes de eso, voy al baño a lavarme los dientes, ¿dónde está mi cepillo dental? No lo encuentro ni mi jabón para manos.

Sigo a la recámara de mis hijos, esa recámara que está muy cambiada, no la reconozco; para que se levanten y se vayan a la escuela, oh espera, ya crecieron, el tiempo nunca se detuvo. Sintiéndome fuera de lugar, extraña, ¿querrán que les prepare el desayuno? ¿Mi esposo toma el café igual que siempre?

Me sentiré feliz por volver a ver mi casa, apapachada por mi familia. Todo eso nunca va a pasar, ya que no voy a volver a oler el pasto recién cortado, a escuchar la televisión en la mañana cuando se enciende, el sonido que hace el microondas para avisar que se terminó de calentar el agua para el café, el ruido que hace el seguro de la ventana cuando la abro, la luz que entra y siento en mi cara al abrir las cortinas. Y la voz de mi esposo diciendo, que si ya me ayuda con los niños para que no se les haga tarde.

Eso y otras muchas situaciones se quedarán ahí; porque decidimos que yo no voy a regresar a ese lugar y mucho menos volver a entrar a la casa que ahora solamente quedará en mis recuerdos. Nos iremos a vivir a otro lugar, a hacer y

crear otras vivencias, otras realidades, a tratar de... ser una nueva familia. Porque el tiempo nunca se detuvo.

LO VENIDERO CON USTEDES

Carlos Gopar

I La soledad no es estar sólo, es estar vacío...

Séneca

Apenas hace tres días estabas aquí conmigo (con nosotros) en este plano, pero tan sólo fue cuestión de unos instantes y decidiste dejarme (dejarnos) y hoy caí en cuenta de que es verdad, ya no estás, te fuiste y no volverás.

Desde el momento en que me enteré, quise pensar que solo era un mal sueño; que era otra más de tus cáusticas bromas y que tarde o temprano, me responderías el teléfono como siempre: “Hola chamaco, ¿creíste que te ibas a deshacer de mí tan fácil?”, para después soltarte a reír con esa sarcástica, natural, abierta y sonora risa tan tuya, que tanto me encanta.

Pero no es así, hoy, sé qué ya no estás, que no volveré a verte, a escucharte ni a abrazarte; han sido días muy largos, aciagos y eternos, en los que he recordado nuestros momentos buenos, malos, amargos y peores, nuestras peleas y las reconciliaciones.

Hace demasiado tiempo que no te veía (tres años y siete meses para ser exactos) y no tanto de no escucharte; pero eso no sirve de consuelo, en estos momentos no hay nada que sirva de cauterio para mi corazón y mi alma; estoy triste, frustrado y enojado, pero a la vez tranquilo, feliz y agradecido, porque ya no estás sufriendo.

Existen entre nosotros tantas cosas pendientes y promesas sin cumplir, más no quiero pensar en ello, pues si de algo estoy cierto es de que ya descansas tranquila; dejaste tras de ti un legado (mi hermano y yo) y puedes tener la certeza de que nunca te olvidaremos y que no dejaremos de cuidarnos el uno al otro.

Sé muy bien que todos habremos de sufrir infinidad de pérdidas a lo largo de la vida y aunque esto es más que bien sabido de antemano, nadie está preparado para ello; a pesar de que nos ocultemos bajo infinidad de máscaras para disfrazar lo que realmente sentimos, en algún momento bajaremos la guardia y nos permitiremos sentir, llorar, aceptar y ¿por qué no?, disfrutar de lo que nos pasa.

¿Cómo habré de disfrutar de todo este dolor que desgarró mi alma, desde el fondo mismo de mi ser?, si ya no estás aquí conmigo (con nosotros) para decir: “No seas puto, levántate y échale pa’delante”, con tu acento jarocho que te caracterizaba y las lágrimas que brotaban de tus ojos cafés a causa de que sentías mí, nuestra, pena y la hacías tuya.

Quizá lo más doloroso en estos momentos, es sentirme (sentirnos) solos en nuestro dolor, porque no hay nadie que en realidad te ame como yo (nosotros) ni tampoco, le afecte el que ya no estás aquí. No tengo idea si volveré (volveremos) a verte, si existe algo más allá de esta dimensión o, si todo

comienza y termina aquí; pero al menos nuestros caminos se cruzaron y pudimos aprender el uno del otro.

Y a pesar de sentir que todavía hay muchas cosas por decir, sé que deberán quedarse en el tintero, y no por no querer expresarlas sino por el hecho de no poder seguir escribiendo; pues resulta muy difícil y doloroso y, a pesar de mi escepticismo, espero volver a verte en alguna otra parte.

Adiós mamá, gracias por no rendirte, por cargarme dentro de ti durante nueve meses, por el trabajo de parto y por darme la oportunidad de vivir y empezar a caminar en este mundo a tu lado...Te amo... (1954-2023).

*II Nuestro único cometido en esta vida, es procurar
ver a Dios con los ojos de nuestro corazón...*

San Agustín

Apenas hace noventa y nueve días que su hija se fue de mi (nuestro) lado, para trascender a otro plano y, pese a tener la conciencia de que probablemente, no tardaría en seguirla, aún tenía la esperanza de volver a verla. Confieso que todavía no logro (logramos) asimilar o aceptar totalmente esa pérdida; cuando nos llega la noticia de que también usted llegó al final de su viaje.

Estos hechos que han trastocado la existencia en tan corto tiempo, me (nos) llevan a recordar que debemos estar preparados para soportar las desenfundadas, trastornadas e inagotables perturbaciones, que se suscitan dentro y fuera de cada uno.

Hoy, sólo queda aferrarse a la memoria, las fotografías y las enseñanzas que me (nos) dejó; aunque en realidad, esto lo he venido haciendo desde el momento en que comenzó este

encierro. Para ser más exacto, no nos veíamos desde hace cinco lustros cuando la visité para que conociera a mis hijos; después de esa fecha hablamos de cuando en cuando, hasta el momento en que su condición se agravó.

Recuerdo que cuando viví con usted, aprendí a no ser indiferente con lo que sucede a nuestro alrededor, a disfrutar de la infinita riqueza del universo con todos los sentidos, como el canto de los pájaros, en las tardes que salíamos a caminar por el “Paseo de la Burrita”; de los colores del atardecer y las bugambilias, que florecen por todo el pueblo; del aroma del café recién hecho, a cualquier hora del día; del sabor de los plátanos fritos, que comíamos durante nuestros paseos; de la suave brisa que nos tocaba la piel, cuando nos sentábamos a descansar.

Sé que existen algunas cosas que no pudo decirme, tal vez para no lastimarme, pero eso nunca lo sabremos; pues hoy, he (hemos) perdido las raíces de nuestro origen; esta línea de sangre no regresa más allá de mí (nosotros).

Lo peor de todo esto es el dolor, la pena y la soledad que en ocasiones me (nos) hace desaparecer, llevándonos muy adentro de cada uno durante largo tiempo y cuando regresamos, cada quien está donde siempre, uno en su casa y yo en esta celda sin saber en dónde estaba, pero consciente de que era un sitio mucho mejor que este lugar.

Estoy quedándome sin vida, pero vivo acompañado de esta tristeza sin alas dentro de este encierro y el llanto contenido tan solo divulga mi (nuestro) miedo, además de no ayudar en nada porque no puede liberarnos y eso, es lo peor que puede pasar.

Más no por ello voy (vamos) a olvidarla, siempre estará a mi (nuestro) lado, porque soy (somos) parte de usted; sin

usted no existiríamos, no seríamos tal y como el mundo me (nos) ve.

Y a pesar de que las rejas, el silencio, las bardas y la noche se empeñen en decirme que ya no me obsesione con idea alguna de quien soy, de lo que aparento, de a dónde pertenezco o qué rol he deseado representar alguna vez; sé, que antes de llegar a ser esto en lo que me convertí, soy usted y su hija y eso, es lo único que importa.

Perdóneme, *per che Io essere andato via per morire a pezzi*; y hoy ya no puedo dar otro paso más y no por cobarde, sino que verdaderamente alguien tendría que ayudarme y abrir un agujero en mi cabeza, para que pueda entrar su luz. Adiós abuela gracias por sus enseñanzas, por dejarme conocerla y, sobre todo, por ser otra madre para mí... Te amo... (1935-2023).

Todo esto surge una tarde otoñal a principios de octubre, en la cual observaba las nubes y la niebla cubrir todo con una lúgubre tristeza, resta decir que las pérdidas duelen, sólo queda la certidumbre de que sus espíritus vuelan sin ataduras y su legado, permanece ceñido a lo venidero.

PROBLEMATIZAR EL CENTRO DE RECLUSIÓN

Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno.

San Agustín

RECORRIENDO EL SISTEMA PENITENCIARIO

Antonio Ortiz Vega

Readaptación o Reinserción. Un sistema penitenciario utópico

Una tarde, en espera del “rancho” (alimento penitenciario gratuito), se encontraba el “Pitijas” (Raúl), el “Cágua” (Mario), el “Chorrito” (Alberto), el “Terri” (Juan) y el “Lic” (Arturo), en acalorada plática dentro del comedor de la penitenciaría de la CDMX.

El Cágua: “ya mero cumplo el 50% de mi condena, ya voy a pedir mi beneficio para largarme de aquí.

Le contesta el Pitijas: “estás bien güey, eso es la pura tapiña (simulación). Pa pronto ni sabemos cómo funciona eso del beneficio. ¿Nos puedes explicar Lic?”

El Lic: “claro! Pero antes dime ¿por qué te dicen Pitijas?” “Porque solo tuvo hijas” –se adelanta el Cágua– jajajaja.

Retoma el Lic: “en el sistema penitenciario anterior al 2007, se consideraba al delincuente como una persona psicópata, es decir, dañada mentalmente, por lo que tenía que pasar por un proceso psicológico o psiquiátrico para “readaptarlo” a la sociedad. Después de ese año y con las reformas al respeto de los Derechos Humanos, cambia el

concepto del Sistema. Lo anterior, quiere decir que para que podamos acceder a un beneficio de libertad anticipada una vez que hemos cumplido por lo menos el 50 % de la sentencia, debemos comprobar y justificar que dentro de la reclusión hemos trabajado, nos hemos capacitado para el mismo, estudiamos, somos personas psicológicamente saludables y practicamos un deporte. Tal solicitud recae en el criterio y potestad de un juez de ejecución, quien bajo su arbitrio decidirá si otorga o no el beneficio”.

Acota el Terri: “pues yo ya intenté, pedí mi beneficio con el 70% de mi sentencia compurgada, teniendo cubierto todos esos requisitos y el pinche juez dijo: ‘Sr Juan, veo que cumple usted con un plan de actividades que cubre todas las áreas solicitadas, sin embargo, como su delito tiene que ver con la violencia familiar, requiere usted de mayor tratamiento psicológico. Por lo tanto, le es negada su solicitud.’ Bueno, entonces ¿qué?, ¿nos tratan como psicópatas o no? ... ¡qué poca madre!”

Dice el Chorruto: “pues antes de que me pregunten, me dicen el Chorruto porque me falla un remo, lo interrumpe el Cagua: —no mames güey, se nota a 5 kilómetros de distancia que eres creación de Cri Cri, jajaja— retoma el Chorruto: ¡ojete! Bueno, pues yo también metí mi solicitud y ya estando frente al juez me pregunta: ‘¿Por qué no tiene avance académico?’, le contesto: claro que tengo avance su señoría, estudio la carrera de derecho y para su mayor conocimiento, ya cuento con una profesión, por lo que me responde: ‘ajaaah, con razón! Ese no es un avance académico, dado que usted ya tiene terminada su carrera, un avance sería la maestría’; a ello le contesto: pues permítame informarle su señoría que no existe esa posibilidad en la Penitenciaría; me dice: ‘pues

entonces hubiese buscado otra opción, además veo que tampoco cuenta con capacitación para el trabajo'; y contesto: no su señoría dado que desde los 12 años y hasta que me metieron a prisión soy herrero y aluminiero de oficio, por otro lado las únicas capacitaciones para trabajo existentes son contadas y para ninguna de ellas soy diestro. Me replica: 'una cosa es lo que argumenta y otra la que se acredita, como usted no puede acreditarme su oficio y tampoco su expediente me acredita haber aprendido uno en reclusión, no está en mi posibilidad justificar esta falta'. En un último intento le digo: señor juez póngame el material y el equipo y le demostraré sobre mi oficio. Me contesta: 'como podrá usted observar, esto es un recinto del sistema jurídico, no un taller señor. Mi resolución para el solicitante es negada'. Jijo de su cerrada... y me la pellizqué".

El Terri: "ya mejor voy a compurgar mi sentencia y me quito de chingaderas de cubrir un plan de actividades que vale pa pura madre y que se metan su beneficio por donde les quepa. Ya saliendo me repongo con dos o tres asuntos buenos que haga".

Interrumpe el Lic. "aaah mi pendejo, vas a caer de nuevo"; el Terri: "¡me vale madre!, pinche sistema judicial no deja otra opción. ¡Oh qué! ¿piensas que a mi edad me están esperando allá afuera con una buena chamba?, ¡voy por todo o nada!".

*

Con esta exposición de casos se proporciona tan solo un pequeño bosquejo de la realidad del sentenciado en espera de poder acceder a la pronta libertad a través de un beneficio.

Beneficio que la norma y un ordenamiento legal contempla en busca de una correcta y justa REINSERCIÓN. En un par de ejemplos se desnudan las fallas y omisiones del mismo sistema. Como en muchos casos, el iuspositivismo proporciona herramientas que, por no contar con un eficiente proceso de administración hacia el cumplimiento de su objetivo, simplemente no sirven, pasando a ser sólo un cúmulo de buenas intenciones o un ornamento surgido del legislativo para engrosar los libros que contienen nuestras leyes. Por las razones ya mencionadas y para los casos presentados, el sistema penitenciario seguirá siendo un sistema utópico.

El sistema penitenciario mexicano buscó entre los años 1965 y 2007, una forma de incorporar a las personas privadas de la libertad (p.p.l.) a la sociedad bajo el concepto de READAPTACIÓN, el cual consideraba a la persona que delinque como mental o psicológicamente enfermo; en consecuencia, su ejecución penal buscaba sancionar una conducta y evitar la reincidencia mediante la corrección de la persona a través de un proceso pedagógico y curativo. El respeto a los Derechos Humanos consagrado en nuestra Carta Magna genera un nuevo concepto de este sistema penitenciario desde el año 2008: La REINSERCIÓN, que considera ahora a quien delinque como un sujeto de derecho, y la pena busca castigar al delito a fin de regresar a la p.p.l. a la vida en sociedad.

Partiendo de que el sustento de la organización del nuevo sistema es el Trabajo, la Capacitación del Trabajo, la Educación, la Salud y el Deporte y que sobre estos conceptos se determina un “Plan de Actividades” a realizar para cada interno por parte de las autoridades del centro de reclusión. Sin embargo, es evidente, por la falta de un estudio

personalizado, que ese “Plan de Actividades” homologa a todos los internos como ajenos a tales conceptos; dicho de otra manera, que no tienen un oficio honesto, que no tienen educación y que nunca han practicado un deporte, haciendo muy subjetivo, no sólo el proceso hacia la Reinserción sino con ello su medición.

Será necesario para la p.p.l. y para las autoridades correspondientes, poner suma atención al fondo y formas para cumplir con el propósito de la Reinserción, entendiendo por fondo y forma a la particularidad del interno para determinar un correcto “Plan de Actividades”.

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos incorpora desde el año 2008 en su artículo primero:

Todas las autoridades, en el ámbito de sus competencias, tienen la obligación de promover, respetar, proteger y garantizar los derechos humanos de conformidad con los principios de universalidad, interdependencia, indivisibilidad y progresividad. En consecuencia, el Estado deberá prevenir, investigar, sancionar y reparar las violaciones a los derechos humanos, en los términos que establezca la ley. (Párrafo adicionado DOF 10 de junio de 2011)

Razón por la que a las p.p.l. ya no se les percibe jurídicamente como enfermas, y las autoridades pasan de sancionar a una personalidad a castigar delitos. El artículo 18 de la Ley Nacional de Ejecución Penal (8ava edición, 2020) establece, en cambio, que:

El sistema penitenciario se organizará sobre la base del respeto a los derechos humanos, del Trabajo, la Capacitación para el

mismo, la Educación, la Salud y el Deporte como medios para lograr la reinserción del sentenciado a la sociedad y procurar que no vuelva a delinquir observando los beneficios que para él prevé la ley.

¿De qué beneficios se habla? De la posibilidad de alcanzar la libertad anticipada cumpliendo con el 50% de la sentencia, siempre y cuando acredite el sentenciado haber cumplido con un Plan de Actividades, “satisfactorio al criterio del juez de ejecución”. Y aquí está el meollo del tema, haciendo una encuesta entre los meses de febrero a mayo del 2023, con una muestra de 50 personas con sentencias variadas que van de 6 a 35 años, un 10% de ellos, prefiere cumplir con el total de su sentencia y no meterse en el lío del plan de actividades. Del resto, se observan las siguientes posturas: el 80% de los internos sólo busca cumplir con el requisito y lo ven como obligatorio con el objetivo de alcanzar el beneficio de la libertad anticipada, pero sin la conciencia ni la actitud de que las actividades a realizar modifiquen su tendencia delictiva como *modus vivendi*. Un 15% de quienes realizan el plan de actividades, normalmente recae en los considerados primo-delinquentes que son aquellos que se encuentran reclusos por primera vez; estos consideran que una equivocación en su vida los llevó a conocer la cárcel, pero tienen la certeza de no necesitar en su persona, pasar por un proceso de reinserción a través del plan de actividades, toda vez que su estilo de vida histórico ha sido mediante el trabajo honesto. Por último, sólo un 5% asume con responsabilidad las actividades a las que nos hemos referido haciendo conciencia de que a través de ellas logrará un cambio en su vida social para no volver a delinquir.

La interpretación, finalmente, “subjetiva” del juez que hemos observado para evaluar dichas actividades nos lleva a reflexionar que, sin una administración adecuada, esto es, planear, organizar, dirigir y controlar el proceso para establecer un correcto cumplimiento de los requisitos y su coordinación, para que el juez de ejecución dé el visto bueno, entonces la p.p.l. seguirá a la deriva en su búsqueda de alcanzar sus derechos.

Se dice que todo es perfectible y seguramente veremos en un futuro nuevos acondicionamientos legales en nuestro sistema penitenciario a fin de, si no acabar, sí por lo menos hacer más objetivo el estado subjetivo del proceso de Reinserción, y que no dependa solamente del criterio de un juez. Pues esto no sólo afecta a las p.p.l. sino a sus familias y a la sociedad en general. Llegar a una claridad y mayor objetividad en los procesos penitenciarios será labor, no sólo de los que en este momento se encuentran reclusos cumpliendo una sentencia, sino de nuestras autoridades judiciales y gobierno para lograr cabalmente el real sentido de la Reinserción. Exigir dentro del marco legal, atención y claridad en los procesos actuales para cumplir con un “plan de actividades” que nos aleje, por lo pronto, de tan gran margen de subjetividad para alcanzar el verdadero propósito de la Reinserción, como se expone en los casos que presentamos al inicio de este trabajo.

IMAGINAR LA CÁRCEL

Daniel O. Salazar Lozano

*Entre esos hombres, conocí tantos débiles, canallas,
rastreros, hombres medios y hombres notables portadores
de una chispa divina como en cualquier otro sitio.*

Víctor Serge

Habrá quien diga que la palabra de un preso¹ no puede ser más que sospechosa, simplemente inválida o indigna de ser escuchada o que por lo menos, el sujeto en cuestión tiende a la conmiseración apelando a la lástima de quienes puedan escucharlo; pero también sabemos que en torno a las cárceles existen muchas creencias, mitos y prejuicios. Una idea general que tiene la sociedad mexicana, en su conjunto, es que quienes están encarcelados es porque se lo merecen y “por algo están allí”, que son personas ociosas “sin oficio ni beneficio”, como dice un refrán popular. Otra creencia es que la cárcel es la “escuela del vicio”, y los medios masi-

¹ Evitaré en la medida de lo posible el eufemismo “persona privada de la libertad” pues, desde mi perspectiva, considero no atiende a la realidad y usarlo sería legitimar que, como el término lo dicta, es sólo la libertad ambulatoria de lo que carece el preso y que, por tanto, ningún otro derecho le es lesionado en la imposición de una pena de cárcel. Lo cual es una falacia del sistema jurídico.

vos aumentan dicha percepción asignándole a las cárceles el mote de “universidades del crimen”; si bien es probable que, tras un análisis superficial de las notas periodísticas, la revisión y contraste de las estadísticas penitenciarias pudieran parecer reales y con un cierto grado de veracidad dichas afirmaciones y preconcepciones. Lo realmente cierto es que muchas de ellas son una serie de generalizaciones nacidas del desconocimiento, del prejuicio y del rencor social hacia lo que se considera “indeseable”. Las generalizaciones (la historia lo ha demostrado) son peligrosas y han llevado a la humanidad a cometer los peores errores; así que es mejor andarse con cuidado.

Al igual que la gran mayoría de la sociedad, yo, antes de estar encarcelado, tenía la idea de que quienes estaban en una prisión, lo estaban porque algo debían y así lo merecían. Daba por hecho que el que alguna persona fuese juzgada por el sistema judicial constituía un antecedente fidedigno de su calidad moral, de sus valores y, ¿por qué no decirlo?, de su vida. Y aunque las injusticias y las arbitrariedades cometidas por el aparato judicial y la policía eran cosa sabida, nunca fueron para mí un real elemento que me invitara a cuestionar la forma en que actúa el aparato de justicia en México y en buena parte del mundo: encerrando a las personas. Sin embargo, la vida se encargaría de darme de frente con una reja para cambiar mi forma de percibir dicho aparato de coacción y, así, demostrarme cuan errado estaba.

El presente texto no busca de ninguna forma ser una apología presidiaria, por lo que evitaré el tono *wildeano*; así mismo, me abstendré (en la medida de lo posible) de hacer una crítica balbuceante y vociferante de la realidad carcelaria de la Ciudad de México; del aparato de coacción estatal

por excelencia. Por el contrario, trataré de concentrarme en el elemento para el cual está diseñado y que, por lo menos en la teoría, justifica su existencia; ese elemento es lo humano, concretamente las personas presas. Razón por la cual, a través de pequeñas instantáneas, trataré de ampliar la mirada, de forma que éstas constituyan ventanas que permitan atisbar hacia el interior de los enormes y gruesos muros de concreto armado y de las rejas de acero; para así poder observar con mayor claridad lo que contiene dentro de sí: seres humanos.

La impartición de justicia \ La criminalidad

Los problemas de la criminalidad, la impartición de justicia y de las cárceles, (así como de quienes nos encontramos confinados dentro de ellas), como todo fenómeno humano presentan gran diversidad de matices. Dichos problemas han sido abordados ya desde distintas disciplinas de las ciencias sociales como el Derecho, la Sociología y la Antropología; e incluso desde las naturales que buscaban fundamentar el comportamiento antisocial en la naturaleza biológica del ser humano. Algunos de dichos estudios han llegado a la conclusión de que tratar de observar y analizar un fenómeno o un hecho de lo humano, desde una óptica monocromática o a lo mucho dualista, de blanco y negro; de buenos y malos, en nada contribuye a su entendimiento.

Pero, ¿por qué querríamos, (como sociedad) tratar de entender, hechos como la criminalidad? La visión positivista, “científica”, nos dice que se debe buscar la comprensión de los hechos, (tanto naturales como humanos) para poder incidir en ellos; es decir, para después de su análisis y disgre-

gación de sus principios generales, poder llegar a estar en posición de determinar qué genera dicho fenómeno o hecho, y así poder realizar los cambios que inciden en éstos para su mejor dominio. Sin embargo, al tratarse del comportamiento humano esta visión no alcanza a vislumbrar su diversidad y complejidad.

En ese sentido, la realidad del sistema penitenciario mexicano (las cárceles), es relativa a cada uno de quienes la viven y la padecen; llena de matices como lo es la sociedad misma, donde nada sucede en blanco y negro. El alto contraste no sirve de nada a la hora de revelar la fotografía de un sistema tan complejo como imperfecto. Para comprender hay que ampliar la mirada, poner atención a los detalles, distinguir las distintas tonalidades de la escala de grises, pero sobre todo hay que evitar los juicios a priori.

Generalizar sobre la culpabilidad, la inocencia o la calidad moral de quienes se encuentran en prisión, al igual que hacerlo sobre la “honestidad” o la “honorabilidad” de quienes forman parte de algún grupo o institución con prestigio social, es un error de pensamiento; el cual se deduce partiendo del principio general de que quien, por alguna razón entra en conflicto con la ley, es necesariamente sospechoso y que en caso de ser condenado, lo es porque la “justicia” no se equivoca, lo cual hace inobjetable su culpabilidad y por tanto es un ser indigno, a quien se le debe arrebatar toda credibilidad. Sin comprender que, para poder emitir un juicio medianamente válido, no es suficiente con establecer relaciones causales, hay que entenderlas, entender su sentido.

Vidas torcidas

La primera idea que forma parte del imaginario de la sociedad en su conjunto, tiene que ver con creer que en el interior de las cárceles sólo hay delincuentes o personas con una forma torcida de vivir. No obstante, contrario a lo que una mente monocromática imaginaría, dentro de las cárceles (como en botica) se encuentra de todo: hay comerciantes, empleados públicos y privados, obreros, mecánicos, contadores, taxistas, músicos, actores, luchadores (si, de esos del pancracio), cocineros, médicos, militares, policías, abogados, charlatanes y hasta trabajadores sexuales.

Prisioneros están quienes para dar a su vida un toque audaz, complementaban su quincena cometiendo alguna fechoría ocasional; quienes estaban en el momento incorrecto con las personas incorrectas; quienes por un arranque o por accidente fastidiaron la vida de alguien más y con ello, la suya; están quienes incluso ni siquiera recuerdan cómo hicieron lo que hicieron (si es que lo hicieron); están por supuesto quienes se dedicaban, se dedican y al salir se dedicarán a seguir delinquir que, por desgracia, son los más. Extrañamente la prisión es un lugar mucho más plural y menos homogéneo de lo que al exterior se cree. Tal vez la única condición común a todos es que son ciudadanos de a pie, alguna gente pobre, trabajadora, tal vez algún comerciante o pequeño empresario, aunque en la cárcel real no hay políticos o grandes empresarios, ni siquiera altos funcionarios.

Están dentro quienes no tuvieron para pagar un abogado o una fianza, quienes no tuvieron medios para comprar

impunidad o para pagar su propia justicia.² Y quienes hayan gozado de una posición social o económica relajada, si permanecen en prisión es porque no les alcanzó el dinero, o porque alguien con mejor posición o más poder los quiere ahí; o porque siendo su caso demasiado evidente y lesivo, el dinero poco importaba ya, pues no había forma de maquillar la verdad. La “consigna” es una buena herramienta para mantener a un funcionario, empresario o figura pública en prisión, aunque no por mucho tiempo y nunca en las condiciones en las que lo hace cualquier “mortal”.

No obviaré que un alto porcentaje de presos (la triste mayoría) son personas que han pasado buena parte de sus vidas entrando y saliendo de la cárcel, son “carne de presidio”, algunos desde antes de la mayoría de edad en las “correccionales”, en penales de otros estados o, incluso, en cárceles de los Estados Unidos. Gente que ha hecho del vicio y las conductas antisociales su estilo de vida, eso no se puede negar. No obstante, lo que pretendo exponer es que a la par de que hay personas que se dedican al crimen, también la cárcel está compuesta por otras tantas, que tanto en el exterior como en el interior hacían la vida como cualquier otro ciudadano; lo que me lleva a la idea de que lo único que separa al ciudadano común del que está en la cárcel es una decisión, una falencia de juicio o de carácter, una equivocación y en el peor de los casos, una injusticia.

² Con esto me refiero a que muchas de las ocasiones, las personas no son juzgadas por el hecho real que las llevó a prisión. Algunos delitos de penalidad baja no son considerados graves, por lo que, para lograr encarcelar oficiosamente a las personas, la policía inventa delitos conexos, plantas evidencias y los MP tipifican el supuesto en otro tipo penal, aumentan la gravedad, por ejemplo: un homicidio imprudencial puede ser procesado como calificado (con dolo) para obligar al acusado a pagar para que la fiscalía o el Juez retipifiquen el delito conforme en realidad corresponde.

Pues algo que es terriblemente cierto, es que cuando el sistema judicial “echa sus garras” sobre un ciudadano, ya no importa si éste es inocente o culpable; pues la presunción de inocencia, gracias a la “prisión preventiva oficiosa” se constituye como el medio idóneo para retener a las personas encarceladas sin haber esclarecido, primero, si se cometió un delito o no, si fue con intención o sin ella, o si se hizo a medias. Peor aún, si no es la persona correcta, pues incluso tener el mismo nombre que alguien buscado es un peligro. Primero se encarcela a la gente y después se averigua. De eso ya hay suficientes casos conocidos y muchísimos más desconocidos. El sistema judicial lo que necesita es materia prima para alimentar a esa “absurda máquina de triturar hombres que le arrojan”, como escribe Victor Serge en *Memorias de un revolucionario* y, así, justificar su existencia y su labor.

Vivir el encierro

A pesar de las restricciones propias del encierro y del ambiente hostil la vida en prisión es para una persona como ella misma desee que sea; pues al igual que en la vida en libertad (por lo menos en los regímenes carcelarios menos opresivos) existe la posibilidad de ser lo que se quiera ser, de hacer lo que se desee y de vivir lo más dignamente posible. Como dije, de acuerdo con las limitantes del encierro, las posibilidades económicas, familiares y personales, así como las herramientas intelectuales y académicas. El sistema penitenciario no lo impide, e incluso en ocasiones lo facilita y en otras (las menos, de acuerdo con sus intereses) lo fomenta.

Algo que constituye en sí un logro respecto a épocas anteriores en las cuales el autogobierno impedía que las personas

conservaran una calidad digna de vida, pues la exigencia primaria era sobrevivir en un medio por demás hostil; en el cual, las personas se veían obligadas a cometer actos que terminarían envileciéndoles aún más. Una frase recorre los pasillos de manera recurrente: “tu cárcel es como tú te la quieras llevar”. Significa que quien está acostumbrado a la sobriedad, al trabajo, a las responsabilidades y los retos; a la limpieza y el orden; así como a una vida libre de vicios, en la medida de lo posible puede tener una vida tranquila y medianamente digna. Por el contrario, quien ha hecho de su vida un constante desafío a la autoridad, quien tiene conductas antisociales, violentas y autodestructivas; las seguirá teniendo y, a menos de que esté dispuesto a cambiar, “su cárcel”, será para él en dicha medida, gracias a él mismo y a nadie más.

Los barrotes y los muros están afuera, rodean a los cuerpos, y si bien dicha imagen es fuerte, lo es más el saber que la verdadera cárcel está en la mente de los prisioneros; no en las rejas, las celdas o el alambre de púas. La prisión está dentro de cada mente, dentro de cada sentimiento; dentro de cada emoción y sensación. La cárcel es lo que comes y cómo lo comes. La cárcel está en ti y en nada ni en nadie más. Muchos debido a sus condiciones sociales, familiares, económicas y educativas, viven en un mundo alterno, al que suelo llamar “el mundo del revés”, en el cual los antivalores, los defectos de carácter y el vicio son lo positivo, lo deseable. Todo de acuerdo con nociones culturalmente erróneas de lo que hace a un hombre como tal. Por el contrario, hábitos como la sobriedad, el trabajo, el estudio y otros tantos valores que edifican al ser humano como la honestidad, la templanza

o la paciencia, son vistos como indeseables y hasta ridiculizados y estigmatizados, aunque cada vez con menor frecuencia.

Cabe mencionar que estos personajes, lejos de ser conscientes de lo torcido de su visión del mundo y su estilo de vida, son víctimas a su vez de sus propias circunstancias, pues muchos de ellos han vivido en entornos marginales, en donde el modo de vida antisocial les ha condicionado culturalmente. Aunque, siempre existe la posibilidad de elegir cambiar el rumbo.

Se buscan oportunidades

En este viaje por la vida penitenciaria queda claro que sus habitantes son complejos y diversos que, si bien la ley se debe aplicar a todos por igual, el problema es que a veces parece que esa aplicación a los seres humanos es como la marcación al ganado sin matices ni diferencias, sin análisis ni seguimiento a la conducta individual. En prisión no sólo hay viciosos y maleantes o personas con inclinaciones a la bajeza, también hay personas que encuadran en lo que Fernando Savater denomina “egoístas consecuentes”, que son personas que saben lo que les conviene para vivir bien y que se esfuerzan día con día para lograrlo.

En la cárcel, el “egoísmo” redimensionado ayuda a sobrellevar el encierro y a conservar la esperanza de construir una vida digna. Es por estas personas, que, aunque en el interior de las prisiones sean pocas, vale la pena levantar la voz y hablar acerca de lo bueno. Para el caso de los otros, de aquella mayoría desviada y tullida en lo moral y en lo emocional, también vale denunciar al sistema penitenciario, pues no busca el realizar el cambio en estas personas que, como

dije, en su mayoría no eligieron ser lo que son, por lo menos no conscientemente y desde la razón, y se contenta con sólo ser un depósito donde se arrojan personas.

¿ABSOLUCIÓN O SENTENCIA?

Jessica Torres Colín

El brillo de la luna es distinto, son las 3:00 a.m. y el penal se encuentra extrañamente silencioso; caminamos por el kilómetro siguiendo a una custodia que aún con sueño tiene que llevarme a certificar un mero trámite para poder salir a Audiencia. El significado de la palabra certificación en Santa Martha es diferente, aquí no significa que un doctor capacitado verifique que estás en óptimas condiciones físicas para salir a tu Audiencia; aquí significa llegar a un deplorable servicio médico, entrar y ver a una doctora sumamente frustrada y enojada por tener que realizar su trabajo a las tres de la madrugada.

Firmamos una hoja donde dice que dicha doctora, “supuestamente”, hizo bien su trabajo, al terminar esperamos en una banca de metal aproximadamente una hora a que nos llamen por apellido, nos revisen y emprendamos el terrible, pero esperado momento.

La revisión es como siempre, invasiva, exhaustiva y muy molesta; pareciera que dentro de una torta de jamón hubiera una navaja o en lo profundo de una manzana verde pondríamos droga. Ésa es la idea que los PBI tienen de nuestro

desayuno. Una vez esposadas y en fila miramos con temor al vehículo que llevará a 15 mujeres a los juzgados.

Al fondo se escucha una voz que dice: “¿sólo nos van a llevar en una perrera?”. Perrera: término utilizado para nombrar a un vehículo tipo minivan o combi con capacidad para no más de 10 personas, en la que se traslada a las personas privadas de la libertad (p.p.l.) a los juzgados donde se llevan a cabo las audiencias. Usualmente en la calle se les llama “perrera” al vehículo que transporta a los perros, a los animales; precisamente así nos sentimos en ese momento: encerradas, sofocadas por el calor, esposadas sin poder movernos, sin poder mirar la calle, guiándonos sólo por el movimiento brusco, por las pláticas ajenas, pero muy cercanas, y por los olores que llegan por la poca ventilación del conductor.

Un abrupto frenar nos avisa que llegamos al Oriente; después de otra estresante revisión, entramos al penal. El ambiente es extraño, ligero pero amenazador. Caminando hacia los juzgados, se puede decir que se está entrando en una película de terror: pasillos oscuros, suciedad, ratas, olores fétidos, escaleras interminables y un latente lamento que se percibe en el aire.

Ya en los juzgados, hay que esperar en las galeras hasta la hora prevista de audiencia; no es nada agradable cuando se tiene a siete personas en un espacio de 2x3 con tan solo una plancha de cemento. Sin embargo, hay que adaptarse y aguantar los olores de las galeras contiguas, los malos tratos del PBI, los sanitarios totalmente antihigiénicos y la poca comida que nos permiten llevar.

Dentro de ese caos existe una oportunidad para pensar, reflexionar y tratar de entender nuestra realidad, forzadas

nos detenemos a pensar y a intentar comprender qué nos pasa. Aunque en esos momentos no comprendamos del todo lo que sucede, tratamos de esperar lo mejor, de disipar el miedo y la angustia usando las herramientas que tenemos al alcance: una plática, un libro y por qué no, un rosario.

Cuando llega la hora de la audiencia, los nervios y un escalofrío que recorre el cuerpo son los primeros en acompañarnos, le sigue el miedo y la esperanza; la añoranza de que ésta sea la audiencia que conlleve a la libertad. Esposadas y sometidas por PBI, nos ingresan a la sala, una vez ahí te sienten en un capítulo de “La ley y el orden” con sus personajes principales: el juez, el ministerio público, el acusado, abogados, defensores, testigos y PBI.

También tenemos los típicos errores del capítulo más dramático:

1. El MP apoya la acusación de la víctima, a toda costa se desahogan las pruebas y declaraciones que supuestamente señalan la culpabilidad del acusado.
2. Los abogados del acusado hacen lo pertinente para demostrar la inocencia del mismo con pruebas y declaraciones.

Esto ocurre mientras el juez, en silencio y con algunas intervenciones, analiza todo lo mencionado para así, al final, llegar a una determinación. Mientras que la acusada o imputada está inmersa en sus emociones ante tanta información, va del enojo a la sorpresa; de la impotencia a la tristeza; del miedo a la esperanza. Comienzan los alegatos finales y nosotras como acusadas depositamos nuestra fe y confianza en nuestros litigantes defensores como si de nobles caballeros se tratara, gran error.

Al terminar de escuchar el por qué debieran darnos la libertad o por qué debieran dejarnos en la cárcel, el juez debe tomar una decisión que cambiará la vida de muchas personas, una decisión que también dejará huella en cada uno de los personajes que intervino.

El tiempo de escuchar el fallo llega, inevitablemente, y todo sucede en cámara lenta, se puede ver al MP erguido y pretencioso; a los abogados defensores ansiosos y preocupados; la acusada desesperada y emotiva, y al juez inescrutable ante la mirada de todos.

En ese instante justo antes del fallo, nosotras las imputadas somos el centro de atención; es nuestra vida, nuestro futuro el que está en riesgo. Vemos pasar los eventos de nuestra vida, nuestros sueños y nuestros anhelos; en ese instante hablamos con Dios y nos rendimos ante él, sólo él sabe si realmente somos culpables o no, y sobre todo de qué podíamos ser culpables: de confiar, de omitir, de no pensar detenidamente. Sí quizá culpables de no haber pensado cuando debíamos, de no haber cambiado nuestra decisión, nuestra acción. Por ello, nosotras las personas que estamos a punto de recibir una absolución o una sentencia, utilizaríamos este lema para expresar una prevención necesaria: “pararse a pensar todos los días es el remedio infalible para no pisar la cárcel”.

El juez toma la palabra, comienza con un lenguaje difícil, lleno de tecnicismos; artículos y pausas eternas, hasta que por fin lo único que se escucha claramente en la sala es la palabra “condenatorio”, un fallo condenatorio a 50 años de prisión. Mientras fundamenta su veredicto, se puede apreciar en su voz la duda y la lástima por esas personas que acaba de sentenciar.

En muchos casos la “estupidez” no sólo es de quienes no pensamos cuando debíamos hacerlo, también es notoria en el otro bando, los que juzgan, porque como dice Dietrich Bonhoeffer: “La estupidez en esencia no es un defecto intelectual sino moral, y habiéndose convertido así en una herramienta sin sentido, la persona estúpida también será capaz de cualquier mal, incapaz de ver que es malo”.

Al finalizar la audiencia las miradas de todos se cruzan, el júbilo de la supuesta víctima y el MP es descarado, y el llanto e impotencia de las ahora sentenciadas inunda la sala y sólo cabe resaltar que “ante la estupidez, estamos indefensos” (Bonhoeffer, 2022).

MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN: INFLUENCIA Y MANIPULACIÓN

Carlos Gopar

*Los cobardes agonizan ante la muerte, los valientes ni
se enteran de ella.*

Cayo Julio Cesar

Cuando los medios de comunicación se erigen como mentores de justicia y de la opinión pública hay que preocuparse.

En el mundo actual se pondera mucho más a la persona por sus posesiones materiales y no por lo que sabe; pero, sobre todo, por su aspecto físico, muy por encima de su capacidad para realizar ciertas actividades en favor de la sociedad. Esto es así ya que, a lo largo y ancho del planeta, la justicia y su aplicación varían conforme a los criterios (de educación, moral, ética) vertidos en la Constitución de cada país, y en sus normas derivadas.

Pero, conforme recorremos la historia en general nos podemos dar cuenta de que a cada salto de tiempo y de continente, la forma de ejercer e impartir tal justicia cambia, aun cuando en el papel tengan muchas similitudes; este hecho es

muy notorio en el mal llamado “tercer mundo”, en donde se hace palpable la paupérrima educación y las necesidades económicas y de reconocimiento de los encargados de impartir justicia, lo cual deriva en altos índices de corrupción.

México no es la excepción, es más, se podría decir que en nuestro país la impartición de la justicia no sólo está determinada por el acto delictivo como tal, y por el nivel económico o político de alguna de las partes, sino también por los medios de comunicación, que se encargan de calificar, juzgar y estigmatizar al infractor, sin esperar a que termine la investigación o el proceso (olvidándose de la presunción de inocencia). Por eso, en este texto se alude al espíritu de justicia, a la imparcialidad de la ley y, por encima de todo al sentido ético, moral y humanitario de los medios de comunicación y de cada persona, para que se deje de calificar al infractor sin conocer en realidad el fondo del asunto. Al respecto, Manuel Pérez Rocha reflexiona:

Las verdades importantes están ocultas no sólo detrás de muchas mentiras que se difunden hoy en día, también las ocultan miles de verdades intrascendentes que distraen la atención de millones de hombres y contribuyen a su enajenación. (2007, p. 37)

Para empezar, hablaremos de los cuerpos policiacos, mismos que, muchas veces, en vez de realizar sus funciones correctamente se preocupan por presentar trabajo y fabricar delitos al arrestar a cualquier persona, con el afán de ganar un bono económico o algo de fama apareciendo en la prensa o en el peor de los casos, llegándose a vender al mejor postor, llámese a éste víctima o victimario. También en este grupo se debe incluir a algunos de los Ministerios Públicos y jueces,

quienes, escudados en el imperio de la ley, se encargan de llenar las cárceles e imponer penas inhumanas con tal de demostrar su “productividad” y “rigidez” para ganar renombre y así llegar a puestos más altos.

No se puede dejar de lado al Poder Legislativo y Judicial, mismos que piensan que la solución a los altos índices delictivos son las sentencias altas, la restricción a los beneficios de libertad anticipada y los vacíos legales que permiten la aplicación de la norma penal a criterio del juzgador; sin pensar siquiera en el mejoramiento de los sistemas educativo o de asistencia social del penitenciario, que debiera buscar primero la readaptación y, posteriormente, la reintegración del individuo a la sociedad.

Quedándose estancados en el concepto de justicia heredado de la época colonial que se hizo presente con la aparición de las cárceles, el cepo y los grilletes, como lo estipuló la Cédula Real de Valladolid en octubre de 1549, la cual consideraba: “que también tuviesen cárcel en cada pueblo para los malhechores”. Entonces nos damos cuenta de que vivimos inmersos en la impartición de la justicia de una sociedad dominante, la cual únicamente tiene como objetivo castigar al delincuente, aislándolo y cortando los lazos con la sociedad en una acción más vengativa que punitiva.

A pesar de lo que se cree respecto del encarcelamiento y su utilidad para la rehabilitación y reinserción social la realidad es muy distinta, pues en el interior de los centros de reclusión, este castigo se torna en venganza social no sólo contra el delincuente sino contra toda su familia, ya que a éste se le cosifica y no pasa de ser un objeto por excelencia, y su progenie debe pagar con él el delito cometido.

Digo esto debido a que el gobierno y la sociedad se han olvidado de dar seguimiento a las familias de los infractores para enfocarse solamente en las víctimas; cuando la realidad es que ambas partes son perjudicadas directa o indirectamente por el delito cometido o fabricado; pues a causa del encarcelamiento de un miembro de la familia, los roles cambian, pero regularmente solo se hace ver el punto del afectado, sobre todo por parte de los medios de comunicación. Al respecto el profesor José Luis Cisneros señala:

La delincuencia es un fenómeno social que depende tanto del tratamiento que recibe en los medios de comunicación como de las políticas públicas diseñadas para su prevención. [...] lamentables acontecimientos se ven influidos tanto por la percepción pública construida del crimen y del victimario, como por los ajustes económicos producidos por la globalización y las consecuencias directas en el incremento de la pobreza y la desigual distribución de la riqueza. (Cisneros, 2007, p. 3)

En consecuencia, podemos ver que la problemática de la criminalidad en la sociedad moderna está constituida por la edición armada de la violencia, de parte de los medios de comunicación y, también, por el escenario social de temor, producto de la inseguridad en ciertos espacios y grupos sociales, etiquetando a los habitantes de algunos barrios. Por lo que, en el imaginario colectivo ser de un grupo social en específico y/o vivir en determinada colonia es igual a ser “peligroso, drogadicto o violento”. Esto debido al énfasis que ponen ciertos medios de comunicación para fomentar esta percepción errada del delincuente; pues vivir en “X” barrio, o escuchar “X” tipo de música, o vestir de “X” forma, no

significa que la persona es narco, ladrón, malviviente o asesino en potencia.

Así que, si de acusar y responsabilizar a alguien se trata, primero deberíamos ver dentro de cada uno de nosotros y después a los demás. Muchos de estos medios, sus periodistas y sus pseudocomentaristas de noticias, tienen que dejar de convertirse en jueces, parte y verdugo de cualquier asunto, sintiéndose con la autoridad moral y humana para calificar y estigmatizar al infractor con adjetivos como “rata”, “desgraciado”, “malviviente”, “basura”, “escoria”, “imbécil”, etcétera, etcétera. Umberto Eco, lo expresa de la siguiente forma: “los nuevos medios de comunicación, las redes sociales han provocado una amplificación del poder de la voz del idiota, lo que supone aumentar su campo de acción y su capacidad damnificadora” (citado en Ruíz, 2022, p. 179); aquí se debe mencionar que no sólo los personajes públicos sino también nosotros como sociedad somos parte de lo que sucede, pues la irresponsabilidad y el ocio de muchos de nuestros integrantes nos hace crear y creer las llamadas “fakenews”, que en la actualidad tanto dañan a la opinión y a las personas.

Al recurrir a las “verdades intrascendentes”, como lo dice Pérez Rocha, únicamente seguiremos fomentando que la sociedad sea incapaz de leer entre líneas, que las generaciones futuras no tengan la capacidad de razonar por sí solos; pues en vez de crearse un criterio propio, simplemente se adherirán a la opinión de unos cuantos para la toma de decisiones en la vida social; pero en casa con su familia seguirán la moral con la cual se les educó desde su infancia, volviéndonos, a veces, tan estúpidos, como lo concluyó Dietrich Bonhoeffer (2022): “la estupidez es un enemigo del bien, más peligroso que la malicia; [...] ante la estupidez, estamos indefensos.

[...] aquí, la razón cae en oídos sordos”; ya que no se tiene la capacidad de pensar por sí mismos.

De esta forma se fomenta una doble o falsa moral de la sociedad, pues mientras se está con la familia nos comportamos de una forma y con el resto de la sociedad de otra muy distinta; digo esto porque la desinformación de la que somos víctimas todos los mexicanos no solamente es culpa de los medios de comunicación y los gobernantes, sino principalmente de nosotros como individuos pensantes frente a la responsabilidad de educar a las generaciones que vienen detrás.

Entonces no solo se trata de atacar a ciertos grupos integrantes de la sociedad ni mucho menos de responsabilizarlos totalmente de lo que sucede, sino de hacerles ver y entender que si a ellos se les reclama es por el hecho de que su opinión influye en los grupos de menores recursos y, ¿por qué no?, también en los grupos que detentan el poder; pues la estigmatización que estos imprimen en todos y cada uno de los infractores sean o no culpables, es una marca con la que tendrán que cargar toda su vida y que les impedirá recuperar una vida social estable.

Como se ha podido apreciar grosso modo, no sólo el sistema de justicia en nuestro país es responsable de la señalización de las personas infractoras, sino también tienen mucho que ver los medios de comunicación, escudados tras la prerrogativa de la “libertad de expresión”, para prejuzgar y calificar al infractor imponiendo su pensar; en lugar de buscar a profundidad las causas estructurales del por qué el incremento de la delincuencia, los efectos del aumento de las sanciones punitivas, y tratar de desaparecer la criminalización de la pobreza que hace ver a este grupo social como individuos peligrosos que merecen estar en reclusión.

Tenemos que hacer conciencia de que la sociedad actual está en un dilema, debido al incremento y diversificación de las manifestaciones de la delincuencia; así como debido a la apatía e indiferencia tan características de estos tiempos, y que se evidencian a diario en la impasividad, desánimo o falta de voluntad de cada miembro de la sociedad; como lo menciona Arnoldo Krauss:

Minimizar el poder de la voluntad. Ese enrarecimiento mental [...], deviene falta de compromiso [...]. La indiferencia es un estado que impide pensar, que evita el compromiso, que aleja. Es una forma de despersonalización, fruto de las vías insanas que ejercen algunos medios de comunicación. (Krauss, 2004, p. 7).

Entonces debemos reflexionar en que la respuesta a todos los problemas no está en la criminalización de la pobreza ni tampoco en la desintegración familiar exclusivamente; el problema está inmerso dentro de cada esfera social, grupo de poder, centro educativo, en la asistencia social estatal y en los medios de comunicación masiva. Especialmente con estos últimos se debe hacer hincapié en que ellos como líderes de opinión tienen la responsabilidad ética, civil y moral de ser objetivos en todas y cada una de las opiniones vertidas a través del medio que sea su especialidad; sobre todo porque al influir en la sociedad, pueden ser causantes de actos que terminen en una desgracia, y si a la postre se comprueba que el presunto delincuente no lo era y que la versión dada por un medio de comunicación tuvo que ver con los actos de tomar la justicia por propia mano, un simple “usted disculpe” no resarcirá el daño provocado.

Yo tengo un sueño y lo comparto en parte con Martin Luther King, ilustre personaje que buscaba el trato igualitario entre los seres humanos como lo dijo en 1963:

[...] Sueño que un día [...] “Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales”.

[...] Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestra nación, en una hermosa sinfonía de fraternidad.

[...] podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Lo único que puedo agregar es que sueño con el día en que todos crezcamos como individuos y, por añadidura, como país, que tengamos las mismas oportunidades en educación, alimentación, trabajo y salud; que no existan los mexicanos de primera o de segunda clase y, quizá, lo más importante, que nos dejemos de prejuizar unos a otros por los errores cometidos sin saber el verdadero fondo del asunto, y no dejarnos influenciar por nada ni nadie.

En conclusión, la mejor opción sería aprovechar esa influencia de manera positiva y convocar a debates con datos reales del por qué y el cómo poder solucionar el incremento de la delincuencia; advirtiéndole que no es una persona o una acción la que se juzga sino a la sociedad misma, su doble moral y su incapacidad para atacar el fondo de dicha problemática, ya sea con medidas preventivas o educando, capacitando y creando fuentes de trabajo.

Finalizando, la problemática presentada no es exclusiva de nuestro país y tampoco del “tercer mundo”, es un fenómeno que se presenta a nivel mundial, que se agudiza y es

más evidente con el paso del tiempo; pues no sólo la sociedad mexicana es influenciada por los medios de comunicación masiva, esto sucede alrededor de todo el planeta sin importar si el país es del “primer mundo” o no.

UN DÍA A LA VEZ

Kevin Gerardo Sandoval Arévalo

*Sí. Es cierto. Es necesaria una vida personal
intensa para soportar la cautividad sin un
serio riesgo de envilecerse.*

Anne Huré. *En prisión*

Desde afuera este lugar parece —o más bien muchos se van con la idea de que es— un lugar donde está toda la escoria de la sociedad. Las personas más malas, los malditos, los enfermos mentales, catalogados así por sus actos o decisiones tomadas estando en libertad.

Pero ya desde este lado, vemos que no todos son así, hay muchos cuyo único delito fue estar en un mal lugar, coincidir con las características del delincuente buscado, por venganza o porque la policía tenía que presentar su trabajo, y de repente tú le pareciste una buena opción para presentarte a las autoridades. Pero si nos adentramos cada vez más en este lugar, y dejamos de fijarnos sólo en la perdición que representa, pues se pierde no sólo la tranquilidad sino la esencia como seres humanos, la autoestima, la seguridad, el amor propio; se pierde dinero y cosas materiales, y conforme

pasa el tiempo también se pierde a mucha gente que te va olvidando, que te va dejando en el camino.

Como dije, olvidémonos un poco todo eso, todo esto que a nadie se lo desearías, ni a tu peor enemigo. Y si acaso se puede cambiar de perspectiva, de la forma de ver las cosas y la vida, también se pueden aprender cosas muy buenas. Cosas que si estuviéramos en la calle, quizá jamás hubieran pasado, como el poder retomar los estudios, poder apreciar a la familia, a los que siempre están ahí, no sólo en las buenas sino en las malas; se puede aprender un oficio, pero sobre todo se aprende a cuidarse a sí mismo, a tomarse en serio, a darse tiempo para ejercitar el cuerpo, pero también el propio interior, leyendo, pensando; se aprende a disfrutar una comida con la familia, o se conoce gente que parece mala y es buena, gente que está arrepentida por lo que hizo, o simplemente que está encerrada sin haber cometido un delito, y que aun así no se dejaron contaminar por el Sistema.

Se aprende así de las experiencias de vida de muchas personas. Sí es un lugar que te puede hundir en la miseria humana, pero está en la fortaleza de cada uno sacar lo mejor de esta mala experiencia. Saber y aceptar que, si Dios nos puso aquí, en vez de estar en un panteón, fue para poder corregir todo eso malo que veníamos haciendo cada quien.

La cárcel se vive de diferente manera, ya que depende de nuestra forma de ser, de pensar y de actuar. Depende de cómo se decide caminar en este lugar para no envilecernos más, para retomar el camino de nuevo y con ello nuestra vida, día por día, y un día a la vez.

¿QUÉ ES LA CORRUPCIÓN?

José de Jesús Flores González

La definición que la gente en general da a la corrupción es muy cambiante, ya que todo depende; si estás beneficiado por ella tiene un significado y hasta un valor se le puede poner, pero si te afecta o te daña es negativa, pero en cualquiera de los casos es un cáncer que no sólo pone en riesgo la vida y la seguridad de la familia sino, en muchas ocasiones, hasta la vida propia.

La corrupción es algo con lo cual vivimos y, a veces, pareciera hasta imposible de sacar de nuestras vidas; estamos tan acostumbrados a ella que parece imposible que se pueda vivir sin ella. Pero también soy de la idea que no forzosamente existe en todas las personas, qué hay de los demás, qué hay detrás de aquellas personas que trabajan en los centros penitenciarios ¿qué piensan ellos? y sobre todo ¿qué piensan las personas privadas de la libertad sobre la corrupción?

Para iniciar esta reflexión me gustaría recordar qué nos dice el artículo primero de nuestra Constitución, específicamente en su segundo párrafo:

Todas las autoridades, en el ámbito de sus competencias tienen la obligación de promover, respetar, proteger y

garantizar los derechos humanos de conformidad con los principios de universalidad, interdependencia, indivisibilidad y progresividad. En consecuencia, el Estado deberá prevenir, investigar, sancionar y reparar las violaciones a los derechos humanos, en los términos que establezca la ley.

Y si esto está regulado, legalizado y puesto en todas nuestras normas, ¿por qué no se lleva a cabo? Quizá porque como nos lo dice una persona privada de la libertad que lleva 35 años de prisión: “No mijo esto de la corrupción siempre ha existido, como dices tú, quieres hechos, un ejemplo claro, recuerdas la película de “El apando”, ahí exactamente está lo que en realidad es; cómo se les paga a esta bola de corruptos, podría decirte que preguntes a mis hijos, si pagan algo por venirme a ver, no mijo después de estos años mejor pregúntale a mis nietos cómo, desde que tienen uso de razón, le han tenido que entrar al moche, al chesco y si no, ni pueden entrar a verme, pretextos sobran, que si los zapatos, que si la blusa, que hasta porque no se peñaron, y ¿qué crees? esto está desde que entré hasta ahorita y recuerda que te dije ya cuántos años llevo”.

Y aquí es donde entra lo que sucede en realidad, como nos lo dice un custodio que tiene 20 años de servicio y que es encargado de dormitorios: “La corrupción, no solo te beneficia, ya que te da solución a tus problemas, a poco creen que los tenis que traigo, desayunar como lo estoy haciendo ¿a poco crees que alcanza? sabes, aunque suene gacho lo que paga la ropa, los útiles, los gustos de mi mujer, lo paga, el moche, la mordida, la dádiva que te dan, para que te hagas de la vista gorda o por algún tipo de beneficio que obtengan de ti, entonces de verdad la corrupción no es mala”.

Esto es lo que la mayoría piensa o por lo menos tienen esta idea los que se benefician de ella. Yo fui parte de ella y no afuera, sino aquí en reclusión y es algo que de verdad está muy arraigado; no imagino cómo se pueda lidiar con ella, vigilar a las personas, porque siempre se hace en lo oscuro. Sólo si se quiere, si se tiene voluntad de hacer un cambio, de negarse a ello, aunque, por otro lado, si no se le entra a eso, difícilmente se logra lo que se quiere; pues el que rechaza dar el moche, seguramente le pondrán muchos obstáculos para entrar, para conseguir algo aquí dentro, etc. pero siempre tenemos la opción: “nada es a fuerzas, sólo si se quiere”.

Es claro que la corrupción, es una manera de vivir que ya se “normalizó”, si acaso no en toda la vida, al menos aquí adentro de este sistema sí. Pero la verdad es que no todos están cortados por la misma tijera y el hecho es éste, una secretaria que tiene 49 años de edad, que está a punto de la jubilación, me dice: “Mira me conoces bien, soy una de las pocas personas que no soy corrupta, y qué crees, que ése es mi mayor problema, porque por no serlo, soy la que tiene que chingarle más, sé que todos los demás de alguna manera lo son, reciben regalos, siempre traen dinero, tienen buenos carros, yo no manito, yo viajo en micro, me compro mis cosas en abonos y hasta les gorreo la comida a ustedes, pero eso sí mi conciencia está limpia, y lástima que acordamos no poner mi nombre, que si no, estaría bien que lo pusieras para ver si alguien me puede decir mentirosa”.

Es verdad que es una manera de subsistencia, de sobrevivencia, pero entonces, ¿dónde están los derechos humanos, los principios?, que son la base de dicho sistema. Dónde está el que te preocupes por tu semejante, por el solo hecho de ser un humano.

Esto es la verdad, aquí en reclusión cada día nos come la corrupción y lo más grave es que el Sistema, que debería evitar esto, por desgracia está hasta el cuello de ella. Quizá, como lo dijo una señora en la visita familiar, esto es solo el reflejo de cómo están las cosas en la calle. Esperaría que las cosas cambien, pero, ¿cómo hacerlo? En efecto, las instituciones podrán controlar algo de las actividades de sus empleados, pero hay por todos lados seres humanos que están en un nivel o en otro y, desgraciadamente, las personas siempre serán corruptibles, sobre todo cuando no se tienen principios, pero también cuando se siguen teniendo tantas necesidades.

CORRUPCIÓN EN MI ENTORNO

Graciela Díaz Amaral

Nací en una dictadura priista a finales de los setenta, y en las décadas de los ochenta y noventa, el priismo estaba en su auge, no había más. La gente votaba por ellos, aunque no los conociera ni supiera de dónde salieron aquellos por los que votaban, o de plano no votaba, pues de cualquier manera ganaban. Ellos dictaban las reglas del juego, en donde la más importante era alcanzar la meta: “ellos ricos, nosotros pobres”.

En una familia multiforme, medio caótica como mi propio país y grande como las carencias de la sociedad mexicana. Éramos siete hermanos, pues todavía en ese tiempo el hombre que no tuviera mínimo 6 hijos no era hombre, lo que se dice “hombre”. Estos siete hermanos somos los que sobrevivimos, pero en realidad fuimos 12, o sea, que mi papá fue “todo un hombre, un macho alfa”. Algunos de mis parientes, mis tíos, mis primos, eran crudos, simples, otros amargados, y unos muy “estirados”. Recuerdo que tenía unos tíos, Beto y Ventura que hablaban tanto y nada se les entendía, otros ni siquiera me hablaban, creo que ni sabían que existía. Así como los políticos de los ochentas, a unos ni se les entendía lo que decían y otros ni sabían que existíamos.

Yo tenía unos 9 años y el mundo se volcó a mirar a México, al menos en el mundo futbolístico, 1986 el Mundial de Futbol en México. Cómo era posible en un país casi en ruinas, pues un año antes ocurrió el sismo del 19 de septiembre, donde se cayó media Ciudad de México, pero, aun así, sí se llevó a cabo. Yo no entendía muy bien eso de la mezcla de sabores, tristeza por el desastre del sismo y una alegría casi desmedida por el futbol y, al mismo tiempo, la decepción nacional mexicana por lo mismo. Entre los tiempos difíciles también hubo vivencias maravillosas que me hicieron feliz. Me acuerdo que siempre fui consentida, más por mi papá que por mi mamá, a la que creo que de repente le caía gorda. “Chamaca berrinchuda, caprichosa, grosera y chillona”, todo eso era para mi mamá; y es que mi papá siempre cumplía mi voluntad y obligaba a mi mamá a y mis hermanos también a cumplirla. (Ésa era yo). Qué curioso, pareciera estar describiendo al poder tras la silla presidencial, cumpliendo los caprichos y soportando las barbaridades de un candidato elegido por el famoso “dedazo”, que jugaba como el poder “oficial” e incluso que ejercía su voluntad en el interior de su partido. México, entonces, era obligado a aceptar la voluntad de “un hombre”, que según estaba para respetar y cumplir la soberanía del pueblo. ¡Qué contradicción!

Ya entrando en la adolescencia, con 11 años de edad y ya sin padre porque él había muerto de un infarto, mi vida revolucionó. 1987, entre Miguel de la Madrid y los cambios biológicos que experimentan los pubertos como yo en ese tiempo, sentí que me morí, o no, más bien, que una parte de mi vida, de mi corazón y mi alma se rompió y ya no fui la misma. México tampoco fue el mismo, se rompió. A esa edad la vida como huérfana es distinta, me sentí desprote-

gida, odiada, no amada; aunque la realidad no era así. Me imagino cuántos niños y jóvenes quedaron huérfanos, cuántas madres sin hijos, cuántos esposos sin su pareja porque murieron en el sismo. Un país de huérfanos, ¿cómo íbamos a encontrar el eje?

En ese estado de orfandad en el que se encontraba el país y el partido del priismo, un partido de huérfanos, como a veces se oía, porque de verdad que “no tenían madre”, cada decisión que tomaban parecía hundir más y más en la ignorancia y la pobreza al noble pueblo que sólo soñaba en que un día alguien los reconociera para lograr vivir en paz y en libertad.

Los años transcurrieron con todo y todo. En la política salinista, la economía fue terrible; déficit económico, crisis, devaluación del peso, ya saben, “el saqueo salinista”. En casa igual fue difícil, crisis emocional: una viuda, unos huérfanos. Cambiaron nuestras vidas y mis hermanos mayores tuvieron que trabajar y estudiar; en realidad medio estudiar y mucho trabajar. Y es que “crisis” quiere decir también el momento en que alcanza una enfermedad su punto más crítico o agudo, así se enfermó México, por abandono, descuido, hambre, pobreza, impotencia, olvido; y sus gobernantes de avaricia, cinismo y de la eterna enfermedad autoinmune, la corrupción. Los efectos son muchos y se va generando una perturbación que se propaga en muchos ámbitos; como cuando se deja caer una piedra en el agua y se ven los círculos que se mueven.

Así, llegó ese efecto también a mi casa, y cuando se acaba el dinero, se acaba la familia, los amigos; y eres tú y tu realidad, al menos así me sentía en esa etapa. Llena de coraje en mi juventud, coraje, pero no rabia, quise enfrentar el mundo demostrándome a mí misma y a los malagradecidos de mis

tíos y primos que podía subir el Everest y poner la banderita en la cúspide, en la cima que tanto deseaba alcanzar con mi vida. Por ello, seguí estudiando, aunque sin dinero, pero con un cerebro que sería mi pasaporte a otro mundo, eso pensaba yo, tenía todo un plan. Pero me dio esa grave enfermedad que nos da a todos cuando somos muy jóvenes, me enamoré, luego me embaracé y me casé, obligada por mi mamá quien ni me preguntó si quería o no. Tuve un niño diferente pero igual a todos. Mi esposo siempre me quiso, pero el amor no me bastó, me faltaban otras cosas.

Y México igual de confuso que yo, la misma sociedad golpeada por sus representantes, enamorada de ellos y casada con el priismo, sin quererlo, sin apenas saberlo; tampoco al país le bastó el amor que prometía el priismo, le faltaban otras cosas y se acabó la dinastía y llegó algo confuso el panismo, cambios, cambios que parecían cambio y que al final llevaban a lo mismo.

Algo confusa yo también, terminé la licenciatura con todo lo difícil de nuestras vidas, y todavía quería seguir estudiando, pero la economía apretaba. Y tuve que encontrar un trabajo, y ahí es donde perdí el centro. ¿En qué momento, la moral, los valores? Yo creía en la justicia, quería creer en el cambio, en que existía otro camino, diferente al que mostraban los contumaces tricolores revolucionarios institucionales, que de revolucionarios nada más tenían los bigotes, lo mujeriego y lo borracho. Qué desgracia para mí haber incursionado en esos canales de aguas negras que algunos llamaban “gobierno”. La corrupción absorbió a ese “nuevo” gobierno y a mi vida también. No hubo salida, pero sé que algún día la habrá.

LA ESCUELA DE LA VIDA

José Orlando Hernández Castañeda

La actitud crítica en el estudio es la misma que es preciso adoptar frente al mundo, la realidad, la existencia. Una actitud de adentramiento con la cual se va alcanzando la razón de ser de los hechos cada vez más lúcidamente.

Paulo Freire

Quienes han tenido la oportunidad de ir a la escuela, y han pasado muchas horas de su vida en ella; aquellos jóvenes que pudieron concluir una educación superior, o que han invertido por lo menos diecisiete o dieciocho años de su vida en las aulas, y han convivido con gran cantidad de maestros y estudiantes que están en la misma condición; habrán tenido, sin duda, algún aprendizaje que, ante la insistencia de los padres, constituyó su formación profesional.

La escuela ha sido siempre el medio más importante para transmitir el conocimiento de generación en generación, pero también para cultivar eso que nos hace ser más críticos. A veces se considera a la escuela solamente como un instrumento para justificar la educación de los que inte-

gran a dicha institución; sin embargo, la escuela sirve a los seres humanos para poder desarrollar sus potencialidades, cualidades, habilidades y facultades para el bienestar de la sociedad, y de cada individuo.

Lo peor que podemos encontrar en una escuela, o por lo menos lo que la mayoría de los alumnos ha experimentado, es el aprendizaje basado en métodos que tienen que ver con la fuerza, el temor y la presión; tales procedimientos, eliminan el interés por el aprendizaje, la confianza y los sanos sentimientos de los alumnos, que, como consecuencia, terminan abandonando el estudio.

El objetivo principal de los sistemas educativos es que los individuos aprendan y obtengan los conocimientos necesarios para enfrentar las situaciones de la vida cotidiana; así como para tener un crecimiento personal, pero este proceso requiere de un compromiso total.

Una institución diferente a las demás

Esta institución se encuentra sobre la avenida Ermita Izta-palapa, colonia Santa Martha Acatitla, Alcaldía Iztapalapa, y no es precisamente el lugar en el que algún estudiante quisiera aprender, ya que estamos aquí como consecuencia de haber reprobado en la sociedad.

Hablar de la escuela de la vida, es transmitir el conocimiento y la forma de vida que se desarrolla dentro de esta institución, en donde los maestros son personas que llevan ya mucho tiempo en este centro y los alumnos son los que recientemente han llegado a la institución.

Dentro de este lugar cada quien decide como invierte su tiempo, por ejemplo; algunos se ejercitan físicamente, otros

elaboran algún oficio, y unos más pasan la mayor parte del día mirando televisión, en fin, todos se están adaptando a un nuevo entorno.

¿Qué se aprende en la escuela de la vida?

Sin lugar a dudas esta institución tiene como principal objetivo crear en las personas un nivel de conciencia, más sensibilizada para reflexionar en qué momento se perdió esa habilidad tan fundamental para vivir en armonía en la sociedad, ¿cómo fue que llegamos aquí?, ¿qué sucedió?

Sé que muchos individuos que han llegado a la escuela de la vida, de alguna manera se han hecho más conscientes y han aprendido a valorar muchas cosas, que tal vez en la sociedad no tomaban tanto en cuenta, por ejemplo, la dicha de recibir la visita de un familiar, tener un lugar donde dormir (camarote), recibir con gusto los sagrados alimentos y tener un espacio de recreación, y no se diga de formación universitaria.

Es importante recalcar que, dentro de la escuela de la vida, se puede ver como algunas personas se sienten más libres que muchas de las que viven fuera. Dentro de esta institución cada quien toma la decisión de hacer algo productivo o seguir viviendo en la enajenación; pues aquí el tiempo es más que suficiente para trabajar en la vida personal de uno mismo, seguramente lo que más conviene aprender, pues es el timón que dará rumbo a la vida. Así como adquirir nuevas herramientas para resolver conflictos de la mejor manera sin afectar a terceras personas.

La sanción

Como en toda institución existe un reglamento para regular la conducta de las personas. Pues en la escuela de la vida existen normas, y ¡ay de aquel que no las acate! Dentro de esta institución, quien trasgrede el Reglamento se hace acreedor a una sanción, pero en muchos casos, esa sanción termina en un castigo más severo y esto lo determina el comité técnico interdisciplinario.

Precisamente este pequeño organismo se encarga de valorar y aplicar las sanciones a las personas que son acusadas de una conducta indebida; y también determina si los acusados merecen ser llevados al lugar de castigo, que consiste en separar al acusado o acusados por quince días o hasta seis meses de los demás presos. Con la finalidad de que no cometan más actos ilícitos, teniendo como consecuencia un expediente de mala conducta. Lo mejor y lo más conveniente es acatar el reglamento de la institución, esto evitará problemas con las autoridades, así como con los demás presos. Ya que la mayoría lo que está buscando es su libertad física a través de una boleta extendida por un juez, y solamente se podrá obtener ese documento tan valioso con un buen comportamiento.

Al final de nuestra estancia en este lugar sabremos, quizá, como sucede en las escuelas, quién pudo aprender, cómo lo aprendió, qué aprendió, es decir cómo introyectó dentro de su propio ser todas esas experiencias para tener realmente un aprendizaje de vida, para ser un mejor ser humano. Aquí como afuera, ése es el desafío.

CRÓNICAS

De la cárcel diré aquí pocas cosas. Me cargó de una experiencia tan pesada y tan intolerable de soportar, que mucho tiempo después, cuando me puse otra vez a escribir, mi primer libro —una novela— fue un esfuerzo por librarme de esa pesadilla interior, y también el cumplimiento de un deber para con todos aquellos que no se liberarán nunca.

Victor Serge

PRIMERA VEZ EN LA PENITENCIARÍA

...*

Carlos Gopar

*Paren las conversaciones. Cesen risas.
Éste es el lugar donde los muertos se
regocijan enseñando a los vivos...*

Giovanni Morgagni

Este es un día como cualquier otro para el mundo más no para ti, ya que te encuentras caminando con rumbo a la Penitenciaría de esta Ciudad; lo primero que ven tus ojos es una pared gris, alta y larga como una muralla; una barda, que junto con sus torres parecen montar guardia como fieles centinelas. La inmensidad de esta construcción te obliga a mirarla sin parpadear, a perderte en su extensión, en sus grietas, que no te permiten verlas como son en realidad: una estructura de varillas, ladrillos y cemento (bastante viejas, por cierto), una excrescencia ajena al entorno.

*“*Taceant colloquia. Effugiat risus. Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae.* Dicho atribuido a Giovanni Morgagnini, anatomista del siglo XVIII; se dice que fue copiado en las paredes de algunas salas de disección después de la Ley de Asesinatos (1752) en Inglaterra.

Así, mientras cruzas el umbral y vas sorteando los protocolos de acceso poco a poco, tus nervios se crispan más y más; cuando llegas al interior y comienzas a observar este lúgubre sitio, piensas que aquí sólo escucharás lamentos y gritos desesperados y que nadie en su sano juicio, podría estar en este lugar por mucho tiempo; con los pasillos y patios llenos de basura y agua pestilente; con ratas, palomas y gatos cohabitando en bizarra armonía; con el aire impregnado del olor a muerte y sangre de tiempos pasados.

Para ti, no existe nada más atemorizante que este paisaje sin vida en el cual caminas rodeado de pálidas, aletargadas, suspendidas, arcaicas y congeladas sombras, que no saben dónde están, con el sentimiento del tiempo desfasado perdido y por el cual lloran en secreto; pero que aun así, te observan retadoramente mientras te analizan; sientes sus miradas y sabes que aún el de aspecto más apacible, ha sido capaz de cometer algo sin duda inalcanzable para ti, algo que está fuera de tus manos, tan lejos como la luna, tan lejos como hacer retroceder tu inquietud.

Entonces, tu morbosa y oscura curiosidad se impone sobre tus temores y le pides al custodio que te acompaña, te permita hablar con alguno de los seres que se esconden en este lugar donde las alegorías están a la orden del día; donde lo hermoso se confunde con la podredumbre; donde las amorfas figuras de seductor desencanto, transitan y se pierden en interminables paisajes desoladores y de inquietud abrumadora; donde cualquier sujeto exorciza los demonios de cualquiera, pero no los propios; donde siempre se está bajo el peso de un destino que no ofrece ni un resquicio de redención entre la sangre, la locura y el abandono que aquí se resguarda.

Al permitirlo eliges al que se ve más tranquilo, sentado junto a un árbol seco en el pasillo, fumando un cigarro y que ya habías observado durante tu recorrido; después de que éste le habla y le dice que quieres platicar con él y acepta, te acercas; él se levanta y te observa de arriba hacia abajo con sus ojos vidriosos y torvos, enmarcados por su rostro adusto y antes de que lo cuestiones, comienza a hablar como si supiera lo que ibas a preguntarle.

“Pusverá, vivir aquí es como si se moviera uno entre el pasado y el presente, mientras se está sentado en el camarote bajo una macilenta luz encendida y con las pocas esperanzas desparramadas por el piso de la celda, tratando de escuchar o sentir la vibración del entorno aún encerrado; pero cuando el silencio se estanca, se siente y se nota que alrededor no existe flujo mental. Existen seres engendrados por el abandono, el repudio y la soledad ganados a pulso por todo lo que se hizo. Los vicios y la furia manifestada en los constantes pleitos se van terminando conforme pasa el tiempo y no se alcanza la salida, estás perdido en un laberinto sin encontrar la escapatoria, y el Minotauro te persigue sin descanso, esperando a que claudiques para bañarse en tu sangre, comerse tus entrañas y cubrirse con tu piel.

Nomás porque estás viviendo en donde no existe el hoy, el mañana ni el ayer o el futuro, el pasado y el presente; donde cada noche se paga por el dolor, el mal y el daño causados, sin ángel guardián o absolución divina; donde sólo sacrificando tu corazón por la familia, tu felicidad por la de otros, tu vida por la de la humanidad y tu alma por el universo, tal vez y sólo tal vez podrías redimirte y salvarte...”.

En aquel momento algo lo sacó de su trance, se despidió y echó a correr sin darte tiempo de reaccionar; el custodio

te dijo que era la hora de la comida y si se hubiera quedado no alcanzaría “*rancho*”, además ya tenías que retirarte.

Cuando saliste de ese lugar se tranquilizó tu ser; mientras te alejabas parecía que cargabas encima una pesada losa, tu andar era muy lento, no podías dejar de pensar en todo lo que sentiste, viste y escuchaste allá adentro. Intentabas no comparar ese sitio con el mundo “real y libre”, al cual ahora regresabas. Ése, donde domina la ambición y abundan los farsantes; a ese osario de valores que cultivan vicios y engaños enredados con delirios vacuos; donde la vida se hace soportable al intentar conciliar anhelos románticos, que quizás son moralmente nocivos al translucir las obsesiones masoquistas, la degradación, el egoísmo, los fracasos, las traiciones, las derrotas, las perversiones y las caídas, entretejidas entre la realidad y la ficción...

CRÓNICA DE UN DESPERTAR

Víctor Vance Varela Vilchis

Desde lo alto se ven varios tinacos en fila, hacen parecer que se trata de un edificio de departamentos, por las ventanas interminables se distinguen varias puertas separadas entre tres o cuatro metros. Conforme me voy acercando me doy cuenta de que no son puertas sino rejas. Se escucha el cantar de los pájaros: cenzontles, jilgueros, pericos y otros más, un panorama que fácilmente nos puede transportar a nuestra infancia, cuando éramos niños y jugábamos en los parques, o cuando a la hora del recreo andábamos en las jardineras tramando nuestra siguiente travesura.

De pronto, una voz que denota autoridad y fuertes pisadas, que cada cuatro o cinco pasos hacen una pausa, nos regresa a nuestra realidad, para después empezar a pronunciar los nombres; apenas se escucha una voz somnolienta responder, y el de la voz con autoridad va rayando su lista interminable y así se percata que están con bien.

No tardan en escucharse nuevamente pasos, esta vez acompañados de grandes ollas que son arrastradas; la incertidumbre se apodera de los inquilinos de esos grandes departamentos de 3x4. La mayoría, si no es que todos, ya

no se asoman, esperan a que llegue hasta su puerta y con el simple hecho de oler saben lo que les espera de desayunar; esos olores que para muchos pueden resultar nauseabundos, para otros son un manjar.

Algunos vuelven a los brazos de Morfeo por unos cuantos minutos, otros comienzan a planear su día, y otros más, simplemente esperan. Se escucha el primer portazo, acompañado del ruido de las llaves que liberan un poco este encierro, están abriendo las celdas. Así empieza nuevamente la carrera por sobrevivir un día más, y restarles un día menos a sus condenas.

LA OTRA SANTA MARTHA

Tiara Daniela Mendoza Pérez

*El poder es la capacidad no sólo de contar
la historia del otro, sino de hacer que esa
sea la historia definitiva.*

Chimamanda Adichie

A la periferia de la gran ciudad monstruo se encuentra Santa Martha Acatitla, un pueblo arrasado por la urbanización y la falta de agua. Entre sus construcciones del nuevo siglo se encuentra el Centro Femenil de Reinserción Social que lleva su nombre. Si bien forma parte de la alcaldía Iztapalapa, pues padece de sus desventuras, en este lugar ocurren las más diversas y variadas prácticas, casi como habitar otro mundo.

Los muros sin agua

A las siete de la mañana comienza a salir el flujo disperso de agua, un crujido emerge desde las entrañas de la maquinaria; retumban las tuberías a punto de desbordarse.

En el interior de cada estancia, la encargada de este día tiene el deber casi religioso de atender el llamado. Tiene que

llenar los botes vacíos de 20 litros, no importa que el líquido salga de a poquito, con olor a huevo, con tierra y pelos o partículas desconocidas. Los botes se llenan a diario, esa relación escatológica en el agua es quizá lo que nos hermana con el exterior, sabemos del día cero, hay un intento para conservarla, pero convivimos con la amenaza latente de que una mañana ya no abrirán la llave.

También a esa misma hora abren los candados, comienza el bullicio de los carros de basura, recorren furiosamente el “kilómetro”; ese pasillo techado y blindado de concreto que une nueve edificios: A-, B-, C-, D-, G-, H-, I-, E-, F. con otras áreas administrativas: servicio médico, servicios generales, jefatura, íntimas, jurídico, centro escolar, tortillería, panadería, purificadora, organización, trabajo y talleres. A la vieja escuela del panóptico la bestia tiene forma de semi hexágono impenetrable e imposible salir de ella.

Resuenan los contenedores de aluminio en la cocina, y ahí ya listos con frijoles, atole y huevo del desayuno. Comienzan las risas, los gritos, las frases célebres de las madrugadoras. “Gracias a Dios de Durán”, los albures y cuchicheos, que por la extraña y arquitectónica razón todo se escucha. Los domingos, por ejemplo, son días movidos, el comedor se llena de puestos para vender en las salas de visita familiar. Primero baja el puesto de cafés, porque la demanda de caféina es alta; le siguen los tacos de Barraza, las aguas frescas, los eskimos, algunas veces las hamburguesas, chilaquiles y al final las botanas y dulces.

Al contrario de lo que se piensa, Santa Martha es un lugar limpio. “brigadas, apoyos, fajinas y aseos” se hacen hasta dos veces por día y desde tempranito. El uso excesivo de cloro es como el modo de redimir culpas o simplemente

porque somos muchas en un lugar tan reducido y se vale vivir bien.

La magia del dinero o por qué lo prohibido lo venden adentro

La clientela compra su cafecito: custodios, custodias, personal de mantenimiento, internas, trabajadoras sociales, enfermeras, pasantes, psicólogas, licenciadas, etc. Nada de cafeteras francesas o italianas, nada de ollas o teteras, aquí se prepara una gran variedad de bebidas con agua hervida de la resistencia: leches, infusiones, capuchinos y tés.

También hay hot cakes, tortas y sándwiches recién hechos con la sarteneta eléctrica; nada de estufas o anafres, es el puro ingenio de la tecnología obsoleta. Son contadas las sartenetas, licuadoras o parrillas de termostato, pero eso no impide preparar platillos de afuera o muy al estilo santa mar-teño: flanes, lasaña, elotes, tamales, carnitas, plátanos fritos, tacos de canasta, banderillas, huaraches. Solo es cuestión de tiempo, determinación y por supuesto dinero.

Pero ojo, no existe un mercado o una tienda de autoservicio para obtener un objeto, insumo o materia prima, ingresa forzosamente por la Aduana principal lo que implica una revisión minuciosa por la máquina Rapisen y la curiosidad del personal. Prohibidos los metales, las varillas del brasier o instrumentos de dudosa procedencia, como un rallador o pelador, prohibidas las frutas porque se fermentan; enlatados o Tetrapak. Prohibidos los empanizados, mariscos o chiles rellenos; prohibidos los polvos como la canela, la avena o el chocolate. Prohibido sonreír, les faltó agregar.

Todo es potencialmente peligroso, potencialmente es un estupefaciente, potencialmente divertido y por tanto prohi-

bido. Bueno, el carácter de prohibición dura el tiempo del acuerdo, con una moneda o un billete todo se resuelve o en su defecto, se consigue aquí adentro a tres veces más del precio original. Los oscuros canales de la corrupción operan silenciosa y efectivamente, un secreto a voces, un murmullo constante. Porque eso sí, la droga no entra por la puerta, pero aquí se vende como pan caliente. Las paradojas del encierro, donde nada entra porque al parecer ya estaba aquí.

El caracol

A las diez de la mañana, la sala principal ya tiene algunas mesas apartadas con bolsas o mandados. La visita comienza a entrar al ritmo de Jerry Rivera o Grupo Firme, bajan rápidamente por “el caracol”: una rampa en forma de espiral por el que la gente libre transcurre el lumbral del encierro para poder ver a sus seres queridos. Traen sus bolsas de asa repletas de guisados, papel higiénico y productos personales; traen todo desordenado y revuelto porque previamente fue manoseado, picado y olido en la revisión.

La visita: madres, tías, abuelas, hijas, nietos, esposas, esposos (los pocos), amistades, vecinos; vienen con sus ropas que poco combinan y poco les queda. Sólo pantalones y blusas moradas, rojas, verdes, vino o naranja están permitidos. “Madre, le ayudo con su blusita”, increpa la estafeta sonriente, acostumbrada al ajeteo y molestia de hombros. Se acomoda la blusa y recorre entre 50 y 100 metros del kilómetro, decidida devuelve el equipaje y espera pacientemente su propina.

La visita también sonríe por la “misión” y piensa cómo esas mismas bolsas que cargó desde su casa al fin se acercan

a su destinataria. Desde este lado, las internas que tenemos visita preparamos una bolsa con lo básico: platos, cucharas, servilletas y los toppers de la visita pasada. Sin duda el cuerpo se acostumbra a todo para bien o para mal. La disciplina es que sólo podemos ver a la visita dos veces por semana, vienen a prisa, comen de rápido, platican lo urgente y se van.

Se nos esfuma de las manos, pero hacemos como si nada pasara, como si siempre hubiera sido así. Los tiempos en Santa Martha son ficticios: los hijos crecen más rápido recordando a una madre interna; las madres piensan en sus hijos toda la semana que a veces duran años, y la interna espera sin tregua este momento fugaz pero real. Porque el día de visita, es día de reencuentro, de fiesta.

Elegimos la mejor ropa, esas ropas eternamente azul marino. Elegimos la mejor sonrisa, aunque sea maquillada o a medio salir. Cinco de la tarde comienzan las despedidas, es cuando la presencia de la cárcel sopla a nuestras espaldas: ellas se van, nosotras nos quedamos.

Cada quien asume la dinámica a su manera, porque incluso las mujeres que “inauguraron” este lugar hace 21 años, cuentan que no se acostumbran a esto. No somos de aquí ni de allá.

Otra vez el caracol y el gentío son uno mismo; sólo bolsas vacías y cansancio. Algunas niñas o mujeres extienden la mano y dibujan en sus labios un “hasta luego”. Esto es desgastante, pero la gente de afuera promete volver. Nos queda un sabor agrídulce en la boca.

Después de la visita es momento de “las cobranzas”, cada una tiene su libreta y pluma en mano, dispuesta a cobrar lo que le deben. “Te veo amiga, ¿te puedo cobrar?” “¿Me vas a dar esta semana?” La forma en que se cobra puede ser en los

tonos más dulces hasta la hostilidad fría y cercana al golpe o al “pechugazo”. Hay quienes viven endeudadas, quien nada compra, quienes venden sus cosas por unas piedras o quienes hasta venden piedra.

Es un flujo inacabado de dinero, todo objeto puede convertirse en moneda, que será parte de una cadenita de “misiones, encargos, deudas, paros, créditos y de tandas”. Tandas para cualquier bolsillo, diez o cincuenta pesos, \$200 por visita o \$500 a la semana. No es que no tengamos dinero, es que está circulando en otras manos.

El candadazo o el encontronazo de dos mundos

Siete y media comienzan a cerrar las estancias, en el interior charlamos de lo que ocurrió en el día, cenamos o sólo nos dejamos acompañar por el silencio. De vez en cuando nos preguntamos cómo se sentirán las noches en medio de la calle. Aunque rápidamente se esfuma la nostalgia porque la máxima “canera” es que esto no es eterno y terminamos por creérnosla.

Con suerte vemos la televisión; series, programas, noticieros; especialmente en éstos nos enteramos de lo que ocurre al otro lado, en efecto, sí parece un mundo lejano, pero indudablemente formamos parte de él, aunque mucha gente no lo crea. A veces hacen referencia a Santa Martha el penal, lo asocian a un lugar sombrío, peligroso, repleto de delincuentes, drogadictas y prostitutas; o al contrario, de víctimas inocentes. Y nosotras sonreímos porque su visión es estrecha, corta y limitada. Monopolizan la imagen de muy difícil acceso a su conveniencia, pero lo cierto es que la otra Santa Martha es un mundo que cohabita con el de afuera.

LA RUTINA, UN DÍA MÁS, UN DÍA MENOS

Jesús Enrique Gutiérrez Robles

Comienza el sonido de fierros chocando entre sí y las puertas a abrirse, tomo conciencia, medio abro los ojos y mis sentidos comienzan a dividir y a identificar los sonidos. Son las 6:30 de la mañana, lo de todos los días son los candados y las rejas que son abiertas para comenzar con el rutinario pase de lista, se escucha al unísono: ¡Bolaños, Ramírez, Carrizosa!, no alcanzo a escuchar el segundo apellido porque aún seguimos “apandados”. Esa voz autoritaria llega a mi “cantón” y como es costumbre con un tono fuerte comienza a decir el apellido paterno de cada uno de nosotros, al tiempo que nosotros replicamos con el materno.

Termina con el pase de lista y a los pocos minutos pasa el candadero que es un interno más como nosotros a quitar el candado, y a un costado en mi camarote escucho cómo la “banda” que no es bienvenida a su celda es echada así, como si se tratase de tu mascota que corres de tu cuarto para que se vaya a hacer sus necesidades fisiológicas. Ese intento que va de un lado a otro con su costal de pertenencias, simulando un peregrino de Chalma.

Con la conciencia aún en progreso, estiro mi cuerpo y casi sin darme cuenta un compañero entra al baño, la rutina está tan impregnada en nosotros que casi inmediatamente empiezo a doblar mis cobijas; acción que llevo haciendo desde que llegué a Santa Martha.

Abrimos la reja corrediza y después de barrer el cacho de piso que nos toca de la zona, sacamos el mueble con café y dulces, y de forma consecutiva armamos un carrito con más golosinas. Llega el compañero que diario lo atiende, su cara refleja la rutina. Con café en mano nos pregunta si ya le pusimos pollitos de chocolate.

Al asegurarse que todo está en su lugar, deja su café en un lugar seguro, toma el carrito y se conduce al mismo sitio de siempre, a la misma columna, a sentarse en la misma banca del comedor para hacer lo que ha hecho durante dos años; sacar los gastos diarios a través de los dulces.

Así inicia mi martes, acomodo mis pertenencias en mi repisa, veo que en mi caja pollera, tengo un desastre de ropa y mis libros están desordenados, eso no me gusta y después de acomodar todo en su lugar y cerciorarme que todo está bien, me preparo un café y tomo mi encendedor para dirigirme al comedor. Me salgo a desayunar y me encuentro en la misma postal de todos los días, esa imagen que ha tenido leves modificaciones desde que llegué.

Esas modificaciones se ven reflejadas en las personas que ya no son las mismas, el vato que vende puros y velas o el tarjetero sufrieron cambios. La postal de la charola con puros y velas, y el carrito de dulces se complementan con la gente que diario nos visita como en el caso de Charly Brown que siempre llega a pedirnos encendedor prestado para su “toque”.

La ruleta comienza, y lo digo de esta forma porque en este lugar por todo y por nada comienzan a chingar a su madre; que, porque “me viste feo”, “no me quieres apoyar con un peso”, o “porque la rondalla”, entro y vienen buscando puntas o droga. Y como si fuera una premonición se escucha un chillido en forma de piropo callejero que avisa que efectivamente llegó el rondín, pero no tardan mucho y se van al dormitorio.

Se escucha un grito que expresa la palabra ¡limpio! Esta palabra nos permite seguir con nuestras actividades habituales como fumar mota, hablar como niño chillando en la estancia y reventar alegrías y yupis sin problemas. Se escucha “Héroe de Leyenda” de Héroes del silencio, sigo en mi onda, desayunando y escuchando la conversación de mis compañeros: “no mames, lo encontraron en los botes de basura del ‘front’, pinche vato cagado”; “sí wey, pero lo más culero es la putiza que le va a dar la tira por pendejo”, risas al unísono.

Es la historia de un infeliz que por sus deudas y su paranoia se escondió más allá de la hora del cierre. Ahora se va a ir castigado 15 días, pero da igual, en su estancia ahora tienen más espacio y si no regresa, mucho mejor. La mañana transcurre sin penas ni glorias.

Llega la hora del “rancho”, los compañeros se empiezan a formar, se colocan los más longevos del dormitorio delante de la fila y no porque vengas llegando vas a estar hasta atrás, la edad los ampara. La repartición comienza, es carne de dinosaurio, “a huevo, wey”; “sepa la chingada que sea; caballo, res o humano, da igual”. La carne y la papa están bien cocidas, junto con el arroz y el frijol se pone mejor. La fila de la repartición del agua se hace presente, el agua es roja y no me la pienso tomar porque quiero a mis riñones, “tú que te apendejas”, grita un compañero

con su jícara en la mano; terminamos de comer y sigue el toque. Fumamos y escuchamos: “Tequila Sunrise” de Cipress Hill.

Miro mi reloj y veo que es la hora de hacer ejercicio, me apresuro a mi cantón, me cambio de ropa y como relámpago me aproximo al gimnasio. Lo más agradable de esta rutina es el ir a hacer actividades físicas, liberas mucho estrés y también abunda la pinche gente de mierda, pero al llegar y calentar el físico, llega la primera tanda de flexiones en la barra, voy a los fondos, me muevo a hacer calistenia, levanto peso muerto; me canso y me siento feliz y satisfecho.

En la cárcel es difícil estar solo, y en mi casa yo hago ejercicio sin compañía, no es que sea antisocial, pero la soledad es bella y más cuando la enfocas al cultivo del amor propio. Toca mi turno de estar en el carrito de dulces, ya faltan dos horas para el cierre, me pongo a acomodar papas y cigarros, el borrego llega con sus faramallas burlonas, “ay el diamante, ay el diamante, qué miedo”. “Dame un varo de sábanas y un cigarro”, dándome al mismo tiempo 2 pesos. “Oye hijo de tu pinche madre, el cigarro cuesta dos pesos y todavía quieres un peso de sábanas, no seas verga y puto, y todavía me pones el cartelón ‘yo no vengo de allá’, oh wey, no seas culero, dame acción. Toma y lárgate pinche rata”.

Las rejas comienzan a ser cerradas, pero eso no me preocupa, porque aún sigo en el comedor, pero en diferente área, así comienza el cierre. El recorrido que hizo el carrito en la mañana, es el mismo que yo hago para regresar, y como disco que va de reversa, el acomodo de las cosas dentro de la estancia se presenta como un tetrís. Nos acomodamos, y adivino que, en la soledad interior de cada uno, descansamos, sabiendo que ya pasó un día más y, sobre todo, un día menos en este lugar.

TESORO SIN VALOR

José Martín Ramírez Ronquillo

Los dormitorios

Se ubican dentro de un rectángulo de cien metros de ancho por doscientos de largo, son dos edificios, a los lados los dormitorios ocho y nueve, cada uno tiene cuatro zonas; dos arriba y dos abajo, cada zona con doce estancias respectivamente y cada estancia alberga, por lo menos, a cinco personas privadas de su libertad; entre violadores, homicidas, infanticidas, feminicidas, ladrones, secuestradores, gente de los cárteles, presos políticos, inocentes, y toda la alta y baja gama de delincuentes que gusten y manden.

La entrada, y salida a la vez, la encontramos en la parte de la esquina que da al patio, hace unos años el color oficial era azul celeste, por eso se le conoce todavía como “casa azul”, no sólo los dormitorios sino toda la estructura institucional tenía ese color; hoy en día los colores han cambiado, y encontramos en gris toda la cancelería y en blanco todo lo de concreto.

Las personas que se pasean por el pasillo, que no rebasa los dos metros de ancho y cien de largo, despiden un olor

a traición y a muerte hasta en la sombra; será por eso por lo que la sociedad los considera de lo más bajo como seres humanos; no saben estar en paz consigo mismos, traen una legión de demonios hasta la médula, que no los deja pensar en otra cosa que no sea dañar al prójimo.

Ateos en su mayoría, otros tantos le muestran adoración a “la madrina”, un puñado más, le van a los santos católicos y un grupo selecto, los que se sienten más oscuros y desalmados, los villanos por excelencia le ofrecen sus votos al supuesto “príncipe de las tinieblas”. En fin, personas que no han sabido demostrar y compartir amor ni con su madre, ¿será posible que un día cambien?

Las palapas

Existen más o menos veinticuatro palapas repartidas por todo el patio, se encuentran separadas una de otra por una distancia de un metro; tienen forma cuadrada en la parte del techo al igual que la mesa, que es atravesada en el centro por un pilar de concreto y varilla de veinticinco centímetros por cada uno de sus lados, que son cuatro. Desde la base al techo, cuenta con una altura de 2.20 metros, la pintura la han dejado al libre albedrío de quien desee ocuparla y adueñarse de ella por medio de la violencia, agresión e intimidación. A cada lado tiene una banca, donde se pueden sentar las personas, en realidad no son cómodas ni estéticas, de hecho, algunas parecen vestigios de una zona de guerra, pero son funcionales y solicitadas.

El patio

En uno de los dos extremos de la anchura, por donde se deja ver el sol cuando se oculta, se encuentra la entrada principal hacia esos dormitorios más aislados de la población general; ahí están dos puertas de color gris, una para la entrada y salida de personas y la otra para los suministros de las tiendas, pues se encuentra diseñada para la entrada de vehículos más grandes que son empujados por los internos.

Partiendo de ahí mismo, de frente y hacia adelante en la parte lateral izquierda, nos encontramos con una concha que tiene un doble uso: frontón y fútbol rápido, aunque está más delimitada para el frontón. Es una esquina que hace un ángulo de 90°, con dos paredes de una altura de nueve metros aproximadamente.

Pintadas de color verde militar, la parte superior cuenta con un alambre de acero, conocido como “serpentina”, el cual hace imposible cualquier intento de subir, y es por encima de él, donde pasan las pelotas que son vistas por última vez; tiene ocho metros de ancho por veinte metros de largo; sus dimensiones son marcadas con pintura amarilla, para que sean visibles las pelotas que pegan fuera de la cancha que tiene forma rectangular.

La parte frontal y en medio de los dos dormitorios, se encuentra un espacio que es ocupado por diecinueve palapas que están acomodadas de forma horizontal. Al final de este mismo paisaje, en la pared del fondo se encuentran pintadas dos imágenes a las que las personas le entregan eso que llaman fe, la virgen de Guadalupe y san Judas Tadeo. Hace muchos años fueron plasmados por criminales de la vieja escuela; la mayoría de los presos, les demuestran un respeto

solemne por dos motivos posibles: desde pequeños aprendieron por imitación, hábito o costumbre, a demostrarles reverencia a los supuestos culpables de los milagros, y la otra, sería, el hecho de mayor peso, que aquellos delincuentes, pertenecían algunos a la élite de “malandros” que tenían perturbada a la Ciudad de México y sus alrededores, gente que había aparecido en los noticieros por la gravedad de sus delitos. Incluso, hubo una renovación general y las imágenes se mantuvieron intactas, si acaso una retocada para que se vieran mejor, ni con la remodelación se pudo borrar ese aspecto lúgubre, siniestro, frío y arcaico que caracteriza a esos edificios.

En el lado derecho, por donde se asoma el soberano del sistema solar, como a siete metros, muy cerca de la puerta gris de la entrada principal, se encuentran cinco palapas alineadas de forma diagonal, hasta topar con pared, en ese mismo cuadrado alargado en sus extremos, hay unos cuantos aparatos y accesorios de fabricación “canera” que utilizan los reos que desean tener una buena figura y condición física, algunas pesas de diferentes tamaños, mancuernas, burros, una barra paralela; muy modesto todo, en un espacio de 5x5 metros de longitud.

Este pequeño sitio se conoce como el “valle de los marmados”, todo rodeado por una pared de nueve metros de alto, tiene a su alrededor cuatro bancas de una altura de un metro y un rectángulo en la parte superior que ha servido en diversas ocasiones como piedras de sacrificio; ya que, desgraciadamente, se caen las crías de los pájaros que habitan dentro de los diferentes zapatos y balones viejos y rotos que se hallan colgados de la serpentina.

El piso

El rostro desfigurado del personaje Frankenstein, parecería una obra maestra y con defectos mínimos al cotejarlo con lo que se tiene por piso en este lugar; no existe alguna parte plana y uniforme en todo el patio, salvo escasas excepciones. Debajo de las palapas, precisamente, es donde se puede apreciar un pedazo estable, el 80% son pedazos, trozos, retazos, fragmentos unidos que conforman el suelo por donde se camina. Es más fácil y sencillo encontrar una colilla de cigarro que una superficie donde se mantenga estable una mesa; da la impresión de que hubo una explosión que dejó convertido el suelo en un rompecabezas.

Donde el tesoro pierde su valor

Comienza el alboroto, cerca de 140 reos salen y entran como si supieran a donde ir y llevaran prisa por llegar. No muy lejos, se escucha “buenos días a todos, menos a un ojete” y todos de manera unánime a través de un silbido le contestan sacando lo mejor de sus pulmones y con toda su envidia, un recordatorio de aquella mujer que sirvió de enlace y puente para que todos pudiéramos llegar a esta tercera dimensión.

Todo mundo se arremolina alrededor de los lavaderos que se ubican cerca del gimnasio, recargados sobre la pared de uno de los edificios frente a las palapas, son y tienen un parecido muy familiar a los de cualquier vecindad de esta ciudad. También cuentan con las cicatrices que ha dejado el tiempo y el maltrato sufrido. Tienen cuatro llaves de plástico, que tiempo atrás fueron de metal, sostenidas por dos tubulares huecos que se cruzan en uno de sus extremos contrario a

la base. Una de las llaves queda libre para cualquier individuo que desee llenar sus botes con el vital líquido –del cual dicen los árabes, es lo único que puedes amar más que a una mujer– que es transparente a través de la tubería y que llega limpio y en abundancia, incluso el servicio es mejor que en la calle y casi nunca escasea.

Éste es uno de los motivos principales que justifica el desperdicio inconsciente que se hace del compuesto H_2O , algo fuera de lo común, alrededor de 7,000 litros que supuestamente se ocupan para lavar todo tipo de prendas textiles, hay que mencionar que no existe fuga alguna que aumente su desperdicio a pesar de que la tubería tiene casi cincuenta años de antigüedad. Es impensable que, en un lugar como este, el agua salga a borbotones para que esa bola de orates pueda disfrutar de un Tepetongo en la cárcel; así como también aprovechan para lucrar con ella, lavando cobijas y ropa ajena; principalmente por los preferentes, éstos que llevan años drogándose y disfrutando el dinero que sacan gracias al agua que no tiene costo alguno.

Sin excepción, el tirarla provoca una sensación de libertad inalcanzable para muchos, pues sus sentencias impuestas son de las más altas del país. En esa parte del patio pueden verse personas bañándose y que constantemente maldicen sus vidas, odiando cuanto se pueda odiar, otros lavan sus ropas o las de alguien más, algunos acarrean agua hacia las estancias por unos pesos.

En algunas de los golazos se observa a los jugadores de la “poleana”, esos ludópatas que por la discusión de alguna jugada donde se apuesta “un peso”, muchas veces terminan a golpes.

Los tenderos te hacen sentir o pensar que te encuentras en una de las abarrotadas calles del Cairo; ropa, prendas, cobijas, calzones, calcetines de todos colores y diseños que te llevan a pensar que aún eres libre, parece un mosaico multicolor como si fueran ladrillos de Lego. Ninguno de los ahí presentes tiene la mínima impresión, sensación o culpa de los muchos litros de agua que se tiran para después terminar en el Lerma o en el de los Remedios, sin siquiera saber cómo llega, quién la paga, a quiénes les falta, cuánta existe en total para consumo humano ¿Hasta cuándo contaremos con ese milagro?

Podemos estar seguros de algo, pocos saben que, al igual que la libertad, el agua no tiene precio y nadie sabe lo que tiene hasta que lo ha perdido; como un tesoro sin valor. Es aquí donde me toca ser actor y espectador.

¿A QUÉ SUENA LA CÁRCEL?

Sandra Pilar Villareal

Pues sí que suena y resuena muy alto, ese griterío por las mañanas de las compañeras, amigas, amores que ya se están dando los buenos días hasta el módulo (castigo), que están es ese lugar por haber cometido una infracción como tener algo no permitido: un celular, drogas, memorias usb, bocinas, por haber moqueteado o dado una santa madriz a esa compañera fastidiosa, faltosa, borrega (que cuenta todo) diciéndoles que pronto harán la misión para que la pasen mejor un día de esos, sus días de castigo.

Suena a ese abrir de candados de cada estancia, a ese golpeteo de puertas por las jefas anunciando el primer pase de lista, suena a ese despertar obligado y fastidioso, a una mala noche por esa buena rumba de chochos o marihuana ingerida durante el tiempo que otras duermen; suena a que se estuvo escuchando en algún rincón: “en un dos por tres ya te olvidé”, y el sonido silencioso de los sollozos por aquel amor traicionero y desentendido, o suena el rítmico vals en los brazos de Morfeo que anuncia el descanso y los sueños...

Es un día más y un día menos en esta cárcel, también suena a ese “chanclerío”, tratando de imitar a doña Florin-

da, y no faltan los gritos al unísono de “necesito bañarme”, “apúrate”, “hay que salir a cumplir con las actividades”, sonidos que van dando cauce al paso de las horas.

Comienza el azote de botes mañaneros tratando de ser llenados de agua para cubrir la necesidad básica y tener para todo el día, incluyendo el baño para no estar tan chirimiquí. Suena a ese rechinado limpio, a ese choque de jalador con las camas o camarotes que están hechos de acero, a ese tintineo que hace el palo de madera con los bancos fijos del mismo material de las camas; suena y huele a ese tallar de pisos con jabón y “fabuloso”, suena a que ya iniciamos un día más.

A lo lejos se escucha a ese grupo musical de muy versátil sonido, indicando el siga y el alto, a esa canción que indica ya el movimiento callejero; a ese ronroneo de motores de autos en circulación, en el vaivén de una cotidianidad; a ese guitarrazo de bullicio entrañable que no tiene principio ni fin, a ese encantador sonido de libertad física.

Lo que no hay es reposo para el oído por esos gritos interpretados por las estafetas que son internas, que ayudan en diferentes áreas: culturales, control escolar, trabajo social, organización de trabajo jurídico, entonando tu nombre completo porque ya te solicitan en alguna instancia y debes presentarte lo antes posible; pero las que más gustan son las que llevan una cierta “tonadita” del jurídico, ya que son las más importantes porque proclaman ese anuncio tan esperado: tu próxima audiencia o alguna notificación sobre tu caso jurídico.

La cárcel desborda muchas tonadas, unas complicadas donde se andan hasta mentando la madre o con pleitos maritales; por nada o por todo o por si acaso, es tan complicada,

quizá, la convivencia tanto de puros como de puras mujeres, como en nuestro caso.

Los kilómetros, así se llama a los pasillos que comunican a los edificios unos con otros, suenan con un volumen muy alto que retumban a “regálame una moneda”, “te vendo un Naproxeno, Fluxaconazol o Metamizol sódico”, “llegaron las quesadillas, chavas, de queso y chicharrón”. Suena a esa necesidad de ganar una moneda para comprar drogas o sólo para cambiar el menú, como si una comiera en la calle, y no en casa, con el “rancho” (comida que el penal sirve) de nuevo.

Al mismo tiempo se oye ese sonido esperado por las mañanas, porque tus tripitas no dejan de marcar ese ritmo de que necesitan algo de energía para comenzar a tocar una linda canción y comenzar el día; el sonido de las palabras encantadoras hace que bajemos en fila danzando, en un ir y venir con los envases dispuestos a que se sirva el “deees-saaayuuunooo”.

También se logra escuchar esas voces suplicantes de “jeeefaaa mi curso, jeeefaaa mi curso”; esto es para que la jefa abra las rejas de la estancia y se pueda salir a tomar el desayuno e ir cada una a sus respectivas actividades, aprovechando que están abiertas las rejas. Ese gran bullicio de concentración de compañeras solicitando les sirvan su comida es el coro que se hace presente dos veces al día.

De pronto se rompen todos los sonidos con el “ya segundo nivel, súbanse”, es cuando ya termina la repartición del desayuno. Mientras eso pasa, las estancias que son catorce por nivel, con por lo menos cinco miembros o integrantes, se someten a esa melodía de “preparémonos o sigamos durmiendo”, y el quehacer individual ha llegado.

¡Ah, cabrona cárcel, cábula y canija! Que el propósito no es dejar ensordecido al compañero de al lado sino el llegar a tiempo al pase de lista de las dos de la tarde, y así mismo aprovechar y sacar un poco de alimento, aunque sean frijolitos y tortillas para acompañar lo que trajeron en la visita familiar.

En cana suena mucho a tránsito, locura, desesperación, a que tengo que llegar al pase de lista porque si no te certifican (revisión médica) para que pases a consejo y expliques por qué no llegaste con la jefa a checar tu lista o tu presencia física. “Sí, el tráfico está muy pesado, ni siquiera escucho mis propios pensamientos”, como diría Carlos Monsiváis en una de sus crónicas.

Esta sinfonía tocada en cana entre despedidas, el ir a dejar a sus chicas a las estancias donde viven, con el tronido de labios anunciando que ya se terminó el día, ya es hora de abandonar a ese trovador que tiene tu novia dentro, declamando ese amor verdadero, ya que se verán hasta mañana. Se oye bullicio de vecindad, contando los últimos chismes y sucesos de esas películas que se corrieron, que sonarán hasta que haya otros actores.

A lo lejos ya se oye esa tonadita de himno mexicano que suena a que siguen despiertas algunas compañeras, y, aunque, no tan audible, también se escucha la devoción de algunas, entre rezos y plegarias muy íntimas y silenciosas, como si quisieran que esa arpa de melodiosa canción divina las llevara lejos de la prisión, pidiendo a Dios una oportunidad para una pronta libertad física, y así cantar con mariachi y tambora, y lograr una gran fiesta con algarabía y mucho júbilo por estar con tus seres amados.

LA VIDA DE ESTE LADO

Héctor Mauricio Hernández Guzmán

Se dice que cuando se llega a la cárcel no se sabe qué sigue. Las personas se aferran a la idea de que en algún momento la familia, el abogado o las amistades lograrán evitar la reclusión, pero se va perdiendo esa esperanza cuando se oye como se cierran las rejas y se entra al mundo de la prisión.

Sentir y pensar es lo que más se hace en la cárcel, experimentamos todas las sensaciones: alegría, esperanza, miedo, enojo y, sin embargo, nuestro comportamiento ante los demás es una actuación, entre menos se muestran los verdaderos sentimientos, mejor; así que también se aprende a disimular.

El primer impacto es aterrizar en una vida donde los compañeros permanentes son la desconfianza y la inseguridad en un ambiente lleno de sorpresas. El ingreso a la prisión es el fin de una vida anterior y el comienzo de una nueva, en muchos casos totalmente diferente de lo que conocíamos.

Conforme pasan los días, se va sintiendo el paso del tiempo, de los años que quedan por delante, la opresión del encierro; y puede empezar la desesperación, dando lugar a lo que comúnmente se conoce como *carcelazo*. Es una experiencia

tan dura, que quien no lo sabe tolerar, se puede meter en problemas, aunque también hay quienes desde el principio se ponen como meta no morir en el intento.

La cárcel encierra los cuerpos en espacios limitados, lo cual altera la salud física y emocional de las personas y las separa de sus ambientes conocidos. Es por ello que los mayores tesoros de nuestra vida están en nuestra mente y nuestra imaginación; por eso alguien decía que se puede encerrar el cuerpo, pero nunca el espíritu.

Para muchos de nosotros, vivir en prisión es una experiencia que pone a prueba nuestra capacidad para ser libres. Aunque la cárcel es un castigo muy fuerte para muchos, también se vuelve un lugar donde se encuentran oportunidades que no pudimos tener afuera, como estudiar en la universidad o aprender un oficio, algunas personas, incluso, se convierten en actores, escritores, profesionales o artesanos.

Aunque también aquí es donde se aprende la extorsión, el insulto, la amenaza, el coscorrón, la bofetada, la paliza, el azote, el cuarto oscuro, la ducha helada, el ayuno y comida obligatoria e insípida, la prohibición de decir lo que se siente y la humillación pública; son algunos de los métodos que se utilizan para castigo de la desobediencia y escarmiento de la libertad, la tradición perpetua crea una cultura del terror que nos humilla y nos contagia la peste del miedo.

Y decimos esto, ya que cuando llegamos por primera vez se actúa por inercia, obligación, obediencia y miedo, más que por voluntad. Te asustan, y lejos de ir sereno a tu celda, te sientes igual o menos nervioso que el día que te aprehendieron. Te llevan a lo que llaman “ingreso”, pero antes en el servicio médico te hacen una revisión exhaustiva de pies a

cabeza; te asignan un custodio para que te conduzca hacia los túneles.

Esa travesía es espantosa, tétrica; tal pareciera que fueras a asistir a tu propio funeral o a escoger la tumba. Desde que empiezas a bajar las escaleras se siente un frío que penetra hasta los huesos como si estuvieras entrando a una cámara de congelación. Huele horrible, a orines, humedad y poco a poco la oscuridad domina el túnel hasta que por fin llegas a tu celda.

Una mañana, apenas se habían retirado los candados de la celda, entraron varios internos y empezaron a golpear a uno de los compañeros que vivían conmigo; le amarraron las manos y le metieron unas esponjas en la boca para ahogar sus gritos de dolor. A otro que también vivía con nosotros le pusieron un puñal en el pecho y amenazantes le dijeron “la bronca no es contigo, no la hagas de pedo ni te chivatees porque te puede pasar lo mismo”. Por lo que estando arriba de los camarotes opté por cubrirme con las cobijas y taparme los oídos para no escuchar el tormento que le daban al homicida. Lo golpearon con tal sadismo que sus gemidos fueron disminuyendo y sólo se escucharon golpes secos, como si golpearan a un costal de papas. Al pasar un rato todo quedó en silencio y se salieron para que posteriormente entraran los custodios y nos llevaran a certificar y decirles quién lo había hecho y por obvias razones, nadie de los presentes dijo el nombre del hacedor de tal barbarie, por lo que quedamos en el módulo castigados por seis meses.

Estas malas y buenas experiencias nos dan a saber que la cárcel es toda una escuela, donde se aprende a reconocer los comportamientos y estados de ánimo propios y de las personas con las que se convive, esto ayuda a evitar problemas.

Así también se valoran los días de visitas. Entonces, el penal parece tianguis; desde la entrada se ve un gentío, principalmente de mujeres. Hay quienes cargan bolsas que dejan ver la pasta de dientes, los jabones, también llegan con cacerolas llenas de comida. Filas de personas que se arman de paciencia para entrar poco a poco y pasar la revisión que incluye alimentos, ropa y objetos; todo esto revisado con mucho cuidado.

Los días buenos son cuando no llueve, aunque de todos modos las visitas aguantan con valor, tapándose con lo que tienen a la mano. No todos los de adentro tienen visita, hay a quienes no les visita nadie o han sido abandonados poco a poco. Es por ello que la cárcel la hemos tomado como una escuela de la vida, porque hemos aprendido mucho para enseñar a nuestros hijos, a que ellos nunca caigan en este lugar al que tuvimos que llegar para aprender una nueva forma de vida: “la vida de este lado”.

LECCIÓN DE UNA CELDA

Sayuri Clarivel Montero Martínez

La celda se cerró detrás de ellas, de cada una, con ese sonido tan peculiar de llaves y puertas de barrotes, comenzó una nueva etapa en sus vidas. Durante los siguientes años, la cárcel no sólo fue un lugar de confinamiento, sino también un inesperado terreno fértil para el aprendizaje, la reflexión y el perdón.

Mujeres de distintas edades, sociedades, culturas y conocimientos han ingresado a este sistema penitenciario, con una mezcla de muchas emociones, sobre todo de miedo y resignación, la primera lección llega rápido. La importancia de una adaptación dentro de esas cuatro paredes, enfrentarse a estrictas reglas sociales y jerárquicas, desde cómo se hace la limpieza en la celda hasta cuál debe ser el mejor comportamiento para sobrevivir aquí; así como los horarios de limpieza, baño, comidas, cuántos días toca la “fajina” por ser nueva, cuál será la aportación de cada una en ese lugar de convivencia: la celda. Finalmente se trata de adaptarse a ese estilo de vida al que nadie se acostumbra, pero, sobre todo, a tratar con desconocidas.

Hay que saber moverse en este nuevo lugar, aplicar el sí o sí: “oír, ver y callar”, pues cualquier palabra o incluso un mal movimiento podría ser motivo de ofensa; así los problemas están a la “vuelta del kilómetro”, donde los gritos y ofensas son el “rancho” de cada día. La sobrevivencia no siempre es de la más fuerte, sino de la que supo adaptarse y aprovechar cada oportunidad que la vida en este lugar le presente.

El tiempo aquí, en tierras de nadie, se mueve lentamente, cada día parece réplica del anterior: levantarse a la misma hora, hacer la limpieza de la celda: lavar botes, baño, barrer y demás cosas que se requieran para vivir mejor en este lugar; desayunar, bañarse, preparar las cosas para la escuela o el trabajo, dependiendo de cada caso.

Con un poco de tiempo descubrieron que la monotonía les daba la oportunidad para desarrollar la paciencia que allá afuera, a menudo, dejaban olvidada en cualquier lugar, en el refri con la prisa de la comida; o en la regadera por el poco tiempo para llegar a trabajar, muchas cosas que hacer y poco el tiempo para disfrutar de él. Ese tiempo que ya no se comparten, ni siquiera para sí mismas, para sus sueños, su cuerpo, para recuperar el verdadero sentido de sus vidas.

En algunos momentos la visita de sus familiares, amigos, fue un salvavidas emocional. Aprendieron a valorar el amor de su familia y a apreciar el apoyo incondicional que les brindaban con tanto amor. Conocieron el verdadero perdón, un perdón auténtico consigo mismas y con aquellos que las lastimaron. Este acto de perdón fue liberador y les permitió comenzar de nuevo.

Aquellas que estaban a unos meses de su libertad se centraron en prepararse para la reinserción en la sociedad, aquella que las expulsó. Trabajaron en sus emociones, en ha-

bilidades laborales y programas de reinserción. Entendieron que para tener éxito fuera de la cárcel, dependían de ellas mismas y de su capacidad para aplicar todo lo aprendido en sus años de reclusión. Cuando llegó el momento tan esperado y anhelado de alcanzar su libertad, al cruzar las puertas de la cárcel, ellas ya no eran las mismas que entraron, estaban armadas de conocimiento, fortaleza, habilidades y su nueva perspectiva de vida. Más sanas mentalmente, maduras y sabias para poder tomar decisiones correctas.

Aprendieron a mantener la calma y a esperar, a ser un poco más felices en la rutina, pues ésta se convirtió en una forma de resistencia. Resiliencia, que se entiende como la capacidad de recuperarse de esas adversidades que les pone cada día este lugar. Esta actitud se convirtió en algo esencial para todas ellas.

La cárcel les ofreció nuevas oportunidades en sus vidas, tanto educativas, deportivas, culturales, como de trabajo o de descubrir potencialidades nuevas en sí mismas, o terminar la escuela para aquellas que la dejaron a temprana edad, o incluso las que nunca tuvieron la oportunidad de ir —a veces por las costumbres, o los problemas, o las necesidades, quizá el hambre y la sobrevivencia— y empiezan desde aprender a leer y a escribir.

Ahora se les presenta la oportunidad de cumplir sueños, metas, deseos; aprender, finalmente a ser libres con la mente; en ocasiones descubren su pasión por la literatura, y los libros se vuelven compañeros fieles e inseparables, les enseñaron sobre otros mundos, otras realidades y experiencias más allá de los muros de la cárcel.

La soledad y el asilamiento proporcionan un lugar y un tiempo de reflexión sobre el camino que se ha llevado fuera

y dentro de la cárcel. A veces de ahí surge la necesidad de buscar ayuda con otros, para empezar a entender los patrones de comportamiento que tanto las perjudican. Su proceso de autoconocimiento fue doloroso pero necesario para su crecimiento personal.

Sabían y siempre fueron conscientes de que una vez cruzando esas puertas todo sería más difícil: encontrar nuevos retos, resolver problemas, recuperar a la familia, volver a formar vínculos sentimentales, enfrentarse a un pasado a veces ya superado, pero no olvidado. Sin embargo, ellas estaban preparadas para enfrentar los desafíos con la misma paciencia que habían cultivado en la cárcel.

La experiencia carcelaria de cada una de ellas, llena de tantas dificultades, resultó ser su fuente de inspiración, de aprendizaje y transformación. Sus historias son testimonios de que, incluso, en los lugares más oscuros y sórdidos donde parece que la humanidad se envilece, existe la posibilidad de crecimiento y de fortaleza, de dar forma a esa humanidad desde adentro, desde el interior de cada una.

UN DÍA DE ENTRENAMIENTO EN LA PENITENCIARÍA DE SANTA MARTHA ACATITLA

José de Jesús Flores González

Una pelea que no se llevó a cabo: “Cámara cabrones, hoy les toca chingarle, hoy vamos a ver de qué están hechos; hoy no está su mamá ni nadie con quien chillen, hoy vamos a ver quiénes son hombrecitos, porque mañana las niñas no volverán a venir, así que cámara tiempo”.

Es el año 2007, están en el gimnasio de la Penitenciaría en el área de box, son las ocho de la mañana y es el primer día, o, mejor dicho, el inicio de las actividades culturales y deportivas. Y es cuando en este año, el consejo técnico, hoy comité técnico, determinó que todos los que terminaron el programa de Oceánica,¹ estén en continuo seguimiento.² Pues muchos de los que terminaron este programa, como

¹ Oceánica: programa para consumidores de droga, basado al programa de Mazatlán, Sinaloa y el programa de Alcohólicos Anónimos.

² Seguimiento: como persona p.p.l. que es muy conflictiva debe estar en continua revisión de las diferentes áreas, principalmente de seguridad y custodia ya que tiene que firmar su lista cada hora.

personas privadas de libertad (p.p.l.) se han vuelto muy agresivas, muy problemáticas y se las viven en el castigo.³

Todos empiezan a calentar, a estirarse y a vendarse; los que llegan tarde hacen dos cosas al mismo tiempo. “Polo, Polo, sácate las caretas⁴ y empieza a ponérselas, como te vaya diciendo”. Polo corre a la bodega y regresa con un costal lleno de caretas, saca las buenas que son dos y las demás las empieza a medio acomodar y grita, “ya están listas; ¿a quién se las pongo?” “Pónselas al grande y a Sosa, que ellos empiecen”.

Se las coloca y les ordena que suban al ring, cuando están los dos en el ring, la historia de David y Goliat se queda corta, el “Grande” mide un poquito menos de dos metros, algo pesado; y en la otra esquina el Sosa, chaparrito, no más de 1.65 y eso sí, gordito, aunque no mucho. Ya con las caretas y los guantes, gritan “¡tiempo!”

El “Grandote” porque desde abajo del ring así se ve; se mueve, aunque un poco torpe, y el Sosa, que es más ligero, se mueve más rápido, él sabe que es más rápido, pero también sabe que un golpe del “Grandote” lo puede tirar; así que empieza a caminar por todo el ring intentando no estar a su alcance, de repente grita el entrenador “¡Cámara niñas, se la van a pasar viéndose todo el día!”.

Y es, cuando el “Grandote” se arranca, se avienta y con un golpe toma por sorpresa al “Sosa”, éste refleja una cara de terror, ya que recibe cerca de ocho o nueve golpes, se enconcha tanto que se hace bolita; sale de repente del ring, se oye un golpe seco y todos corren a auxiliarlo, se queda tendido

³ Dormitorio especial para personas que son encontradas por parte del consejo como culpables por haber roto el reglamento.

⁴ Careta: protección de toda la cabeza simula a un casco y es para practicar Box.

un momento con los ojos cerrados; y, entonces, llega Polo con una botella de agua y se la echa en la cara, reacciona y grita: “¡Estoy bien, estoy bien!”

No que no “¡órale otra vez para arriba!” “No ya no, sí me dolió el trancazo”; “bueno, Polo, pónselas a “Fer” y al “Cholo”, Polo grita “¡ya escucharon!” Se las pone y los sube al ring. Desde que se suben, se ve que se traen odio, ya que no se dejan de lanzar miradas, gritan “tiempo”. Los dos como locos se tiran de golpes, y es cuando “Fer” es tocado por el “Cholo” en la nariz y empieza a sangrar, aprovecha y “Fer” lo abraza sin quererlo soltar; se sube el entrenador y los empieza regañar, “suéltense, suéltense, parecen novios”. Los logra separar, pero “Fer” ya está bañado en sangre, y gritan “tiempo”. Los dos se vuelven a tundir a golpes, y a “Fer” se le olvida que estaba sangrando y se oye “¡tiempo!”. Los dos se paran y se abrazan en un abrazo de hermandad, de perdón de, como aquí se dice, carnales. Y todo el gimnasio reconoce la batalla que dieron porque ahora todo el gimnasio les aplaude.

Entre los aplausos entra en el gimnasio Víctor, y en ese instante se hace un silencio, y es que no viene solo, ha llegado con sus boxeadores. Entran como cuando entra un torero a la plaza, admirado por todos los presentes, ya que saben quién es y la fama que tiene, y detrás de él, todos sus boxeadores: callados, disciplinados y con el aspecto de hombres duros y muy malos; sin decir nada, pero eso sí, si los ojos hablaran, no sé qué tanto dirían.

No saludan a nadie, llegan con el entrenador que es “Paquis”, y habla Víctor, “Qué onda carnal, ¿puedo?”, “no carnal —le contesta “Paquis— tengo puro chavo nuevo, ni siquiera se saben parar, y ve, tu traes la pura crema y nata”,

y aunque duela, lo que se ve no se juzga. Los peleadores de Víctor traen zapatos y uniformes especiales para box, hasta traen colores fuera del reglamento; todos con sus propios guantes, caretas, incluso, algunos de ellos hasta llevan el nombre en sus uniformes. Entonces Víctor se da la vuelta y así como llegaron se van; se ven soberbios como si no los mereciera ni el piso por donde van caminando.

Gritan “¡tiempo! Costales, todos a los costales”, y es cuando todos le empiezan a pegar a los costales, todos callados, se ven molestos, y se ve que esa molestia, la están desquitando con golpes en los costales. Saben y se sienten burlados por lo que acaba de suceder, y eso los va a motivar, aunque todavía no lo saben, a lograr ser igual o tal vez mejor que aquel grupo que se acaba de ir. Incluso tal vez, sólo tal vez lleguen a pertenecer a ese mentado grupo. Pero lo que en ese momento se ve es impotencia, por no darles una golpiza y ver o mejor demostrarles, que no hay enemigo pequeño, y lo más importante que no se debe subestimar a nadie. Pero eso, solo el tiempo lo dirá.

EL PODER DEL COLOR

Karina Vázquez Peralta

Imaginamos que lo hemos vivido todo, pero no es así, una supervivencia se puede presentir en cualquier momento. Siempre tenemos retos por doquier y he aquí una muestra clara de ello, de lo permitido y no permitido y ver quién puede más.

Este lugar se encuentra ubicado en la ahora llamada Ciudad de México, específicamente en la muy conocida alcaldía Iztapalapa. Fue construido hace aproximadamente 20 años, pensando únicamente en puras mujeres. Lo nombraron Centro Femenil de Reinserción Social Santa Martha Acatitla, apodándolas como “Las Turquesas”.

A simple vista pensarán que tiene forma de un cuadrado por su delimitación, pero en realidad es un octágono, cada lado es un edificio que se nombra por orden alfabético. En las Turquesas sólo existen tres colores imponentes, pero ¡qué ironía!, no es el color turquesa, simplemente es el negro que utilizan las custodias con sus caras de pocos amigos. El azul marino que representan aquellas mujeres sentenciadas y, por último, el color beige que portan las damitas que se encuentran en proceso.

Cuando se habla de la cárcel, lo primero que viene a la mente es una película o una serie, imaginando una bandita muy mala como “Los Maras Salvatrucha” de un lado, y del otro lado, otra bandita, peor de mala como la carne de puerco; pero como se dice: eso solamente pasa en las películas. La realidad es completamente distinta, desde la forma de hablar “caneramente”, hasta la forma de supervivencia de las Turquesas. Demos un profundo recorrido en estas instalaciones donde quedarán sorprendidos de cómo se viven todos los días con aquellas muchachas que, a pesar de todo siguen luchando por conseguir libertad.

Dormitorios A-B-C

Comienza la tortura en el dormitorio “A”, se encuentran aproximadamente de diez a doce mujeres por estancia o celda, pero cada estancia cuenta con dos camarotes y sólo las que llevan más tiempo duermen cómodas, las otras chicas tienen que llegar a formarse al suelo.

Los 365 días del año sin contar si es primavera, verano, otoño o invierno; tienes que pasar lista desde muy temprano con las de negro; nos sentimos peor que en la escuela. Al menos tu mamá te despertaba con amor, te daba los buenos días, pero aquí te gritan desde que amanece: “¡La lista señoras, la lista! Ya párense”, y una apenas puede con su alma.

En este dormitorio las apodan “las nuevas”, que de nuevas no tienen nada, pero, en fin, simplemente al pasar de los días te vas acoplando, memorizando todo lo que tienes que hacer en un día. ¡Pero eso sí! Por nada del mundo se te debe olvidar al aseo de la estancia y mucho menos la llenada de botes. ¡La llenada de los botes! Efectivamente, porque no

crean que el agua cae todo el día, las Turquesas son tan cuidadoras del líquido vital, ese que sólo cae de 6:30 a 10:00 de la mañana y de las 13:00 a las 21:00 horas.

La mayoría de estas estancias no cuentan con televisión ni regadera. El tiempo se pasa más lento, todo es aburrido, sólo puedes leer o tener la típica plática de ¿por qué delito vienen?, ¿cuánto tiempo llevan?, ¿tienen visita? Y todo aquello que quieren preguntar para poder socializar, pero esto es momentáneo en este dormitorio.

En el dormitorio “B” piensan que viven en una zona de Polanco o El Pedregal, porque se sienten con más estatus económico que los dormitorios “A” y “C”. Hasta el momento con los censos empíricos de las internas, hay una cubana y varias colombianas, pero al final de cuentas son “turquesas”. Las de negro tienen ciertas consideraciones con ellas porque saben que ahí está la “chuleta”, y no se diga de las jefas del “rondín” que en todo andan buscando como sacarnos dinero hasta por respirar.

Pasemos a lo más triste del dormitorio “C”, es la tierra de aquellas olvidadas o de las peleoneras, es algo extraño. Existen tres niveles, en el tercero se puede decir que se ubican aquellas mujeres que se encuentran aplicadas en sus actividades deportivas, o en una manualidad que podrán trabajar también cuando obtengan su libertad, o retoman sus estudios.

En el segundo nivel se vive con las estancias cerradas, sólo se abren de las cinco de la tarde a las siete de la noche, ya que después de esa hora nadie anda en los pasillos ni las encerradas. En ese nivel que ha sido el campo de batalla de todas las peleoneras, hay personajes muy conocidos como Baddillo, Dorian, Hitán, Barbi, Arlette, la Calandria y muchas

más por mencionar, que en realidad han puesto su granito de arena para que nadie quiera vivir en ese nivel. Pero sobre todo las de negro, las tienen bien presentes porque son indomables y necias, pero sin rencores de ambos lados, esos personajes son los que dan historia a este lugar.

Población

Está conformada por los dormitorios D-E-F-G-H y caneramente se les conoce como las de azul o las de pueblo. Todas aquellas muchachas que no logran irse bajo cualquier circunstancia de cautelares (color beige), pasa a formar parte de la población donde se encuentran las sentenciadas.

Aquí la situación es más complicada, porque hay mujeres que cuentan con visita familiar, y otras que, al pasar de los años, simplemente han quedado en el olvido. También se encuentra dividido, por decir, el dormitorio “G-H” en el primer nivel es el área de mamás; son aquellas internas que pueden permanecer con sus hijos pequeños, solamente hasta cierta edad; el segundo y tercer nivel están conformados por quienes tienen buen comportamiento, están aplicadas en actividades y continuamente tienen visita.

Los dormitorios “E-F” son de consumo, que quiere decir, las que no quieren ninguna actividad, se centran en consumir sustancias ilícitas y no tener ningún aprovechamiento personal. Para poder tener unos “pechereques” que, traducidos a otro idioma, son algunas monedas, venden lo poco de chácharas que tienen si algunas tuvieron visita, andan rematando por \$20, \$30, \$50 o \$100 pesos, lo que les ayuda a juntar sus centavos.

Del dormitorio “D” no hay mucho que contar, el primer nivel también es el área de mamás, y nos brincamos al tercero que es el área de protección. Hay una de negro según brindando su protección, pero se deja caer por unos billetes verdes, porque aquí todo funciona con dinero y suben a golpearte y nadie ha visto nada.

Faltaba mencionar la zona de castigo, “¡el módulo!”, aquí hay de todo, desde un buen comportamiento hasta las que de plano tienen que vivir en él; pues las van subiendo, sancionadas por un Comité, y varían los días que permanecerán ahí. Bajan descalzas, en serio, porque así subsisten las que están de planta, robando ropa, comida, dinero, tenis y todo aquello que les haga falta; ya que al estar castigadas no tienen derecho a recibir visita. En todos los dormitorios y en el módulo sigue funcionando el aseo de la estancia como la llenadera de botes, al fin que la que paga es la cintura.

Beige y azul vs. las de negro

Este lugar está rodeado de negro, que a simple vista dirás, ¿de negro? Sí, así es, no porque las paredes están pintadas, simplemente porque hay más hombres de negro en el exterior, y en el interior las de negro son mujeres.

Se manejan tres turnos, los cuales ya tenemos bien ubicados, dos se prestan para negociar y sólo un turno no le entra al *bisne*, ni poniéndose de rodillas. Hay muchas cosas prohibidas como las bocinas, teléfonos, memorias con música y películas, sartenes y televisiones sin autorización, algo más fuerte se pone cuando al revisar encuentran droga.

Todo el tiempo nos tenemos que andar cuidando de toda la policía, ya sea porque tienes algo prohibido o porque quie-

ren dinero, hasta por el tono de la ropa que no es igual. Quizá como pudiera pasar en la calle, llegan y roban a la gente, y luego tus pertenencias ya están siendo rematadas, de igual manera es aquí; de lo que te despojan las jefas en su famoso cateo, ya lo están ofreciendo en otro dormitorio.

Las turquesas todo el tiempo andan buscando un buen escondite en la misma estancia para lograr que no nos quiten cosas indebidas, y las de negro se aferran a tirar ladrillo por ladrillo para encontrar lo que buscan, y se vive con el Jesús en la boca y las maracas en las manos.

Forma de vida

La institución te da tus alimentos; el desayuno, comida y cena; ahora ya la hacen mejor, pero no es de nuestro agrado. En ocasiones se busca mejorar la comida guisándola nuevamente al gusto, pero quizá se preguntan ¿dónde cocinamos sin una estufa?, quien tiene sartén ahí lo hace, pero hay otro invento mucho mejor para calentar. Primero tomas un bote con un poco de agua, introduces unos recipientes con comida, acomodas la resistencia del calentador, lo conectas con mucho cuidado, lo tapas con una servilleta y así funciona un horno de microondas canero; y sobre la servilleta te imaginas el comal y vas volteando tus tortillas y listo, a cenar.

No permiten tener nada de metal, todo es de plástico, pero con qué cortas un limón y sin cuchillo, anoten el tip, con la tapa de la lata de atún, se abre, se trata de sacarla lo más derecho que se pueda y listo, tienes un cuchillo.

Aquí no existen los timbres, solamente gritos para buscar a los amigos. No existen las palomas mensajeras, pero sí las cajas de cigarros que hacen la función de un chapulín

saltando de estancia en estancia, impulsado por un jalador hasta llegar a su destino, aquí es algo rudimentario, un poco, no todo.

Finalmente, llegamos a conocer otro estilo de vida que realmente no tiene una dependencia con la tecnología, solamente las ganas de seguir luchando por un bienestar. No importa si eres de color negro, azul o beige, lo que importa es que todas somos mujeres, madres e hijas. Siempre se aprende algo nuevo, y hoy se ha aprendido a vivir de otra manera, se valora todo aquello a lo que se le da un significado sentimental y económico. Pero, sobre todo, lo que se habrá que valorar adentro y afuera de este lugar es principalmente la libertad.

CRÓNICA DE UNA HISTORIA QUE NO QUERRÁS CONTAR

Antonio Ortiz Vega

Todo tiene un principio

Llegaba a una cita pensando poder rentar un inmueble para reubicar sus oficinas, empezaba a caer la noche fría, se veían muchos autos estacionados en batería, algunos transeúntes y un aire de mal presagio. Bajó de su vehículo y procedió a tocar la puerta de quien ya lo esperaba, pero no estaba sola; de la nada salen cinco personas, tres hombres y dos mujeres, una de ellas con pistola en mano y apuntando a la cabeza, paralizado y ante tal desconcierto, comenzó a experimentar un sudor frío en todo su cuerpo. Su primer pensamiento: “¡esto es un secuestro!, ¡voy a morir!” Empezó a gritar: “¡Ayúdenmeeee, me están secuestrando!”

Uno de los agresores le dice: “cállate cabrón” al tiempo de ponerle esposas en las muñecas, mientras otro le esculcaba las bolsas del pantalón extrayéndole la cartera, llaves y pertenencias diversas; lo suben a un vehículo no oficial, tipo todo terreno, y en el camino le hacen saber que se en-

contraba detenido por extorsión manifestando ser policías ministeriales y que cualquier cosa que deseara declarar sería ante el ministerio público correspondiente.

Fue el trayecto más largo de su vida, el más incómodo por tener las manos esposadas a la espalda y pensando en lo que apenas le había sucedido: “no hice nada indebido y terminarán soltándome”, sin saber lo que realmente le deparaba el destino.

Resolución de la fiscalía

Decidir voluntariamente aplastarte todo un domingo en cama tirando la “chorcha”, resulta casi delirante y hasta fastidioso, en ocasiones hasta con dolor de cabeza. Quedar de manera obligatoria confinado a un cuarto de 3X3 metros cuadrados con una plancha de cemento como cama y una taza sanitaria sin privacidad, privado de la luz del día y de cualquier vista al exterior durante 48 horas, conduce a la locura y posteriormente a la depresión. Ajeno al día o a la noche, perdido en el tiempo, pero con los ojos lampareados de esa luz intensa, sólo faltaba el interrogatorio. Tres compañeros de celda dialogaban con autentico caló del bajo mundo: “estos pendejos, creen que me la van a cuadrar, no me agarraron en flagrancia y el botín ya lo había escondido; no tienen manera de comprobarme nada. Además, ya le pedí a mis muertos para que me saquen de aquí, no hay manera de que me fallen, ¡me la van a pelar!”. Otro contestaba, “chale carnal, a mí sí me atoraron cuando el ruco me daba el billete, y que le digo, le digo, esa lana no es mía y a este güey ni lo conozco, pero la neta me atoraron en curva, ni pedo me voy a chingar unos tres años”. Y tú carnal, “¿por qué te agarraron?”, sin con-

testar se decía para sí mismo: “debo ignorar esta pesadilla, pero ¡que alguien me despierte pronto por favooooor!”. El ambiente se tornó frío, mal oliente por el retrete sin agua y por el otro retrete, el de la injusticia. Apandado, un sentimiento de soledad y de terror se apoderó de mí, pero la experiencia apenas comenzaba y subía de intensidad pues me remitían al reclusorio.

Camino al dormitorio COVID

Formados, tomamos por algunos corredores que pasaban por los dormitorios, tratados como escoria, con las manos atrás y con la mirada al suelo. Llegaron los presuntos delincuentes a una puerta enrejada que daba al patio del dormitorio COVID donde ya esperaban otros internos formados, con tres custodios dirigiendo y curiosamente tres internos al parecer ya de tiempo en ese lugar.

Un suceso despertó terror en los recién llegados. No faltó uno de ellos impertinente que decía a los internos que acompañaban a los custodios:

- Carnal, corre el cigarro ¿no?
- No se puede carnal.
- No seas culero carnal, conozco al “Tacho”. No es mi primera cana ¡eh!
- Que nooo carnal. ¡Ya cállala!
- Chale, pinches apretados, no saben ni quién soy.
- Sshhh, allá adentro arreglamos.

Acto seguido, hacen avanzar a la fila a la entrada del edificio, el cual contaba con 40 celdas, 10 del lado este y 10 del

lado oeste en dos niveles. Los custodios ordenan a los nuevos inquilinos quitarse toda la ropa para verificar que no metan instrumento punzocortante alguno o droga, y así encuerados, con la ropa en las manos, les hacían correr hacia una celda del segundo nivel donde ya tenían que llegar vestidos. ¡Qué manera de pisotear la dignidad! Y aún faltaba por ver. 16 nuevos internos metidos en una celda de 4X4 metros cuadrados, con seis camarotes y una taza de baño en pésimas condiciones, vieja y sucia.

Sin tener certeza de la hora, pero ya con la oscuridad de la noche encima, entraron a la celda los internos que acompañaron a los custodios en el trayecto junto con otros tres y que se negaron a darle un cigarro al impertinente. Después me enteré que eran los encargados del dormitorio.

-¿Dónde está el puto hocicón del cigarro?

Pufff, ¡le han acomodado una madriza, pero madriza! El tipo terminó tirado en el piso debajo de un camarote y no se pudo incorporar sino hasta el segundo día. Los malnacidos voltearon viendo a los demás diciendo:

-¡A ver putos! Aquí se hace fajina todos los días, quien quiera apoyo tendrá un costo para evitarlo, aquí los apoyamos con su llamada para que lo soliciten a su familiar; el que no quiera, no pasa nada, se levantará de madrugada a sus tareas, además de una madriza que va a tener que aguantar ahorita.

Algunos accedieron al pago, los que no... ¡pobres! Algo que no habían visto mis ojos, que aterroriza y que nos hace ver hasta dónde llega la vileza humana por unos pesos. ¡Mal-

ditos pesos! No se cansaron de golpear a los que se negaron en especial a un pobre joven oriundo de Oaxaca.

La primera noche en el reclusorio

Después de la terrorífica experiencia, de ver cómo en esos lugares el ser humano queda reducido a escoria y la dignidad humana no tiene lugar; a la sombra de la noche, tratando de entender todo a mi alrededor, el primer problema fue encontrar un lugar donde acurrucarse, mmm, como si en esas condiciones se pudiese. Al avance de las horas, el frío se acentúa sobre todo en ese mes de diciembre, en la parte superior del cuerpo sólo contaba con una camisa, brrr. Acomodados dos, espalda con espalda, “cachetes” con “cachetes” para contrarrestar el viento frío mismo que por eso de las cuatro de la madrugada se convertía en sereno, carajo, un mal no viene solo y la desgracia seguía presente.

Puedo asegurar que en toda la vida de quienes vivían eso por primera vez, habían tenido que soportar la inclemencia del tiempo sin qué taparse o dónde refugiarse, pero no fue sólo una noche, fueron 10, 10 días mal alimentados, viendo las mismas y míseras paredes, con una mezcla de olores que hacen creer que sí existe el inframundo; para asearse, una bandeja hecha con la mitad de un envase de refresco y el agua fría que soltaban solo en la mañana mediante una llave al fondo de la estancia y que tenía que secarse después, quedando siempre humedad, una taza horrible para hacer del “cuerpo”, usando la misma bandeja para limpiarla sólo en las mañanas cuando caía el agua, y una bola de monos, en su mayoría chacalones con los que se tenía que convivir irremediabilmente y entre los cuales no faltaban los trompones.

Pues, ¿qué estos ojetes encargados del centro de reclusión no se percatan de esas circunstancias, o es parte del castigo?

Por fin llegó el día 11 junto con las cobijas, sólo dos y de la peor calidad, pero ya era algo, repartieron a los recién llegados en varias celdas donde se cumplió la obligada cuarentena.

La sentencia

Seis años, cinco meses y no alcanza libertad condicionada ni por un procedimiento abreviado. Un madrazo de *Paquita la del barrio* hubiese sido nada contra lo que provocó el fallo. Insisto, para quien anda delinquiendo, sabe, conoce el riesgo de sus acciones; pero para quien lleva una vida de trabajo honesto, con responsabilidades y en plena actividad, es como si se cagara King Kong sobre ti. No tienen madre, ni quien acusa sin verdad, ni quien aprovecha su posición de privilegio para torcer la justicia, ni el juez por no verificar los hechos, ni, ni... todoooooos son culpables, ¡he dicho!

No manches, los primeros pensamientos vuelan hacia la mujer, es mucho tiempo sola, y ¿el sustento? Y luego tanto perro suelto. Después mis enanos, ¿qué va a ser de ellos?, aún no terminan unos su carrera y los peques en primaria particular, necesitan de la imagen y protección paterna. El viejo, a su edad y con sus achaques, quien verá por él, el hermano irresponsable y la hermana que vive en otro Estado no tiene tiempo para él. La “voikao” y la “cuqui”, seguro se mueren de tristeza igual que el protagonista.

En unos cuantos días, el mundo cambió, el giro fue de 360 grados, las posibilidades de vida se redujeron a unos cuantos metros cuadrados, el desconcierto ascendió más

poderoso que nunca. Es como nacer de nuevo, pero sin un padre, sin una madre, sin el amor del hogar sino en un ambiente hostil, ah, pero con las mismas rejas de la cuna.

Después de la sentencia

Próxima parada: la Peni (centro penitenciario de la Ciudad de México). Si un estado de ánimo estuvo siempre presente en toda esta historia, es, fue la depresión, en mayor o menor medida, pero no faltó. Sin embargo, es cierto que lo que no te mata te fortalece y la fuerza de voluntad es vital para no caer al grado del suicidio como a varios les sucedió. A unos cuantos meses de lograr la libertad llega un momento de reflexión: ¡Gracias padre celestial!, bien se pudo salir un tiro de la pistola que colocaron en la cabeza y poner fin a la historia, pero ésta tenía que seguir escribiéndose; el mundo no se acaba, la vida tampoco. La enseñanza ha sido mucha, no sólo para el sentenciado sino para todos aquellos que decidieron subirse a ese tren. Como nunca un curso permite valorar en su justa dimensión todo, el tiempo, la mujer leal y virtuosa, los hijos que de pronto asumieron el reto de la responsabilidad mayor con éxito, el padre fiel que camina el mismo camino del hijo; las hermanas que dedican un tiempo valioso con la causa del necesitado, el verdadero sentido del amor como lo dice la carta de Pablo a los Corintios:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. (1 Corintios: 13:4-7)

¡Qué distinto es el amor verdadero contra el que hemos creído! Como sea, sé que, como el hierro pasa por un proceso muy agresivo para transformarlo en piezas que sirvan a la industria en general, también este proceso en prisión perfecciona para fines útiles y que, cuando las circunstancias se asumen con responsabilidad y actitud positiva, siempre habrá como producto final una mejor persona.

Sería un despropósito esta experiencia si no hubiese algo que compartir. A ti lector te diría: cuida tu libertad, hoy por hoy cualquier infeliz con uniforme de autoridad tiene la facultad de enviarte a prisión siendo tú inocente, sólo basta sembrarte un arma, drogas o inventar un delito para lograr su objetivo. Cuida tu tiempo, el exceso de trabajo te alejará de invertir tu tiempo en aquellos que necesitan de ti, dales cantidad y calidad. Valora a aquellos que realmente han hecho un compromiso de vida a tu lado, no son segundas opciones. Ama con el amor del eterno pues ése es el verdadero amor y es el que te permite una plenitud de conciencia y libertad interna. Ten presente esta historia para que en la medida de lo posible no tengas que contar la historia que nunca quisiste contar.

LA DIVERSIDAD EN LA CIUDAD PENITENCIARIA

Aldo Giovanni Nieves Guerrero

Por lo general, las comunidades integradas mayormente por personas pertenecientes a la comunidad LGBTQ+ sólo han sido representadas en algunas películas y series; en la vida real seguramente son escasas, y aún no se encuentran en condiciones de compartir al mundo la información y los datos presentes en el desempeño de sus actividades cotidianas; debido a que no se les ha otorgado, quizá, la atención e importancia como colectivos minoritarios, pero merecen ser reconocidos y difundidos por representar también a la población.

Seguramente las sociedades integradas por una comunidad diversa cuentan con características especiales que hacen interesante y relevante su análisis. Es entonces, que nos adentraremos en describir este entorno de reclusión, a fin de proporcionar una idea a la población que desconoce nuestra existencia, y que ignora que, en la privación de la libertad, se conforma una sociedad en total plenitud, que

lucha diariamente por permanecer y obtener mayor aceptación y representación social.

Desde mucho antes de llegar aquí me encuentro en una relación simbiótica con los antirretrovirales, pero a diferencia del exterior, aquí se tiene que recoger el medicamento diariamente en un horario determinado. Hace apenas un par de años que arribé a este lugar que toma forma de una segunda estancia, pues para haber llegado aquí, existe la condicional de haber estado primero en uno de los tres reclusorios preventivos varoniles con los que cuenta la Ciudad.

Este lugar funge como punto de encuentro de “viajeros de la prisión”, personas privadas de la libertad (p.p.l.), que tuvieron una estancia temporal previa a ésta. Frecuentemente nos encontramos con una gama de personas diversas y si hablamos de la comunidad LGBTQ+ el abanico se abre aún más en cuestión de posibilidades.

Habitualmente uno puede cruzarse con personas de otros países, sobre todo centroamericanos, y se ha hecho más fuerte el ingreso de personas con edades cercanas apenas a la mayoría de edad, pero también con el extremo contrario, las personas de la tercera edad. La población es así multicultural y diversa.

Nuestro dormitorio no sólo es distinto comparado con otros en que he estado, sino que es un micro dormitorio, pues es mucho más pequeño de lo normal. Tiene características que lo hacen “especial” de entre los demás. Básicamente, la estructura común y general de un dormitorio es la siguiente: se divide en ocho callejones o pasillos generalmente llamados zonas; éstas se subdividen en un determinado número de cantones (estancias), que albergan, a su vez, una cantidad

determinada de camarotes (camas o lugar para dormir), mismos que a veces no coinciden con la cantidad de habitantes.

Cuentan con su caseta de seguridad y custodia a la entrada, una cantidad limitada de teléfonos públicos, en los que aún se utilizan tarjeta con saldo precargado y para los cuales hay que hacer fila y esperar para poder utilizarlo; por último, está la tienda institucional (como un Oxxo), misma que surte productos de consumo básico local y que tiene “regulados” los precios, ya que pertenece a la propia institución.

Nuestro dormitorio también posee ocho zonas, sin embargo, varían en algunos detalles; contamos con la misma cantidad de zonas, pero a diferencia de las demás, ésta está repartida a lo largo de un solo nivel y no de dos como generalmente sucede; aunque cinco de estas gozan de un total de siete estancias cada una, las otras tres tienen 14, 10 y 5, aquí el número de integrantes es menor por su capacidad y condiciones. Esto hace que nuestros números poblacionales sean bajos si se comparan con otros dormitorios, por lo tanto, las actividades sufren un efecto dominó, pues al tener un número de personas menor a otro, los aspectos económicos-sociales-sociológicos se ven menguados y afectados.

El universo oculto

Cada una de las ocho zonas cuenta con características propias proporcionadas por sus habitantes, mismos que no han notado su existencia conjunta y, por lo tanto, no han tomado forma ni presencia como una sociedad unificada. La mayoría de las veces, el “pertenecer” a una u otra no es decisión personal, y es por esto que resulta interesante e intrigante cómo sus habitantes comparten rasgos dentro de sus zonas.

Nada tiene que ver el delito por el que vengas ni los años que traigas para que seas integrado con unos o con otros, la realidad es incierta. Nosotros a diferencia de otros, somos afortunados al contar con un camarote para cada persona.

La zona uno, es la zona de las “vacaciones”, ¿por qué? En esta zona nos encontramos aquellos que seguimos en proceso y no hemos recibido una sentencia, por tanto, la moneda está en el aire y tiene dos opciones, o cae la sentencia o la moneda sigue girando alto mientras nuestra situación no haya sido decidida aún. Es la zona más grande al contar con 14 estancias.

Aquí, el intercambio entre personas, usos y costumbres es mayor, pues va y viene más gente en menor tiempo que en las demás. Podemos encontrarnos con aquellos que, de alguna forma, consciente o inconsciente, se encuentran de “vacaciones” o de paso; por ello, quizá aún no procesan la idea de que se encuentran en prisión, y no en un internado o de vacaciones, la mayoría sólo permanece unos meses y luego se van.

En este lugar podemos encontrar con mayor frecuencia cantones completamente integrados en mayor medida por hombres gay y mujeres trans, pero también algunos heterosexuales, ya que el dormitorio no es exclusivo de la “comunidad”, pues es una minoría.

La zona dos podría ser una primera aproximación al resultado de los fallos en nuestro sistema y la desigualdad marcada por el lugar donde naciste y creciste. A partir de esta zona y hasta la ocho son personas cuya sentencia la conocen perfectamente; sus espacios son un poco más pequeños que la media. Cuenta con siete estancias para tres personas, y otras tres para seis, su peculiaridad radica en que

tienen un patio exclusivo; mismo que propicia la creación de “otro” sistema pequeño dentro de otro más grande. Son los únicos privilegiados con vista a las estrellas, la luna y el cielo nocturno, sus integrantes forman un clan que propicia, por ese patio, que se excluyan un poco de todo y establezcan sus propias reglas internas de convivencia e interacción de forma más marcada y rígida que otros.

La zona tres es la más pequeña, es pariente de la zona dos, pues sus habitantes tienen condiciones extremas que generalmente hacen que sean elementos fuera del sistema. Sus integrantes suelen ser personas con caracteres más hostiles y antigüedades medias elevadas.

La zona cuatro es la primera en contar con un diseño más marcado y mejorado, aunque sus espacios son un poco más pequeños, se encuentra integrado por personas más activas en la economía local informal. Las primeras seis estancias son para tres, y la última para seis; a partir de aquí, todas comparten esta característica de diseño.

Las zonas cinco y seis se caracterizan por ser un collage de individuos más diversificado, sus actividades se dividen en algunas secciones de la disponibilidad de actividades y algunas pertenecen tanto al comercio formal como al informal. Estos espacios son más tranquilos porque sus integrantes desempeñan actividades diversas para distraerse.

Finalmente, las zonas siete y ocho son llamadas los departamentos/condominios, sobre todo por estar al fondo del dormitorio. Ahí siempre huele a “fabuloso” en el pasillo. Éstas son habitadas por una mezcla de personajes con actividades económicas formales-informales mucho más activa que otros.

Pero un dormitorio no sólo es su distribución, también se compone del contenido en esencia, o sea de sus habitantes. Nuestro sistema está dividido en jornadas que se reinician cada tres días, pues existen tres turnos de custodios y generalmente vienen en pareja con quienes tienen que pasar lista diariamente; tres, cuatro o cinco veces, según su criterio, a su vez ellos delegan ciertas funciones en una figura de autoridad interna, conformada por su mano derecha, a quien yo denomino “el ama de llaves” de nuestro sistema supervisado y estructurado jerárquicamente.

La “señora Huges”, personaje de la serie *Downton Abbey*, con quien comparo esta figura por la similitud de funciones, personalidad, figura de autoridad, etcétera, es el claro ejemplo. Este personaje es el primero en salir y el último en entrar a su estancia; al ser una figura de autoridad se rige por un sistema de creencias y valores, pero a su vez, su trabajo y presencia es imprescindible para las funciones de esta comunidad, él cuenta con aprendices, mismos que supervisa y guía como un padre estricto.

Al pertenecer a un todo, generalmente, durante el día existen algunos momentos y eventos en los cuales tenemos que vernos forzosamente unos a otros; por ejemplo, en las tres veces que llega el “rancho” al día; al recoger la pastilla y, finalmente, por la tarde-noche al regresar al dormitorio, después de nuestras actividades diarias; regresamos al “lobby” el cual cuenta con una sola entrada y salida.

Las horas del rancho suelen ser anunciadas a su llegada con un silbido que sólo se escucha en ese momento, y que es emitido por aquellos que saben silbar más fuerte de lo normal, pues su sonido alerta a todos de que la hora de comer ha llegado. El sonido tiene dos objetivos principales; el

primero consiste en dar el aviso que tiene que ser oído por todos, incluyendo los que se encuentran al fondo de cada zona, y el segundo consiste en hacer el favor solidario de correr el aviso de que es hora de comer, y ya será decisión personal el salir o no.

Una vez emitidas las alertas comienzan los silbidos en efecto cadena: el sonido de deslizamiento de los pasadores de las puertas; el de las cubetas vacías de plástico duro que alguna vez tuvieron en su interior algún delicioso alimento, y ahora sirven para almacenar el rancho; le siguen los murmullos, los gritos y las pláticas de quienes vienen a peregrinar por los sagrados alimentos.

Una vez que se han bajado los peroles que contienen la comida, el “ranchero” comienza la repartición de los alimentos y por supuesto la lucha por quién comerá primero; pues también existen algunas reglas sociológicas interesantes. Quien tiene el derecho de antigüedad, derecho que también se gana con las acciones propias del individuo, y los más nuevos tendrán que formarse por el hecho de provenir de otro lugar y no tener trayectoria aquí. Así, encontramos personajes que no llevan prisa por comer, y no importa si la fila será de 10 o 15 minutos, igual aprovechan ese tiempo para interactuar con los que se encuentran próximos en la fila.

La vida nocturna

Una vez pasadas las 18:00 horas del día, cualquier intruso debe salir del dormitorio y, a partir de aquí, comienza la vida interna en nuestros espacios. La economía toma su mayor esplendor y el flujo de gente es más fuerte en ese horario, pues todos han terminado sus actividades personales, y pueden

tomarse el tiempo de tener un descanso y preguntarse cómo les fue durante el día; reunirse para platicar, escuchar música y tomar un café con pan, que son el desayuno y la cena más socorridos del lugar.

En prisión existen algunos oficios que afuera ya desaparecieron hace años y otros que son exclusivos de aquí. Contamos con nuestro propio servicio delivery después de esa hora, si deseamos un cigarro sólo es cuestión de esperar un par de minutos a que el cigarrero pase gritando fuertemente: “cigarros, tienda, sí hay cigarros, ¿cuántos cigarros?” y basta con emitir la palabra “cigarros” para que te busquen y te la lleven hasta la puerta de tu estancia. Este servicio está disponible sólo dos horas.

El emprendimiento local sale a relucir y comienza el paseo de las charolas de diversos platillos preparados para cenar y que varían dependiendo del proveedor; por lo general son alimentos sencillos: gorditas, tortas, sándwiches, tacos, etcétera, y cuya novedad es que sus materias primas provienen del exterior.

Todo llega a su final cuando el “ama de llaves”, “la señora Huges”, anuncia que sólo quedan cinco minutos de parcial libertad para iniciar el cierre; las compras de pánico inician, el ajetreo llega a su punto crítico, comienza un ir y venir de personas que no siempre anticipan sus compras; entonces esperan impacientemente la llegada de un nuevo día para que, una vez retirado el candado institucional, comience la pintura para el lienzo blanco que nos otorga un nuevo día.

DEVENIR EN PRISIÓN

Sergio García Rosas

Bajo la amenaza de enfrentar un juicio penal, transcurrió un mes. Un mes de incertidumbre total, el protagonista estaba temeroso ante lo desconocido y se preguntaba todo el tiempo, cómo es que ahora se encontraba envuelto ante terrible problema. ¡Vaya que sí hay días difíciles! Pero esto apenas comenzaba.

Ese mes indagó sobre las posibilidades jurídicas que en su beneficio estarían a su alcance, investigó aquí, consultó allá, obtuvo ciertas informaciones y sentía que no tenía nada que le sirviera en su caso.

Pensando en la posible prisión y encarcelamiento y en una fugaz búsqueda se enteró de algunos costos de la vida en prisión, información muy escueta. Por alguna razón las fuentes de información en el interior de los penales eran muy escasas. En su mente nunca estuvo la idea de evadir la justicia, al contrario, quería hacerse presente en los juzgados, pero diversas personas le crearon el temor infundado de que ahí mismo habían encarcelado a varios.

Finalmente, y tras diversas escaramuzas por parte de la policía de investigación, fue aprehendido fuera de su domi-

cilio. Esta policía, por oscuras razones nunca quiso hacerse presente en su domicilio como legalmente tenía que hacerlo; más bien lo detuvieron fuera del mismo, como si eso les causara deleite. El típico placer que siente el cazador tras ir por su presa.

Una vez en la patrulla, empezó la andanada de intimidaciones, la policía asignada (mujer) empezó a decirle “ya te jodiste”, “pagarás caro”. Al día de hoy él se pregunta, ¿y quién se creía esta mujer policía? Ella no tenía nada que ver en el asunto legal como para supuestamente determinar una culpabilidad e iniciar un castigo; actuaba peor que si fuera juez y parte afectada.

Lo traían a toda prisa en la patrulla, de un lado a otro como si fuera el verdadero enemigo de la nación. Le leyeron sus derechos, pero en ese momento, él atemorizado no tenía plena conciencia de cómo actuar. Lo despojaron de sus pertenencias; le dijeron que se las entregarían a sus familiares; mentira, porque en el centro preventivo se las robarían de cualquier manera, en realidad ellos serían los que se quedarían con el botín.

Lo entregaron al reclusorio ya sin nada más que la ropa que en ese momento traía puesta y, en ese punto empezó para él la intimidación de los agentes del Centro de Reclusión: “aquí no vales nada”, “eres nadie”. Por protocolo vino una revisión médica y toma de datos, ¿comunicación con el exterior?, ninguna.

Solamente la agente de la policía de investigación le permitió comunicarse con un familiar antes de decomisarle el celular. Así transcurrió la tarde y noche sin probar alimento alguno, porque en la prisión, en esa primera zona de confinamiento, prácticamente no llegan los alimentos; no hay

baño. Es una zona de celdas sin ventilación y casi sin iluminación, le llaman “la ratonera”.

Empieza la terapia carcelaria; no eres una persona, no eres un ser humano, ni siquiera eres un preso. Eres un objeto, eres basura, no mereces consideración alguna.

Al día siguiente de la detención formal (en realidad su vida ya se había detenido cuando se vio envuelto en esa acusación criminal), fue presentado ante el juez, se leyeron los cargos y no pasó nada más porque se pospuso la audiencia a falta del defensor contratado, quien por la rapidez y premura de la detención no alcanzó a llegar a tiempo.

Solamente en ese momento el indiciado le hizo una petición al juez: comida. No había comido ni tomado cosa alguna, el juez se sorprendió y ordenó alimentos inmediatos para el acusado. Los días y meses para el proceso estuvieron inmersos en una completa incertidumbre y desesperación. Tenía gran desconocimiento de la materia jurídica, su abogado sólo lo veía en las audiencias y le decía que no hablara y que sólo observara.

¡Se estaba jugando su futuro! Y ahora resulta que él prácticamente no tenía derecho a participar. Otros decidieron por él, ¡a estas alturas de su vida! Él que desde que llegó a la adolescencia se valía por sí mismo y no dependía de los demás.

Alternamente al juicio, en prisión él vivía el despojo de identidad por parte del sistema carcelario y de los mismos presos que tenían más tiempo en prisión. Ya no era una persona, le quitaron el nombre pues los demás se aferraron a ponerle un apodo; les tenía que hacer sus labores de limpieza de celda, llenar garrafones y tambos de agua todos los días, cuidar sus cosas, lavar sus trastes de comida, etcétera.

No tenía un lugar donde guardar sus cosas, sufría de robo de las mismas, dormía en el suelo, soportaba el ruido de tres radios y dos teles prendidas al mismo tiempo en su celda; el interminable humo de mota y cigarro dentro de la celda, eso sin contar las chinches, cucarachas y laicos compañeros habitantes de la celda y la prisión.

Comía lo que la institución le daba: una dieta casi incombible. Afortunadamente su familia le hacía llegar algo de dinero para poder subsistir. Ese dinero se repartía entre el pase de lista obligatorio por parte de los custodios, porque si no daba dinero, ellos mismos lo “mazapaneaban”. ¿Y los derechos humanos?, hasta ese momento, nada.

Otros gastos eran los de sus insumos de limpieza de la celda, los otros presos con más tiempo son muy “finos” y quieren los mejores productos de limpieza, ¡hasta con eso! Un gasto más era la cuota por la que los presos hacen limpieza general de todas las zonas de esa sección del reclusorio; además de la aportación de los insumos de limpieza. ¡¡Pagarles porque él mismo hiciera la limpieza!! Incongruente.

En el pase de lista, él tenía que estar muy atento porque a las custodias les encantaba hacer de todo para que no pasaras tu lista a tiempo y de ahí cobrar dinero de más. A esta falta le llaman “colgarte de la lista”. La relación de pagos de extorsión es muy extensa, se cobra por todo, para la institución, para los reos de mucho tiempo; los nuevos presos solamente tienen signo de pesos y si no aportan son maltratados y segregados.

Finalmente, su apático abogado le dijo que el caso era difícil y que él no podía hacer más por su situación (otro engaño de la vida), que era mejor declararse culpable y eso aminoraría la sentencia. Que podía una vez declarado cul-

pable, dentro de la prisión, alcanzar beneficios penitenciarios y obtener una posible salida más pronta y bla, bla, bla.

Nuestro sentenciado ya estaba agotado, no era ni su forma ni su estilo de vida a la que estaba acostumbrado y, por si fuera poco, las largas esperas en los túneles del Centro de Reclusión que eran de lo más inhumano que se pueda imaginar: fríos al inicio, después con el hacinamiento de un ciento de internos en espera de su audiencia se vuelven sofocantes de calor; asfixiantes, sucios, casi oscuros, infestados de animaluchos y frecuentemente encharcados.

Esto minó su fuerza de voluntad y casi sin pensarlo y para no seguir yendo a las audiencias, decidió declararse culpable. Se lo había tragado legalmente el sistema carcelario. Una vez declarado culpable, se le trasladó a la Penitenciaría donde afortunadamente su vida carcelaria empezó a ser más estable y en mejores condiciones humanas.

Este nuevo lugar no fue tan nefasto como el Centro de Reclusión donde había vivido su proceso legal. Eso sí, todos lo habían tratado de espantar antes de su traslado, le dijeron que en la Penitenciaría sí la iba a sufrir. Realmente eso no sucedió. Así pudo darse cuenta de que casi nadie da información fidedigna y que muchos gozan del sufrimiento ajeno. Es comprensible porque la mayoría de la gente de estos lugares tiene un alto grado de resentimiento con la sociedad.

Hoy, sólo espera encontrar un recoveco legal para salir más pronto de lo inicialmente contemplado. No se sabe a ciencia cierta qué vendrá después, pero sí está muy seguro de que no lo intimidarán nuevamente. Conoce algo más de sus derechos y los hará valer.

Se espera que esta crónica sea útil y que no se les intimide en ningún lugar, ya sea dentro de una población rural o

urbana o en las entrañas del sistema carcelario. Hoy, si te sabes hacer valer, no serás tratado como un objeto sino como una persona.

UN DÍA DE VISITA EN LA PENITENCIARÍA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Daniel O. Salazar Lozano

2022, segundo año de la pandemia de Coronavirus, oficialmente denominado SARs COV2. A los centros de reclusión de la Ciudad de México vuelve también la “normalidad” y los presos tienen la oportunidad de recibir a sus visitas —los que las tienen— con cada vez menores restricciones.

En la Penitenciaría de la Ciudad de México, los familiares y amigos de las personas presas vuelven a ingresar sin la restricción previamente impuesta a adultos mayores, mujeres embarazadas y menores de edad. Ahora por lo menos podrán ver a dos adultos vacunados, sin importar otra condición y a dos niños simultáneamente. Muchos presos han pasado casi dos años sin ver a sus hijos, o a sus padres incluso, si estos son muy mayores.

Los primeros rayos del sol brincan por encima de los gruesos muros de hormigón de la cárcel. Al sol nadie le puede negar el colarse dentro de las cárceles, y con su luz inicia un día más en la vida de cualquier capitalino. Sin embargo, para muchas personas formadas pacientemente para entrar

a la Penitenciaría de la Ciudad de México, es el inicio del día en que muchos ancianos y niños podrán volver a ver a sus hijos, nietos o padres que están reclusos en “la casa azul”, como llaman algunos internos a la Penitenciaría, la “Peni” a secas.

Viacrucis

Dentro de la cárcel, mientras esperan en el corredor, los presos, vestidos con su mejor ropa —pues, aunque este acto pudiera parecer banal, es dentro de las prisiones una forma de decir a los familiares “¿lo ves?, estoy bien, no te preocupes...”—; algunos se muestran contentos, bromean y ríen. Poco después de las 10:00 a.m., comienzan a desfilar las siluetas de color: madres, esposas, hermanos, padres, adolescentes y sobre todo niños, muchos niños que corren a encontrarse con un ser querido, principalmente, sus padres. Las combinaciones son muchas, pues al igual que afuera, las familias no obedecen a un modelo preestablecido.

Llama la atención una pareja de ancianos, para quienes el amor parece ser la única fuerza que explique su viacrucis: el hombre, entra con su bastón en la mano derecha, mientras en la izquierda sostiene una bolsa de mandado demasiado voluminosa para su delgado y empequeñecido cuerpo; junto a él, su esposa, demasiado encorvada camina a paso lento, sujetándose del brazo que lleva el bastón. Un interno les ofrece cargar la bolsa, pero el ancianito, dignamente se rehúsa y agradece con un gesto de la cabeza. La concurrencia les abre paso con deferencia mientras les mira con profundo respeto, pues saben lo que significa para ese

par de viejos el realizar todo aquel recorrido para entrar a ver a su ser amado, probablemente su hijo o su nieto.

La expresión en el rostro de muchos visitantes es casi la misma al encontrarse con su visitado; se les ve serios, molestos, cansados o frustrados; se intuyen, instantáneamente, las humillaciones que sufren para ingresar, no obstante, saben que es el impuesto a pagar por entrar a ver a quienes la sociedad considera indeseables. Algunas, las mujeres, principalmente, explotan su enfado; otras personas, la mayoría, se recompone y dibuja una sonrisa al cruzar el umbral de la reja y ver a su visitado. Los presos sólo se limitan a preguntar si todo está bien y la mayoría de los visitantes no dice nada, sólo se contenta con aliviar de sus hombros y manos el peso de las bolsas con comida y otras cosas que les llevan.

Aromas

A lo largo del corredor donde esperan los internos, el ambiente es festivo. El aire se satura de las fragancias que engalanan a visitantes y visitados; como si existiera una especie de boicot implícito contra el aroma que destila la coladera rota y mal colocada que, extrañamente se ubica en un área verde —curiosidades del urbanismo que no pretendemos discutir ahora—, y de la cual, sin ningún recato, de vez en vez asoma alguna rata de cola pelada que se procura el sustento.

Llama la atención la forma en que el sistema penitenciario recibe a los auditores más silenciosos y menos problemáticos, pareciera que paso a paso, no deja de recordarles el tipo de lugar al que están entrando y lo que son para el sistema penitenciario sus internos. La cárcel es la cloaca de la sociedad, aquella de la que hay que disimular los aromas

difíciles de quitar, arrojando un pedazo de cartón encima, sobre todo cuando éstos se vuelven muy intensos.

Al buen entendedor...

Después de un rato de espera frente a la colorida pasarela, llama poderosamente la atención de la concurrencia una chica. Se acabaron aquellos años en los que voltear a ver a la visita de otro significaba por lo menos pleito seguro, y aunque muchos saben que no deben voltear “por respeto”,⁵ para algunos resulta inevitable verla. Ella no viste como las otras mujeres que entran cargadas de bolsas, bultos y de niños; hay algo diferente.

La mujer en cuestión es bonita, pero su cuerpo no es exuberante, sin embargo, lo que le falta de curvas lo compensan la ropa entallada hasta la asfixia, los kilos de maquillaje y la intensa fragancia que emana de ella. Tras cruzar el umbral de la reja, se dirige hasta donde está un tipo escuálido, casi insignificante; demasiado desaliñado como para estar recibiendo a su visita, según lo dicta el canon carcelario. El tipo desgarbado la presenta con otro, que está a un lado suyo; un barril pintado de azul, igualmente embutido en unos “skinny jeans”. El lenguaje corporal los delata, ella no lo conocía y al parecer no le agrada lo que ve. Para quien no sabe, ese trío resulta enigmático. La respuesta al enigma llega pronto, sin solicitarla siquiera; junto a mí, uno “de azul”⁶ le comenta

⁵ Se considera una afrenta, aunque cada vez menos, el mirar a la visita de otro, sobre todo si son mujeres algo que, sin lugar a dudas, es un reflejo de la doble moral autoimpuesta en la cultura carcelaria, misma que busca evitar conflictos entre internos por alguna que otra mirada indiscreta. Lo cual tiene que ver con la territorialidad y el machismo exacerbado en las prisiones.

⁶ Color reglamentario de la Penitenciaría.

a otro que la recorre lascivamente con la mirada, “viene a chambear, está chida, ¿no?, a ésa no la habían traído”, “¡¡¡está chida!!!”, afirma el segundo sin recato. “Nomás que *corone*,⁷ le voy a encargar al _____ que me traiga una”.

Artesanos

La mañana avanza, y con ella cientos de bolsas cargadas de amor o de obligación, repletas de deseos de que al amado no le falte con qué cepillarse los dientes, algo qué comer, o sus *Jordan* para “estar a la línea”.⁸

Un pasillo de unos dos metros de ancho y veinte o treinta de largo conduce a las “salas”,⁹ pero también a los talleres. A lo largo de ese corredor, los “artesanos”¹⁰ exponen sus trabajos; algunos incluso, no sin cierto afán de exhibicionismo, continúan trabajando detrás de sus puestos improvisados.

Las artesanías, generalmente de madera, tienen un cariz particular; seguramente en ningún otro lugar que no sea una cárcel, se ven trabajos de ese tipo: cuadros de bodegones en “repujado”, vírgenes y cristos enmarcados y “enresinados”, marionetas, lapiceras y hasta réplicas de autos de colección a escala, realizados con técnicas que mentes poco tendientes a la improvisación como la mía no podrían concebir.

“¿Cuál le gustó jefa? Le doy precio”, le dice un artesano a una viejecita; el hombre está sentado detrás de una mesa

⁷ En el caló delincucional, “coronar” significa triunfar, es decir, obtener dinero por regla general, aunque no siempre.

⁸ Frase del caló que da a entender “bien vestido”, sobre todo con ropa de “marcas conocidas”.

⁹ Lugares destinados para recibir a los visitantes, acondicionados y administrados por los propios internos.

¹⁰ Se denomina así en prisión a los que realizan trabajos manuales, principalmente en madera, aunque no necesariamente con técnicas de carpintería, pues los materiales y la herramienta son difíciles de conseguir.

alta y llena de tubos multicolores con tapa, del tamaño de un cesto de basura que ahora sé, son de multipropósito, decorados con figuras o superhéroes de moda; lo mismo sirven para guardar ropa sucia que juguetes. El hombre en cuestión se muestra atento, pero a la vez aplicado a su labor. Sobre el espacio que queda en la mesa, lija con ánimo una pieza de madera. En su rostro, una cicatriz que le extiende la sonrisa hasta la oreja izquierda hace difícil mirarle sin estremecerse y sentir vergüenza al ser sorprendido escrutando aquel surco siniestro. El hombre no se cohibe, mucho menos parecen molestarle las miradas indiscretas; se levanta y toma una de sus mercancías para extenderla hasta la anciana que le mira con compasión. Gracias a dicho sentimiento, aquel hombre de la sonrisa ampliada parece tener la venta hecha.

Camuflaje

Una mujer de mediana edad, cargada con sendas bolsas en cada mano atraviesa la pequeña plaza que desemboca en “las salas”. Camina sola, pero con cierto desenfado a pesar de saberse observada, ya que es inevitable voltear a mirarla por el rabillo del ojo, ¿el motivo?, salvo que toda ella viste de amarillo tránsito, ninguno.

Resulta paradójico que, en un afán de pasar desapercibidas, las personas que entran de visita se oculten bajo el camuflaje que brindan los colores más chillantes, los más escandalosos: “No jefa, ese color no pasa”; “su pantalón está muy oscuro”, “su blusa muy clara, muy escotada, muy ajustada”. Nunca faltan los motivos o, mejor dicho, los pretextos para invitar al visitante a aliviar su bolsillo del peso de una

“dorada”¹¹ o dos, o incluso las que se deje si la persona en cuestión se pone muy nerviosa, si es mujer joven, si es la primera vez que entra, si va sola. En la Penitenciaría, para la visita, colores como el beige, el blanco, el negro y el azul están prohibidos; así que al entrar a la Peni hay que hacer gala de exhibicionismo para no llamar la atención de esos depredadores que están al acecho de un “chesco”¹² y, en muchos casos, dejar el libre paso. Resulta además curioso que quienes invitan a los visitantes a ser “generosos”, sean en su mayoría las mismas mujeres que trabajan en el sistema penitenciario.

La convivencia

El día de visita, según el gusto y el bolsillo, se puede encontrar casi lo que sea para comer, desde comidas corridas, tacos y garnachas hasta tortas y hamburguesas. También plátanos fritos, palomitas o paletas heladas; y no pueden faltar los puestos de dulces que, al igual que en la vida en libertad, apelan al compromiso del padre para consentir al hijo.

Ya en la sala de visitas no se puede evitar tener la sensación de estar en una gran fonda o en el área de comida como las que hay en cualquier mercado de la ciudad. Hay pequeñas mesas donde los visitantes y “los de azul” se sientan a convivir y a compartir el pan —y las carnitas, por supuesto. Algunos, si son, juntan dos mesas o por unos pesos más —pues dentro de la cárcel nada es gratis— si se desea, se puede rentar una mesa grande con todo y sillón para estar más cómodos e incluso dormir la siesta después de comer.

¹¹ Moneda de diez pesos mexicanos.

¹² Dádiva.

Se puede ver a parejas o familias enteras acostadas (encimadas) platicando o viendo la televisión, al igual que si estuvieran en la sala de su casa. Y es que para quienes están presos y sus familias, el día de visita transcurre como en un universo paralelo, dentro del cual sólo existen ellos. El resto, con sus televisores a todo volumen, los músicos de mesa en mesa, los “chavos”¹³ que van y vienen llevando tortillas aquí, un refresco allá, dos “topers” para calentar. Todo eso sólo es ruido de fondo.

Como en la vida al exterior, en los días de visita no todo es amor y buena convivencia. A unas cuantas mesas de donde estamos, un tipo vestido de azul comienza a manotear y a levantar la voz a la mujer con la que está, aparentemente su esposa. Ella avergonzada y nerviosa mira a su alrededor, tal vez para buscar ayuda, tal vez para cerciorarse de que nadie se ha dado cuenta. Algunos comensales voltean. Una señora bajita, evidentemente indignada hace el intento de levantarse, pero su acompañante, probablemente su hijo le toma suavemente del brazo y le dice algo en voz baja. La mujer no muy complacida, permanece en su sitio, pero no vuelve a voltear. La discusión en la otra mesa continúa, pero quienes se hayan percatado, no volverán a voltear. Es muy claro: nadie quiere problemas, además, “la visita se respeta” (aun cuando otro no respete a su propia visita), por lo que nadie quiere generarse un “agravio”, incluso por un motivo tan justo como ese, con alguien con quien puede encontrarse a diario, en cualquier momento, en cualquier lugar.

¹³ Personas que por unas cuantas monedas realizan mandados, aunque el concepto va más allá, pues remite a una persona que se pone al servicio de otra, con el afán de obtener ya sea protección, dinero, comida o algún otro beneficio. Sería el equivalente a un valet, aunque con tintes más humillantes.

En los días que corren, “Santa Martha está tranquila”, me dice alguno. Ya no hay muertos a diario, pero “en cualquier momento puedes valer madres”, le dice un viejecito de azul a un hombre joven que le acompaña, “y, ay ni modo de no echarle huevos m’ijo”, porque la visita se va, pero todos los de azul se quedan.

Estridencia

Una característica de la cárcel es la estridencia y el concierto de cacofonías que ultrajan el oído constantemente. Nunca faltan los gritos, las mentadas de madre y los “picudeos”¹⁴ amistosos o no; los saludos a la distancia o los conciertos portátiles al gusto, cuyo eclecticismo asombraría hasta al más culto o al más underground de los melómanos. Y la visita no es la excepción. Sobre todo, si se considera, que, dentro de las cárceles, extrañamente muchos hablan gritando.

—¡Pasa visita carnales! ¡Sale visita carnales! — Grita cualquiera.

—¡¡Cigarros!! ¡¡Donas!!— Gritan los vendedores.

—¡¡Chávez Juan!!— Pregona un tipo de azul que usa un chaleco de obra color fluorescente que delata tiempos mejores. Es un “estafeta” y su labor es correr y gritar, ¿para qué? Para vocear a otro de azul, al que se le hizo tarde o al que se desesperó de esperar a su visita y se fue a otra parte; para avisar al que simplemente no tiene ni idea de que acudirían a verle ¿dónde se le busca? Primero en su “cantón”,¹⁵ y si no está, entonces los gritos se extienden por toda la Penitenciaría hasta encontrarlo.

¹⁴ Acto de intercambiar insultos de manera agresiva, sin llegar a los golpes.

¹⁵ En el caló se denomina así a la estancia, o la celda donde se pernocta.

Circo ambulante

Es medio día ya, y la “sala” se encuentra llena hasta el tope. En todas las mesas, se puede observar a la gente compartiendo los alimentos. El calor comienza a hacer estragos. La iluminación es poca, aunque poco necesaria; la ventilación deficiente y provoca que los aromas se mezclen y vagabundeen por entre las mesas. concurren muchas más personas de las que el recinto podría recibir en condiciones medianamente dignas. Las mesas se amontonan tumultuosamente al grado de que los comensales casi se chocan con los codos. Un tipo delgado y demacrado, vestido de azul, con ropa que delata tiempos mejores ya muy lejanos, se para en medio del lugar; con lo que podría ser una suerte de maquillaje de clown de cabaret —al estilo Tiger Lillies—¹⁶ en el rostro, comienza su rutina, esa misma que pudo haber hecho en algún vagón del metro o microbús: “yo no soy un gran comediante...”, balbucea. Cuenta chistes —si a eso se le puede llamar así— a los que él mismo se contesta y no conforme con ello, también se ríe, con una suerte de carcajada que propende más al llanto que a la alegría. Nadie o casi nadie lo observa, sólo cuando se acerca a incomodar a cada mesa para pedir dinero, la gente se percata de su presencia.

También hacen la labor de gastar suela todo el día los “charoleros”, que, vendiendo desde dulces, chicles, cigarros hasta pan dulce y postres e incluso artesanías, buscan ganarse unos pesos al ahorrar la molestia de levantarse a los comensales. Algunas veces corren con la suerte de que algún

¹⁶ Grupo de dark cabaret inglés.

visitante les invite a comer un taco o incluso les regale un plato con el menú del día. Algo que la generosa persona no sabe y si lo sabe, prefiere ignorarlo, es que dicho refrigerio, en menos tiempo del que ella tardó en entrar, pasará a otras manos a cambio de la cantidad justa y necesaria en monedas. Pareciera un acto de alquimia pura cuando, a veces, aquella simple y burda comida pasa a convertirse en alguna sustancia que haga al consumidor olvidar el hambre y probablemente hasta el nombre.

La alegría de otros

En un área abierta, fuera de las salas, un columpio y una resbaladilla comidas por el óxido son el escenario de un alegre zafarrancho que inunda de risas toda el área. “Los niños son una alegría, mientras sean tuyos, y si no, son puro pinche escándalo”, me dice un viejito que vende dulces a unos metros del sitio. Sin embargo, en el tono de su voz hay una suerte de nostalgia enmascarada. Yo sólo puedo ver a un anciano abandonado por su familia, que se contenta con ver a los hijos de otros jugar.

Muchos presos, sobre todo los que llevan años encarcelados lo han perdido todo y a todos: trabajo, bienes, hogar, familia, pareja, amigos. Por eso, algunos se contentan con acudir a la visita para ver cómo otros se divierten. Nadie lo acepta, ni lo aceptará jamás. El orgullo de un hombre “canero”¹⁷ es fuerte, curtido por años y años de olvido e in-

¹⁷ Se denomina así al preso que lleva mucho tiempo encarcelado y por así decirlo, se ha institucionalizado, que ha hecho de la cultura carcelaria su modo de vida porque ya no concibe uno distinto, también se les llama así a quienes, en condenas cortas pero recurrentes, ingresan y salen de la cárcel como si fuera su casa.

dolencia. Los mexicanos no se rajan, pero sí resisten, sugería Octavio Paz. Nadie aceptaría que añora a sus propios hijos, que desearía una esposa con quien compartir un momento, aunque sea cada semana, ningún presidiario viejo se rajaría.

El final del día

La hora se acerca. Muchos dicen que el tiempo se les va como agua entre las manos; que despiertan como de un sueño ¡y ya! ¡se terminó! Es hora de recoger, de devolver todos esos platos y vasos al sitio de donde salieron. Los recipientes que por la mañana llegaron llenos de cariño y sazón casero, ahora vuelven a las bolsas vacíos. La comida casera en la cárcel, dicen, es alimento no sólo para el cuerpo, también para el alma, aunque sea sólo por un día.

Llega entonces el momento más difícil del día, que no fue levantarse temprano para preparar las cosas o para el arreglo personal, no lo fue tampoco la tortuosa entrada a través de la prepotencia y la corrupción. No lo fue ni siquiera el trayecto por el que se atravesó la ciudad —seguramente en transporte público— cargando bolsas y bolsas. El momento más cruel del día es cuando bajo el grito pelado de los custodios, una pareja joven se separa prodigándose todos los besos de ésta y la siguiente vida.

El peor momento es cuando aquella pareja madura que delata años de abnegación se prodiga besos tiernos en la frente y bendiciones mutuas. Lo es cuando un pequeño de no más de cinco años extiende las manos hacia su padre, llorando sin comprender por qué su papi no se puede ir con él. Cuando una madre le dice a su hijo: “quisiera hacerte chiquito, del tamaño de mi bolsa para llevarte adentro de ella”.

A esta hora del día, los rostros no son ya de fastidio ni de cansancio, habita en ellos la resignación. Internos y visita disimulan con poco éxito el dolor de la separación. Unas cuantas palabras, una caricia, una mueca incluso son la pobre distancia entre la autocontención y el llanto. Una sensación que cubre como cera espesa las palabras en la garganta y no las deja fluir, parece ser común a todos en este momento del día. Ha llegado la hora de despedirse hasta... tal vez, si la vida lo permite, la siguiente visita.

UN SUSPIRO TURQUESA

Margarita Ortíz Galván

La magia inicia tras el sonar de la alarma del reloj despertador que anuncia el inicio de una anhelada travesía. Todo transcurre más o menos así, cuando los primeros rayos del sol anuncian el comienzo de un nuevo día; dedicaremos una buena parte de nuestra energía y esmero para realizar la limpieza de lo que ahora es nuestra morada. Comenzamos por dar una barridita, empezando por el aposento y luego a la cocineta; ahora tocará una talladita al w.c, que para evitar malos olores nos apoyaremos en un poco de cloro y jabón, aunque si la economía anda bien y lo permite un chorrito de “Fabuloso” no vendría mal.

Tras haber sacado tus furias lavando el baño, retornaremos a trapear la estancia y nuevamente permutaremos a la cocineta; concluida dicha labor, dedicaremos unos 30 o 40 minutos al almacenamiento de agua, la cual dispondremos por el resto del día, ya sea para lavar la ropa, trastes o para el mismo baño.

Ahora proseguiremos con la purificación del templo sagrado, “nuestro propio ser”. Dispondremos de nuestras mejores prendas, una blusa que puede ser manga corta, larga o

tres cuartos, nunca de tirantes porque seguro que te regresan a cambiar por inmoral; y de los escotes mejor ni hablamos. Un pantalón, pants, cárdigan o falda, un par de tenis, zapatos, huaraches o calzado cómodo; en estas fechas descartaremos el suéter porque hace un calor de los mil demonios.

Para no variar ni desatinar con el color de moda, usaremos el color azul; una manita de gato no nos viene mal, un poco de rubor, unos brillitos en los ojitos, el lipstick nude y, para terminar, un toquencillo de iluminador, un poco de máscara para pestañas, y ya como toque final, el delineador negro que no nos puede fallar. Un rocío de una rica fragancia que guarde una pizca de coquetería y el accesorio que nunca puede faltar, un par de hermosos pendientes para matizar nuestra vanidad.

Cuando el sol se encuentra postrado sobre nuestras cabezas, a lo lejos se escucha la primera llamada de atención que nos indica que el gran show está por comenzar. Pasados unos segundos, no se hace esperar la segunda llamada y cuando al fin se anuncia la tercera llamada, es momento de iniciar el espectáculo.

Cruzo una mirada con la del “pase”, que en esta ocasión no es para abordar un avión o un bus, pero sí para trasladarme a una grata experiencia, tan añorada en la ajetreada semana. Ese trozo tan diminuto de papel, que está acompañado por tu nombre, una ubicación y los datos del visitante, puede provocar una infinita lluvia de emociones desbordantes: felicidad, inseguridad, miedo, furia; incluso el llanto, el cual puede tener la capacidad de construir o destruir.

Después de recorrer el famosísimo “kilómetro”, experimentarás una exorbitante explosión de sentimientos encontrados. Algunas de nosotras aún recibimos visitas de la

familia, otras tantas de la pareja, amistades o qué sé yo, o simplemente de las personas con las que aún puedes contar.

Muchas de nosotras les preparamos un rico guiso para recordar cuando compartíamos en casa; puede ser desde lo más básico: unos huevitos revueltos, a la mexicana, pollo a la coca, chuleta a la mexicana, una sopa de tortilla, unas ricas enmoladas o enchiladas para ésos que salieron de fiesta la noche anterior; todo en función de lo que puedas comprar en la recaudería.

Otras tantas, preparan un succulento postre, un pay de limón, arroz con leche, un flan napolitano o ya algo más sencillo; una frutita picada, todo esto preparado con el ingrediente principal: amor. Aquí ya no importa que sea una receta de un reconocidísimo chef o hecho a base de ingredientes carísimos o afrodisiacos, lo que realmente interesa, es ver esa cara de agradecimiento de los tuyos, el recordar cuando en el pasado compartían los alimentos, es lo que motiva a seguir haciéndolo. El ver que se lo comen con tanto gusto, y lo que ese momento conlleva nos llena de placer y del goce de tenerlos cerca.

En la sobremesa no puede faltar el grito tan emblemático de la señora de la botanas y dulces, con sus “¿cuántos?, ¿cuántos?”, que transportan a la niñez, ya que trae huevitos de chocolate, chicles, paletas, gomitas, confitería dulce, salada y picosa; todo lo que se pueda imaginar

Otro pregón que es ya muy conocido, son los dulces típicos que se pueden disfrutar, desde una rica cocada, un macarrón, una pepitoria, un tamarindo, unas glorias, hasta un ate de guayaba, membrillo, piña, y muchas más delicias; todas bien ordenadas dentro de la emblemática canasta de bejuco, que le da un toque de mexicanidad. En esta tempo-

rada de calor no se podían ausentar las famosísimas “nieves” de fruta natural, de coco, limón, café, queso, fresa y mango con chile.

Ahora es el turno de los pasteles, hay de tres chocolates, mouse de fresa, *cheese cake*, zarzamora con queso, durazno, choco flan; tras toda esta variedad de postres, llega el plato fuerte: quesadillas, pambazos, burritos, pozole, pancita, hamburguesas, hot dogs, tlacoyos, etcétera. En este lugar además de dinero lo que más se necesita es estómago, porque venden una gran variedad de manjares para conquistar a los seres queridos por la pancita.

De pronto se rompe el silencio en la mesa y se habla del curso que han tomado en el colegio, las sumas, las restas, el inglés, la danza, las artes, la música, las clases de computación, la lectura, el dictado; en fin, todas esas labores académicas que ya se dominan. Con los adultos, la rutina laboral, la extensa carga de trabajo, el tráfico infernal de la ciudad, las nuevas en las redes, los acontecimientos en la familia, el conocimiento de nuevos integrantes, o en su defecto el deceso de otro.

El cambio climático, el aumento de costos, la inseguridad, el paro escolar, el transporte, los avances tecnológicos y cuantos más temas inimaginables que podríamos citar, los cuales en otro momento ni siquiera nos hubieran pasado por la mente, pero en este lugar, lo que menos importa es el tema; lo que en realidad importa es conocer y escuchar nuestro sentir, pero, sobre todo, oír esa armoniosa voz, la que aún nos estremece y hace sentirnos queridas y protegidas.

Aquí, un caluroso abrazo reconforta, un beso motiva a seguir dando lo mejor día a día; puede ser de un hijo, hermano, esposo, novio, padre o madre de quien aún la tiene. Eso es lo que realmente da valor a un domingo “turquesiano”.

Tras haber comido, platicado o disfrutado un suculento postre y de haberte reseteado y cargado de pila para soportar otra larga semana en este lugar. Se acerca sigilosamente un hombre vestido de negro que con voz tajante anuncia que se acabó la visita, que el telón debe bajar y que la gran ilusión está por terminar. De este momento lo único que queda es agradecer por regalarnos un poco de su valioso tiempo y permitirnos disfrutar de un deseado domingo al lado de un gran tesoro que Dios nos ha otorgado: a la sagrada familia.

Vemos como sus caras cambian y se alejan lentamente. Algunos aún no superamos la separación y no podemos evitar dejar correr por nuestras mejillas un par de lágrimas. Ahora sólo queda limpiarse la cara y hacer como que no pasa nada y ponernos esa armadura de hacer fuertes y devolvernos a nuestra realidad.

Pasadas un par de horas, cuando el cielo se viste de luto, se escucha el sonar de un manajo de llaves las cuales anuncian el fin del día. Tras pasar la lista nocturna, lo único que queda es descansar en este frío lugar, recordar vivencias añejas y divagar en un futuro apartado de este lugar.

Antes de que el sueño se apodere de nuestro ser, lo único que queda es agradecer a Dios por permitirnos disfrutar de un domingo con la adorada familia y pedirle que los aparte de todo mal o peligro, y les permita volver a casa con bien... y esperar la siguiente visita.

EL GALIMATÍAS DE LAS VOTACIONES EN EL CENTRO FEMENIL SANTA MARTHA

Berenice Guerrero Hernández

El llamado

La madrugada del 8 de mayo, la custodia con voz aguardientosa empezó a gritar: “señoras, pongan atención, a las que mencione, mañana a la 7:30 horas en la sala chica pasan lista y se van rápido”, pero casi nadie asistió. Algunas se asomaron a la reja para preguntar el motivo, a lo que la custodia contestó con sarcasmo: “pues para que voten por el que las va a sacar de aquí”. El comentario provocó risas y quejas al mismo tiempo; alguien gritó: “si como no, ahora que nos necesitan vienen y en mi colonia hay hartos baches y nadie va”. Otra solo se limitó a decir: “a ver qué nos dan”.

Al día siguiente a las 7:00 horas las custodias discutían acaloradamente, las del turno saliente, porque tenían que quedarse otras horas más; y las del turno entrante, porque les esperaba una jornada intensa; además de que la lista de las chicas que tenían que llevarse a la sala chica no estaba completa. Mientras que por el radio se escuchaba que

las “catorce”, es decir, las personas privadas de su libertad (p.p.l.), no llegaban a la cita. Después de tantas indicaciones, al fin llegó la lista autorizada, formaron a las compañeras para que se fueran al punto de encuentro.

La sala chica

Es un lugar pequeño que consta de cuatro palapas, cada una con cinco mesas de forma hexagonal y seis bancos. Al centro hay una pequeña tienda que vende productos de consumo, atendida por chicas que ya fueron sentenciadas, las cuales cuentan con ese trabajo que les genera una pequeña fuente de ingresos para su manutención.

Al fondo hay una capilla de color blanco, es un lugar donde las chicas depositan las cargas emocionales o las peticiones a San Judas Tadeo para evitar subir al módulo de castigo, y si toca, para que no sean muchos días; pero si se puede, que no caiga la “voladora”. Ahí también se escuchan las plegarias de los familiares que suplican a la virgen de las Mercedes, la madre que ayuda a los presos, que sea buena y que cubra las puertas para que sus hijas regresen a casa.

Al lado de la capilla hay un CENDI que lleva por nombre “Amalia Solorzano de Cárdenas”, éste es el kínder a donde las personas privadas de su libertad llevan a sus hijos para que reciban los ejercicios de estimulación temprana y su primera formación educativa.

De igual forma, la sala chica sirve para recibir la visita de los familiares, los días martes, jueves, sábados y domingos.

Conforme llegaban las chicas se fueron sentando en cada una de las mesas, unas aprovecharon para fumar el cigarro mientras que otras hablaban por teléfono, aprovechando que

las custodias estaban hechas bolas; porque si no dirían “y luego”, esto es sinónimo de que hay que dar la cuota para gozar de ese permiso.

¡Llegó el desayuno!

Llegó el desayuno que ofrece el Centro, mejor conocido como “rancho”, la encargada grita: “señoras a formarse con sus trastes para servirles”; a su vez también llegó un funcionario con teléfono en mano, para reportar que de acuerdo al protocolo “tu voto cuenta”, se estaba llevando a cabo sin contratiempos; mientras hacía lo suyo, un helicóptero realizaba lo respectivo, vigilar y reportar en tiempo real.

Sin embargo, esto no impidió que alguien gritara: “oiga no tenemos trastes, dónde vamos a desayunar”; sorprendido, dejó de tomar fotos y dio la orden de mandar a comprar lo que se necesitaba y molesto se retiró.

¿Por quién votar?

La atmósfera que imperaba en aquel lugar era de total confusión, se parecía al día en que el espíritu santo se posó sobre los apóstoles de Jesús, donde todos hablaban diferentes lenguas. Por ejemplo, en una mesa unas chicas discutían por quién votar, se escuchaba comentar que por la presidencia ya no había nada que hacer ya que todo estaba arreglado, que continuaría la misma política “ABRAZOS Y NO BALAZOS”, pero que evitarían que se llevaran el carro completo en las Cámaras y en el Congreso de la CDMX, significaría el equilibrio de la justicia y se evitarían leyes

tan polémicas como la famosa ley de amnistía, la cual sólo beneficia a unos cuantos.

Se oía también que era un momento histórico, porque a pesar de estar en la cárcel, aún podían votar ya que no estaban suspendidos los derechos político-electorales para una sentencia condenatoria y esto habría que celebrarlo.

En otra mesa platicaban que votar las ayudaría en algo, por lo menos a conseguir un abogado que fuera honesto y empático con la situación tan adversa de estar en la cárcel. Otras, por el contrario, estaban de acuerdo en apoyar al que dice: “amor con amor se paga”, porque gracias a él, la abuela y los hijos tenían el apoyo cada dos meses, después de todo es un apoyo, de lo contrario la situación económica sería muy complicada, y los familiares hablaban de los muchos cambios que notaban.

También las mujeres de negro, como también se les conoce a las custodias, opinaban que gracias al señor presidente había muchas ayudas que se otorgaban, y que lo mejor era seguir votando por él, si no los adversarios de plano se robarían hasta las ayudas que da de corazón y por amor a su gente.

Sin embargo, ese comentario no fue del agrado de otra de las custodias porque replicó diciendo que los programas sociales forman parte del presupuesto y que este se destina para la educación, seguridad, salud, deuda, inversiones e infraestructura y que es facultad del poder ejecutivo asignar recursos a cada uno de los rubros que forman el gasto social. Cuando terminó de hablar, el resto de sus compañeras en coro recitaron: “Oh manita qué abusada saliste”, “pero antes esto no se daba”.

¡Listo señoras, a votar!

Al fin llegó el momento de pasar a la sala grande para votar, todo ya estaba listo: tres mesas, tres urnas, observadores electorales y otras personas con celular en mano para tomar videos y fotografías.

Al pasar a la mesa un representante del INE daba las indicaciones breves y claras, hacía la entrega de un sobre con el rótulo del nombre de las personas privadas de su libertad, el cual contenía las boletas para votar, una para presidente y la segunda para jefatura de gobierno, así como un folleto con el resumen de las opciones electorales de los partidos políticos, con la finalidad de emitir un voto informado.

Al pasar a la urna, se abría el sobre para revisar las boletas, marcarlas y de nueva cuenta regresarlo a la mesa con la finalidad de que el encargado plasmara el sello de voto en la lista nominal y tinta en el dedo pulgar, señal de que se había acudido a votar.

Sin embargo, hasta ahí no terminaba todo, faltaba el último filtro que estaba representado por el observatorio de elecciones y de derechos políticos en prisión, para poder aplicar dicha encuesta de 20 reactivos. Del sondeo de opinión, por lo menos de un grupo de 30 chicas, solo 10 no presentaron dificultades para contestar, el resto, presentaron desorientación total, aún no lograban ubicar a los protagonistas que están participando por la presidencia; otras comentaron que por los nervios no abrieron el sobre para sacar las boletas y votar, que sólo vieron que estaba su nombre y así lo regresaban a la mesa ¡qué barbaridad!, realmente no fue fácil contestar dicha encuesta.

Juan Pablo II decía que la libertad no consiste en hacer lo que nos gusta, sino en tener el derecho a hacer lo que debemos, y así fue. Cada persona hizo su propio mapa mental de la votación, y aunque estemos privadas de la libertad tenemos derecho a votar porque estamos amparadas por el principio de presunción de inocencia y por la protección de los derechos humanos.

Por lo cual el tribunal del poder judicial ordenó al INE coadyuvar con el sistema penitenciario, e implementar los mecanismos para la votación, y así fue por primera vez se vota en los centros penitenciarios de la CDMX. El voto espreciado porque es la herramienta más poderosa que se aplica en una sociedad donde las minorías generalmente no tienen ningún respeto, en este caso, las personas privadas de la libertad, pero hoy la historia fue diferente.

Las chicas de Santa Martha votaron, a quien eligieron fue secreto, lo que no fue secreto fue el galimatías que se generó el 8 de mayo, informadas o no, conscientes o no, cada pueblo elige al gobernante que se merece, lo que venga después será otra historia.

EL FANGO

Zaydaly Esbeydy Membrillo Mendoza

Santa Martha Acatitla cuna de mujeres que han perdido su libertad, donde hasta la más fuerte y rica puede resbalar en un fango profundo lleno de oscuridad. Reclusorio de mujeres de forma octagonal, sólo mirar esas paredes altas de concreto desde aquella pequeña avenida transcurrida por vehículos todo el tiempo, hace que pase desapercibido el lugar que es por dentro. Su construcción hace imaginar que dentro de ella existen historias que jamás han sido escuchadas, causa incertidumbre y una melancolía infinita.

Observar esas escaleras tan altas a la entrada del penal, que al subirlas te harán entrar a una ciudad completamente desconocida, aquella de la que se habla en los cuentos de niños: “una ciudad perdida” se encuentra aquí al oriente de la Ciudad de México donde sigue siendo parte del territorio del famosísimo Iztapalapa, reino de Dios y de los olvidados, lugar donde Cuitláhuac, hijo de Moctezuma, murió por la peste negra dejando el camino libre a Hernán Cortés para así conquistar nuestro territorio mexicano, sin antes luchar hasta su último aliento.

Si habláramos de Iztapalapa no alcanzarían las hojas de un cuaderno para poder escribir todo lo que en este lugar ha dejado en el sentir de millones de ciudadanos, pero eso es otro tema que pronto será escuchado.

Este penal abrió sus puertas en el año 2004, a cargo del gobierno de aquel partido azul, donde la esposa del presidente era la que gobernaba el país. A la entrada de este centro de reclusión se alcanza a leer en un letrero : “no está permitido el acceso con celular”. Vaya lugar recóndito donde no existe la tecnología y sólo queda llevarse las imágenes en la memoria, jamás vistas por alguien ajeno. Sólo te encuentras tú, unas hojas de cuaderno y un lápiz para describir aquella ciudad perdida.

Al entrar al lugar te hacen bajar por un caracol de concreto lleno de dibujos pincelados por internas del lugar, tratando de transmitir su dolor y la pérdida de su libertad; al llegar abajo hay una infinidad de mesas de metal, pintadas de color rosa fuerte, recordándote que te encuentras en un lugar lleno de mujeres, olvidando por completo al sexo opuesto.

Conforme caminamos más, en su interior te encuentras a mujeres vestidas sólo de dos colores, el beige y el azul marino. Se puede observar, en las mujeres vestidas de color beige, el miedo al lugar que refleja su mirada, miedo a la resolución de su caso; son aquellas que están aún pasando por un proceso legal para determinar su situación jurídica, sin perder la esperanza de una pronta libertad. A diferencia de las de azul marino, muchas de ellas reflejan un aspecto triste, con la mirada perdida, ropa desgastada y descolorida; irradian ansiedad y nerviosismo, pero se mueven en el penal como si ya fuera su casa. Por varios años han conocido el penal hasta el lugar más recóndito.

Mientras más ahondas en la profundidad del lugar, llegas a un dormitorio donde no se puede ver la luz, sólo cuenta con los rayos del sol metiéndose a través de la ventana y orificios que dan a un área verde. Un lugar que te causa escalofríos sólo al entrar por la energía que se siente, al mirar a tantas mujeres consumiendo drogas, llena de impotencia y desolación, que estoy segura provoca tristeza en cualquier ser humano.

Pasas junto a aquella mujer que se encuentra moneando y a la vez peleando, ofendiendo, golpeando, llena de miedo en su rostro, pidiendo que no la lastime más a ese muro de concreto llamado pared. Caminar por ahí hace que los ojos de cualquiera, por más frío que sea, se pongan cristalinos; en automático ves a jóvenes pasando el cigarro de marihuana, unas cuantas fumando y otras “ponchando el toque”. La adicción no respeta edades y en el camino puedes mirar también a señoras de la tercera edad con una pipa en la boca, preñiéndola y fumando su piedra; otras cuantas mujeres llenas de tatuajes caneros negociando la venta de las sustancias sacadas del trasero de ellas mismas.

A lo lejos una jefa de seguridad sentada en una silla de plástico observando todo lo que pasa a su alrededor, sin hacer nada, sólo se encuentra escuchando música de adoloridos, imaginas que estará viviendo una ruptura amorosa; simplemente porque ha escuchado el coro de la canción más de cinco veces: “...te hubieras ido antes” de Julián Álvarez.

Te remitiste de regreso y en tu cabeza no salían las imágenes que habías visto, sólo podías preguntarte: ¿y Dios dónde está?. “Acaso estoy en el infierno”. Aquí no importa la clase social, la ropa de marca, las joyas que puedas traer; eres igual que cualquier interna.

A lo lejos puedes ver que en el primer nivel del dormitorio C pegan un letrero que dice: “Ven y arriésgate a tener una vida útil y feliz, sí se puede, sí funciona”. Te llenaste de curiosidad y te dirigiste al recinto, era una clínica como aquellas que se encuentran en las zonas de opulencia, donde un simple mortal no puede pagar el tratamiento para dejar de consumir drogas; claro que la comodidad era totalmente distinta, pero el lugar estaba lleno de terapeutas y doctores en cada área, con mujeres trabajando y teniendo terapia grupal. Pediste información acerca del lugar y observaste que no todo está perdido como parece; el internamiento es de tres meses y medio. Diario se tiene que asistir a la oración que empieza a las 8:00 a.m. y la junta de AA, donde se puede lograr una catarsis contigo misma. El lugar es totalmente espiritual y no te imponen un Dios, puedes trabajar con un poder superior como tú lo concibas. Diario cuentas con terapia, puede ser de seis horas en el día con espacios para los alimentos: desayuno, comida y cena. Cuentan con un terapeuta personal y las apoyan con kits de limpieza y ropa a las que ingresan con un consumo muy alto.

De igual manera se encuentra una doctora y una nutrióloga, dándoles el medicamento necesario para la desintoxicación, y lo más importante, la edad, clase social, orientación sexual o el delito por el que se te acuse, no importa; tú eres igual que otra interna que requiera la ayuda. Existe un grupo que después del internamiento las acompaña a lo largo del proceso de recuperación, y ellas cuentan con el seguimiento de terapeutas para que de igual manera no se sientan solas a lo largo de la estadía en el lugar. Miraste que hay chicas que cuentan con 24 horas de recuperación y se les observa una luz en su mirada, a pesar de la sentencia y años que han

pasado dentro del fango, pero ya sin hundirse, como alguna vez lo vivieron.

Te vinieron a la mente aquellas palabras de Pico de la Mirandola, que vieron en clase: “no te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal a fin de que tú mismo libremente a la manera de un buen pintor o de un hábil escultor remates tu propia forma”. Tiene toda la razón aquí, allá y en cualquier lugar; en libertad o en reclusión tienes la oportunidad de elegir qué camino tomar, somos dueños de nuestro destino y la ayuda está para aquel que la quiere y la necesita.

“Crucero peligroso”, recuerdas aquel letrero pegado en un poste sobre la avenida, como si también alertara del “peligro” que conlleva tal recinto; antes de entrar imaginas que te encuentras en un lugar donde las historias se vuelven simplemente historias sin ser escuchadas o leídas. Al salir volteas por última vez, te invade una sensación: no es un reclusorio, es una cueva donde existe una sola salida, donde un juez dice en qué momento podrá ser, pero sólo Dios es el que tiene la última palabra. Ojalá alguna vez puedan ser escuchadas aquellas historias de esos cientos de mujeres, madres, hijas, hermanas, abuelas que se encuentran en reclusión.

EPÍLOGO

Norma Garza Saldívar

*Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca,
ruega que tu camino sea largo,
y rico en aventuras y experiencias.
Ni a Lestrigones, ni a Cíclopes,
ni a la cólera de Poseidón temas.
No verás tales seres en tu camino,
si tus pensamientos son altos,
si tu cuerpo y tu alma
no se dejan invadir por turbias emociones.
No encontrarás a Lestrigones
ni al Poseidón colérico
si no los llevas en ti mismo,
si no es tu espíritu quien los presenta.*
Constantino Cavafis, “Ítaca”

Este viaje parece llegar a su fin, llevó su tiempo, con distintos trayectos y diferentes paradas. Fue, como dice este mismo poema de Cavafis, “un largo camino”, “lleno de conocimientos”, de dolor y sabiduría extirpada de las experiencias. Si bien en el recorrido en el aula participaron

más estudiantes, que aportaron con sus experiencias e intervenciones, no todos colaboran en este proyecto, pues haría falta mucho más tiempo y espacio, para trabajar y corregir los textos; sin embargo, sirvan muchas de estas voces para hacer oír otras que, desde adentro, han quedado en el silencio.

A pesar de que los estudiantes son de primero, segundo o tercer semestre, y apenas comienza su vida como universitarios de la UACM en centros de reclusión, trabajaron, se prepararon con responsabilidad y profesionalismo para presentar sus escritos con un fuerte compromiso de lo que implica tomar la palabra y compartirla, pues hay cosas que sólo se pueden aprender y expresar desde adentro.

Participaron hombres y mujeres de dos generaciones distintas, de muy diferentes edades y con antecedentes académicos muy diversos, pero todos estudiantes de la carrera de Derecho de la UACM. Lo que también los une en este largo recorrido es la experiencia semejante de verse en un mismo lugar, en un centro de reclusión, bajo la misma consigna de ser personas privadas de su libertad, pero ciertamente con historias y contextos muy diferentes, así como con distintas perspectivas, reflexiones y sentimientos que el sistema penitenciario despierta y hace pensar. De ahí que el título de este proyecto, de estos escritos, sea justamente: *Desde adentro: la otra historia. (Voces de estudiantes de la UACM privados de su libertad)*.

Lejos de quedarse en una perspectiva demasiado personal, poco crítica, parcial, o tendiendo a la victimización, o a los lugares comunes, estos textos exploran la mirada crítica hacia sí mismos, a sus contextos familiares, a la sociedad y a este sistema penitenciario que, si bien ha

cambiado mucho a lo largo de los años, podría fortalecerse, profesionalizarse, humanizarse aún más. Como escribe Jessica Ortega Chila: “por qué no aprendemos a profesionalizarnos todos, nosotras con el estudio y el trabajo; los custodios, los empleados de la salud, los administrativos y sobre todo los abogados que, a veces, se convierten en el peor enemigo”. Del mismo modo, reflejan en una justa y equilibrada mirada, otra forma de vivir el sistema penitenciario. Porque también ahí se aprende algo básico para la formación de cualquier estudiante, y que, a veces, la educación formal olvida, eso que Catalina García Santiago señala como lo más decisivo: “no permitir que nadie nos defina, ir trabajando en nuestro ser para darle forma a nuestra interioridad, que termina reflejándose en nuestras acciones a lo largo del camino que llamamos vida”.

Se trata de panoramas que se viven desde “adentro”, desde esa parte que la sociedad tiende a no conocer, a no traspasar los muros para saber lo que sucede dentro de nosotros mismos y de un lugar determinado; ahí, donde se reflejan situaciones bien diversas, complejas, difíciles, violentas que, como sociedad, como comunidad universitaria, también nos competen. Tendemos a juzgar demasiado sin elementos, sirvan estos textos para tener otras historias, otros lados de las cosas, otras aristas de problemas y situaciones que pueden mejorar, siempre mejorar no sólo la parte que compete a los internos, también a las familias, a los custodios, a las autoridades, a la sociedad.

Si bien estos textos fueron producto de las clases de Lenguaje y Pensamiento, quieren abonar en el ejercicio y desarrollo de habilidades para escribir un buen texto. Habilidades narrativas, críticas, reflexivas, expresivas,

argumentativas, de observación y recreación de todo ello en la hoja en blanco. Así, cada texto es en sí mismo un ejercicio, un intento de reflejar muchas de esas habilidades, para servir, al mismo tiempo, a otros estudiantes como un texto para analizar. Se trata, entonces, de una gran diversidad de visiones para ir completando una especie de mosaico y armar una mejor perspectiva de las problemáticas humanas que de ahí se derivan. Pues hay también un trabajo transversal, más allá de ahondar en las habilidades de lectura y escritura, que atraviesa todas estas secciones en las que se organizó la Antología, se trata de reflexionar, justamente, sobre la condición humana en esos espacios de reclusión.

Si se va recorriendo poco a poco de un capítulo a otro, nos vamos concientizando de que no nos definen los actos que hacemos, de una vez y para siempre, pues como seres humanos estamos siendo, aprendiendo a ser entre otros, para tener sociedades más humanizadas, y que las problemáticas y espacios —desde la política, el derecho, la filosofía, la literatura, la historia, la sociología, la antropología, las ciencias de la comunicación— se puedan visibilizar cada vez más. Creo que los centros de reclusión son un buen laboratorio para vernos como sociedad, ¿dónde hemos fallado?, ¿dónde está el mal?, ¿qué oportunidades han faltado?, qué consecuencias tienen la ignorancia, la pobreza y la violencia; pero también el abuso de poder, del más fuerte, la corrupción, la injusticia, la falta de respeto a la dignidad humana, y un largo etcétera de preguntas que se pueden derivar de la lectura de estos textos.

Y sí quizá podamos decir, que los que están ahí son culpables, pero como escribe Jessica Torres Colín: “culpa-

bles de no haber pensado cuando debíamos, de no haber cambiado nuestra decisión, nuestra acción (...) pararse a pensar todos los días es el remedio infalible para no pisar la cárcel”. Creo que ésa es la finalidad de la educación, aprender a pensar por nosotros mismos.

Generalmente la gente de afuera se acomoda como juez frente a las personas privadas de su libertad, y creo que no nos corresponde ser jueces, pues la ligereza de los juicios frente a lo que se expone en los medios de comunicación, que es, a veces, el único lado que conocemos de las historias, nos deja en el peligro de quedarnos con una sola versión de las cosas y, por tanto, en una visión muy superficial y limitada, y eso siempre conlleva un acto de injusticia. Por ello, sería más justo conocer, leer, indagar, dejarse tocar por las historias desde adentro. Dentro de la persona misma, creando un conjunto de voces; un coro, desde adentro de esos muros de concreto, un paisaje más completo y diverso de la realidad. Ahí, donde parece que todos sus habitantes son grises, es decir, del mismo color y cortados con la misma tijera.

Los diferentes géneros que aquí se presentan (testimonio, relato, ensayo, crónica) imaginativos y reflexivos, nos permiten profundizar más en el conocimiento de un lugar desde sus entrañas, donde sus protagonistas nos muestran experiencias y otras formas de saber, de palpar la realidad; pues son ellos los que, por sus vivencias y circunstancias, aprenden a enfrentar otra realidad. Pero también son quienes ahora dan forma a todo ello con la escritura, y pueden reconocer esos monstruos, lestrigones, demonios interiores para descubrirse, elevarse, dominarse, liberarse de algún modo. Pero, sobre todo, para aprender de otra

manera en estos lugares de reclusión, en esa “escuela de la vida” como la llaman algunos. Y qué mejor que los estudiantes de afuera, de todos los planteles, puedan aprender también desde estos textos, de esa misma “escuela” sin tener que estar de forma presencial.

Para mí misma fue una experiencia formativa, pues no sólo establecí vínculos con estudiantes que me han dejado apreciar, desde otra perspectiva, al sistema penitenciario, sino conocer y reconocer cuánto hay por hacer en esta realidad. Así como nos lo dejan ver estos textos, y cuánto se puede ir descubriendo al valorar y cultivar la propia libertad. Saber que nunca será más un individuo frente a otro, cuando impone el poder, la violencia, el maltrato, la falta de respeto, o que anula la dignidad del otro, sólo porque están en este lugar.

Reconocer la humanidad del otro cuando se logra ver el esfuerzo, el deseo de cambiar, el reconocimiento de las debilidades, de los errores y las consecuencias de las decisiones, pero también, el descubrimiento de las propias potencialidades, de las fortalezas. Lo que significa descubrir la potencia de esas armas tan poderosas; la lectura y la escritura, para darle otra forma a la propia vida, para exorcizar los demonios personales, y elevar el espíritu y el pensamiento; el conocimiento propio y la autoestima.

Ahora es posible llevar a cabo en centros de reclusión de la Ciudad de México, aventuras como ésta. Poderosos escritos que parten de la mirada personal, de la introspección, para abrirse al descubrimiento y cuestionamiento de su entorno, de los otros, y a una realidad que apela cada vez más a la conciencia y al pensamiento crítico que, aun en el encierro, es posible liberar cuando se tienen más cercanos

proyectos de educación, como el de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, que lleva hacia adentro de estos recintos, oportunidades para expandir los horizontes con la educación que imparte, como lo hace afuera.

AGRADECIMIENTOS

Todos los participantes de este proyecto, yo como profesora y los estudiantes que participaron, hombres y mujeres, agradecemos profundamente la posibilidad que abre el Programa de Educación Superior para Centros de Reinserción Social de la Ciudad de México (PESCER) de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Asimismo, agradecemos a la Subsecretaría del Sistema Penitenciario por la apertura y disposición para hacer posible este Proyecto. Gracias al convenio que mantienen ambas instituciones, con el que se hace posible el derecho de estudiar y enseñar en centros de reclusión. Agradezco del mismo modo a Leticia Treviño Núñez, estudiante de San Lorenzo Tezonco, quien me ayudó con la transcripción de los trabajos a mano de los estudiantes que participan en esta Antología; así como a Gabriela Fadol, amiga y colega quien me ayudó en la selección y valoración de los textos. Gracias nuevamente a estas instancias y a la voluntad de sus participantes por hacer posible este trayecto.

REFERENCIAS

- ARENDRT, H. (1993). La Crisis de la educación. *Cuaderno gris*, (7), 38-53. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2475760>
- BENJAMIN, W. (1999). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus.
- BONHOEFFER, D. [Sprouts Español] (23 de marzo de 2022). *La teoría del la estupidez de Bonhoeffer*. [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=LjMCL6VmAA8>
- BRUNER, J. (1998). *Realidad mental y mundos posibles: los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Gedisa.
- CISNEROS, J. L. (2007). *Cultura, juventud y delincuencia en el Estado de México. Papeles de población*, 13(52), 255-280. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252007000200010&lng=es&tlng=es.
- DE LA BORBOLLA, Ó. (2019). *La rebeldía de pensar*, Fondo de Cultura Económica.
- DE UNAMUNO, M. (2007). *La soledad. Obras completas, VIII. Ensayos* (pp. 777-795). Biblioteca Castro. Fundación José Antonio de Castro. https://www.iesdonbosco.com/data/lengua/ensayos._unamuno.pdf
- FOSSE, J. (27 de marzo de 2024). *El arte es paz. John Fosse, mensaje Día Mundial del Teatro*. Unión de Actores y Actrices. <https://>

www.uniondeactores.com/index.php/noticias/17569-mensaje-dia-mundial-del-teatro-jon-fosse

KRAUSS, A. (3 de noviembre de 2004). A cerca de la diferencia. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2004/11/03/022a2pol.php?origen=opinion.php&fly=>

PÉREZ ROCHA, M. (2007). *El discurso eficaz cinco prácticas de expresión oral*, UACM.

RUÍZ, J. C. (2022). *Filosofía ante el desánimo*, Ariel.

SALINAS, P. (27 de junio de 2019). *El hombre se posee en la medida en que posee su lengua*. Placeres textuales. https://placerestextuales.com/pedro-salinas_el-hombre-se-posee/

SAVATER, F. (1998). *Ética para Amador*, Ariel.

SERGE, V. (2019). *Memorias de un Revolucionario*, Traficantes de Sueños. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/his_23_memorias_web_baja.pdf

Desde adentro: la otra historia
se terminó de imprimir en junio de 2026,
en los talleres de impresión de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
San Lorenzo, 290, col. Del Valle,
Alcaldía Benito Juárez, c.p. 03100, CDMX.

El tiraje fue de 500 ejemplares.

Corrección de estilo: Nancy Sanciprián
Cuidado de edición: Betzabe Cano y Ángeles Godínez
Diseño editorial: Sergio Javier Cortés Becerril

NORMA GARZA SALDÍVAR (Torreón Coahuila, 1964). Doctora en Letras Modernas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En la misma UNAM realizó los estudios de Licenciatura y Maestría en Letras Hispanoamericanas. Ha publicado diversos artículos de divulgación y ensayos literarios en revistas y libros. Obtuvo el “Premio Diderot de Ensayo” (2024), el “Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas” (1997), y el Premio Literario Saúl Rosales (2000). Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores, Candidata (2010-2014). Entre sus publicaciones se encuentran los libros *El Ensayo del Paseante. Por una Poética del Paseo*, (Ápeiron Ediciones, Madrid, 2024), *Por una ética de la mirada. En torno a la obra de José Saramago* (Universidad Autónoma de Coahuila, México, 2010). *Borges: La huella del Minotauro*, (Aldus, México, 1999). Ha coordinado dossiers en distintas revistas. Formó parte del Comité Editorial de la revista *Andamios. Revista de investigación Social* (UACM). Desde 2004 es Profesora-Investigadora de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Estos textos nacieron dentro de las rejas, pero en la libertad que ofrecen las posibilidades de pensar, crear, imaginar, recordar, discutir en el salón de clase sus propios textos, matizando y puliendo su pensamiento crítico hacia sí mismos y hacia el entorno social de cada quien, pero también hacia el contexto inmediato que es el verse privados de su libertad. La invitación es acercarse a través de estos textos a esos lugares marginados, y volverlos a poner en la mesa de nuestros intereses, para reaprender y repensar esa otra realidad que se ha quedado al margen de nuestra mirada. Pero también estos textos escritos por las propias internas o internos podrían contribuir a desmontar estereotipos, a analizar prejuicios existentes en la sociedad que vive fuera de las rejas, acerca de las personas privadas de su libertad, y de sus múltiples y variados contextos y situaciones.

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca

BE
del
Estudiante

978-968-9759-21-8

